


A person is walking away from the viewer down a narrow, cobblestone street. The street is wet and reflects the light, and the air is thick with fog or mist. The person is carrying a large black umbrella. The street is flanked by old stone buildings. The overall mood is somber and atmospheric.

FERNANDO BENZO

# NUNCA FUIMOS HÉROES

 Planeta

A person is walking away from the camera down a narrow, cobblestone street. The person is holding a dark umbrella. The street is wet and reflects the light. The background is very foggy, with buildings visible in the distance. The overall mood is somber and atmospheric.

FERNANDO BENZO

# NUNCA FUIMOS HÉROES

 Planeta

# ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Nota del autor](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

■

Visita Planetadelibros.com y descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

■

**[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros



•

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:

## SINOPSIS

Gabo es un comisario de policía retirado que ha dedicado toda su carrera a la lucha contra el terrorismo. Harri es un terrorista que ha pasado los últimos veinte años en Colombia tras conseguir escapar de numerosos intentos de captura.

Cuando los servicios de inteligencia españoles descubren que Harri ha vuelto a Madrid, el comisario general de Información le pide a su antiguo amigo y subordinado, Gabo, que averigüe extraoficialmente el motivo de su regreso. Aunque se había prometido mantenerse alejado de su antigua vida, la vieja fijación por detener a Harri y saldar cuentas pendientes arrastra a Gabo a iniciar una investigación en la que se cruzará con las redes internacionales de narcotráfico, el crimen organizado, el yihadismo y el oscuro mundo de los confidentes.

El policía, atrapado en una vigilancia obsesiva, establecerá una perturbadora relación personal con el terrorista que le hará revivir un pasado que ha luchado por olvidar. Las viejas heridas se reabrirán. La frustración de los atentados, la tensión de las operaciones, los compañeros que quedaron en el camino, los años de la guerra sucia y una historia de amor nunca olvidada regresarán a su memoria.

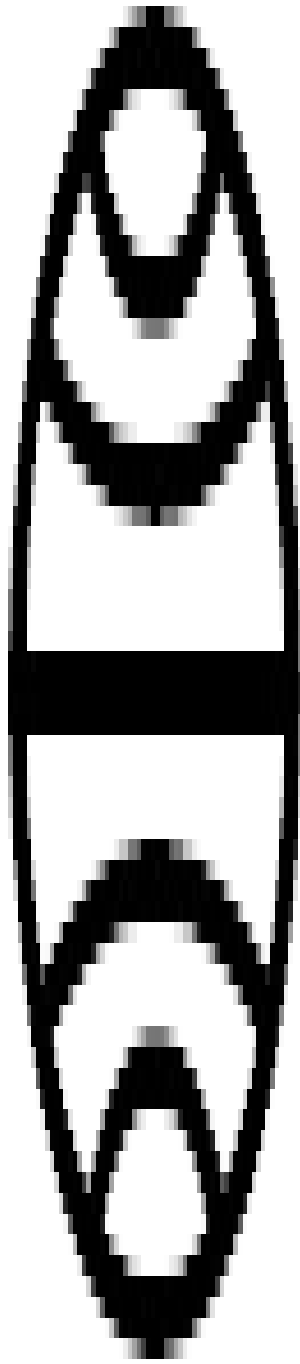
Una joven inspectora de Estupefacientes, Estela, ayudará a Gabo en su búsqueda, conscientes de que se les está agotando el tiempo para impedir que Harri cometa un nuevo crimen.

Nunca fuimos héroes es una apasionante novela policíaca de ritmo e intriga creciente, un emocionante recorrido por nuestro pasado más doloroso y una reflexión profunda y conmovedora de los últimos cuarenta años de la historia de España.

Fernando Benzo



Nunca fuimos héroes



Blanca

Esta novela recorre hechos reales sin dejar de ser una obra de ficción. Sus personajes son imaginarios, no se corresponden con personas concretas. Algunos de los acontecimientos y sucesos que aparecen en sus páginas han sido adaptados con libertad para incorporarlos a la trama.

Era una pena. Después de casi treinta años siendo policía. Y, además, dedicándose a lo que se había dedicado. Nadie le creía las raras veces que lo decía. Pero era la pura verdad: en todos esos años, no había disparado nunca su arma ni había dado un solo puñetazo. Cuando mencionaba aquello, el que lo oía mostraba invariablemente un mal disimulado gesto de decepción. Preferían imaginarle a tiro limpio o dando una buena paliza a alguien. Pero esa era la realidad. Nunca. Y eso hacía aún más absurdo que aquella noche fuese a romper semejante récord. Y, encima, ahora que ya ni siquiera era poli. Todo por aquellos dos imbéciles, un par de inofensivos borrachuzos. No se merecían semejante honor, pensaba Gabo, intentando tomarse con humor la situación. Pero se lo estaban ganando a pulso y, además, se dijo, quizá él se estaba haciendo mayor y ya se sabe que los años achican la paciencia y agrian el carácter. Lo cierto es que veía venir lo que iba a ocurrir con la indiferente resignación con la que uno afronta las cosas que sabe inevitables.

Habían entrado en el bar poco después de las ocho, cuando acababa de abrir. Aún no había llegado la clientela habitual de los sábados por la noche: alguna pareja de novios con poca imaginación para divertirse, algún grupito de chicos o chicas que pasaban a tomar unas cervezas baratas antes de la discoteca, algún viejo harto de ver la tele a solas en casa, y él. Todos gente del vecindario. Aquel era un bareto de barrio, uno más de las docenas de bares idénticos y anodinos desperdigados por las calles de la ciudad. Un local sin pretensiones, de esos en los que solo se entra para tomar un café rápido por la mañana, una reparadora caña a mediodía y un solitario cubata nocturno. Poco más. Clientela conocida, ingresos justitos y ninguna ambición. Pero a veces aparecían desconocidos como aquellos dos. Y solían ser un incordio. Ese tipo de clientes nunca se dejaba demasiado dinero y en cambio solía dar bastante lata, ya fuera porque se empeñaban en intentar ligotear con las chicas o montar pelea con los chicos, o en hacer cualquier otra cosa que rompiese la monótona calma de aquel apacible local.

Dolores los ignoraba con la práctica que da haber pasado media vida detrás de la barra de un bar. Los dos tipos no paraban de exigirle que los invitara a una copa y de proponerle que se uniera a ellos, primero a la bebida y luego ya se vería a

qué. Ambos eran bastante corpulentos. Hablaban español con ese acento ruso o ucraniano o lo que sea que resulta un poco cómico porque recuerda a los malos de las primeras películas de James Bond. Un par de tipos con pinta de estibadores de los muelles de San Petersburgo. Gente muy apetecible. La mejor compañía para acabar una velada de sábado.

A Gabo no le preocupaba Dolores. Sabía defenderse. Había sobrevivido ya a mucho en la vida para que una pareja de rusos cocidos a whiskies la amilanasen. Hacía veinte años que llevaba sola el negocio y en ese tiempo era fácil imaginar la multitud de pelmazos con los que habría tenido que lidiar. Dolores no necesitaba caballeros andantes que acudieran a su rescate. Desde que se librara de un marido cabrón con la mano muy larga, el bolsillo muy flojo, un rostro de cemento armado y, gracias a Dios, un cáncer de páncreas que le fulminó antes de los cuarenta, dejándola viuda y propietaria única del bar, no había necesitado de ningún hombre ni para espantar moscones ni para quitarse el frío. Dolores era seria, resistente, desconfiada y noble. No había que preocuparse por ella.

Antes de que lo hartasen por completo, aquellos dos llevaron a Gabo a recordar otra noche, muy lejana ya en el tiempo. La escena era tan parecida que resultaba imposible no acordarse. Una tasca de Elgóibar no mucho más grande que el bar de Dolores y otro par de borrachos, estos vascos en vez de rusos, pero de tamaño semejante. Estaba allí con Javi, el Dandy y Cata. Era cuando ya salían por ahí juntos, superadas las desconfianzas y recelos de las primeras semanas compartiendo piso, durante las cuales más que relacionarse aún se vigilaban unos a otros tratando de decidir de qué pie cojeaba cada uno. Era raro que los cuatro librasen a la vez, así que las pocas veces que ocurría aprovechaban para ir a divertirse un poco, siempre fuera de San Sebastián. Jamás pisaban los bares de la Parte Vieja ni ningún local del barrio de Aiete, donde estaba su piso. No era bueno dejarse ver. Como decía Javi, vivían igual que los malos. Escondidos y tratando de pasar desapercibidos. Una mierda de vida en la que daba igual de qué lado estuvieras, solía decir.

Aquella noche en Elgóibar, a los borrachuzos les dio por Cata. Volvía del baño y caminaba hacia la mesa cuando uno de ellos la cogió por la cintura y le dijo que por qué no se quedaba con ellos un rato. Cata, como Dolores, no se dejó achantar. Sin perder la calma, apartó al tipo de un empujón y se libró de su brazo. Él la llamó zorra y Javi lo oyó y, antes de que pudieran pararle, ya estaba delante de los dos exigiendo una disculpa. Javi era pequeñito y tenía un pronto muy malo. Nunca le importó ni el número ni el tamaño de quienes tuviera

enfrente. Había que andar frenándole para que no fuese peleándose con toda la humanidad. Cuando los dos vascos oyeron su cerrado acento gaditano, se partieron de risa y le dijeron que por qué no les bailaba un poco de flamenco. No hizo falta más. Antes de que pudieran contenerle, Javi ya había tirado a uno de ellos al suelo de un puñetazo y le estaba metiendo los dedos en los ojos al otro mientras le decía que iba a bailar flamenco su puta madre.

Una vez estuvieron en el coche, volviendo ya a San Sebastián, el Dandy le echó una bronca tremenda. Le dijo que en el futuro intentara recordar que estaban allí para cazar terroristas, no para exterminar a todos los vascos de tasca en tasca. Cata se partía de risa y le decía a Javi que había estado estupendo, que él sí que era un hombre con lo que hay que tener y no como los otros dos. Javi no estaba para bromas. Encendió un cigarrillo, dijo malhumorado que a él no le tocaba los huevos ni Dios y se pasó en silencio y enfurruñado el resto del trayecto de vuelta.

Ahora, más de treinta años después, sentado en un taburete frente a la barra del bar de Dolores, Gabo recordaba aquella escena mientras se acababa su tercer cubata de ron de la tarde. Y sonreía. Pensaba que la vida era curiosa. Él siempre había sido más tranquilo que Javi y, en cambio ahora, tantos años después, cuando ya no tenía ni el cuerpo ni el ánimo para bravuconerías, estaba a punto de comportarse como él.

Se obligó a dejar de recordar. En los últimos tiempos pensaba demasiado en el pasado. Cada vez se descubría más a menudo a sí mismo sumiéndose en los recuerdos. Y eso le desagradaba. Nunca le había gustado la nostalgia. No servía para nada. Salvo para pasar de la melancolía al lamento y de ahí al rencor. Una pérdida de tiempo.

Dolores secaba vasos con un paño y ordenaba los estantes tras la barra, preparándose para el cierre, sin dar la menor muestra de oír siquiera lo que aquellos dos le decían. Ya solo quedaban él y el par de rusos en el bar. Aún no tenía claro si aquella noche se subiría con Dolores a su piso o si se volvería a casa. Así llevaban ellos las cosas. Sin normas ni rutinas establecidas. Subiría con ella, que vivía justo encima del bar. Cenarían algo rápido. Un par de lonchas de jamón de York y un pedazo de queso. Luego harían el amor. Y se quedaría allí a dormir. O se marcharía a su casa, dos calles más allá. Y también comería un par de lonchas de jamón de York y un pedazo de queso, y a dormir. Sin sexo. No era algo de lo que hablaran. No lo pactaban o lo debatían de antemano. Tan solo

cuando la noche llegaba a su fin y ella cerraba el bar, ambos sabían ya si esa noche la pasarían juntos o no. Lo sabían sin saber siquiera cómo lo sabían, porque entre ellos no parecían necesarios gestos o palabras para llegar a acuerdos y conclusiones. Mantenían aquella relación que no incluía ni certidumbres ni previsiones desde hacía ya casi dos años, desde aquella primera noche en que ella le sorprendió ofreciéndole que se quedara a tomar una última copa después de que cerrara y, luego, él la había seguido hasta el portal más cercano al bar y después por la escalera hasta el primer piso, donde ella vivía, y por fin hasta la cama, y Dolores se había dejado seguir sin demandas ni preguntas ni necesidad de declaraciones de amor.

Al final, como se veía venir, uno de los rusos se pasó de rosca. Y se acabó de joder la noche. En un momento en que Dolores pasó cerca de ellos, se inclinó sobre la barra, estiró el brazo, la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí pidiéndole «solo un besito».

Gabo agarró con fuerza su copa y se la estrelló en la cara al ruso besucón.

El golpe le tiró al suelo con la frente abierta y chorreando sangre.

El amigo no estaba para líos. Salió corriendo antes aun de que el cuerpo de su compañero hubiese llegado al suelo.

—Pero mira que eres bestia, hombre —le regañó Dolores.

La pareja de municipales apareció diez minutos después. Debió llamarla el ruso a la fuga. Para entonces, el otro estaba ya sentado en una silla, con la camisa teñida por completo de rojo de tanto que sangraba, y Dolores le estaba aplicando hielo envuelto en un paño en el corte de la frente.

Los policías se llevaron a Gabo a la comisaría. Resultaba hasta cómico, pensó. La primera vez que le pegaba a alguien en su vida y acababa detenido. Al menos, le animó pensar que aquel sábado tendría un final diferente a los últimos cien o doscientos sábados de su vida.

Le sacaron del calabozo a las nueve de la mañana. Apenas había pegado ojo y le dolían todos los huesos, pero, sobre todo, le devoraba el mono de tabaco. Fue a buscarle un agente jovencito y, por la manera en que le miró cuando abrió la puerta, Gabo supo que ya le habían dicho quién era él. Había en su mirada una delatora mezcla de compasión y respeto. Por un lado, le sorprendía que aquel

hombre ya entrado en años que estaba tumbado en el jergón donde solían pasar la noche del sábado drogas y navajeros de medio pelo fuera no solo un comisario retirado, sino, además, toda una leyenda de la lucha antiterrorista y blablablá, y por otro, al verle allí, con la ropa y la cara hechas un guiñapo, saltaba a la vista que el muchacho se estaba preguntando cómo era posible que la leyenda de la lucha antiterrorista y blablablá hubiese acabado así.

El chico se mostró educadamente sumiso.

—Acompáñeme, por favor, comisario —le dijo.

—Yo ya no soy comisario, chaval —le gruñó Gabo.

Le llevó hasta una sala de interrogatorios, uno de esos cuartuchos sin ventanas y con una mesa y un par de sillas como único mobiliario. Antes de que el joven policía se marchara, Gabo le preguntó si tendría un cigarrillo, Ducados a ser posible. El chico le dijo que allí estaba prohibido fumar y Gabo le despidió con un «será posible...».

Cinco minutos después, Sixto Aldama entró en la sala. Sixto Aldama, comisario general de Información. Enjuto y con cara de bueno. Parecía frágil y vulnerable. Mera apariencia. Uno no llega a comisario general si es frágil y vulnerable. Bajo sus maneras pausadas, su aparente timidez, sus ojillos hundidos de mirada esquiva y su sonrisa siempre a medio asomar, se escondía un tipo tan astuto como ambicioso que siempre había tenido claro qué quería conseguir y cómo conseguirlo. Por eso había llegado hasta donde estaba. Un largo recorrido desde los años en que Gabo y él fueran compañeros en la Escuela de la Policía de la calle Miguel Ángel de Madrid. Dos jóvenes aspirantes a policía que soñaban con acabar con la maldad en el mundo, como todos los que entraban en la Escuela derrochando vocación. Se habían incorporado a la vez a los Grupos AT, primer destino profesional para ambos. Aquellos grupos, de reciente creación, eran el primer intento de la Policía de crear unidades especializadas en la lucha antiterrorista. Si uno quería acabar con la maldad en el mundo, aquel era el mejor destino para ello a mediados de los 70. Fue Aldama quien le dio la idea a Gabo y quien le convenció para que se presentaran voluntarios para ir al País Vasco. A Gabo le destinaron al grupo de San Sebastián, a Sixto al de Vitoria. Pero este no duró mucho en aquel primer destino. Se fue pronto a Madrid. Aldama descubrió deprisa que lo que de verdad le gustaba no era pasarse las horas metido en un coche siguiendo a alguien, que se manejaba mejor en los

pulsos por el mando en plaza y las conspiraciones de despacho, y que además tenía un talento natural para camelarse a los superiores. A Gabo le gustaba más pisar la calle y no era bueno obedeciendo. Quizá por eso Sixto Aldama era ahora comisario general y Gabo era un policía retirado.

—Odio que me hagan trabajar un domingo por la mañana —fue el saludo, sonriente aunque cauto, del comisario general.

Gabo no ocultó su sorpresa al verle.

—¿Ahora te ocupas de las peleas de las noches de sábado? —se burló—. Los cargos ya no son lo que eran...

Aldama se metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Sacó un paquete de Ducados y un mechero y los dejó sobre la mesa. Gabo sonrió. Le conocía bien. Antes de que Aldama se hubiese sentado en una de las sillas, Gabo ya había encendido un cigarrillo.

—Tienes buen aspecto —le dijo el comisario general.

—Ninguno de los dos somos ya unos niños.

Una vez hubo calmado el mono con una sucesión de intensas caladas, Gabo pasó su atención del tabaco al comisario general. Le observó con curiosidad. Aldama no tenía por qué estar allí. Hacía muchos años que no se veían. Y hacía mucho, muchísimo, que no eran tan amigos como para que acudiera a interesarse por él.

Aldama advirtió esa curiosidad en la mirada de Gabo, pero eso no le hizo abandonar el tono reposado.

—¿Una pelea en un garito? ¿De verdad? ¿Para eso hemos quedado?

—No. Para eso he quedado yo. Tú no. Tú eres comisario general. Eso es la leche. Siempre supe que llegarías, Sixto...

—No te burles, Gabo.

—Para nada. Te admiro. Lo digo en serio. Sabes que siempre te he admirado. Estás donde debes estar, y estoy seguro de que lo haces mejor que nadie.

—Siempre me echaste en cara el ser uno de ellos. Ya sabes: un poli pisamoquetas, como les llamábamos cuando empezamos...

—¡Bah! Tonterías de niños...

Aldama se echó hacia atrás en la silla y suspiró. Un suspiro de alivio. Gabo no parecía tener ganas de guerra. Eso facilitaría las cosas.

—¿Qué haces tú? —le preguntó—. ¿A qué te dedicas?

—Cubro la pensión. Y después me la gasto.

Sixto le miró a los ojos.

—¿Lo echas de menos?

Gabo huyó de su mirada.

—Ni un solo segundo, comisario general.

Hubo un silencio. Fin del prólogo. Los dos se habían medido, habían dejado claro que, más allá de un soportable sarcasmo, ninguno de ellos iba a desatar hostilidades, habían mostrado la cortesía suficiente para dos antiguos amigos que hacía mucho que habían dejado de serlo y ya no era necesario perder más tiempo en formalidades.

Aldama volvió a meter la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Esta vez sacó una fotografía. Se la tendió a Gabo. Este la cogió, la miró y, aunque en su rostro no apareció expresión alguna, al comisario general no se le escapó el ligero temblor de la foto en sus manos.

—¿Le reconoces?

—Joder, claro.

—Está en Madrid.

Gabo levantó los ojos y le miró. Y el comisario general sonrió para sus adentros al ver aún escondido en su mirada al policía que negaba ser.

—¿Aquí? ¿Qué hace este aquí?

—Eso es lo que nos gustaría saber.

Gabo volvió a mirar la fotografía. Estaba tomada desde cierta distancia. El tipo estaba subiendo a un coche o saliendo de él. Llevaba una gorra. El pelo y la barba descuidada eran ahora canosos. Pero no cabía duda de quién era. Y volver a verle hizo que a Gabo se le encogieran las tripas.

—La última vez que supe de él estaba en Venezuela. Habían rechazado la extradición. Otra vez.

—Después se fue a Colombia. Le tenemos más o menos localizado allí. Ha llevado una vida tranquila durante estos años. Tan solo algunas amistades poco recomendables. Tipos con alguna relación con el narco o la guerrilla... Pero nada realmente significativo.

Gabo encendió otro cigarrillo. Dejó la foto en la mesa delante de él. Pero su mirada regresaba continuamente a ella como si le atrajese un hechizo.

—¿Y terrorismo?

—Difícil de saber. Desde luego, no con la banda. Los que quedan son cuatro matados que no le interesarían nada. No perdería un segundo con ellos. Él es un histórico. Alto standing. Nada que ver con los macarrillas de medio pelo que quedan en Francia. Harri se ha hecho mayor. Como todos. Ya no está para causas perdidas. En realidad, desde que pasó por Santo Domingo le empezaron a gustar más el sol y la playa que los zulos.

—¿Y para qué ha venido a Madrid?

—Eso es lo que aún no sabemos. Llegó hace un par de semanas. Documentación falsa. Una habitación en un discreto hotelito de Embajadores. Deja pasar los días deambulando por el barrio. Nada llamativo. Juega al billar. Esa parece ser su única ocupación. Eso es precisamente lo que resulta llamativo. Nadie vuelve de un cómodo exilio caribeño para pasarse los días metido en una sala de billares de Embajadores.

—Detenedle.

Aldama sonrió con tristeza.

—No podemos. No hay causas contra él. Algunas prescribieron. Otras no se pudieron probar. En realidad, es un hombre libre, Gabo.

—Hay que joderse...

—No tengo ningún motivo para ponerle siquiera un dispositivo. No se me sostendría una investigación oficial. Pero tú y yo le conocemos, Gabo, y este hijo de puta no ha venido para hacer turismo.

Aldama clavó su mirada en Gabo con una cierta solemnidad. Pero este se echó hacia atrás en su silla y recuperó una sonrisa que marcaba distancias y dio una larga calada a su cigarrillo antes de decir con un cierto desdén en el tono:

—Pues muy interesante todo, comisario. Pero no sé por qué has venido hasta aquí para contarme esto.

Aldama también sonrió. Gabo había abandonado el tono de policía. Pero la foto seguía delante de él en la mesa y sus ojos volvían a bajar de manera recurrente hacia ella.

—No he venido para contarte nada, Gabo —le dijo, esforzándose en sonar amistoso—. He venido para advertirte de que, después de lo de anoche, te consideramos un objetivo violento, peligroso y prioritario.

Los dos rieron.

—Que te jodan —dijo Gabo.

—Quiero que averigües por qué ha vuelto.

Las sonrisas de ambos desaparecieron a la vez. El comisario general se limitó a esperar. Gabo se encogió de hombros y meneó la cabeza con desgana.

—Te recuerdo que yo ya no soy un policía en activo...

—Tú serás un policía en activo hasta el día que te mueras.

—¿Eso pretende ser un piropo?

—O una maldición. Como prefieras verlo.

Gabo siguió fumando su segundo cigarrillo consecutivo. Sin prisa. Sin ansia. Manteniendo el humo dentro de los pulmones y dejándolo luego salir despacio por la boca entreabierta. Siempre había sido un fumador compulsivo. Había renunciado a muchas cosas en su vida. Pero jamás habría renunciado al tabaco.

Aldama esperó, le dio su tiempo antes de volver a hablar.

—No quiero establecer ningún seguimiento oficial. No puedo hacer nada que conste en ningún sitio. Los de arriba se ponen muy nerviosos con todo lo relacionado con la banda. Ya no les interesa. Solo les parece un riesgo de meter la pata. Las cosas son así ahora. Ya no se ganan ni medallas ni votos con esto. Al revés. La gente ya no quiere ni oír hablar de ello y ningún político quiere ser el aguafiestas que resucite al muerto en los medios. Si se enteran de que dedico gente o recursos a seguir a una vieja gloria como Harri, me lo pararán al momento. Solo he informado personalmente al ministro. Y está de acuerdo en esta vía, en que te lo pidamos a ti.

Gabo asintió comprensivo. Malditos políticos. Sabía cómo funcionaban. Éxitos inmediatos y seguros. Nada de trabajar a largo plazo. Y mucho menos, correr riesgos. A algunos, un mal titular les dolía más que el abrazo de un niño huérfano.

—No voy a ponerme a hacer un seguimiento a estas alturas de mi vida. No cuentas conmigo. Que le jodan a Harri. Sea lo que sea para lo que haya venido a Madrid, que le vayan dando. Ya no es asunto mío.

Aldama sonrió. Cuando sonreía se le ponía cara de niño bueno, de no haber roto jamás un plato.

—¿De verdad? —le dijo a Gabo con una suave ironía—. ¿De verdad no irías a por él si pudieras?

Gabo se echó hacia adelante en la silla, apoyó los brazos en la mesa y copió su mismo tono al decir:

—Los que tenéis que ir a por él sois la Policía. Yo solo soy un ciudadano de a pie.

Aldama asintió como si aceptase que se merecía aquella réplica.

—Piénsatelo, Gabo. Yo te pongo los medios, te cubro los gastos, lo que necesites... Sabes que solo tú puedes averiguar por qué ha vuelto.

—¿Intentas halagarme otra vez, comisario? —se rio Gabo.

El comisario general negó con la cabeza con cierta pesadumbre.

—Los chicos que tengo ahora no conocen ese mundo. Son de otra generación. Solo saben buscar yihadistas por internet.

Aquella frase hizo sonreír a Gabo. Hubo un tiempo, cuando aún eran amigos y todavía no se alzaba entre ellos un insalvable muro de desencuentros y discrepancias, en que podían perder horas en una discusión que, vista ahora, resultaba un debate estéril. Cada vez que estaban juntos un rato se acababan enzarzando en discutir si en la lucha antiterrorista debía primar la labor de inteligencia, todo lo que era análisis de datos y estudio de pautas y recopilación de evidencias y cruce de estadísticas, como defendía Aldama, o el trabajo de información, que era más de campo, más de acción, más de la vieja escuela, en la que se perseguía a los malos a golpe de seguimientos, registros o interrogatorios, como mantenía Gabo. El debate no era un mero duelo de ideas, sino que tenía decisivas consecuencias prácticas. Los recursos humanos y materiales debían ponerse más en una u otra área, según lo que se optase por primar. Eran capaces de discutir días enteros sobre aquello. Pero en la práctica, Aldama y otros polis de despacho como él, esos a los que Gabo y sus amigos llamaban pisamoquetas, fueron copando los puestos de mando e imponiendo sus criterios, y los polis de información como Gabo fueron convirtiéndose en tipos pintorescos, en general poco obedientes, siempre quejosos por la falta de medios y de una rentabilidad discutible a los ojos de unos mandos que apostaban por las labores de inteligencia. Aldama fue ascendiendo y sus caminos profesionales se siguieron cruzando y repitieron una y mil veces aquella misma discusión. Hasta aquel día de lluvia en el cementerio.

Aldama era ya un mando en la Brigada Central de Información. Gabo aún estaba en el Grupo AT de San Sebastián. Era una mañana gris. Caía una lluvia fina pero puñetera. Una fosa abierta esperaba al féretro.

Ahí dentro es donde acaban los policías que trabajan en la calle mientras otros ganan las guerras en los despachos, le había dicho Gabo.

Aldama no contestó. Nunca más volvieron a tener aquellas discusiones teóricas y

su amistad nunca se recuperó de aquel instante.

—No voy a volver, comisario —le dijo ahora Gabo—. Ya libré todas las batallas que me correspondían. Y perdí la mayoría, por cierto.

—¿Y no te gustaría ganar al menos esta al final?

Aldama se sacó del bolsillo una tarjeta y la dejó en la mesa, junto a la fotografía.

—Ahí tienes la dirección del salón de billares que suele frecuentar y del hotel donde se aloja. El teléfono que te he apuntado es mi móvil personal.

Gabo cogió la tarjeta, le echó un rápido vistazo, más por mostrar cortesía que interés, y volvió a dejarla sobre la mesa.

—Pierdes el tiempo.

Sixto Aldama se levantó.

—Lo sé.

Fue hacia la puerta, pero, antes de abrirla, dio un paso atrás. Se detuvo al lado de la mesa y cogió de esta el mechero y el paquete de Ducados.

—Aquí está prohibido fumar.

Salió por fin y, en cuanto se quedó solo, Gabo volvió a coger la fotografía y a observar al hombre que aparecía en ella.

Harri había sido su fijación. No pasaba siempre, pero les ocurría a muchos. Era como un maldito síndrome. Perseguías a decenas de terroristas durante años, a unos los acababas deteniendo y a otros no, pero de entre todos ellos, había uno que se convertía en lo que entre los compañeros llamaban la fijación. Por el motivo que fuera en cada caso, un terrorista concreto se convertía en tu fijación y ya no te lo quitabas de la cabeza hasta que caía. Harri había sido la fijación de Gabo. En su caso, al menos, era algo lógico.

Pero también había sido su gran frustración. Su gran fracaso. Nunca logró detenerle. Sus vidas se habían ido encontrando una y otra vez a lo largo de los años. Pero se le resistió hasta el final. Sixto Aldama lo sabía y por eso ahora

quería utilizarle. Los polis no solían confesar quién era su fijación. Era visto como una muestra de debilidad. Uno tenía que ir a por todos los malos, sin distinciones ni preferencias. Y obsesionarse solo con uno era considerado un defecto, una falta de profesionalidad, un flanco que te hacía vulnerable. Pero todos sabían lo que Gabo tenía con Harri. Y en su caso, lo respetaban. No era para menos. Lo suyo no daba para burlas. Ahí estaba el propio Javi. También había tenido una fijación. Bastante chusca. La de Javi fue una mala de medio pelo, una chica que hacía la muga, que colaboraba con la banda haciendo de correo, trayendo y llevando correspondencia y documentos entre el País Vasco y Francia. Javi se había acostado con ella. La había conocido en las fiestas de Hernani y habían pasado la noche juntos sin saber cada uno a qué se dedicaba el otro. La reconoció poco después repasando fichas policiales. Cometió el error de contarles a los demás que se había cepillado a aquella borroka y el cachondeo duró meses. Que si la chica debía haberse pasado ya a Francia para no volver a caer en el mismo error de tirarse a Javi. Que si les había llegado que ella iba diciendo que no había color entre cepillarse a un guardia civil o a un poli. Que si la banda la asesinaría por no ser propio de una vasca de pro hacérselo con un gaditano retaco. Todas las gracias imaginables. Y cuando una noche le dijeron a Javi que la habían detenido en Irún, este se plantó en la comisaría y lo único que le exigió a la chica fue que confesara delante de sus interrogadores que se lo había pasado en grande durante su encuentro. Una vez que lo admitió, Javi se largó muy ufano del interrogatorio y dio por superada su fijación.

Entre los policías dedicados a la lucha contra el terrorismo, más allá del dolor, la rabia, el sacrificio o la frustración que formaban parte de su vida diaria, había una enorme cantidad de historias así. Absurdas. Cómicas. Difíciles de creer. Pero ciertas. Como el origen de aquella vez que Gabo tuvo la mejor oportunidad de atrapar a Harri. Una de esas casualidades inconcebibles. Un cruce de fijaciones.

Había ocurrido al principio del otoño del 81. Para entonces, Gabo ya había dejado los Grupos AT. Estaba destinado en Madrid. Dentro de la Brigada Central de Información, formaba parte del grupo dedicado en exclusiva a la búsqueda del Comando Madrid. Hacía ya siete años que había tenido lugar el atentado de la calle del Correo, cuando estalló una bomba en la cafetería Rolando, cerca de la Puerta del Sol, matando a trece personas e hiriendo a más de cincuenta. Desde entonces, los terroristas habían seguido actuando periódicamente en la ciudad. Pero solo ahora se tenía la certeza de que la banda quería trasladar del País Vasco a la capital el foco de sus acciones criminales. A principios de aquel año, unos polis que hacían su patrulla ordinaria en su coche zeta habían dado el alto a

un par de tipos que les habían despertado sospechas en la Carrera de San Jerónimo, frente a las Cortes. Los dos hombres sacaron al instante sus armas y hubo un tiroteo. Los acabaron deteniendo. Eran de la banda, y de sus interrogatorios se dedujo que esta estaba montando toda una infraestructura de medios y personas en Madrid. Querían que sus acciones criminales fuesen más espectaculares, más sanguinarias que el habitual asesinato de uno en uno. La banda quería dar un paso adelante, en su brutalidad y en su repercusión, y Madrid era el lugar imprescindible para ello, así que se había reforzado el personal de la Brigada Central y se había traído del País Vasco a policías ya curtidos como Gabo.

En aquella época estaba a las órdenes de Toni Pazos, un comisario incansable y agotador, capaz de trabajar las veinticuatro horas del día y cuyo concepto del descanso era llevarse a sus subordinados a algún garito a vaciar botellas de whisky mientras seguían dándoles vueltas a los asuntos de trabajo hasta las tantas. A Gabo le desesperaba tanto como le admiraba. Pazos no le daba un respiro. Vivía sumergido en una actividad constante, obsesionado con repasar una y otra vez los documentos que se hubieran incautado en algún operativo o las transcripciones de interrogatorios, tratando de encontrar en aquellas pilas de papeles cualquier dato que se les hubiese pasado por alto, un nombre mencionado de pasada o alguna dirección, lo que fuera que permitiera abrir alguna línea nueva de investigación. No estaban obteniendo resultados. Llevaban meses de sequía. Ni una sola detención importante. Ninguna pista sólida, ningún hilo que llevara a parte alguna. Nada. Y eso apenas unos meses después de que los malos hubiesen marcado en 1980 su cifra más alta de muertes en un solo año. Era una época desesperante.

Una mañana muy temprano, un poli de la Brigada llamado Pando caminaba por la calle Orense. Estaba fuera de servicio. Acababa de dejar a su hijo en el colegio y no iba atento a la gente con la que se cruzaba. Pero un tipo pasó a su lado y su cerebro se encendió como un resorte y al instante reconoció aquel rostro. Ese hombre era su fijación, un veterano asesino de la banda. Llevaba años queriendo darle caza. Y de pronto se cruzaba sin más con él por la calle. Tan cierto como imposible de creer. Ni operativos, ni seguimientos, ni interrogatorios ni nada. El azar más impensable. Una posibilidad entre un millón, entre cuarenta millones, a saber.

Pando se giró, echó a correr y se abalanzó sobre él en un perfecto placaje. Ambos rodaron por el suelo. El terrorista se revolvió y empezó a gritar con

exageración mientras Pando trataba de inmovilizarle. El policía comprendió lo que buscaba con aquellos gritos. Eran gritos de alerta. En pleno forcejeo, Pando advirtió que su presa lanzaba miradas a un punto concreto. Siguió su mirada y vio, detenido en la acera de enfrente, contemplando su pelea, a Harri. También reconoció a este. Los agentes de la Brigada se pasaban horas y horas estudiando fotografías. Memorizar rostros de terroristas formaba parte de su trabajo. Algo tan aburrido como útil.

Al darse cuenta de que el policía se fijaba en él, Harri echó a correr. Pero aunque uno de los dos terroristas se escapara, algo inevitable en aquellas circunstancias, Pando estaba exultante: había capturado de la manera más inverosímil a su fijación.

Aquel inaudito golpe de suerte sería el primer palo que lograban darle al Comando Madrid. Aún habrían de pasar unos cuantos años y, lo que fue peor, aún habrían de tener lugar masacres terribles antes de que acabaran con aquel grupo de asesinos. Y aquel incidente fue el que dio origen a la mejor oportunidad que tuvo Gabo de capturar a Harri.

En aquel momento, en la Brigada ni siquiera estaban seguros de quién integraba el comando establecido en Madrid. El terrorista de la calle Orense, como Harri, resultó no ser directamente un miembro del comando, sino que formaba parte de un talde de apoyo a este. Gabo se incorporó a su interrogatorio aquella misma mañana. Como era habitual en los detenidos de la banda, que perdían la valentía en cuanto cruzaban las puertas de una comisaría, una vez capturado no tardó en cantar. Del interrogatorio surgieron dos direcciones: un bar del barrio de Malasaña conocido por ser centro de reunión de aspirantes a literatos y un piso de estudiantes alquilado por una chica en la plaza de los Cubos. Se suponía que ambos lugares eran frecuentados por los miembros de la banda. Se decidió establecer al instante vigilancias en los dos. A Gabo le tocó el piso de estudiantes.

Si en algo era experto Gabo era en hacer vigilancias. Llevaba años haciéndolas en San Sebastián. Podía aguantar horas sentado en un coche observando una puerta o una ventana o lo que tocara. Y así lo hizo también esa vez. Se pasó las siguientes veinticuatro horas vigilando el portal del edificio. Sus compañeros se fueron turnando, pero él se negó a ser relevado. Si Harri aparecía por allí, no quería que sucediese sin estar él vigilando. La sola posibilidad de que pudiera aparecer frente a él, tras cinco años sin tener la menor pista sobre su paradero, le

quitaba cualquier atisbo de cansancio.

Pero no pasó nada. Los compañeros empezaron a perder el interés. Consultaron a Toni Pazos. El jefe les dijo que quizá debían desmontar la vigilancia, que después de lo ocurrido en la calle Orense probablemente Harri se había ido ya de la ciudad. Gabo se negó. Le llamó. Pazos y él se entendían bien, a pesar de que eran radicalmente opuestos. Gabo era serio y reservado, Pazos era extrovertido hasta el agotamiento. Pazos tenía una fe ciega en sí mismo, en una intuición que había desarrollado tras dedicar años de estudio obsesivo a la banda y sus pautas de comportamiento. Gabo creía más en el método, en la frialdad objetiva de las evidencias. Pero aquella vez optó por la intuición. Y esta le decía que debían mantener la vigilancia. Su jefe aceptó de mala gana. Le dio seis horas más.

Entrada ya la noche, un hombre atravesó la plaza de los Cubos en dirección al portal. Gabo no dudó. También él se conocía de memoria las fotos de los malos. Aquel tipo era un miembro de la banda fichado. Gabo se alejó a un rincón discreto, sacó el pocket, el pequeño transmisor que usaban los polis para comunicarse entre ellos, y pasó la información. Pazos dio orden de intervenir al instante. Dos furgonetas del GEO salieron en dirección a la plaza.

Gabo subió al piso con los geos. El subinspector que le acompañaba en la vigilancia, un chico tan agradable como inexperto llamado Lorenzo, se quedó en el portal. Asaltaron el piso y detuvieron al terrorista que habían visto llegar y a la falsa estudiante que tenía el piso alquilado. Rápido y sin problema. Los malos no se resistían demasiado cuando se sabían perdidos. Todo parecía perfecto. Pero no lo fue.

Mientras Gabo y los geos entraban en el piso y detenían a la pareja, Lorenzo había dado el alto a otro tipo que apareció por el portal. El hombre se mostró tranquilo. Le enseñó el DNI y le dijo que iba a casa de su madre, con la que estaba pasando unos días porque la suya estaba de obras. Sonó tranquilo. Natural y creíble. Lorenzo le dejó pasar sin más. El tipo se escondería donde fuera o saldría como pudo del edificio al ver lo que estaba ocurriendo. En cuanto Lorenzo le comentó de pasada a Gabo aquel encuentro mientras regresaban a las oficinas del grupo en la Puerta del Sol, este estuvo seguro de lo que había ocurrido.

Gabo ignoró a Pazos y a los compañeros que se le acercaron para felicitarle por la detención. Fue hasta su mesa, sacó la ficha de un cajón y se la mostró a

Lorenzo.

—Era este, ¿verdad?

Lorenzo cogió la ficha de Harri, la miró y palideció.

Gabo no volvió a hablar nunca más con Lorenzo, y Pazos supo, sin necesidad de que se lo dijera, que no debía ponerlos juntos nunca más en un mismo servicio.

Aquella fue la última vez que Gabo estuvo a punto de capturar a Harri. Volverían a verse. Pero una ocasión como aquella no volvió a presentarse.

Y ahora le tenía de nuevo ante él. En una fotografía. Otra vez apareciendo en su vida. Décadas de fijación. La banda prácticamente no existía ya. La pesadilla de los atentados y las muertes era ya cosa del pasado. Nadie estaba ya interesado en todo aquello.

Pero aquella mañana de domingo llevaba en el bolsillo, mientras regresaba caminando a casa tras pasar una noche en el calabozo, la fotografía de su eterna fijación.

Dolores abrió la puerta.

—Soy un hombre libre. He cumplido mi condena.

Ella sonrió.

—Me has decepcionado. Esperaba que te fugaras.

Gabo le preguntó si le invitaba a desayunar. Tras una etapa tan larga en prisión, bromeó, necesitaba volver a sentir el calor de un hogar, y el piso de ella era lo más parecido que conocía a un hogar. Sin pretenderlo, halagó a Dolores.

Le preparó un café. Gabo se lo tomó de pie en la cocina. En silencio. Mirándola. A veces, cuando la observaba, Gabo solía pensar que, aunque no era ni guapa ni fea, si le hubiese interesado arreglarse un poco, podría resultar deslumbrante, hasta llamativa, porque era alta y delgada y tenía unos ojos de mirada un poco triste que te atrapaban y una lucida media melena de un agradable color pajizo. Pero siempre iba con vaqueros sueltos y sudadera y el pelo recogido en una coleta, como si pusiera un empeño deliberado en no resaltar ningún aspecto

femenino, en dejar bien claro que nada le interesaba menos que la coquetería. Sonreía aún menos a menudo que él, pero a Gabo le parecía divertida.

—Dolores, ¿tú piensas mucho en el pasado?

Se lo preguntó a su espalda, mientras ella metía una jarrita de leche en el microondas. Ella tardó en contestar. Lo hizo sin siquiera mirarle.

—El pasado está demasiado lejos para acordarse de él.

Le tendió el vaso con el café y le dedicó una escueta sonrisa, con bastante probabilidad el mayor gesto de ternura que iba a recibir de ella aquella mañana.

—Voy a vestirme.

—¿Te apetece que lo hagamos?

—Comprendo tus ganas tras tanto tiempo en prisión, pero tengo otras cosas que hacer.

Gabo asintió con comprensiva resignación. Ella se fue de la cocina y él permaneció allí. Cuando se hubo quedado solo, echó mano del bolsillo para volver a observar la fotografía. Pero no llegó a cogerla. No, no quería pensar en ello ni un solo segundo más.

Optó por sacar el tabaco y encender un cigarrillo.

El hotel Alpes era un establecimiento mediano en tamaño y en calidad, carente de cualquier rasgo distintivo que lo pudiera diferenciar del resto de los hoteles de tres estrellas de la ciudad. Uno de esos hoteles para turistas austeros y viajeros sin motivación. Desde luego, un hotel que nadie procedente de un paraíso caribeño elegiría para disfrutar de unas vacaciones prolongadas en Madrid. A poco más de doscientos metros estaba el Salón de Billares Ruiz, un sombrío local en el que, nada más atravesar el angosto pasillo de entrada, uno sentía como si hubiese viajado a un limbo temporal indefinido y triste. En la sala, de pobre iluminación, sus seis mesas de billar tenían pinta de ser las mismas desde los remotos días en que abrió, sin que nadie se hubiese ocupado nunca de cambiarles el descolorido tapiz o volverlas a barnizar. Hasta el polvo que flotaba en el aire parecía llevar décadas allí estancado. Igual que sus escasos clientes, hombres que jugaban o se veían jugar unos a otros con melancólica desgana y que parecían haber envejecido sin salir nunca de allí. El sonido de las bolas al chocar hacía eco en aquel local donde nadie se molestaba en entablar conversación más allá de emitir breves y solitarios gruñidos de satisfacción o de rabia después de alguna jugada según hubiese salido el intento de carambola. No era que en aquel lugar no pareciesen pasar las horas ni los días. Era como si la vida entera hubiese decidido pasar de largo por aquel salón.

Gabo tardó tres días desde que se vio con Sixto Aldama en acercarse a echar un vistazo al hotel y a los billares. Pasó dos días jurándose a sí mismo que no lo haría, y la mañana del tercero entró en la recepción del hotel Alpes con el pretexto de preguntarle a un joven conserje el precio de una habitación y si hacían descuento por estancias de larga duración. Fue después a los billares, pagó por una mesa al abuelo que se ocupaba de aquel negocio tan mortecino como él mismo y estuvo jugando un buen rato, tratando de recordar cómo se cogía el palo y se golpeaba, algo que no había vuelto a hacer desde que dejara el instituto, sin que apareciese ningún otro jugador a aquella hora tan temprana. Luego recorrió varias veces el trayecto hasta el hotel familiarizándose con la zona y observando rostros.

Estaba preparando una vigilancia y solo darse cuenta de que lo estaba haciendo le ponía de mal humor.

Había realizado aquella rutina cientos de veces. Aquella había sido su principal tarea durante los cuatro años que había pasado en San Sebastián tras salir de la Escuela. Las tronchas, que era como llamaban a los seguimientos. Te daban un nombre o una fotografía y una dirección. Poco más. Y a partir de ahí, te pasabas las horas siguiendo a alguien, aprendiéndote su vida al detalle, conociendo sus hábitos, a las personas que más trataba y los sitios a los que solía ir mejor que él mismo. Esperando que hiciese algo fuera de lo normal, que fuese a algún lugar o se viese con alguien alterando sus rutinas habituales y así te confirmase que tenía alguna relación con la banda, o que simplemente te enlazase con otro hilo del que tirar, en una cadena interminable. Era una labor tediosa. Nunca sabías cuánto podía durar cada jornada vigilando a un sospechoso ni a dónde te podía llevar. Para complicar aún más las cosas, en aquella época era frecuente que muchos de aquellos chicos y chicas a los que seguían cruzasen la frontera. El sur de Francia estaba hasta arriba de miembros de la banda. Todos los jefes de mayor o menor rango vivían allí. Los terroristas aún tenían la condición de refugiados políticos. Intocables. En cuanto algún aprendiz de terrorista se sabía vigilado o se sentía en riesgo de ser detenido, cruzaba la frontera y allí se quedaba. A gusto y calentito, inalcanzable para los polis españoles. Si entrabas en el país y te identificaban como poli, podías generar un grave problema político, y por tanto, crearte un problema personal aún más grave con tus jefes. Cuando a alguien instalado en Francia le tocaba cometer un crimen en España, cruzaba sin problema, mataba o hacía lo que tuviese que hacer y se volvía antes de la hora de cenar a San Juan de Luz o a Bayona o a donde fuera, ciudades donde uno podía toparse con asesinos fichados paseando tranquilamente por la calle. Los correos, chicos y chicas que colaboraban desinteresadamente con la banda, les traían y llevaban lo que hiciera falta, ya fuera la correspondencia con la familia de la que se habían separado a los de allí o instrucciones escritas de los jefes a los de este lado. Entre unas cosas y otras, en la frontera había un trasiego constante de malos. Pero si un policía estaba siguiendo a alguien y este cruzaba la frontera, tenía que detenerse y dejarle ir. A esperar su regreso. Los fines de semana eran lo peor, porque los correos aprovechaban que no tenían que trabajar para ir y venir. Era frecuente que Gabo y sus compañeros siguiesen a alguien hasta Hendaya y tuviesen que quedarse a este lado de la frontera esperando su regreso hasta el domingo por la tarde, en que el sospechoso reaparecía para volverse a casa y continuar con su vida legal. Aquello era desesperante. Solo lo empeoraba las veces que el vigilado iniciaba un viaje y ni siquiera sabías a dónde iba. De pronto, cogía un coche y se largaba, y no te quedaba más remedio que seguirle sin saber ni la distancia ni el destino. Arrancabas y allá te ibas tras él. Con lo puesto. A veces, durante cientos de kilómetros. No le abandonabas porque sabías que, si hacía eso, era más que

probable que tuviese alguna relación con la banda y fuese a verse con otros miembros en cualquier lugar de España. Los viajes largos eran una paliza aunque, al menos, a diferencia de los cruces a Francia, solían tener su recompensa. Pero, por lo general, la mayoría de los seguimientos eran una tarea en extremo tediosa que no reportaba beneficio alguno. No había mayor sensación de pérdida de tiempo que una troncha fallida. Uno se desesperaba cuando confirmaba que el chivatazo o la pista no conducían a nada porque se había pasado varios días tras un don nadie cuya única vinculación con la causa terrorista era, como mucho, que le gustaba pasar los fines de semana yendo a las manifiestas que se montaban en el centro de San Sebastián, a quemar papeleras y autobuses y romper escaparates de sucursales de banco y sentirse así un revolucionario porque hacía el salvaje arropado por otros cientos de cafres como él.

Pero también estaban las veces en que ocurría. Cuando seguías a alguien y descubrías que no era un mindundi irrelevante, que era alguien al que merecía la pena seguir. Eso compensaba todas las decepciones. Le dabas cuerda para ver hasta dónde o hasta quién te podía llevar. Y cuando considerabas que ya le habías sacado todo el jugo, le detenías y le hacías hablar, y te sentías como Dios porque todas las horas pasadas sentado en un coche frente al portal de su casa o su lugar de trabajo o la taberna a donde iba a potear con sus amigos habían compensado.

Los años haciendo tronchas habían moldeado el carácter de Gabo, enseñándole a tener una paciencia infinita. Había que buscarse un entretenimiento para cuando el vigilado no se movía. Él solía escuchar música. En los primeros tiempos, durante las horas muertas se dedicaba a leer. Sobre todo, libros relacionados con la historia del País Vasco. Las guerras carlistas, Sabino Arana, la Segunda República, la Guerra Civil... Intentaba comprender. Buscaba el origen, una explicación, una línea causal que le ofreciese algún tipo de justificación a aquella locura asesina. Hasta que comprendió que se estaba empeñando en una tarea absurda y estéril. Nada podía justificar la furia colectiva de aquellas jaurías de jóvenes que dedicaban su tiempo libre a recorrer las calles destruyendo cuanto encontraban en su camino mientras reclamaban la vuelta a un mundo imaginario que consideraban que alguien en algún momento de la historia les había arrebatado. Ni mucho menos aquella otra furia individual que llevaba a algunos de aquellos chicos a disparar a una nuca o a colocar un explosivo en los bajos de un coche como si cada muerte fuera un paso adelante hacia una tierra prometida. Desistió. Dejó las lecturas y se acostumbró a entretenerse escuchando

música. Si le tocaba elegir a él, ponía en el casete del coche cintas de Cat Stevens y Pink Floyd. Otras veces elegían sus compañeros. El peor era Javi. Cuando compartían servicio, a Gabo no le quedaba más remedio que escuchar a Los Chichos. Y soportar el olor dulzón de sus porros, que al final te acababan colocando por más que le obligases a bajar la ventanilla y a expulsar por ella el humo. No soportaba tener a Javi de compañero de troncha. Y eso que a veces hasta le divertían sus pésimos chistes, en los que siempre había un francés, un inglés, un italiano y un lepero, y que te contaba en una retahíla incesante en cuanto estaba fumado. Cata, la buenaza de Catalina, era mucho mejor compañía. Había sido la última en llegar al piso, solo unos meses después que Gabo. Primera promoción con mujeres del Cuerpo General de Policía. Una maravilla tenerla de compañera en una troncha en comparación con Javi. Escuchaba a Mocedades y dedicaba las horas muertas a estudiar vasco, convencida de que dominar aquel idioma endiablado le acabaría sirviendo para ser más eficaz. Pero el mejor compañero era el Dandy. Hasta para escuchar música era de unas maneras exquisitas. No usaba el casete del coche. Se colocaba unos cascos, encendía su walkman y escuchaba a Bach y a Vivaldi y no daba ninguna lata. Los polis solían decir que compartir una troncha era como tener una relación de pareja. A veces reforzaba tus lazos con la otra persona, a veces terminabas queriendo matarla.

Como si de uno de sus operativos de entonces se tratara, Gabo siguió ahora el protocolo habitual. Identificación del espacio. Reconocimiento de vecinos para descartar el interés por rostros habituales. Familiaridad con las rutas. Elección de puntos de vigilancia. Como entonces. Pero sin compañero.

Encontró un bar desde cuya barra podía verse, a través de una cristalera amplia, la entrada del hotel y un buen tramo del camino que llevaba a los billares. Allí se sentó y pidió una caña y se pasó esperando el resto de la mañana.

Había una radio puesta en la que se sucedían los últimos éxitos de reguetón. Los tiempos han cambiado, se rio Gabo escuchándolo. Como música de acompañamiento para una troncha, el reguetón era más o menos tan desquiciante como Los Chichos de Javi.

Harri no apareció aquella mañana. A mediodía, Gabo comió un insípido bocata de queso y lomo y se marchó del bar porque el dueño empezaba a mirarle raro tras tantas horas en la barra. Pasó la tarde deambulando por el barrio, fumando un cigarrillo tras otro, sin perder de vista la entrada del hotel Alpes. Harri

tampoco apareció por la tarde.

Gabo se fue a casa al caer la noche, cabreado consigo mismo, insultándose, maldiciendo a Sixto Aldama y esa actitud suya de hombre sereno y sabio que domina el mundo y a quienes lo habitan, jurándose que no volvería a cometer la estupidez de pasar otro día haciendo lo mismo. Y, a la mañana siguiente, volvió.

Cuando apareció por su casa apenas había amanecido, como la mañana siguiente a su detención. Dolores no disimuló su sorpresa. En aquellos dos años su relación se había ajustado a horarios inalterables, que respetaban con estricta fidelidad. Se veían en el bar. Y siempre al final de la jornada. Gabo nunca iba a desayunar o a mediodía. Cuando empezaba a caer la tarde y Dolores ya había abierto, aparecía por el local. Dolores no le preguntaba nunca qué había hecho durante el día. Rara vez iban juntos a algún sitio. Nada de paseos cogidos de la mano por el parque, ni de cenas románticas para celebrar fechas señaladas, ni fines de semana en hotelitos con encanto ni planes de viajes por el mundo. No hacían nada de lo que se presume como un ritual casi obligado de pareja estable. No lo necesitaban. Se hacían compañía a su manera y eso era suficiente. Su relación estaba construida sobre una ausencia absoluta de preguntas, exigencias o quejas. A cambio, tampoco peleaban nunca ni estaban ya hartos de oírse el uno al otro contando una y otra vez las mismas historias, y nunca entraban en debates derrotistas sobre por qué ya no eran como antes o hacia dónde estaban yendo. En cierto modo, cada encuentro era como una primera cita porque ninguno de los dos sabía demasiado del otro y, pasados dos años, aún era más lo que les quedaba por descubrir que lo ya conocido.

—¿Esto se va a convertir en una costumbre? —le preguntó ella con falsa seriedad cuando le abrió la puerta de su casa—. Creo que esta relación empieza a asfixiarme.

—No te pega ser graciosa.

—Y a ti no te pega madrugar.

La acompañó al bar, donde Dolores estuvo sirviendo café con churros o porras a unos cuantos clientes, incluido él. A eso de las nueve y media ya no quedaba nadie. Dolores recogía para cerrar. Rara vez alteraba su costumbre de abrir el bar tan solo en tres franjas horarias, por más que hubiese colegas de otros bares del barrio que le dijeran que aquella era una estrategia de negocio suicida.

—¿A dónde vas ahora? —le preguntó Gabo.

Le dijo que iría al supermercado a reponer algunas cosas del bar y después haría las tareas domésticas. Gabo le preguntó si le importaba que la acompañara. Eso no era ya salirse de sus rutinas, sino dinamitarlas por completo. Dolores le miró con auténtica preocupación.

—¿Te pasa algo?

—Hay un sitio al que no quiero ir.

—¿Y quieres que yo te lo impida? ¿Que te entretenga para que ni pienses en ello?

Gabo asintió. Dolores no hizo más preguntas.

Se quedó con ella. Llevaba tres días yendo a vigilar el hotel Alpes. Se pasaba las horas en el bar de enfrente. El dueño se había acostumbrado a su presencia y ya no le miraba raro. Gabo, en cambio, seguía sin acostumbrarse al maldito reguetón.

Harri no había aparecido. La tarde anterior Gabo volvió a entrar en la recepción del hotel, donde estaba el mismo chico que la primera vez y que no dio muestra de recordarle. Le dijo que tenía que verse con un huésped que llevaba ya alojado algún tiempo y que había hecho una reserva de larga duración, que estaban citados para un asunto de negocios pero que no estaba seguro, qué desastre de memoria la suya, de si su cita era aquella tarde o la siguiente. El recepcionista le preguntó el nombre del caballero y Gabo le contestó que no, que lo había olvidado, que lo tenía en la punta de la lengua pero no lograba acordarse. El chico le dijo, haciéndose el importante, que no le estaba permitido desvelar ningún dato de sus clientes, pero al instante añadió, como quien no puede resistirse a la tentación de dar pistas de una adivinanza, que solo tenían dos huéspedes de estancia prolongada. Uno era español y otro brasileño. El español estaba de viaje, había avisado de que se ausentaría cuatro o cinco días, así que debía estar a punto de regresar. Y el brasileño... No, no, le interrumpió Gabo fingiendo un cierto azoramiento. No quería que vulnerase el secreto profesional, por Dios. No necesitaba que le diese más detalles, que ya había sido amable de sobra. Además, el hombre con el que estaba citado no era ni español ni brasileño. Era rumano. Un tipo con un nombre endiablado. De esos que tienen cuatro consonantes por cada vocal. Por eso no conseguía recordarlo. El

repcionista le aclaró que no tenían ningún huésped rumano. Qué raro, dijo Gabo, porque habría jurado que le había citado en aquel hotel. Hotel Andes, ¿verdad? No, señor, hotel Alpes. Dios mío, ¡qué torpe soy! Y se largó sin dejar la menor sospecha en el recepcionista.

Harri estaba a punto de regresar de un viaje. Él deseaba no regresar, olvidarse, no volver por allí como quien vuelve a un viejo vicio ya superado.

Hizo la compra con Dolores y cargó con sus bolsas como esos maridos jubilados que se sienten útiles siguiendo dócilmente a sus esposas. Dolores estuvo luego liada con tareas de la casa y Gabo se quedó sentado en el sofá del cuarto de estar, fumando y mirando al televisor apagado.

—Estás muy raro —le insistió ella. Pero no le contestó.

Antes de volver al bar para la hora del aperitivo, Dolores se acercó a Gabo, le cogió la mano, se la puso en su cintura, se inclinó y le besó en los labios con ternura. Hicieron el amor. Como lo hacían casi siempre. Con Dolores encima de él, llevando las riendas, buscando lo que deseaba con la pericia amatoria de quien sabe lo que quiere y lo quiere ya, sin despistes ni rodeos. Solo a veces, Gabo no se dejaba mandar. La agarraba por la cadera y la volteaba y la inmovilizaba bajo él y decidía el cómo y el cuándo, y aunque a Dolores eso parecía gustarle aún más que cuando dirigía ella, la siguiente vez volvía a empeñarse en colocarse encima y tomar el mando. Ese mediodía Gabo permaneció tendido y obediente hasta el final, dejándose hacer.

Ella no tenía mucho tiempo para permanecer a su lado. De todas formas, ninguno de los dos era de exigir efusiones posteriores. Gabo la observó mientras ella se volvía a poner los vaqueros y la sudadera, y le vino a la cabeza una pregunta que ella le hizo una vez en aquella misma cama, también recién terminado un polvo. Apenas llevaban cuatro o cinco semanas desde la primera vez. Esa noche Gabo le contó en el bar a qué se había dedicado hasta que se retiró. Ella sabía que Gabo era un poli en segunda actividad, pero nunca habían entrado en más detalles. Le escuchó sin demandar saber más de lo que él decidiera contarle. Luego subieron a su casa, hicieron el amor y, cuando ya estaban descansando, ambos desnudos sobre la cama, él fumando, ella observándole pensativa, le hizo una repentina pregunta:

—¿Los odiabas?

Gabo siguió fumando sin decir nada. Pero sonrió. Le sorprendió y le gustó que fuese precisamente esa su única pregunta. Porque se la había hecho a sí mismo un sinnúmero de veces. Tras tantos años persiguiéndolos, tras tanta muerte y tanto sufrimiento, tras tantos funerales y tanatorios, a los que solo fue durante los primeros años porque luego los jefes les recomendaron que dejaran de ir para mantener una cierta distancia emocional que preservara su cordura, a él mismo le sorprendía su respuesta sincera:

—No.

Y le explicó por qué. No quería pensar que el paso del tiempo le había ido volviendo demasiado frío, demasiado insensible, demasiado parecido a ellos como para no ser capaz de odiarlos.

Él era un cazador. Un cazador profesional. Esa era su respuesta, por muy extraña que pudiera parecer. Su trabajo consistía en una caza en que no quedaba sitio ni para el odio ni para el placer. Había una plaga. Una invasión de jóvenes que habían perdido el alma, violentos, la mayoría manipulados por unos cabecillas que los habían convencido de que eran gudarís, épicos guerreros, heroicos libertadores de un pueblo oprimido. Pero en la mayoría de los casos, a Gabo solo le parecían pobres idiotas a los que les habían inoculado un veneno, un virus que generaba apetito de sangre y muerte, que eliminaba los escrúpulos y la conciencia bajo una aplastante montaña de ideales enardecidos y de agravios inventados. Eran una plaga que había que detener, que controlar, que exterminar, porque su capacidad de destrucción, de provocar dolor, era infinita. Y él tenía ese trabajo. La caza. Para salvar vidas. Para acabar con el dolor. Sin más reflexión. Tras leer todos aquellos libros durante sus primeros años como poli sin ser capaz de encontrar en ellos respuestas, había decidido dejar a un lado la reflexión y, con ella, los sentimientos inoportunos. Podía llegar a sentir desprecio por ellos, pero el desprecio no era tan cegador como el odio. Y al desprecio se unía un cierto sentido del deber. Pero no un deber solo profesional. Un deber moral que le impulsaba a querer seguir dando caza a aquellos asesinos para que no dejaran a su paso más vidas rotas sin otro motivo que el de creerse que estaban combatiendo en una guerra justa.

Cuando le dio aquella respuesta, Dolores no movió un solo músculo. Cuando él calló, ella le dio un abrazo sin besos ni palabras.

—Ha vuelto.

Lo dijo cuando ella estaba a punto de salir del dormitorio para bajar al bar.

Dolores se volvió a mirarle con ojos interrogadores. No sabía de qué le hablaba. Gabo se incorporó en la cama apoyándose sobre un brazo y apagó el cigarrillo aplastándolo en un cenicerito de latón que había en la mesilla.

No, no los odiaba. Le obsesionaban, le cabreaban, le desesperaban, pero no necesitaba odiarlos. Salvo a uno de ellos. También eso se lo había contado aquella otra noche a Dolores.

—Harri ha vuelto.

Dolores asintió lentamente, comprendiendo de pronto todo aquello de desayunar juntos, de ir a la compra con ella y hasta de hacer el amor a hora tan inusual para ellos. Volvió a sonreírle con esa dulzura matinal y maternal que Gabo no le había visto antes en las noches de bar y cama compartidas, se encogió de hombros y le dijo:

—Pues algo tendrás que hacer...

El apodo del Dandy no podía estar más justificado. Tenía un fabuloso aspecto de galán de película de los 40. Clavado a Cary Grant, según las chicas, que se le rifaban. Vestía siempre pulcros blazers y chaquetas cruzadas y pantalones de tergal, y conseguía que su porte aristocrático nunca resultase ni amanerado ni pretencioso. Llevaba el pelo ligeramente ondulado, peinado con una perfecta raya a un lado, y en aquel tiempo de osadías estéticas con las que todos pretendían parecer un beatle o un rolling, él nunca probó ni con tupidas patillas ni con melenas o barbas. Era elegante en las formas, reflexivo en las charlas y meticuloso en el trabajo. Pero, además, era ingenioso, con un humor fino que hacía juego con su aspecto y que no tenía nada que ver con el exceso chistoso de Javi. Uno podía imaginarle de terrateniente o de notario o de médico de familia, pero él se había hecho policía por vocación. Aunque no podían ser más opuestos, Javi y él se acabarían convirtiendo en amigos íntimos a las pocas semanas de empezar a compartir piso, cuando Cata aún no había llegado. Y Gabo se sintió un poco relegado.

Los policías recién ingresados que se incorporaban a los Grupos AT no elegían ni vivienda ni compañeros de piso. Lo organizaba el jefe de grupo, y cuando llegabas, ya estaba decidido dónde vivirías y con quién. El Dandy, Javi, Cata y Gabo parecían no tener nada en común, pero, tal vez por eso, congeniaron de

maravilla. Y el Dandy asumió de manera natural el liderazgo del cuarteto. Era frecuente que, después de cenar, cuando no les daba por enzarzarse en una partida de parchís a cara de perro, el Dandy compartiese sus reflexiones sobre la banda con la generosidad propia de un veterano maestro y Javi, Cata y Gabo le escuchasen con el respeto de unos alumnos humildes y aplicados, conscientes de que el Dandy era el que le echaba más horas al estudio para luego acumular, en unos cuadernillos en que estaba siempre haciendo anotaciones, datos y conclusiones que les resultaban a todos de un enorme interés y utilidad.

Fue el Dandy quien les explicó, en uno de sus monólogos, de dónde salían la mayoría de aquellos chicos a los que perseguían y cómo llegaban a convertirse en los más crueles extorsionadores, carceleros o asesinos.

—Empiezan juntándose en determinados ambientes con chicos de su misma edad. En institutos, en plazas, en tabernas. Otros chicos se encargan de ir captándote, igual que para una secta. Al principio, es divertido pensar que estás acercándote a una especie de hermandad secreta, a un mundo paralelo a la aburrida realidad diaria, en el que te sientes acompañado por otros con quienes compartes sueños e inquietudes. Y cuando te quieres dar cuenta, ya eres adepto a algo que se parece a una seductora religión, en la cual todo vale con tal de avanzar hacia ese paraíso perdido del que los malvados españoles expulsaron a tus padres o a tus abuelos o a todo tu linaje. Todo vale. Esa es la clave. Todo vale porque te ampara una razón histórica, un destino heredado, una justicia casi divina, la sangre derramada por generaciones de ancestros que te precedieron en esa misma lucha. Una vez que te crees eso, ya no importa que nada de ello sea cierto.

»Hasta entonces, tú solo eras un chaval cualquiera, otro hijo o nieto de un campesino que dejó el caserío y las tierras para irse a la ciudad buscando nuevas oportunidades y que nunca se sintió del todo a gusto en ese mundo urbano. Un chaval sencillo, católico, amante de la familia y con modestas aspiraciones laborales. Como mucho, algo habías oído hablar de Marx y tal vez de Hegel, y, por supuesto, te sientes orgulloso de formar parte de la clase obrera y te asquea cualquier uniforme porque lo asocias con la dictadura. La conciencia política y de clase de esos chicos no va más allá. Pero ahora ya no eres solo eso. Ahora, junto a tus nuevos amigos, te has convertido en un tipo duro con una causa por la que luchar. Has ido a las manifiestas, has aprendido a montar molotovs con una botella, un trapo y un poco de gasolina, cuidado contigo, vas a por todas, los vecinos te miran con respeto, y que nadie dude de que estás dispuesto a dar un

paso más.

»Y un día, si has demostrado una gran fe y muchas ganas, uno de tus mentores te da un nombre por quien preguntar en algún bar o alguna casa de San Juan de Luz y allá te vas dispuesto a cambiar el destino de tu pueblo. Pasas una entrevista, igual que para ser cajero del supermercado, y si la superas, te apuntan a un cursillo. Una cuidada formación. Con su parte práctica y su parte teórica. Te enseñan a disparar, a montar explosivos de verdad y no solo molotovs chapuceros, a cómo pasar desapercibido o a hacer seguimientos. Y te adoctrinan. Te recuerdan una y otra vez que formas parte de una familia y de un pueblo sometido por los pérfidos españoles, de toda una raza masacrada y diezmada a lo largo de los siglos, fusilada en Santoña y bombardeada en Guernica, la última víctima y también la última esperanza de una gente buena y humilde explotada ahora por los traidores capitalistas de Neguri.

»Para cuando vuelves a casa, te sientes aún más diferente. Aún más inflamado de sentimientos patrióticos y ardor guerrero. Convertido ya en un proyecto de superhéroe destinado a aceptar un trágico final si es necesario. Ya solo te relacionas con otros como tú, ansiosos todos de empezar a ejercer vuestra nueva profesión de matarifes. Y el día llega. Recibes instrucciones. Te dicen que elijas tú un objetivo y te indican dónde hay un zulo donde encontrarás armas y dinero. Y si lo haces bien, pronto ascenderás. Pasarás a ser un liberado de la banda, y tú y tus compañeros de esas primeras acciones ya no seréis solo un grupo de principiantes, sino un talde armado en toda regla, todo un komando camino de la leyenda.

»Casi sin darte cuenta, has pasado de ser un chaval con una confusa mezcla de ideas románticas y revolucionarias a ser un asesino perseguido. Así de sencillo. No eras una mala persona, no querías hacer daño a nadie, no eras en absoluto violento. Y ahora has jodido tu vida y tu futuro y te sientes orgulloso de ello y nos tienes a todos nosotros buscándote y tarde o temprano te verás en una celda preguntándote cómo cojones has llegado hasta ahí.

Harri se adaptaba a la perfección a ese perfil que dibujaba el Dandy. Salvo porque Gorka Landaberría no había terminado en una celda. En la banda, tan dados a los apodos, le rebautizaron como Harri. «Piedra», en vasco. Por su familia. Unos navarros que habían ido a trabajar en las canteras de Sestao. Le pusieron el mote para chincharle, porque le fastidiaba que le recordasen que los suyos solo eran de Donosti desde hacía dos generaciones, y él no podía evitar

que eso de ser navarro le pareciese un poco como ser vasco de segunda. Harri fue monaguillo y probó suerte sin grandes alardes como remero y como pelotari, y a los dieciocho una novia de Rentería le libró de la virginidad y de la venda que le tapaba los ojos y le hizo ver que solo sería feliz si dedicaba su vida a vengar los agravios ancestrales sufridos por su pueblo. Y le convenció. O le siguió la corriente porque no quería dejar de follar con ella. Fuera por una u otra razón, para cuando terminó el noviazgo, Harri era ya toda una joven promesa de la banda. Inteligente, frío, sin ninguna duda ni escrúpulo y con dotes naturales de mando. Así se lo describió a Gabo en un interrogatorio uno de sus compañeros de los primeros tiempos. Él dejó pronto de ser el que apretaba el gatillo, él nunca era la mano ejecutora. Él planeaba, coordinaba, elegía el objetivo, orquestaba la acción, diseñaba la huida. Pero nadie podría acusarle de ser el autor material del atentado. Sabía cómo convencer a otros para que lo hicieran. Seductor. También le definieron así otros interrogados. Astuto, seductor. Y ambicioso. Nunca quiso ser un soldado más, siempre aspiró a general. Y escurridizo, añadiría Gabo a esa descripción. Iluminado por una mezcla de suerte y habilidad para no ser capturado. A lo largo de los años, Gabo había detenido a muchos que habían tenido relación directa con él. En todos los interrogatorios había una pregunta que nunca dejaba de hacer: «¿Qué sabes de Harri?». Iban cayendo compañeros más o menos cercanos, pero él siempre se libraba. Desaparecía durante meses o incluso años. Se convertía en una sombra, en un fantasma. Hasta que acababa reapareciendo. Ya fuera porque alguien en algún interrogatorio confesaba que se había visto con él en algún caserío francés o porque un poli le veía por casualidad en la calle Orense de Madrid o porque las autoridades francesas le ubicaban en diferentes países del mundo. A golpe de indicios, Gabo iba reconstruyendo su ascenso dentro de la banda.

Una noche cuando ya estaban destinados en Madrid, después de haber intentado mantener el ritmo de whiskies de Toni Pazos, el jefe de ambos, tras la jornada laboral, el Dandy y Gabo paseaban con un precario equilibrio de beodos por la Gran Vía, y su compañero le dijo algo sobre Harri que Gabo nunca olvidaría:

—Solo es un hombre. No dejes que se convierta en un ser mitológico que maneja los hilos de tu vida como si tú fueras su juguete. Solo es un hombre equivocado que acabará pagando por sus pecados. Los tipos como él no son dioses, sino ángeles caídos. No permitas que te arrastre a su infierno.

Estaba claro que el Dandy estaba borracho porque no solía hablar con tanta pompa. Debió darse cuenta de que sonaba demasiado ampuloso, porque se

apresuró a traducir sus propias palabras:

—Solo es un asesino hijo de puta y le acabaremos trincando. No dejes que ese cabrón te siga obsesionando.

El Dandy nunca tuvo una fijación. Era demasiado listo para caer en eso. Siempre supo mantener esa distancia emocional que tanto les recomendaban jefes y psicólogos. Hasta el día en que abandonó. Hasta que se dio cuenta, antes que Gabo, porque también en eso fue más inteligente que él, de cuándo había llegado el momento de irse.

Fue el Dandy quien le enseñó a no odiar a los malos, quien le ayudó a construir la respuesta de por qué no debía sentir remordimientos por no odiarlos. Salvo a uno. Salvo a Harri. El Dandy, siempre paternalista y protector, le admitía con condescendencia esa excepción. Ódiale, pero no permitas que te someta. Y Gabo lo recordó ahora, cuando estaba a punto de volver a encontrarse con Harri.

Nunca se ponía nervioso. Pero no tenía ningún mérito. Era una cualidad natural, no adquirida, que no sabía de dónde le venía. Cuando llegaba el momento de actuar, era como si su interior se congelase. No se le aceleraba el corazón, no sudaba, no se le agarrotaban los músculos. Hasta el mono de tabaco cesaba. Nunca antes había sabido que tenía semejante templanza. Lo descubrió cuando ya era policía. Desde su primer servicio. Los veteranos del Grupo le ofrecieron llevarle con ellos en una operación para que se fuera rodando. Apenas llevaba dos o tres semanas en San Sebastián y solo había hecho trabajo de despacho, leyendo informes y repasando fichas para familiarizarse con la banda. Los veteranos pretendían divertirse un poco a su costa. El servicio era muy simple: detener a un chico en el taller de coches donde trabajaba, sospechoso de retirar matrículas de coches que se iban a desguazar para pasárselas a la banda y que pudieran reutilizarlas. Los tres polis veteranos esperaban reírse un poco con los nervios del novato. Era lo normal. También él se reiría años después al ver a otros chicos actuar en sus primeros servicios con la torpeza y el miedo propios de la inexperiencia. Pero Gabo fue en el coche con ellos y entró en el taller sin titubear y no se inmutó cuando llegó el momento de sacar las placas. El poli que dirigía la operación pidió a los cuatro trabajadores que permaneciesen quietos y ordenó al que habían ido a detener que los acompañara. Era la primera vez que Gabo se identificaba como poli mostrando la placa y también fue su primera detención. Los compañeros le pidieron que se encargara él de esposar al detenido con la esperanza de que se armara un lío con las esposas o que le diese un ataque

de sudor o que tartamudeara y se trabucara al informar al sujeto de sus derechos. Pero Gabo hizo todo sin inmutarse. Sus compañeros veteranos comprendieron que era un tipo calmado, sin excentricidades.

Por eso le sorprendió aún más lo que sintió al volver a ver a Harri.

Salió del hotel Alpes a eso de las cuatro de la tarde. Sin prisas. Se detuvo a encender un cigarrillo y enfiló hacia los billares con paso tranquilo. Llevaba vaqueros y un jersey de lana gorda y un chubasquero oscuro. Nada especial. El pelo y la medio barba tenían la misma longitud que en la foto que le diera Aldama y, al no llevar ahora gorra, quedaba a la vista una coronilla que estaba clareando. Solo era un tipo más, un sesentón anodino. De no haber visto antes la foto, quizá ni siquiera le habría identificado. Como solía decir el Dandy, hay que estar siempre atento porque los asesinos no llevan un anuncio luminoso en la frente avisando de quiénes son.

Gabo le vio a través del ventanal del bar. Había vuelto. Después de aquel día con Dolores, había regresado al puesto de vigilancia en la barra a la mañana siguiente. Tras toda la noche sin haber pegado ojo. Sintiéndose culpable. De ir y de no ir. Culpable de dejar a aquel mal bicho sin vigilar. Culpable de traicionarse a sí mismo incumpliendo la promesa que se había hecho hacía ya muchos años de mantenerse al margen. Un dilema irresoluble. De los que te tienen toda la noche dando vueltas en la cama, fumando y tratando en vano de pensar en otra cosa.

Su corazón empezó a palpar más fuerte. Primero sintió los latidos en el pecho, luego le subieron al cuello y finalmente se dispararon en sus sienes, donde retumbaron como el picoteo de un martillo. Apretó los puños cuando advirtió que las manos le temblaban. E hizo una mueca cuando, con un retortijón, pareció achicársele de pronto el estómago. Sintió nervios y ahogo y vértigo y rabia y miedo. Los recuerdos que últimamente aparecían como un goteo pausado pero incesante en su memoria se apelotonaron, se estrellaron unos contra otros en el interior de su cabeza en un revoltijo de sensaciones sin imágenes y de imágenes sin fecha. Y todo en el breve período que pasó desde que Harri salió del hotel, se detuvo a encender el pitillo y echó a andar hasta salir de su campo de visión. Apenas unos segundos. Años de espera.

Tardó en reaccionar. Saltó, más que bajarse del taburete, y fue tras él, y tuvo que frenarse para acompasar sus pasos y no llegar a su lado y hasta adelantarle.

Aquella era una zona concurrida. No había riesgo de llamar la atención. Y estaba claro que Harri no tenía ninguna inquietud, porque en ningún momento dio un hachazo, que era como llamaban en los seguimientos a los vistazos rápidos hacia atrás que suelen dar los que temen ser seguidos. Harri caminó tranquilo, disfrutando del fresco de la tarde y del cigarrillo, y Gabo pudo acercarse tanto que hasta llegó a oler el humo que la brisa llevó hasta él. Harri entró en los billares y Gabo pasó de largo. Aquel día no necesitaba más. Ya sabía que estaba de vuelta de su viaje. Y que iba a echar un rato jugando al billar. Suficiente.

Caminó otros doscientos metros y le sorprendió darse cuenta de que jadeaba, como si le hubiese seguido corriendo. Le faltaba aire. Eran los nervios, no el paseo. Era la edad, que reblandecía. Eran los años dedicados a ver pasar las horas y a intentar olvidar. Eran las ganas retomadas de trincar a aquel asesino y matarle allí mismo sin preocuparse de leyes ni burocracias. Eran los rostros del pasado mirándole y diciéndole que no la cagase otra vez, que le cogiera de una maldita vez, que no fuera a ser de nuevo tan inútil como para dejarle ir.

Se detuvo en medio de la calle y respiró hondo hasta que recuperó el control de los latidos del corazón, de la respiración y de sus atropellados pensamientos. Y solo entonces, cuando estuvo seguro de que esos nervios desconocidos se habían apaciguado, se marchó.

Aquella noche no fue al bar de Dolores. Cuando anocheció del todo, en la mesita del salón de su apartamento había un vaso con unos hielos derritiéndose y ningún rastro del ron y la Coca-Cola con que había sido rellenado varias veces a lo largo de la tarde y, a su lado, un cenicero donde las colillas se desbordaban y un paquete de Ducados ya vacío y arrugado. Frente a la mesa, en un sofá de dos plazas, Gabo permanecía sentado en la misma postura de las últimas tres horas. Miraba por la ventana aunque fuera no se veía nada porque era ya noche cerrada. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí cuando cogió su móvil y la tarjeta que le había dado Sixto Aldama con su número. Lo marcó y Aldama respondió antes de que sonara el segundo pitido.

—¿Lo tenías planeado o improvisaste cuando te dijeron que me habían detenido?

Aldama, que no tenía su número, no necesitó ni un segundo para reconocer su voz.

—Sabes perfectamente que yo nunca improviso. Lo de la detención solo me pareció gracioso.

—Y tú sabes que esto me jode vivo, ¿verdad?

Se hizo un breve silencio.

—¿Recuerdas lo que solíamos decir en la Brigada? Lo único que importa es pillar a los malos.

Gabo sonrió al oír aquello. El viejo mantra. Toni Pazos había acabado por inculcárselo a todos, hasta al propio Aldama. Aquella frase se había convertido en una especie de chiste privado entre los agentes de la Brigada Central de Información, una letanía entre irónica y amarga. La usaban para todo. Como queja y como consuelo. Cada vez que algo salía mal. Cuando algún juez denegaba una orden de entrada o de detención que habían solicitado, con lo que se iba al garete todo un operativo, o cuando los jefes políticos o los superiores policiales decidían sin que nadie supiese por qué cesar a algún mando de la Brigada injustamente, o cuando un compañero resultaba herido en algún operativo o decidía largarse a un destino menos sacrificado que aquel, o hasta cuando llegaba la noticia de un nuevo atentado y había que digerir el fracaso y las ganas de venganza y seguir trabajando sin permitir que la ira alterase los ritmos. Lo único que importa es pillar a los malos. Eso tuvo que decirse Gabo a sí mismo cuando su camino y el de sus más queridos compañeros fueron separándose a lo largo de los años, o cuando el propio Sixto Aldama, jefazo ya, decidió caprichosamente que Toni Pazos no siguiese siendo jefe de grupo en la Brigada, jodiéndole su carrera y su vida, o cuando en los interrogatorios preguntaba a los detenidos si sabían dónde se escondía Harri y recibía como respuesta una negativa durante años. Lo único que importaba. Y lo que fuese que te afectase de una u otra manera, que pusiese patas arriba tu vida, que te hiciese sangrar, llorar o querer poner distancia, pasaba a segundo plano porque era eso, pillar a los malos, lo único que importaba.

—Entiendo que me llamas para decirme que aceptas el encargo —le dijo Aldama tras un segundo silencio más largo que el anterior.

—No me jodas, Sixto. Sabías que lo aceptaría aún antes de proponérmelo.

Le colgó. Y tampoco supo cuánto tiempo estuvo igual que antes. Sentado en la oscuridad, fumando un cigarrillo tras otro y contemplando la noche que se

extendía más allá de su ventana.

Aldama le tendió la carpetilla. Era menos gruesa de lo que cabría esperar. Solo contenía un par de informes de cuatro o cinco páginas, el uno en papel con membrete de la Policía española y el otro con el de la Policía colombiana, una copia de la misma foto que ya le había dado Aldama a Gabo y una fotocopia de la antigua ficha policial. Eso era todo. La historia criminal de Harri podía resumirse así. Resultaba, como poco, decepcionante.

Dolores aprovechó que ambos callaban para acercarse a servirles el segundo par de cafés que habían pedido. Estaban sentados en una mesa al fondo del bar. Ya eran casi las diez y media de la mañana y no quedaban más clientes. Dolores solo mantenía abierto el local por ellos.

—¿Esto es todo?

—¿Qué más necesitas?

Gabo dio un sorbo a su café mientras echaba un vistazo al informe policial español. Era una biografía criminal de Harri resumida en extremo. Cada frase le traía un recuerdo. Cada dato, cada nombre, cada fecha se traducían para él en años siguiendo una línea de investigación, en mil interrogatorios repitiendo siempre al detenido aquello de si sabía algo de Harri, en seguimientos y vigilancias y escuchas y pistas fallidas y decepciones y sorpresas y alguna intuición acertada y derrotas dolorosas, y también algún que otro éxito que nunca incluía la captura de su fijación. Allí estaba todo reducido a poco más que un puñado de palabras. Sonaba simple y fácil y hasta un poco estúpido. Más que la exitosa carrera criminal de un astuto asesino, el historial de Harri parecía la biografía de un fugitivo que había desperdiciado su vida en una huida constante. Sobre el papel, se diría que Harri lo único que había hecho a lo largo de su vida había sido escapar y esconderse en una persecución infinita, un juego del gato y el ratón que ya duraba tanto que todos los implicados habían perdido las ganas de jugar. Sus acciones sobre el terreno apenas habían durado cinco años, a caballo entre los 70 y los 80. Cuando se salvó de milagro, gracias a la ineptitud de aquel subinspector Lorenzo, de caer en la plaza de los Cubos de Madrid, se pasó a Francia. Y se dedicó a ir escalando posiciones en la rígida pirámide de mando de la banda, en parte porque era más inteligente y más ambicioso que la mayoría de

sus compañeros, en parte porque, si uno lograba aguantar lo suficiente sin ser trincado, los demás acababan por caer y dejaban huecos para el ascenso.

Se le atribuía eso que se llamaba la autoría intelectual de un buen puñado de crímenes, que era la forma redicha de decir que él elegía el objetivo, el lugar, el modo y la fecha de las acciones y eran otros esbirros los que las llevaban a cabo. A partir de mediados de los 80 comenzaba a ser más difícil seguirle la pista. Reaparecía cada pocos años, en una fuga que ya no era del todo clandestina, que se blindaba con trucos legales y coberturas políticas. Aquel informe concluía enumerando sus apariciones oficiales a partir de que Francia dejara de ser territorio seguro para los miembros de la banda. Argel, Santo Domingo, Venezuela... Gabo leyó con más detenimiento la última hoja porque narraba los tiempos en los que él ya no estaba.

Harri había reaparecido en Caracas tras algunos años sin saberse de él. Era como una cucaracha. Pasaba el tiempo que hiciese falta en la oscuridad, pero siempre acababa por salir. Su larga peregrinación le había llevado después a Colombia. Para cuando se instaló allí, ya en el nuevo milenio, Harri podía dormir más tranquilo. Las causas que tenía pendientes empezaban a prescribir una tras otra. En muchos de los crímenes que le atribuían los expertos policiales no había podido probarse su participación. Cada vez tenía que esconderse menos porque cada vez se tenía menos interés en capturarlo. Había dejado de ser un premio gordo. Y su vida en Colombia no podía ser más plácida. Se afincó en Taganga, un agradable pueblecito turístico y pesquero. Logró cobertura legal para permanecer por siempre allí casándose con una colombiana y se apresuró a afianzarlo teniendo un par de hijos. Abrió un garito al borde del mar en Playa Grande.

Gabo no sabía nada de todo aquello. En esos años ya no tenía acceso a los informes policiales. Se sentía ahora como un completo imbécil viendo cómo, mientras él luchaba día a día por digerir el fracaso, por masticar la rabia y la derrota, por olvidarse de una fijación que había terminado por devorarle la vida, Harri había pasado ese tiempo al borde del mar más bello de la tierra, sirviendo margaritas a turistas yanquis, en pantalón corto y camisa de flores. Hacía que pareciesen aún más largas y más oscuras los cientos de noches pasadas en vela pensando que aquel cabrón seguía, como siempre, libre y escondido en algún rincón del planeta. No, al menos no es la imagen de un gudari victorioso, se dijo para consolarse. Había también mucho de derrota y hasta de patético en aquella visión.

—¿De dónde ha salido esa foto suya? ¿Quién os dijo que venía a Madrid?

—En Colombia no podemos meterle mano. Pero, al menos, la Dirección de Inteligencia Policial, nuestros homólogos de allí, le tienen controlado. En parte, como una cortesía entre colegas. Le han visto con gente poco recomendable. Y de vez en cuando desaparece por períodos cortos. Dos o tres días, como mucho.

Gabo echó un ojo también al informe policial colombiano. Ofrecía fechas y un listado de nombres que a él no le decían nada. Viajes y encuentros. Los malos siempre acaban haciéndose amigos de otros malos.

—¿Tiene contacto con las FARC?

—No se puede asegurar. Los servicios de allí no acaban de tenerlo claro. Se le ha visto con narcos de medio pelo en su bar, con algún sospechoso de ser enlace de la guerrilla... Se ha preocupado de que nadie supiera a dónde iba en esos viajesitos suyos... Pero no hay nada gordo, nada definitivo. Parece que su retiro no es total, pero todo lo que hay podrían ser solo pequeñas coincidencias. Por eso es fundamental saber para qué ha hecho un viaje tan inusual a Madrid.

—¿Y tú qué crees? ¿Para qué ha venido?

Aldama se encogió de hombros mientras se llevaba el vaso del café a la boca.

—Hay algo extraño, eso está claro. Pero no tengo ni idea de qué puede ser. No ha vuelto por la nostalgia de volver a visitar su tierra antes de morir. No está aquí para ver por última vez a su abuelita moribunda ni para reencontrarse con un amor de juventud con la que haya contactado por Facebook. No hay nada sentimental en todo esto porque, si no, no dejaría pasar los días en un hotel de mierda en Embajadores.

Gabo asintió. Era difícil hasta hacer una suposición. Harri no había sido solo un cerebro criminal. También era un cerebro ideológico. Creía en la causa. Los interrogados por Gabo solían atribuirle la autoría directa de muchos de los zutabes, los boletines que distribuía la banda entre sus miembros para reafirmarles en que detrás de cada bala, de cada explosivo, de cada cuerpo caído en el asfalto había una razón política, histórica, casi un designio celestial, que lo justificaba. No era fácil imaginarle reconvertido en un miembro de medio pelo del hampa colombiana o en un convencido colaborador de una causa tan ajena a él como la de una guerrilla en una jungla ignota, igual que tampoco era fácil

creerse que su vida consistía solo en sol, arena, bachata y ron. Harri hacía honor a su apodo. Era un tipo con aspecto de roca. Por fuera y por dentro. Inamovible, empecinado, incapaz de cambiar.

—No me has contestado. ¿Qué necesitas?

Aldama miró a Gabo con una cierta solemnidad y este se echó a reír.

—¿Acaso puedes darme algo? ¿Gente, cobertura, escuchas? Esto no es oficial, ¿recuerdas? Nada de recursos públicos. Siempre es así contigo, comisario general. Como en los viejos tiempos. Cuando te pedíamos más medios, más presupuesto, más personal y tú nos decías que de eso nada, que esto era lo que había, que a trabajar y a callar...

Aldama bajó la mirada. Aquel breve gesto de aceptación apenas duró un segundo. Sus ojos volvieron a buscar los de Gabo y esta vez había un brillo retador en ellos.

—Acabamos con la banda, ¿no? Algo debimos hacer bien...

No, se dijo Gabo. Ni hablar. Se lo ordenó. Se lo gritó a sí mismo. Olvídate de volver a tener otra discusión sobre organización y métodos como si aún fuerais dos jovenzuelos sobrados de ganas y motivación. Acabamos con la banda. Una gran frase. Primera persona del plural. Y ahí cabemos todos. Los políticos de todos los partidos, los pisamoquetas, los héroes de café, copa y puro. Y también los muertos, las familias despedazadas, los compañeros caídos y los que se rindieron por el camino, los soplones y los traidores, los viejos asesinos reconvertidos en camareros caribeños. Hay sitio para que todos puedan encontrar una razón a la medida para sentirse arropados, consolados, perdonados o reconocidos en esa frase. Aquí paz y después gloria y no toquemos los huevos con deudas pendientes ni historias sin terminar.

Gabo sonrió y Aldama creyó que era una sonrisa conciliadora y la secundó. Abrió el maletín que había traído consigo y sacó un sobre pequeño y abultado que le entregó.

—Con eso cubrirás los gastos. —El comisario general sacó otro sobre, un poco más grande y más abultado, y lo puso sobre la mesa—. Por si la quieres. Una pipa...

Era lógico que se la ofreciese. Pero Gabo se cabreó. Al ver el sobre con la pistola dentro encima de la mesa, recordó hasta qué punto había llegado a aborrecer a Sixto Aldama. El compañero afable y tímido con el que desde los primeros días hizo tan buenas migas en la Escuela. Un buen chaval. El trepa que le había convencido de que debían irse a aquellos grupitos antiterroristas del País Vasco poco menos que a dar la vida por la patria y que antes de un año ya estaba de vuelta en Madrid, sacándose el título de Criminología y haciendo amistades entre los superiores. Un joven muy prometedor. El jefe de grupo de la Brigada cómodamente sentado en su despacho en Madrid que les racaneaba personal y recursos a los que estaban en el Norte, que los obligaba a enfrentarse a los malos con lo puesto porque el ahorro agradaba a sus jefes políticos. Un ambicioso despiadado. El comisario al mando de toda la Brigada Central de Información que decidió reorganizar esta y se quitó de en medio a polis poco complacientes y demasiado reivindicativos, como Toni Pazos, que no se merecían una patada en las pelotas como único agradecimiento a sus años de servicio. El mandamás egoísta. Un comisario general que reaparecía para reclutarle para una tarea en apariencia inocua, como era vigilar a un viejo terrorista, aun sabiendo que eso traía de vuelta a su vida a un ejército de fantasmas con los que llevaba demasiados años combatiendo.

—No llevaré un arma reglamentaria. Yo ya no soy un policía. No lo olvides, Sixto. Pase lo que pase, no olvides eso ni un solo segundo.

—Lo sé. Y por eso te agradezco muy especialmente tu lealtad.

Gabo se levantó y se fue del bar sin despedirse ni de Sixto Aldama ni de Dolores. Se marchó a caminar sin rumbo. Aldama miró a Dolores, sorprendido por su brusca partida, buscando un poco de complicidad. Pero ella se giró y le dio la espalda sin ofrecérsela.

Lealtad. Odiaba esa palabra. Siempre se apela a la lealtad cuando se va a enmarronar a alguien, cuando vas a hacerle un encargo jodido o a destruirle unas expectativas laborales o a dejarle sin vacaciones o a enviarle al matadero. Eso significaba la lealtad para Gabo. La excusa más desvergonzada, la coartada más rastrera. Apelas a la lealtad y eso te permite hacer cualquier putada. Y, además, es gratis. Es un regalo, no un crédito. No hay obligación de corresponderla ni de compensarla porque la esencia de la dichosa lealtad es que se ofrece sin pedir ni esperar nada a cambio porque, si no, ya no sería un acto de lealtad. Menudo cuento chino. Pueblos enteros han ido a la guerra, han sido diezmados, se han

sacrificado y extinguido por lealtad a una tierra, a un dios, a un líder, a una idea. No hay mayor engaño para utilizar a alguien y que el utilizado ni siquiera sepa que lo es.

Eso pensaba Gabo mientras caminaba a paso rápido, con el único fin de poner distancia entre él y el bar de Dolores.

Muchas decisiones, puede que las más importantes de hecho, las había tomado condicionado por un sentimiento de lealtad, a veces un poco infantil, otras simplemente equivocado, manipulado o confundido. La maldita lealtad. Fue la lealtad lo que le había llevado a ser policía. Era curioso. En aquella decisión habían pesado por igual la lealtad y la rebelión juvenil contra la lealtad. Decidió entrar en el Cuerpo General de Policía por lealtad y por deslealtad hacia su padre. Papá, el tipo duro, el hombre adusto, el sargento de la Policía Armada. Un represor al servicio de la dictadura, un mamporrero de la funesta Brigada Político-Social. Un hombre silencioso en el hogar, un padre autoritario y distante. Gabo siempre osciló entre el impulso de admirarle y de odiarle. Quería pensar que su padre hacía aquel trabajo de matón uniformado contra su voluntad, que solo lo hacía porque tenía que ganar un sueldo y mantener a una mujer y tres hijos. Pero el padre nunca dio muestras de rechazo a su trabajo. Tampoco de que le gustase. Llevó a su familia a través de destinos en Alicante, Granada, Cáceres y finalmente Madrid, y en todas partes ejerció su profesión sin desvelar a los suyos sentimiento alguno. Nunca dijo nada para inculcar en su hijo la vocación policial. Pero él siempre pensó que debía ser policía por lealtad a su padre. Para demostrarle que le respetaba y le quería. Para buscar la maldita aprobación paterna. Algo imposible de conseguir de un padre con carácter y maneras de militar chusquero que nunca perdió un segundo en dar a sus hijos muestras de afecto ni consejos. Y, aun así, Gabo decidió que eso era lo que esperaba de él. Pero también le fue desleal. No ingresó en la ruda Policía Armada. Le admitieron en la Escuela para entrar en el Cuerpo General de Policía. Él no iba a ser un poli de patada y porra, un perseguidor de universitarios rojeras, como los de la Armada. Él no acabaría siendo uno de los grises. Él redimiría los pecados de su padre siendo un poli auténtico, de los que luchan contra los malos de verdad y no contra quienes los políticos deciden que son los malos. Así era como pensaba el joven Gabo. De algún modo, el padre lo sabía, y quizá por eso nunca le felicitó por convertirse en policía, nunca le demostró ningún orgullo, porque tal vez también el padre sabía que había en todo ello una inseparable mezcla de lealtad y deslealtad.

Padre e hijo nunca hablaban de asuntos de trabajo. El padre se jubiló el mismo año en que su hijo se fue a San Sebastián. La madre le había despedido llorando a moco tendido, suplicándole una y mil veces que tuviera muchísimo cuidado. El padre le estrechó la mano y le dio un sobre con un billete de mil pesetas dentro por si le surgía algún gasto inesperado. Sin besos, sin abrazos, sin palabras de ánimo. Nunca, cuando regresaba a la casa familiar, le preguntó nada. Tan solo una vez, unas Navidades, las segundas tras su marcha a San Sebastián, se le acercó una noche en la cocina de la casa, a una hora en que era seguro que la madre ya estaba dormida y no los iba a oír, y le dijo:

—Desde hace un tiempo, intento que tu madre no conteste cuando suena el teléfono. Hemos recibido llamadas... Creo que debes saberlo.

—¿Qué llamadas?

El padre se revolvió incómodo, como si dudase de si debía compartir con el hijo una confidencia demasiado personal.

—Una voz de hombre. Si soy yo el que contesta, dice cosas como: «Sabemos que tú eres un txakurra y el padre de un txakurra y vamos a ir a por ti y a por tu familia». Si contesta tu madre, cuelgan. Pero no quiero que un día acaben diciéndole algo parecido. No quiero que se asuste ni que se preocupe.

Gabo se esforzó por mantenerse impassible, por no demostrarle a su padre la ira que le producía aquella información. Era algo que ocurría con frecuencia. Los malos trataban de intimidarlos. A los txakurras, los «perros», que era como llamaban a los polis. Pero saber que su propia familia estaba sufriendo le producía una rabia desmesurada.

—Lo siento —fue todo lo que le dijo al padre.

Él negó con la cabeza.

—Que los jodan, hijo —le dijo con lealtad paterna—. A mí solo me importa por tu madre. Ya ves tú lo que pueden asustarme a mí...

Lealtad. Hay veces, pocas, en que la lealtad merece la pena, pensó Gabo al recordar ahora aquella breve conversación con su padre ya fallecido. Había veces en que la lealtad podía llegar a emocionar.

Esa era la trampa. Que actuar por lealtad te hacía sentir bueno, la mejor versión de ti mismo, absuelto y purificado. Y eso te podía acabar esclavizando a esa droga, ese dañino embrujo.

La lealtad estaba detrás de todo. Gabo recordó también durante su furioso paseo el juramento que, llorosos y borrachos, hicieron los cuatro en el piso de Aiete, levantando todos a una sus copas para chocarlas en lo más alto como mosqueteros alzando sus espadas después de haber vaciado todo lo que habían encontrado en el armarito donde guardaban las bebidas. Dos compañeros habían desaparecido. Dos jóvenes policías, salidos de la Escuela en la promoción siguiente a la de Gabo. Solo llevaban un par de meses en el grupo de San Sebastián. Hacía tres fines de semana habían cruzado la frontera aprovechando que tenían el día libre para ir a Francia a ver El último tango en París. Les habían insistido en que no pasaran a Francia en su tiempo libre, pero los nuevos desoyeron el consejo. Nunca volvieron.

El grupo había hecho de todo para encontrarlos. Pero no lo lograron y estaban desquiciados. Javi quería poco menos que invadir Francia. Cata y Gabo llegaron a coger el coche y, sin decírselo a los jefes, que lo habían prohibido expresamente, cruzaron varias veces la frontera dejando en casa placas y pistolas, e hicieron patrullas nocturnas sin saber ni dónde ni qué buscar. Incluso el Dandy perdió su templanza habitual y elegía objetivos en suelo galo para tomar al asalto en operativos que nunca se llevaron a cabo. A las tres semanas, agotados, desesperados y rendidos a la impotencia, solo les quedaba jurar lealtad a los dos compañeros desaparecidos. Nunca los olvidarían, nunca dejarían de buscarlos. Tendrían su lealtad eterna, sellada con chupitos de Cointreau y Licor 43. Inútil lealtad. Los cuerpos de los dos polis novatos aparecerían por casualidad un par de años después. Los encontraron unos niños que jugaban en un búnker abandonado de la Guerra Mundial en una playa del sur de Francia. Tenían las falanges de los dedos cortadas para dificultar su identificación. La maldita e inútil lealtad jurada aquella noche por los cuatro, copas en alto, todos para uno, no os olvidaremos, no sirvió de nada.

Gabo nunca aprendió, nunca espabiló. La lealtad le había hecho amar a Marina como nunca amaría a nadie, y también perderla. La lealtad al resto de sus compañeros le había alimentado el odio a Sixto Aldama. La lealtad a cada una de las víctimas de la banda le había mantenido en su puesto más tiempo del debido. Había vivido su vida con una incómoda sensación permanente de deberle algo a alguien.

Y ahora esa maldita sensación había regresado. Mordisqueándole las entrañas. Guiando sus pasos. Burlándose de él, el poli, el compañero, el hijo, el amigo, el amante leal.

Caminó durante bastante rato, pero, cuando al fin se detuvo, comprendió que estaba justo en el mismo sitio, en el lugar exacto del que había querido escapar cuando renunció. Uno nunca deja de ser uno mismo, se dijo. Y se maldijo, porque se había prometido que nunca volvería allí, justo a donde estaba ahora de vuelta.

Suspiró, se echó hacia atrás en el sofá, apoyó la cabeza en el respaldo durante unos segundos y se frotó los ojos antes de volver a inclinarse sobre la mesa para buscar, por entre el caos de papeles que tenía desperdigados por ella, el paquete de Ducados y el mechero. Eran las cuatro de la madrugada. Era la segunda noche consecutiva sin dormir tras haberse pasado el día vigilando a Harri en Embajadores. Se rascó la cabeza con ganas, como si pudiese así desenredar sus confusos pensamientos.

En la mesa baja había un pequeño ordenador portátil, una impresora conectada a él y un sinfín de folios cubriéndola por completo en los que había imprimido todo lo que había encontrado de interés en internet sobre las FARC, la guerrilla colombiana y su posible relación con la banda desde los años 80.

Nunca se había preocupado de aquel asunto. Él estaba a otras cosas. Por eso necesitaba ahora situarse. Durante esas dos noches, había buscado en la red las razones que podían haber llevado a Harri a instalarse en Colombia, qué podía estar haciendo allí y, al fin, por qué había venido a Madrid a la espera de algo o de alguien que parecía retrasarse. Gabo no tenía ninguna duda de que Harri no había elegido Colombia como un destino de jubilación, sino como el escenario más adecuado para continuar desarrollando su arraigada vocación criminal.

No había sido difícil atar algunos cabos. Desde que desapareciera de su exilio en Santo Domingo, su periplo coincidía con las sólidas sospechas de que la banda, a medida que iba debilitándose internamente, había ido reforzando sus conexiones en el exterior. Encontró en la red muchas historias al respecto. Quizá alguna leyenda entre ellas. Conexiones con Libia y Líbano, con Castro y con Sendero Luminoso, con la Baader-Meinhof y con los Brigadas Rojas, con el IRA y los palestinos del FPLP... Historias sobre operaciones conjuntas, redes de financiación compartidas, intercambio de armas, poco menos que una

estructurada multinacional del terrorismo. Nunca había podido probarse. Pero sí estaba claro que los grupos guerrilleros colombianos formaban parte del círculo más íntimo de amistades de los malos del Norte.

En los años 90, cuando Harri fue detectado en Venezuela, este país ya llevaba algún tiempo convertido en el nuevo territorio seguro para los fugados de la banda, una vez que por fin Francia había cambiado de actitud y colaboraba con firmeza con las autoridades españolas en la lucha antiterrorista. En Venezuela había una amplia colonia de expatriados dispuesta a acoger con los brazos abiertos a aquellos hijos pródigos, a los que aún se veía, incluso por los gobernantes del país, como poco más que a unos chicos descarriados, unos jóvenes idealistas a los que se les había ido un poco la mano con la violencia en su romántico empeño de luchar por la libertad. Los malos que llegaban a tierras venezolanas adquirían la condición de asilados políticos y, por tanto, pasaban a ser intocables. España pidió dos veces la extradición de Harri y en ambos casos fue denegada. El gobierno de Caldera, más allá de las buenas palabras, se mostraba remolón a la hora de atender las peticiones españolas. Ningún político quería meterse en líos por unos supuestos asesinos que habían actuado tan lejos, así que Harri y muchos como él podían vivir allí sin tener siquiera que esconderse. Y una vez asentados con tanta comodidad, empezaron a ganarse la vida ofreciendo sus servicios como experimentados instructores en el uso de armas y explosivos. Con la llegada de Chaves al poder, se llegaría a decir que entre sus alumnos se contaban miembros de los servicios secretos locales, que recibían formación gratuita a cambio de la cordial hospitalidad de su Gobierno. Nunca se pudo confirmar algo así. Pero ya en 2008, cuando el líder de las FARC conocido como Raúl Reyes fue abatido en Ecuador, se incautó documentación que confirmaba con todo tipo de detalles la estable cooperación entre los guerrilleros colombianos y los terroristas vascos. Unos y otros intercambiaban con generosidad sus conocimientos en el uso de granadas, morteros, explosivos C4, misiles, y en las más avanzadas técnicas de lanzamientos de explosivos a larga distancia o de uso de teléfonos móviles como detonadores. Y los cursos de formación solían realizarse en territorio venezolano. Algunos de los miembros de la banda que lideraban aquellos campamentos de verano para asesinos se sintieron inquietos por las investigaciones que se abrieron al conocerse oficialmente toda aquella información. Tanto que empezaron a temer que el Gobierno venezolano pudiese optar por hacer un gesto para limpiar su imagen y les pudiese retirar su condición de asilados políticos, por lo que optaron por buscar un nuevo hogar. Fue justo entonces cuando Harri cruzó a Colombia, lo cual ponía en evidencia que algo tenía que ver con todo aquello y que, una vez

más, algo muy propio de él, se apresuraba a ponerse a salvo ante el primer indicio de riesgo.

Para entonces ya había hecho amistades en Colombia que podrían protegerle si desde España insistían en ir a por él. Fue entonces cuando inició aquella etapa de aparente placidez, con esposa, hijos y bar en la playa incluidos. Una vida intachable de un hombre sin causas graves pendientes y sin aparentes ganas de seguir en el lado salvaje de la vida. Todo perfecto si no fuese por esos encuentros con amistades poco recomendables que se mencionaban en el informe de la Policía colombiana. Gabo no tenía ninguna duda. Harri seguía siendo el de siempre, cobijado en la sombra, adicto a la muerte, tan seguro en su escondrijo como sanguinario en sus planes.

La única duda era si aquel viaje a Madrid tenía algo que ver con todo aquello y el qué. Según las lecturas nocturnas de Gabo, los terroristas colombianos siempre habían transmitido a sus colegas españoles su deseo de llevar a cabo algún alarde de poderío en la madre patria. Habían incluso debatido conjuntamente los posibles objetivos. Sus favoritos habían sido el expresidente del país, Andrés Pastrana, que residía en Madrid; la embajadora colombiana en España, o el primero candidato y después presidente Álvaro Uribe, aprovechando alguna visita oficial. Un ideólogo del crimen como Harri, habituado a señalar a quién debían asesinar otros, parecía el socio ideal. Esos datos hacían pensar que podía estar organizándose algún tipo de operación terrorista. Pero era extraño. A esas alturas de su vida, no parecía lógico que Harri hubiese venido para participar directamente en alguna acción.

Desde su sofá, Gabo vio la tenue luz del amanecer despuntando más allá de su ventana. El agotamiento cayó sobre él como un espeso chaparrón. Necesitaba descansar. Resumen final: Harri había venido a Madrid a cometer o a planificar o a dirigir algún crimen. Indudable. De lo que se trataba ahora era de averiguar cuál era el objetivo. Casi nada. Cómo, con quién, a quién, cuándo. Las preguntas elementales de cualquier acto criminal. Y ni el menor indicio aún. Pero la búsqueda de esas respuestas tendría que esperar. Al menos, hasta después de tres horas de sueño, una ducha, un par de cafés y otro día más vigilando sus idas y venidas entre el hotel Alpes y el Salón de Billares Ruiz.

Hay dos formas de hacer un seguimiento. Una es a distancia, sin entrar en contacto con el sujeto. Se le vigila hasta que se tienen datos suficientes como para decidir que merece la pena detenerle, ya sea solo para interrogarle o para

acusarle de algún delito, o bien hasta que te lleva a otra persona más interesante que él, o simplemente hasta que se está seguro de que no hay nada en él que merezca la pena. La otra modalidad consiste en establecer contacto con el vigilado. Entrás de la manera más casual posible en su vida y tratás de establecer algún tipo de relación estable con él y sonsacarle así toda la información posible. El problema evidente es que este segundo tipo de operaciones te quemán rápido. Los malos te acaban poniendo cara en cuanto lo hagás más de una vez y quedás anulado para los seguimientos. Por eso, los Grupos AT recurrían en muy escasas ocasiones a este método. Gabo nunca lo utilizó. Pero este caso era diferente. No podía hacer un buen seguimiento él solo. No podía estar vigilándole veinticuatro horas al día sin un equipo. Así que optó por entrar en contacto.

Los Billares Ruiz eran un lugar perfecto. Harri solía pasar un rato allí casi todas las tardes. Se aburriría de estar en el hotel y aquel era un entretenimiento sencillo. Gabo empezó a ir por el salón. Como Harri, pagaba por una mesa y se concentraba en sus carambolas sin relacionarse con ninguno de los escasos clientes. Rara vez había más de dos o tres personas jugando a la vez. Muchas tardes estaban solos el vejete que se encargaba de gestionar los alquileres de las mesas, Harri y él. Más de una vez llegaron a jugar en mesas vecinas, ignorándose el uno al otro. Harri nunca estaba más de una hora. Gabo solía llegar antes que él y también se marchaba el primero. A veces, salía a la puerta a fumar un cigarrillo. Remoloneaba por la acera un rato. Pero Harri nunca apareció. Aunque también fumaba, estaba claro que no necesitaba interrumpir el juego para calmar el mono.

Sin cruzar una palabra, compartieron casi dos semanas el salón de juego. Gabo seguía desconcertado. Harri parecía no hacer nada más. Por las mañanas, solo le había visto salir del hotel para acercarse al supermercado más cercano y hacer una pequeña compra, artículos de aseo y fruta. Por las tardes, solo salía a echar la partida de billar y regresaba al hotel. Ni siquiera comía o cenaba fuera. Parecía claro que no quería dejarse ver mucho.

Gabo era incapaz de intuir por qué Harri dejaba pasar tantos días de semejante aburrimiento. Él dedicaba las mañanas a deambular por el barrio sin perder de vista la entrada del hotel Alpes. Comía en el bar de enfrente, donde ya se había hecho hasta amigo del camarero. Iba por la tarde a los billares y, al anochecer, se marchaba del bar una vez que veía encendida la luz de la ventana que había deducido que era la de la habitación de Harri. Así un día tras otro. Sin ningún cambio. Hasta la tarde en que Harri le habló.

Fue a la mitad de la tercera semana. Ambos llevaban un rato jugando en mesas cercanas. No había nadie más. Harri acababa de golpear la bola cuando se enderezó y le dijo sin más:

—¿Te hace una partida?

Gabo tardó en mirarle. Curioso, fue lo primero que pensó. Después de tantos años, es la primera vez que oigo su voz.

—Me gusta jugar solo.

Gabo dio su golpe. Falló la carambola. Hizo una mueca de contrariedad.

—A mí también. Pero a veces siento la necesidad de ganar a alguien. ¿No te tienta?

—No, gracias.

Ni le miró. Observaba sus tres bolas sobre el tapete tratando de decidir cómo debía afrontar el siguiente golpe.

—Como quieras. Me he fijado en cómo juegas y no eres malo del todo. Aquí no viene nadie que sepa jugar. Merecía la pena retarte.

—Oye, ¿estás intentando ligar conmigo o algo así?

Harri se quedó perplejo. Por un instante, levantó el taco que tenía en la mano como si su primer impulso fuera partírselo a Gabo en la cabeza. Pero pronto pareció contenerse y lo bajó.

—Mira, gilipollas, solo quería echar una partida —dijo con más indiferencia que cabreo—. Anda y que te den, pues.

Gabo preparó el siguiente golpe. Le salió peor aún que el anterior. Estaba demasiado contento como para concentrarse en el dichoso billar.

A la tarde siguiente, cuando Gabo entró en el salón, Harri estaba ya jugando en una de las mesas, inclinado para golpear. Gabo esperó a que lo hiciera, se acercó y le habló en tono amable.

—Oye, quería pedirte disculpas. Creo que ayer me pasé.

—Olvídalo —gruñó Harri.

—¿Aún te interesa retarme?

—La verdad es que no. Déjame en paz —le contestó sin levantar la mirada del tapete.

No hablaron más. Ni esa tarde ni las dos siguientes. Pero a la tercera, cuando Gabo estaba ya a punto de dejar su mesa, Harri se le acercó.

—Un pierdepaga. ¿Te valen veinte euros? Importa más la honra que la pasta.

Gabo sonrió.

—No estoy para arriesgar mucho más. Pero me vendrá bien ganarlos.

Para entonces, llevaban casi un mes coincidiendo en aquel costroso salón. Un mes jugando a solas casi a diario. Y a Gabo ni siquiera le gustaba jugar al billar. Así funcionan las cosas. Inviertes horas y horas sin saber si obtendrás resultados. Y de pronto ocurre. Y entonces todo ese tiempo perdido pasa a ser un tiempo de oro. Cada maldita carambola sabe a gloria. No existe una sensación mejor. Había entrado en contacto.

Hablaba con un suave acento vasco que los años y la distancia no habían logrado eliminar por completo. Era de maneras rudas, de ademanes contenidos, de mirada sombría, de sonrisa escasa y de silencios largos. Nunca hacía preguntas. Las conversaciones comenzaban, duraban y terminaban según lo decidiera Gabo. Él parecía ser tan capaz de charlar durante horas a golpe de frases cortas y de opiniones sin compromiso como de no volver a pronunciar palabra en toda una tarde o quizá en toda una vida. Estar con él era cómodo porque resultaba predecible, sin que hubiese que temer alguna salida de tono o algún cambio de humor inesperado. Cuando hablaba, se mantenía a mitad de camino entre la curiosidad y la indiferencia. Lo único que parecía interesarle de aquella relación era tener a alguien a quien ganar al billar, cosa que hacía partida tras partida.

La persona imaginaria que Harri le presentó como sustituta de su identidad congeniaba a la perfección con la que Gabo le presentó a él en lugar de sí mismo. Se fueron dando a conocer entre carambola y carambola, con pinceladas aisladas que iban dando forma al retrato de dos hombres que parecían tener vivencias y visiones comunes. Ambos tomaron la precaución de no crearse personajes en exceso complejos. Sus respectivas biografías de ficción eran opuestas por completo a la verdad, como si ambos temiesen que dar un solo dato real, por insignificante que fuese, pudiera poner en peligro sus tapaderas.

Harri se presentó como el dueño de una modesta empresa de exportación e importación de algo tan indefinido como materiales industriales. Hacía negocios por todo el mundo. Trataba por igual con chinos y chilenos, le dijo, en lo que debía ser una definición de aquel trabajo que consideraba ingeniosa. Y a su edad, confesó, empezaba a estar cansado de pasarse todo el día viviendo en hoteles y viajando. No, no estaba casado. E hijos, tampoco. Tanto viaje le había impedido crear una familia. Novias, unas cuantas. Putas, solo cuando se sentía muy solo. Pero no a menudo. Creía en Dios, y eso al final te limita, decía entre bromas y veras. El colegio de curas, que marca mucho. Sí, nació y creció en Deusto, de ahí el acento. Y soñaba con jubilarse e irse a vivir a algún pueblo de interior, por Burgos o Logroño. Desde luego, lejos del mar. No soportaba ni el sol ni la playa. ¿Política? No, de política no hablo. Ni derechas, ni izquierdas, ni leches. Como el fútbol. Ni Atleti ni Real. Debo ser un vasco raro, decía con un apunte de

sonrisa. A él le gustaban las cosas tranquilas. El ajedrez. Eso sí que le había gustado siempre. Pero ya empezaba a sentirse un poco mayor para pensar tanto, así que ahora prefería el billar. Siempre que tenía que pasar una temporada en algún sitio por sus negocios, lo primero que hacía era buscar algún salón de billares como aquel.

Una buena sarta de mentiras, pensaba Gabo cada vez que añadía algún dato nuevo para completar el perfil de aquel hombre que no parecía tener ni secretos ni dobleces. Y le respondía con otra retahíla. Mentiras por mentiras. Atravesaba una mala racha, le decía Gabo. En apenas unos meses, todo parecía haberse ido al infierno. Prejubilado. Treinta años en la ventanilla de un banco y le habían dado la patada por sorpresa. Ajustes de personal. Pensión y a casa. Cumplidos los sesenta y pasan a considerarte una especie de discapacitado mental. Prejubilado y divorciado. Al infierno también la pensión, ella y los chicos se lo quedaban casi todo. Después también de treinta años, estos de matrimonio, resultaba que su mujer también le consideraba un discapacitado emocional. La muy canalla había llegado a decirle que, en realidad, no le había querido nunca. A la calle. Y a él le tocaba mantener a los dos hijos, que con veinte y veintidós años ya podían ponerse a trabajar, que por supuesto estaban del lado de la madre y apenas le llamaban desde que se marchó. Acababa de llegar al barrio. Se había alquilado un cuchitril y la miseria que le quedaba apenas le daba para matar el tiempo jugando al billar, que ya se veía que ni siquiera se le daba muy bien. Prejubilado como bancario, como marido y como padre. Una mala época, sí; un asco de vida, sí. A veces le daban ganas de pegarle un tiro a alguien. ¿No te pasa a ti eso a veces?, le preguntó poniendo cara de exbancario vengativo y exmarido rencoroso mientras se reía por dentro. Dime, ¿nunca te ha apetecido hacer una locura, liarte a tiros con alguien? Fue la única licencia que se tomó. Era arriesgado, pero no pudo vencer la tentación. Y el otro le miró sorprendido, sospechando que quizá estuviera haciendo migas con un tarado, y le contestó: «No, hombre, no, ¿cómo te vas a poner a pegar tiros?, ya vendrán tiempos mejores, hombre, tranquilo».

Se encontraban en los Billares Ruiz sin citarse previamente. Ninguno de los dos parecía buscar el convertirse en amigos. Solo eran dos desconocidos que compartían con desgana carambolas y confesiones vitales. Sin más. Gabo era muy cauteloso al hacer preguntas. No quería correr el riesgo de parecer demasiado interesado en saber. Cuando Harri le comentó que iba a ausentarse unos días, ni siquiera le preguntó a dónde iba. De negocios, supongo. Los malditos negocios, respondió él. ¿Seguirás después mucho tiempo aún en

Madrid?, le preguntó Gabo porque consideró que venía al caso. Hasta que cierre algunos asuntos, espero que no demasiado, le dijo él. La misma tarde en que tuvieron aquella conversación, Gabo alquiló un coche con el dinero que le había dado Aldama. Un discreto KIA azul marino. A la mañana siguiente estaba aparcado en una perpendicular de la calle del hotel Alpes desde donde podía ver la entrada. Harri salió a las nueve. Cogió un taxi. Gabo le siguió. Hasta la estación de Chamartín. Allí, le dejó ir. Ahora que se conocían no podía correr el riesgo de que le viera por la estación. Demasiada casualidad. Le fue imposible deducir a dónde habría ido. A esa hora salían trenes en todas direcciones.

Harri reapareció por los billares cuatro días después. Más o menos, estuvo ausente el mismo tiempo que en su anterior viaje. Gabo había seguido yendo a jugar solo todas las tardes. No quería que, por un comentario del viejo gerente, Harri fuera a saber que había cambiado sus costumbres porque él no estaba.

Cada día odiaba más jugar al billar. Harri le encontró taco en mano, para variar.

—Espero que hayas entrenado —le dijo con amistosa fanfarronería—. Empiezo a aburrirme de darte palizas.

—Cuida tus negocios, porque si pretendes ganarte la vida con el billar, vas a pasar mucha hambre —le respondió Gabo.

Ambos parecieron contentos de volverse a ver.

La mañana siguiente a que Harri se fuese de viaje, Gabo había tenido que acudir a los juzgados de plaza de Castilla. El ucraniano borrachuzo le había demandado por agresión con lesiones. Una secretaria judicial le entregó copia de la demanda y, a juzgar por el relato de los hechos que hacía el demandante y las lesiones que alegaba, se diría que Gabo había estado golpeándole durante toda una noche, dejándole poco menos que tuerto y con la movilidad reducida por lesiones cerebrales incurables. Le pedía cárcel, indemnización y la cobertura de por vida de sus cuidados sanitarios. Ya puestos, le dijo Gabo a la secretaria judicial, podía haberme pedido la silla eléctrica.

Al salir de los juzgados se le acercó una mujer. Se identificó como la inspectora Estela Domínguez a la vez que le mostraba la placa. Era menuda y recia. Vestía una austera cazadora de piel y un pantalón negro que le daban un aspecto aséptico, deliberadamente exento de cualquier aire de femineidad, aunque una ligera sombra de colorete en las mejillas delataba una contenida coquetería. Le

preguntó con frialdad profesional si podía hablar con él unos minutos. Gabo le dijo con sorna que le resultaba sorprendente que la Policía estuviese al tanto cada vez que iba a una comisaría o a un juzgado, que empezaba a sentirse vigilado, y que en todo caso era demasiado temprano, no había desayunado y solo hablaría después de haberse tomado un café. Aunque por su gesto pareció contrariarle, a la inspectora no le quedó más remedio que acompañarle a un bar cercano, donde se sentaron en una mesa y ella aceptó de mala gana su invitación a un café solo.

Estela no se anduvo con rodeos. No le gustaba salirse un milímetro de la actitud que cabe esperar de un inspector de Policía realizando sus pesquisas. Transmitía rigidez y tensión. Era una mujer guapa que parecía empeñada en compensar cualquier posible atractivo con una férrea seriedad y una mirada fría con la que parecía estar advirtiendo de que estaba dispuesta a sacar la pistola y castrarte de un disparo a la menor estupidez. Probablemente, pensó Gabo sintiendo un repentino ramalazo de simpatía hacia aquella desconocida, solo sea el mecanismo de defensa de una mujer harta de que imbéciles como yo no la tomen en serio en este mundo de hombres en el que tiene que moverse.

Le dijo que trabajaba en la Comisaría General de Policía Judicial, en Estupefacientes. Sacó una fotografía del bolsillo de la cazadora y se la entregó a Gabo.

—¿Los conoce?

—A este sí. A este no.

Era una imagen idéntica a la que podían ofrecer ellos mismos. Dos personas que conversan sentadas frente a frente en la mesa de un bar. Harri y otro hombre que parecía sudamericano.

Estela asintió mientras Gabo dejaba la foto sobre la mesa.

—Mario Claudio Vargas Izquierdo. Le llaman el Emperador. Por lo de Claudio, supongo. O por lo mucho que manda. Es el hombre que controla la mayor parte de la droga que entra aquí procedente de Colombia. Es el que gestiona su venta y dirige su distribución en nuestro país y al resto de Europa... No sé si tanto como emperador, pero desde luego es el gran embajador de los narcos colombianos en España.

—¿De cuándo es esa fotografía?

—De hace un mes. Los dos hombres se encontraron en un restaurante de Segovia. Comieron juntos. Una comida con una larga sobremesa. Debían tener muchos asuntos de negocios que tratar.

Gabo dio un sorbo a su café. Estela no había tocado el suyo. Estaba tan centrada en lo que había venido a hablar que parecía haberse olvidado de que tenía la taza ante ella.

—Entiendo que tenéis bajo vigilancia al emperador este.

—Desde hace varios meses. Nos llevó mucho tiempo identificar quién era el hombre que maneja el negocio en España. Luego nos llevó otro tanto dar con él y montar la vigilancia. Es precavido y desconfiado. Pero ya le tenemos y no nos interesa cogerle aún. Vale mucho más libre que detenido. Usted ya sabe cómo funciona esto. Vargas nos va llevando de un sitio a otro: redes de distribución, camellos de peso, socios internacionales... Es una fuente de información inagotable. Pero pronto estará quemado, se acabará dando cuenta de que es él quien nos está guiando en todas las operaciones que hemos realizado en los últimos tiempos y tendremos que trincarle antes de que decida darse a la fuga.

Treinta y tantos, acercándose ya a los cuarenta. Vocación a raudales. Ha tenido varios éxitos últimamente. Empieza a sentirse segura. Siente pasión por lo que hace. Aún cree que puede cambiar el mundo. Aún no sabe que a ese emperador le seguirá otro emperador. Aún no está cansada de cortarle cabezas a la hidra para que rápidamente vuelvan a salirle otras. Su trabajo es toda su vida. Lo antepone a todo. Tiene fe. Aún cree que merece la pena, aún no sangra, aún no se hace preguntas. Eso pensaba Gabo mientras ella hablaba. Conocía el perfil. Era el suyo. Aquella mujer era él hacía ya demasiados años. Cuando también él tenía todavía fe. Y eso le hizo sentir una enrevesada mezcla de afecto, compasión y menosprecio por ella.

Estela señaló a Harri en la foto.

—¿Quién es?

—Un terrorista. Se suponía que retirado en una playa de Colombia. Pero ha vuelto y nadie sabe por qué.

—Parece que ahora ha cambiado de profesión...

—No me lo imagino convertido en un narco, la verdad.

—En Colombia, la línea entre narcotráfico y terrorismo no existe. Es la cuna y el hogar del narcoterrorismo.

Gabo asintió. Observaba a Harri en la fotografía. Allí tenía un hilo. Toda investigación se compone de hilos. Se tira de ellos y a veces se llega hasta un ovillo y otras solo son cabos que quedan sueltos. Aquella fotografía en Segovia era un hilo firme. Pero Gabo no sentía una especial emoción. No se esperaba que un tipo como Harri acabase convirtiéndose en un vulgar traficante. Eso no estaba en el guion. Alteraba al personaje. Era estúpido, pero le decepcionaba, como si con ello Harri no estuviese a la altura de lo que Gabo habría esperado de él.

—No lograba identificarle —le estaba diciendo Estela—, así que hice circular la foto. Se la envié a la gente de Información. Y el mismo día que la mandé me estaba llamando Sixto Aldama en persona. Me contó el trabajo que está haciendo usted para él...

—No sé de qué me habla.

Por vez primera, Estela hizo un gesto que podía pasar por un esbozo de sonrisa.

—Sé guardar un secreto, comisario.

—Yo ya no soy comisario. No vuelva a llamarme así.

Estela no se amilanó. Años de plantar cara a prejuicios y prepotencias la habían entrenado en aguantar impertinencias mucho peores que aquella mirada y aquel tono desairado.

—Podríamos trabajar juntos. Podemos sumar esfuerzos. Está claro que tenemos un mismo asunto entre manos.

—No sé de qué me habla.

—Mi gente puede ayudarle en su seguimiento. Es imposible que usted pueda hacerlo completo trabajando solo. Tengo un buen equipo. Lo dirigiremos usted y yo, mano a mano. Salta a la vista en esta foto que su amigo y el mío tienen

intereses comunes. Y eso significa que usted y yo también los tenemos.

—No sé de qué me habla.

Por fin, Estela pareció reparar en que tenía un café ante ella. Cogió la taza, miró en su interior como si desconfiase de lo que contenía y dio un sorbo antes de seguir hablando sin darse por enterada de que Gabo había repetido su respuesta ya tres veces.

—El comisario general me ha dicho que usted es el mejor policía de antiterrorismo que ha conocido.

—No hable en presente. Yo ya no soy policía. Me cansa tener que repetirlo.

Estela dejó la taza en la mesa.

—Me gustaría aprender de usted.

Fe, pensó de nuevo Gabo al ver la mirada brillante y ansiosa de ella. Rezuma fe. Se le sale por los ojos. Le empaña la voz. Hace que toda esa pose de inspectora muy profesional y muy distante y muy resolutiva y muy «no te equivoques conmigo porque sea mujer y no muy alta» que se empeña en transmitir se le resquebraje en un temblor de la boca, en un espasmo de la mano sobre la fotografía, porque la fe hace que le devoren las ganas de seguir dejándose la vida para encerrar a todos los malos del mundo, como si en esa lucha se pudiese ganar alguna vez.

—¿Dónde está ahora el Emperador? —le preguntó.

—Hace poco más de una hora ha salido de Madrid en coche. Mi gente le está siguiendo.

—Va a Segovia otra vez.

—¿Cómo lo sabe?

—Considérelo una intuición.

Estela se permitió sonreír aunque solo fuera unos segundos.

—Entonces —dijo con extrema cautela—, ¿vamos juntos en esto?

Gabo se acabó su café. Se levantó y se sacó unos euros del bolsillo y los dejó sobre la mesa.

—No —le contestó devolviéndole la sonrisa—. Pero puede venir a verme cuando quiera. Está claro que sabe cómo encontrarme y siempre es agradable tomar un café con una mujer guapa.

—Ese comentario es de un machismo de mierda.

—Tiene razón. ¿Lo ve? No soy una compañía recomendable.

Promiscuos y endogámicos. A esa conclusión llegó Cata y a partir de ella desarrolló una herramienta que acabaría siendo fundamental para perseguir a los malos. Había pautas en todos ellos que se cumplían. Bastaba con organizar la información que se iba recopilando en las vigilancias y los interrogatorios para definirlos. Había algo tribal en la banda. Un fuerte sentimiento de comunidad, de pertenencia, de clan. Y todo giraba en torno al vínculo familiar. El punto de partida era el caserío. Y a partir de ahí estaban la familia, la cuadrilla, el pueblo y, solo mucho más allá, cuando ya se entraba más en la política que en el sentimiento, aparecían otros conceptos más elevados. País, nación, esas cosas. Pero el origen, el corazón, la garra emocional, el pilar sobre el que se sostenía la causa revolucionaria era algo mucho más cercano. Era la familia. Los vínculos familiares entre los miembros de la banda se entrecruzaban en una tupida red de sangre compartida. Daba igual que fueran comunistas, leninistas, estalinistas o maoístas o lo que demonios quisieran. Daba igual que proviniesen de colegios de curas o de ikastolas. A la familia se la cuidaba, se la protegía. Se respetaba a los padres, se buscaba pareja en familias cercanas, se trataba de incorporar a la banda a hermanos, primos y cuñados. Y no había mayor triunfo que dar prestigio a la propia familia, que la ama y el aita engordaran de orgullo sabiéndose admirados por vecinos y paisanos el día que a aquellos jóvenes los metían entre rejas o les pegaban un tiro porque en su pueblo se les rendía homenaje público, con retrato colgando del balcón del Ayuntamiento y txistulari y mucho grito de guerra y mucha ovación enfervorizada en su honor. Ese era un día grande, cuando sus familias eran envidiadas por contar con un asesino entre sus miembros mientras el detenido iba a parar a una fosa o a pudrirse en una celda donde de poco le servía ser hijo predilecto.

En algunas cosas, los malos eran gente muy anticuada. En otras, iban por delante de su tiempo. Como con el sexo. Mala cosa, la soledad de vivir en tierra extraña o de pasar horas y días y semanas en un piso franco escondiéndose o esperando instrucciones. Había que ser comprensivo. La carne es débil y los guerreros necesitan una recompensa, un desahogo. Era habitual que los compañeros de comando o de escondrijo acabaran compartiendo algo más que sus nobles ideales criminales. Cambiaban de pareja a menudo. O daban alivio al tedio sin necesidad de emparejarse. En eso los jefes no se andaban con reproches ni con remilgos morales.

Fue Cata quien se dio cuenta de que aquellas pautas, la promiscuidad y la endogamia, podían ser muy útiles para sus investigaciones. Y elaboró un documento de más de treinta páginas, complicado de descifrar por los no iniciados. Mostraba líneas dinásticas, árboles genealógicos, parentescos, amistades y parejas sentimentales. Había gráficos, esquemas, asteriscos, todo tipo de conexiones que se habían ido conociendo en interrogatorios y vigilancias. Visto en su conjunto, resultaba bastante impactante. La teoría de los seis grados de separación no valía para los malos. En tres o cuatro pasos, era fácil conectarlos entre sí, ya fuera por lazos familiares, por parejas compartidas, por procedencias de un mismo pueblo, de tal manera que la banda aparecía en aquel documento como una compleja tela de araña tejida a partir de vínculos de sangre o cama. Era un trabajo meticuloso, fiable y enormemente útil al que, por su componente casi de cotilleo, le llamaron en el grupo El Revistero.

Cata se ocupó después de coordinar, completar y actualizar El Revistero con los datos que los compañeros le pasaban. Se repartían copias de cada nueva versión del documento a todos. Cuando algún malo era detenido o se identificaba a algún sospechoso de pertenecer a la banda o se buscaba el paradero de alguien, lo primero que hacían era situarle en El Revistero. Ver de quién era pariente o quién había sido su novio o novia, o quiénes formaban su cuadrilla de juventud. Un nombre podía llevarlos a otros muchos con solo consultar el documento. Un terrorista en plena huida siempre buscaba un primer cobijo en casa de familiares cercanos o amigos íntimos o antiguas parejas, y un comando a menudo estaba formado por miembros con vínculos amorosos o familiares.

Cata no le contó a nadie que estaba haciendo aquel trabajo hasta que lo hubo terminado. Fue dando forma a aquel mapa sentimental de la banda a solas, con discreción y meticulosidad. Y cuando al fin lo presentó y se convirtió en una biblia de obligada consulta para todos los polis de los Grupos AT, aquella

extremeña sonriente y algo tímida que nunca llamaba la atención se ganó el respeto de sus compañeros y se convirtió en la niña mimada de los jefes.

Gabo no pudo sentirse más orgulloso de ella. Tanto como si lo hubiese hecho él mismo. Porque Cata era su tronca. Y eso eran palabras mayores. Todos los polis tenían un tronco. Todos tenían un amigo especial entre los compañeros con quien compartían confidencias y sospechas y dudas y temores y ambiciones y todo aquello que nunca habrían contado al resto. No se trataba de una relación amorosa. Era algo muy habitual entre los polis. Necesitaban alguien en quien confiar y a quien proteger. Era una forma de sentir que no estaban solos en aquella vida extraña y caótica que llevaban. El Dandy lo llamaba el Síndrome Starsky y Hutch. Y Cata y Gabo formaban pareja de troncos. Quizá porque los dos eran callados y poco amigos de hacerse notar o, simplemente, porque el exquisito Dandy y el excesivo Javi, contra todo pronóstico, se habían elegido el uno al otro como troncos desde el principio, así que a ellos no les quedó mucho donde escoger. A Gabo le gustaba la forma que tenía Cata de hacer su trabajo. Sin estridencias. Pero con una personalidad que contradecía las apariencias. Igual que ocurrió con la vida en el piso.

En aquellos años, no era frecuente que una mujer compartiera casa con tres hombres. Pero ella no mostró señal alguna de que le intimidara. Al contrario. Se hizo con el mando de la casa desde el primer momento, a pesar de haber sido la última en llegar, del mismo modo que el Dandy se había erigido en algo parecido a un tutor profesional. Sin alterar nunca la dulzura de su voz ni la suavidad en sus formas, Cata llevaba a sus tres compañeros con la autoridad de una madre tan afectuosa como estricta. Ella ponía las escasas reglas de convivencia y cuidaba de que se cumplieran. Lo único que no soportaba era que Javi fumase su maría en el piso y que el Dandy trajese a sus conquistas a casa. Esto último, según decía Javi cuando quería meterse con ella, porque, como todas, estaba loquita por él. Pero también era la primera en apuntarse a lo que hiciese falta, ya fuera unirse a una juerga improvisada o echar una mano en un operativo intempestivo. Bajo su aire de mujer sencilla y hogareña, se escondía todo un carácter, una policía con un talento investigador excepcional y que nunca daba un paso atrás.

Décadas después de que elaborara El Revistero, el trabajo de Cata volvió a ser de utilidad. Gabo recuperó una copia de una caja que había permanecido sin tocar durante años en un altillo de un armario de su casa para recordar quiénes formaban el entorno más cercano de Harri. En él se mencionaba a un hermano

un año menor con el cual, siendo ambos adolescentes, había compartido su afición a jugar a pelota y a salir a ligar con chicas desinhibidas en las manifiestas de fin de semana. El hermano pequeño no había seguido los pasos del mayor. Se había largado a estudiar a Salamanca y no constaba que hubiese tenido nunca contacto con la banda. El documento también establecía algunas relaciones amorosas de Harri. Primero, la novia que le introdujo en todo aquello. Una mugalari que acabó cumpliendo dos años de condena en Nanclares. Noviazgo breve. Harri no volvió a tener contacto con ella después de que saliera del talego. Se le conocían dos novias más. Una de las chicas acabó poniendo tierra de por medio tras una incipiente carrera criminal de poco fuste. Se marchó a Inglaterra a cuidar niños y nunca más se supo. Otra había hecho carrera. Como terrorista y como amante de terroristas. Había muchas líneas que llevaban a ella en los esquemas de Cata. Mucho consolar a guerreros fatigados antes de acabar cargando con veinte años y un día. Y eso era todo. Harri no era hombre de relaciones largas. Crimen y amor no son fáciles de compatibilizar. Como el propio Gabo, al fin y al cabo. Habían tenido eso en común. La incapacidad, la imposibilidad, la renuncia, daba igual el motivo, de conservar a alguien a su lado. Tal vez por eso, y no por las mentiras que se habían contado el uno al otro, ahora jugaban al billar en un salón para viejos solitarios, se dijo Gabo. Sí, Harri se había casado. Y hasta tenía dos críos. Tal vez por amor o tal vez para aferrarse a su patria de exilio. Y él tenía a Dolores. Pero en ambos casos, aquellas parejas habían llegado tarde a sus vidas. Hasta entonces, habían sido iguales. Habían conocido demasiados inviernos fríos.

Gabo pasó toda una noche repasando su viejo ejemplar de El Revistero. Los nombres que aparecían le iban reavivando los recuerdos. Ahí estaban todos. Los que acabaron en prisión, los que se rindieron, los que se arrepintieron o desaparecieron o se suicidaron o fueron asesinados, los que detuvo y los que se le escaparon. Pero daba igual el destino concreto de cada uno. El resultado final era el mismo. Daño inútil. Dolor innecesario. Derrota. Tan solo quedaba un hombre que repasaba en mitad de la noche el desenlace de vidas malgastadas, un derroche de odio y muerte.

Promiscuos y endogámicos. Gabo volvió a escuchar la risa de Cata. Y a Javi diciendo: «Pisha, estos gachós, cuando no están matando a alguien lo único que saben hacer es follar». El recuerdo le hizo sonreír.

Anotó los nombres de aquellas antiguas amantes de Harri y de un primo y un compañero de colegio que también habían formado parte de la banda. Por si

acababa siendo necesario tirar de aquellos hilos. Luego devolvió el documento a la caja y esta al altillo. La empujó bien al fondo. Deseó no tener que sacarla nunca más.

Aquella noche se durmió preguntándose cuántas líneas saldrían de su nombre si alguno de los malos hubiese hecho aquel mismo trabajo que Cata. Una línea hacia Marina. Una línea hacia Dolores. Dos líneas finas y breves. Se durmió recorriendo en su pensamiento una larga línea cuyo final no pudo ver, sin llegar a saber si llevaría a alguna parte.

Salió a la puerta de los Billares Ruiz, donde Gabo fumaba un cigarrillo. Por primera vez. A veces, tras acabar alguna partida y antes de afrontar la revancha, Gabo se tomaba una pausa para salir a fumar. Harri nunca le había acompañado. Hasta aquella tarde. Gabo se había acostumbrado a que él no saliera y lo prefería. El tiempo de un cigarrillo a solas le servía para descansar la cabeza, para salirse por unos minutos del personaje y recobrar fuerzas para volver a entrar y seguir fingiendo que era quien no era para ver si de la charla insustancial acababa saliendo algo que mereciese la pena.

Aquella tarde, mientras fumaba, pensaba en Estela y en la fotografía de Harri y el Emperador en el restaurante de Segovia, y volvía a preguntarse si merecería la pena rebuscar entre los antiguos conocidos de Harri que estaban aún vivos y en libertad. Tenía que tomar la iniciativa. Empezaba a impacientarse. Necesitaba hacer algo más que intercambiar mentiras con él.

—¿Me das uno?

Le pilló tan de improviso que hasta dio un brinco. Harri estaba a su lado y señalaba su cigarrillo. Gabo se sacó del bolsillo el paquete de Ducados y lo agitó hasta que asomó una boquilla. Harri lo tomó y Gabo le dio fuego.

Fumaron unos minutos en silencio. Empezaba a anochecer y hacía una tarde fresca pero agradable.

—¿Cuándo empezaste a fumar? —le preguntó Harri.

—No recuerdo. A los diecisiete o los dieciocho.

Harri asintió como si le confirmase una sospecha. Dio una calada y contempló el humo que salía en un hilillo del capullo de ceniza.

—Dime, ¿eras entonces la misma persona que eres ahora?

Gabo miró sorprendido a Harri.

—No te entiendo.

—Pues eso. Aquel chico de diecisiete o dieciocho, ¿en qué se parece a este hombre de ahora?

Otra novedad. Primero sale a fumar y ahora me hace una pregunta filosófica, pensó Gabo. Raro. Más le valía ponerse alerta.

—Poco, supongo —respondió con precaución—. Los dos fumamos, eso sí...

Harri negó con la cabeza.

—Nada. Tú ya no eres aquel. No tienes ni los mismos deseos, ni los mismos sueños, ni las mismas ambiciones ni las mismas necesidades que aquel chaval. Ni tampoco te pareces demasiado a aquel otro joven de treinta años que fuiste. Ni siquiera te reconoces del todo en aquel hombre que acababa de cumplir los cuarenta y que también fuiste tú. Y sin embargo eres tú, este otro hombre más maduro, más sabio y más sensato que todos ellos, el que tiene que cargar con todas sus culpas y pagar por todas las decisiones equivocadas que tomaron y por todos los errores que ellos cometieron...

Gabo contuvo la respiración. Harri nunca había hablado tanto desde que se conocían pero, sobre todo, nunca había entrado en disquisiciones vitales de ningún tipo.

—¿Qué estás pagando tú?

—¿Yo? —Harri le miró sorprendido—. No, no. No hablaba de mí. Por suerte, yo tengo la conciencia tranquila. Soy de los que duermen bien por las noches. No tengo nada que echarle en cara a todos esos yoes más jóvenes. Eran buena gente.

Se rio. Con una risa que sonaba a piedra. Y Gabo no supo si se había burlado de él fingiendo que filosofaba. Cuando volvió a hablar, su tono era completamente diferente. Jovial. Con una jovialidad que a Gabo le pareció tan fingida como su seriedad anterior.

—Oye, tengo un amigo que para hacer más llevadera mi estancia en el hotel me ha enviado nada menos que unos avileños, los mejores chuletones de Ávila que puedas imaginar. Muy fino haciendo regalos mi amigo. Me los tienen guardados en las neveras del hotel. ¿Tú tienes un fuego y una sartén en esa covacha en la que vives?

Las alertas volvieron a encenderse. Gabo asintió. La tarde estaba siendo muy extraña.

—Me dijiste que vives aquí en el barrio, ¿verdad?

Gabo volvió a asentir sin pronunciar palabra.

—¿Qué te parece si nos damos un homenaje y hoy cenamos avileño? Con una pizca de tomillo y unos granos de sal gorda, los dejo que nos morimos.

Gabo tardó unos segundos en contestar.

—No soy muy de carne —dijo con desgana—. Mi mujer no me dejaba comerla. El colesterol, ya sabes...

—Tu mujer ya no está.

—Mi casa es muy pequeña, muy incómoda... Poco más que un estudio y la tengo hecha un asco.

—Oye, no me consideres un invitado de postín —insistió Harri burlón—. En peores sitios habré comido...

Gabo detectó en su sonrisa un aire de victoria. Mierda, fue todo lo que pensó.

Harri acabó por encogerse de hombros. Tiró la colilla al suelo y la desmenuzó con el pie.

—Mira, deja. Ya veo que no te apetece.

—No es eso.

—Olvídalo. Otro día. Sin forzar. Cuando tengas la casa limpia...

Le dio una suave palmada en la espalda, dando con ello por zanjado el asunto, y

volvió a entrar en el salón. Gabo tardó unos segundos en seguirle. Sabía que había perdido, pero no estaba seguro de en qué había consistido aquel juego.

Los cuatro tenían menos de treinta años y, mientras compartieron piso, solían enredarse en discusiones propias de su edad. Era frecuente que se enzarzaran en largos y acalorados debates sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Las cuestiones de rigor: cuánto debía durar una relación antes de pasar a mayores en la cama, si era una buena idea o no aprobar una ley de divorcio, si una infidelidad debía o no perdonarse, si había que tener hijos nada más casarse o esperar un poco. Cata solía acabar sola en un bando enfrentada a los tres. Para ella, que tenía un novio en Cáceres, primero y único, aún sin culminar físicamente la relación, que trabajaba de camarero y que le escribía una carta cada dos días a la que ella respondía a vuelta de correo sin fallar jamás ninguno de los dos en su ritmo postal, sus tres compañeros de piso eran unos completos cerdos, cada uno a su manera. Y eso que tampoco es que ella fuera tan pacata. Pero, solía decirles, ellos eran para echarles de comer aparte. Javi, porque su único criterio con las chicas era numérico: cuantas más, mejor. Las conquistaba con su labia, con sus chistes, con ese acento suyo que a las chicas de San Sebastián les resultaba mucho más seductor de lo que cabría imaginar. Y antes de haber disfrutado con una, ya estaba pensando en cómo le gustaría que fuera la siguiente. Y el Dandy, que tanto presumía de educación y buenas formas, no era mucho mejor. Tan elegante, tan caballeroso, las engatusaba con sus maneras de cantante de bolero antiguo, les hacía creer que aquello duraría como la canción de Machín, toda una vida, y luego las dejaba con tanta delicadeza que, para cuando las chicas se daban cuenta de que se habían quedado compuestas y sin novio, ya había ocupado otra su lugar. Y Gabo, el más mosquita muerta, tampoco mejoraba la cosa. Su estilo era castigar. Hablaba poco, cortejaba poco, demostraba poco interés. Y algunas tontas veían en eso un reto y le mimaban y le perseguían y seguían a su lado hasta que se desesperaban con tanta distancia y seriedad. Vivo con tres cerdos, les decía Cata, y solo espero que algún día aparezca una mujer que os meta en vereda, o que os haga volveros loquitos de amor y os parta el corazón, que merecido lo tenéis.

Aquel deseo se había cumplido. Al menos en su caso. Gabo, tendido en la cama, se rio de sí mismo y se obligó a dejar de pensar en ello. Dichoso pasado. Sí, se estaba haciendo mayor. Miraba atrás demasiado a menudo. Qué pesadez, qué pérdida de tiempo.

—¿No te duermes? ¿Estás preocupado?

La persiana había quedado subida. La luz de una farola cercana a la ventana de aquel primer piso iluminaba la habitación con una penumbra amarillenta. Dolores, a la que creía dormida, se giró en la cama y le observó sin separar la cara de la almohada.

Me pregunto si tú me romperías el corazón. O si yo te lo rompería a ti. Me pregunto si nos importamos lo suficiente como para poder hacernos daño y si aún somos capaces de sentir dolor. Pero no te diré nada de esto. Cata tenía razón. Ya era así entonces y sigo siendo igual. No hablo mucho. No enseño mis cartas. Puedo llegar a ser desesperante. Protección, es solo eso. No dejar que te hagan daño. Pero te lo acaban haciendo igual.

No dijo nada de eso.

—Anda, duérmete.

Hacía un par de semanas que no subía a pasar la noche en casa de Dolores. Entre el cansancio de pasarse el día en Embajadores y las noches que había dedicado a estudiar El Revistero o a hacer consultas en internet, no había habido ocasión. Pero aquella tarde se había pasado por el bar y le había gustado la cálida sonrisa con que ella le había recibido. Sin hacer preguntas. Sin quejarse por su ausencia.

Y ahora recordaba lo que les decía Cata. Unos cerdos insensibles. Y lo que le había dicho Harri aquella misma tarde. Y uniendo ambas cosas, se preguntaba si no sería Dolores, y no él, la que pagaba por sus errores y sus culpas del pasado, condenada a escuchar solo un «anda, duérmete» cuando eran muchas otras cosas las que quizá él habría debido decirle y ella habría merecido escuchar.

—Todo irá bien —le dijo ella creyendo que era otra la causa de su insomnio.

Gabo le apartó un mechón que había caído sobre su mejilla al girarse y sonrió.

—No voy a permitir que vaya de otra manera —le contestó.

El coronel Nicolás Varela lo había sido todo en la lucha contra el terrorismo. Desde que, siendo un joven comandante, le destinaran al cuartel de Intxaurreondo, había destacado por su impecable profesionalidad y su pericia investigadora. Una nueva generación de guardias alejados de los más rancios estereotipos del Benemérito Instituto, y de la que él era un miembro destacado, logró con sus éxitos operativos que la Guardia Civil empezase a ganar más protagonismo en esa lucha a partir de los primeros años de la década de los 80. Los responsables políticos habían probado a darles algo más de juego a los guardias y estos pronto demostraron que su organización y espíritu militar, con una rígida jerarquía, una obediencia ciega y una capacidad de sacrificio inagotable, se adaptaban a la perfección a los rigores que demandaba la tarea de perseguir a la banda. Ellos no eran como los polis. Ellos no mareaban a los políticos con exigencias laborales y reivindicaciones personales, luchas internas o conspiraciones de unos grupos contra otros a la caza de cuotas de poder como hacían los polis. Los generales les servían de parapeto a los cargos políticos, así que estos, tan sensibles al éxito inmediato y el titular elogioso, y tan perezosos para soportar lamentos y quejas, daba igual del partido que fueran, acababan siempre decantando sus afectos por los del tricornio.

Durante su destino en San Sebastián, Varela había establecido buenas relaciones con la Gendarmería. A pesar de la reticencia oficial a implicarse en la lucha contra la banda, Varela supo establecer contactos oficiosos con mandos policiales franceses que resultaron de una enorme utilidad. Por ello, cuando años después las autoridades galas decidieron empezar a colaborar en la persecución de los malos, en lugar de protegerlos, pidieron que fuera Varela uno de sus interlocutores. Fue la Guardia Civil y no la Policía quien se ocupó de situar agentes encubiertos en territorio francés, algo que cambiaría para siempre la lucha contra la banda. Gracias a aquel trabajo sobre el terreno, la capacidad de culminar operaciones se disparó. Y Varela acabó siendo el responsable directo de coordinar a aquellos guardias que se desplegaron por todo el sur de Francia con falsas identidades, operando siempre de incógnito, a veces con la ayuda de la Gendarmería, otras incluso a espaldas de esta. Aquello fue antes de que estallara todo el asunto de la guerra sucia y las cosas se volvieran a enmerdar.

Policía y Guardia Civil mantendrían desde entonces una tormentosa relación. Hermanos mal avenidos que compiten por el cariño de papá y mamá. Amigos íntimos que no se fían de que el uno no se tire a sus espaldas a la pareja del otro. Colaboradores necesarios. Cómplices que se respetan tanto como se vigilan. Al menos, Gabo no era como Javi, que aborrecía a los guardias casi tanto como a los malos. Javi solía repetir que estaba harto de que fueran siempre ellos, con su saludo marcial con golpe de tacones y sus desfiles con mucho himno y mucha bandera, los que acababan camelando a los responsables políticos de turno, seduciéndolos con toda esa parafernalia que hacía que se sintieran como si fueran mariscales de campo, y llevándose así todo el presupuesto y los recursos que les faltaban a ellos, del mismo modo que sabían cómo llevarse todos los aplausos y la gloria. En alguna ocasión, el Dandy, Gabo y Cata habían tenido que intervenir en algún garito para que Javi no se diera de leches con guardias fuera de servicio con los que se había enzarzado en alguna de sus estúpidas broncas marrulleras. A todos les frustraba aquella sensación de ser el patito feo, el pariente pobre, el exnovio despechado, pero procuraban no dejarlo traslucir.

Gabo y Varela conservaron una buena relación que supieron preservar de aquella rivalidad corporativa. Se habían conocido en el año 82. Para entonces, Gabo ya había dejado San Sebastián y estaba en la Brigada, en Madrid. Varela también había sido destinado a la capital. Llevaba las operaciones conjuntas con los franceses. Ya era teniente coronel, ascendido con rapidez por los eficaces servicios prestados en Intxaurreondo. Un asunto que llevaba Gabo fue lo que los puso por vez primera en contacto. Gabo había oído hablar de su buena reputación, pero a pesar de haber coincidido ambos en San Sebastián, no habían llegado a conocerse. Guardias y polis hacían vidas bastante separadas y salvo esos encuentros casuales en garitos, no siempre fraternales, no tenían demasiada relación personal ni profesional.

Javi había sido el origen del asunto. Una troncha reventada había degenerado en un tiroteo en pleno centro de San Sebastián cuando uno de los malos sacó un arma y se puso a disparar a los polis que le seguían. Estos respondieron al fuego y uno de los terroristas fue abatido. Javi era uno de aquellos policías. Y fue él quien hizo el disparo que mató al terrorista. En cuanto se tuvo noticia en Madrid de lo ocurrido, Gabo y el Dandy cogieron un coche y se fueron a San Sebastián. No por trabajo. Acudieron para estar al lado de su amigo. Javi estaba hundido. Había matado a un hombre. Daba igual que fuera un terrorista. He cogido mi arma, la he sacado, he apuntado a un tío, he disparado y le he matado, les dijo nada más verlos, sentado en una silla de una sala de interrogatorios de la

comisaría. No podía dejar de repetirlo: he matado a un hombre. Daba igual quién fuera o lo que hubiese hecho el muerto. Javi tenía veintiséis años, era de mal beber y acababa metiéndose en pelea en cuanto se pasaba de cubatas, fumaba canutos como quien come gominolas, le gustaban los chistes malos, los piropos zafios, y a veces daban ganas de meterle un buen par de bofetadas para refrenar un carácter indomable. Podía ser irritante y desesperante como nadie. Pero también era capaz de dejarse arrancar el alma por defender a cualquiera de sus compañeros ante el más nimio de los problemas, y en todo su comportamiento había más de incontrolado pundonor y vísceras que de malas intenciones. Aquel día, cuando llegaron a la comisaría y se vieron con él en una sala de interrogatorios para tener un poco de privacidad, porque aquello era un revuelo con lo ocurrido, y él no paraba de decirlo, he matado a un hombre, con la mirada ida y el llanto apenas contenido, solo pudieron sentir pena por él. Los informes determinarían que la actuación de Javi había sido justificada, que había actuado en legítima defensa, que no había habido ni desproporción ni negligencia en su respuesta. Pero en aquel primer momento no hacía más que repetir «he matado a un hombre» y Javi solo quería morir también.

Gabo y el Dandy consultaron los vínculos del terrorista muerto en un ejemplar de El Revistero. Dieron órdenes de interrogar a un amigo suyo del que siempre habían sospechado que colaboraba con la banda, un camarero de un puticlub de Santurce. Fue una mera intuición, pero dieron en el clavo. Dos horas después de llegar a la comisaría, el camarero, poco resistente al miedo, confesó con todo lujo de detalles que estaba colaborando con su amigo recién muerto en un operativo para volar el nuevo cuartel de la Guardia Civil que se acababa de construir en Algorta el mismo día de su inauguración, cuando estuviese hasta arriba de guardias, familiares y autoridades.

Gabo dejó al Dandy en San Sebastián, dando apoyo anímico a su tronco, y volvió a Madrid, donde fue a ver al entonces teniente coronel Varela. Le pasó la información. La investigaron juntos. Aún quedaban un par de semanas antes de la inauguración. Varela le propuso a Gabo que no comunicaran a sus superiores lo que sabían. No debía cundir el pánico. Si informaban, se cancelaría el acto de inauguración del cuartel, se alertaría a los terroristas y no se sacaría ninguna rentabilidad. Gabo accedió a guardar el secreto, aunque sabía que era una decisión arriesgada, que se les podía caer el pelo a los dos si se llegaba a conocer que se habían guardado semejante información. Le gustó haberse topado con un guardia civil capaz de ignorar las normas y los procedimientos.

La revisión de toda la documentación relacionada con la construcción de aquel cuartel, una tarea agotadora que suponía comprobar uno por uno los nombres de todos los proveedores, contratistas y técnicos que habían trabajado en ella, los llevó a centrarse en un ingeniero industrial. Aquel tipo, un chico de familia bien con veleidades de revolucionario en sus años de adolescencia, había pertenecido a la banda en sus orígenes, pero al madurar se hartó e intentó desvincularse de ella. Durante años, creyó que sus locuras juveniles habían quedado atrás y que ya nadie recordaba que su primera vocación había sido la de terrorista antes que la de ingeniero. Pero la banda nunca olvidaba. Cuando ya estaba trabajando en las obras del nuevo cuartel, aparecieron en su casa dos desconocidos. Le recordaron con gran cordialidad y no sin cierta ironía que el compromiso con la causa revolucionaria es algo parecido a un voto religioso. Irrompible y vitalicio. Y le pedían que, en honor a su voto, les echase una mano, confiando en que no tuviesen que hacer lo que harían si se negaba.

El terrorista al que había matado Javi fue quien le entregó la carga explosiva de Goma 2. El ingeniero la guardó en su propio despacho en las casetas de la obra hasta que tuvo la ocasión de colocarla bajo un falso techo en la última planta del cuartel. Dejó todo listo para hacer explotar la carga el día de la inauguración. Estaba seguro de que no sería capaz de detonarla. Pero nunca llegaría a saber si finalmente lo habría hecho o no. El teniente coronel Varela le detuvo antes del día de la inauguración gracias a la ayuda de Gabo.

El ingeniero, tan aliviado de no tener que comprobar si se habría atrevido a accionar el detonador como aterrado por las posibles consecuencias del fracaso del plan terrorista, no dudó en colaborar como única opción para seguir vivo. Identificó a los tres tipos que, junto con el que ya había muerto, formaban el Comando Vizcaya. Premio gordo. Varela desmanteló así uno de los comandos más buscados. Gabo había convertido a Varela en la estrella del momento y este, que como decía el Dandy parecía no haberse hecho guardia civil, sino haber nacido ya siéndolo, un firme creyente en el honor, la justicia y la lealtad, sí, la dichosa lealtad, nunca olvidó aquella deuda con Gabo.

La historia tuvo un dramático epílogo. El ingeniero fue enviado a prisión para que pasara un tiempo razonable que hiciera creer a la banda que no era un delator. Al poco de entrar en la cárcel, recibió una paliza salvaje de varios presos de la banda por chivato. Hubo que sacarle. Se decidió darle una nueva identidad y hacerle desaparecer. Al fin y al cabo, no era miembro de la banda, había actuado bajo coacción y había sido decisivo para la detención de un comando de

los gordos. Pero antes de asumir su nueva identidad, el ingeniero quiso ir por última vez a su pueblo para despedirse de algunos parientes y amigos, desoyendo los consejos de Varela y sus hombres. Fue tan imprudente como para entrar en la taberna más frecuentada con su hermano y un amigo para compartir una última cerveza. La casualidad quiso que también estuvieran allí un par de malos tomando el aperitivo. Le reconocieron. Salieron de la taberna, fueron a sus casas, cogieron cada uno una pistola, regresaron y uno de ellos le mató en la misma barra disparándole en la boca, como símbolo de que debería haberla mantenido cerrada. Fin de la historia.

Varela y Gabo colaborarían muchas veces a partir de entonces. Tras aquella desarticulación del Comando Vizcaya, Varela tendría muchos otros éxitos. Fue él entre otros pocos quien, con tesón y paso a paso, se encargó de reconstruir el prestigio perdido de la Guardia Civil tras el descrédito que supuso la guerra sucia y los desmanes de corrupción a golpe de férrea disciplina, discreta eficacia e incansable dedicación. Gabo y Varela nunca fueron amigos fuera del trabajo. Pero durante años colaboraron a pesar de los pulsos que mantenían sus respectivos Cuerpos. La suya sería una relación bastante equitativa, proporcionándose éxitos mutuos, sabiendo decidir sin necesidad de debatir quién de los dos debía llevar las riendas de un asunto. Para eso no necesitaron nunca irse juntos de juerga ni tampoco justificarse el uno al otro la infidelidad a sus respectivos Cuerpos con inflamados discursos sobre el bien común y la vocación de servicio. Así fue hasta que, cuando estaba a punto de ascender a general, una mañana, afeitándose delante del espejo de su cuarto de baño, Varela vio en su imagen reflejada que su cara se deformaba en una retorcida mueca ajena a su voluntad y la cuchilla de afeitar se le resbaló de entre los dedos y ya no vio nada más. Cuando recuperó la consciencia, diez días después, lo que vio fue la cara de su mujer, riendo y llorando a la vez, diciéndole que todo iba a ir bien a partir de entonces, y no entendió nada.

Varela no solía recibir visitas. El ictus le había dejado duras secuelas. La mitad izquierda de su cara parecía haberse derrumbado, dejándole un ojo a medio abrir y la boca torcida. La mano izquierda apenas le servía para sujetar nada entre unos dedos inmovilizados en forma de garra, y la pierna izquierda había quedado tan inútil que solo podía desplazarse sin silla de ruedas desde el sillón donde pasaba la mayor parte del día a la cama. Pudoroso y presumido, no le gustaba que nadie le viera así. Vivía en un pequeño chalé adosado en Pozuelo y pasaba los días en el jardín, atendido por una esposa abnegada que solo se separaba de él lo imprescindible. Con ella había hablado Gabo y le había dicho que

necesitaba ver a su marido, y esta dijo que se lo preguntaría y que le llamaría para darle una respuesta. Veinticuatro horas después, le dijo que sí, que estaba dispuesto a verle.

Le recibió en el jardín y a Gabo le impresionó ver a Varela, que apenas tenía sesenta y dos años, convertido en un anciano, sentado en su silla con las piernas cubiertas por una fina manta a cuadros de la que solo asomaban las puntas de unas zapatillas, con una delgadez cadavérica, el pelo ralo encanecido, el rostro asimétrico, la mirada antes imponente ahora solo triste, la boca incapacitada para esbozar siquiera una sonrisa de cortesía. La mujer le ofreció una bebida y Gabo dijo que no, y Varela, que a pesar de la boca deformada había logrado volver a hablar sin más tara que un suave ceceo, le pidió que los dejase solos con tono de vejete cascarrabias.

—Puedo tener este aspecto de mierda, pero mi cabeza funciona a la perfección —le dijo a Gabo sin andarse con rodeos—. ¿Para qué querías verme, comisario?

De todas las personas que en los últimos tiempos le habían llamado comisario otra vez, a Varela fue al único al que Gabo no le respondió de malos modos.

—Drogas —le dijo.

—No, gracias. No me interesan. El día que me harte de todo esto lo único que querré será una bala y un arma para metérmela en la cabeza.

Gabo le puso en situación. Harri ha vuelto, le dijo. Quizá por un asunto de tráfico de drogas. Quizá no. Aldama le había embaucado para que le siguiera.

Varela no comentó nada. Sabía lo que sentía Gabo por Sixto Aldama. Y también sabía lo que Harri significaba para él. Pero Varela era así. No juzgaba. No emitía opiniones personales. No afeaba conductas, no cotilleaba, no protestaba por nada y no perdía el tiempo en lo superfluo. Eso era lo que le gustaba a Gabo de él, quizá porque en realidad se parecían bastante.

Gabo le explicó que nunca había sabido demasiado de los supuestos vínculos de la banda con el tráfico de drogas. No era su asunto. Por eso recurría a él. Varela asintió pensativo. Y a Gabo le pareció adivinar un brillo apenas perceptible que asomaba en su inerte mirada. Ahí estaba el coronel. Agazapado en el interior de aquel cuerpo inutilizado.

Varela habló despacio, con la mirada fija al frente, pensándose las palabras como si cada una fuese causa y consecuencia de un recuerdo que le viniese a la mente.

Se suponía que la banda era enemiga acérrima de la droga. Desde que en 1980 volaran el pub El Huerto, en San Sebastián, apelando a que era un centro de tráfico de drogas, los terroristas habían mantenido una supuesta lucha sin cuartel contra una lacra que consideraban que echaba a perder a los jóvenes a los que ellos querían ofrecer una tierra paradisíaca, libre de opresión política pero también de vicios destructivos. A lo largo de los años habían seguido volando bares y discotecas donde se suponía que el tráfico o el consumo eran masivos. Se podían contar hasta treinta y dos asesinatos de la banda que esta había justificado en esa actividad purificadora por la cual iba a librar a los jóvenes del pueblo al que servían y protegían de sus adicciones. En barrios de gran consumo, como Txurdinaga, en Bilbao, habían llegado a atacar a cuatro miembros de una misma familia por ser conocidos traficantes, y más de un pistolero de la banda, en los interrogatorios, había confesado que nada le había hecho sentir mejor que liquidar a un camello. Según la doctrina oficial de los malos, la droga era introducida en el País Vasco por el propio Estado opresor, que buscaba diezmar a las nuevas generaciones de gudaris y, de paso, forrarse con tan lucrativo negocio a costa de los bolsillos de los jóvenes vascos. Incluso señalaban los cuarteles de la Guardia Civil, como Intxaurren o La Salve, como los centros de operaciones de las redes de narcotráfico estatales, dirigidas y organizadas por los propios guardias, que lograban así la financiación para seguir adelante con la guerra sucia.

—Estupideces —gruñó Varela cuando Gabo le mencionó aquella tradicional acusación—. Eran ellos los que se financiaban con la droga. ¿Perseguirla? Les encantaban la marihuana y el hachís. Les quitaba el miedo, les daba valor. Cada vez que cacheabas a uno o entrabas en un piso franco, no faltaba la bolsita con su ración de hierba. Y cuando empezó a fallar la extorsión, porque cada vez quedaban menos empresarios pudientes a los que sacar el dinero, sus amigos colombianos les enseñaron a sacar dinero de otras maneras.

—Entonces, no sería disparatado pensar que un antiguo jefe de la banda pudiese ser ahora un narco de las redes colombianas.

—¿Disparatado?

—Porque sería ir contra los viejos ideales de la banda de considerar la droga

como un enemigo de la revolución del pueblo.

—No me jodas, Gabo...

La teoría de la cruzada de la banda contra la droga tenía su contrapunto en la que mantenía justo la tesis opuesta. Varela era de los que defendían esa otra versión: que la banda tenía sus propias redes y negocios de droga, y lo que hacía con todos aquellos asesinatos era, con el pretexto de proteger a los jóvenes, eliminar a la competencia o a quien no se plegaba a su mandato. Y, según esta versión, había quien tenía muy claro que los colombianos acabaron siendo socios del negocio, cuando del hachís y la marihuana se pasó a otras sustancias. Para probar aquellos vínculos, se contaban historias como la de un tal Miguelito, mote con el que se conocía a un supuesto miembro de la banda que había contratado el propio Pablo Escobar para que le enseñara a montar explosivos y coches bomba, y al que, según se decía, había acabado asesinando cuando descubrió que también adiestraba a sus rivales del cartel de Cali. Una pintoresca historia que servía para ilustrar esas supuestas conexiones entre las redes de narcotráfico y la banda. Estaban los que aseguraban que la banda compraba armas en el mercado negro europeo a otras organizaciones criminales, ya fuese el terrorismo árabe o la Camorra italiana, pagando con cocaína llegada de Colombia y obtenida a cambio de sus cursillos de adiestramiento. Como en tantas otras cosas, verdad y ficción, leyenda conspiratoria y realidad se entremezclaban sin que fuese fácil establecer la línea divisoria entre una y otra.

—Harri siempre fue un hombre pragmático —le dijo Varela a Gabo—. Luchaba por una causa, pero no tuvo nunca ni espíritu de mártir ni vocación de sacrificio. Era un terrorista de salón. Un estratega, que suena mejor que un vividor a costa de otros. Bien escondido en Francia, primero, y a salvo en donde fuese más seguro en cada momento, después. Si había que perseguir el tráfico de droga en el País Vasco, se perseguía. Si había que matar a unos cuantos camellos para limpiar las calles de yonquis, se los mataba. Sin problema. Harri nunca tuvo remilgos en ordenar una muerte cuando lo consideraba necesario. Pero, desde luego, si entonces o ahora le interesase traficar con esa misma droga que se suponía que perseguía, ten por seguro que lo haría sin dudarlo. Ya sea para la causa o para su propio beneficio. Harri no está ni muerto ni en la cárcel. Los grandes líderes de las causas perdidas suelen caer jóvenes. Si no se inmolan, siempre hay alguien dispuesto a liquidarlos. Pero Harri aún sigue por ahí. Pregúntate por qué. Y elige si prefieres considerarle un cobarde o un traidor.

La esposa de Varela regresó al jardín. Miró a Gabo buscando su comprensión. Le cansa hablar mucho rato, le dijo con delicadeza. Gabo asintió y pidió disculpas por abusar, pero Varela hizo un gesto con la mano derecha como dando a entender que eso eran tontadas de su mujer.

Gabo se levantó para irse. El coronel Varela mantenía la mirada fija al frente, incapacitado para girar la cabeza hacia él. Sin variar el mismo tono lento y monocorde con que le había instruido sobre las relaciones entre la banda y la droga, le dio un nombre, le dijo que quizá sería útil que le viera, le explicó por qué y le indicó dónde encontrarle.

Antes de dejar aquel jardín, Gabo le hizo una última pregunta:

—¿Mereció la pena?

Varela contestó con la voz más viva que Gabo le había oído aquella mañana:

—No podría sentirme más orgulloso, comisario.

Estela le esperaba aparcada enfrente del portal de su casa. Iba en su coche particular, un Seat Ibiza rojo. Gabo bajó con puntualidad. Eran las ocho y media de la mañana. Media hora después de que ella le hubiese llamado al móvil para decirle que necesitaba verle con la máxima urgencia, que tenía que mostrarle algo y que pasaría a recogerle a donde él le dijera. Por supuesto, era Aldama quien le había dado su número de teléfono. Por lo visto, el comisario general confiaba mucho en aquella mujer. Lo que no hacía Aldama era respetar la confidencialidad del encargo que le había hecho a Gabo. Y este se sentía utilizado por Aldama. Habría sido hasta divertido sentirse así a aquellas alturas de su vida si no fuera por lo mucho que le cabreaba y lo imbécil que le hacía parecer ante sí mismo. Pero aquella mujer no tenía la culpa, así que en este segundo encuentro decidió de antemano no ser tan borde con ella.

Subió al coche y recogió del piso un muñeco de plástico, un elefantito que emitió un pitido cuando lo pisó al sentarse. Estela le pidió disculpas. Era de su hija. Los niños, ya sabe. Lo dejan todo por en medio. Estuvo a punto de sonreír. Parecía que los dos habían coincidido en darse una segunda oportunidad.

—Gracias por haber aceptado acompañarme tan temprano.

—Había impaciencia en su voz. Estaba claro que lo que sea no podía esperar.

Estela ya había arrancado y se estaba incorporando al tráfico de la mañana. Agarraba con ambas manos el arco superior del volante. Con fuerza de más. Los nudillos le blanqueaban por la presión. Gabo decidió aliviar aquella tensión.

—¿Cuántos hijos tiene? —le preguntó.

Ella tardó en contestar y cuando lo hizo fue con brusquedad:

—Una niña. De cinco años.

—¿Casada con un policía?

Estela apartó la mirada de la calle para echar un rápido vistazo a Gabo, con una mezcla de sorpresa y protesta. No era ni la hora ni la persona ni la situación para una conversación personal, parecieron decirle sus ojos. Aquello divirtió a Gabo. No, la dura inspectora Domínguez no habla de su vida privada con los compañeros de trabajo. Otra faltaba. Sería una imperdonable muestra de debilidad confesar que no ha pegado ojo porque la niña tenía gastritis o que la tiene negra que no acabe a aprenderse la tabla del siete. Tensa, demasiado tensa.

—Divorciada. De un abogado.

—Abogados, policías... Da igual la profesión. Cuando un hombre sale rana, no hay nada que hacer.

Estela le volvió a mirar. Ahora fue solo una mirada interrogativa. ¿Se estaba burlando de ella? Gabo decidió no estirar de más la cuerda y llevarla a un territorio en el que estaba seguro de que se sentiría más cómoda. Le preguntó si, como él predijera, el Emperador había vuelto a tener Segovia como destino. Estela asintió. Otra vez lo mismo. Comida en Segovia con Harri. El mismo restaurante. Luego el Emperador había vuelto a Madrid esa misma tarde. Estela había pedido a uno de sus agentes que se quedara para seguir a Harri. Pero acabó perdiéndole por las calles de Segovia. El agente no supo concretar si le había despistado por casualidad o porque hubiera advertido que le seguían. Gabo sintió un pinchazo de culpa. La soberbia es uno de los peores enemigos de un buen policía. Una máxima del Dandy, por supuesto. Él no había querido saber nada más de Estela ni de lo que pudiese haber ocurrido en Segovia. Por soberbia. Por estupidez. Por seguir negándose a sí mismo que estaba realizando una investigación policial a pesar de que llevaba ya más de un mes con ella. Viejo, oxidado y soberbio. Un mal policía.

Trató de olvidar su sensación de culpa pidiéndole a Estela que le situara. No tenía ni idea de narcotráfico, ni de Colombia ni de cómo funcionaba todo ese mundo, así que recibir una teórica, como había hecho el día anterior con el coronel Varela, no le vendría mal y, de paso, le ayudaría a olvidarse de que había sido un imbécil. Estela soltó aire e hizo uno de sus amagos de sonrisa, aliviada de pisar terreno firme.

—El escenario colombiano ha cambiado por completo en los últimos años — dijo con el tono aséptico de quien dicta un informe policial—. El monopolio ya no existe. El mercado ya no está controlado por uno o dos grandes cárteles, como en los tiempos de Medellín y Cali. Ya no existen personajes como Escobar o los hermanos Rodríguez Orejuela. Ahora es un negocio muy fragmentado. Por supuesto, hay organizaciones potentes, como el clan del Golfo, pero junto a los más poderosos conviven un sinfín de redes independientes. Están los Pelusos, la Cordillera, los Urubeños, los Puntilleros, la Constru... Podría enumerarle hasta un par de docenas. Hay traficantes de todos los perfiles. Están las Bacrim, que es como se conoce a las bandas criminales más tradicionales, formadas por meros delincuentes. Pero también hay grupos paramilitares, disidentes de las FARC que no están interesados en el proceso de paz, el Ejército Popular de Liberación e incluso narcos mexicanos que han extendido sus negocios a Colombia.

»Pero no solo ha cambiado el tipo de líderes, sino también el modelo de negocio. Ahora, los grandes narcos no se preocupan tanto de controlar el cultivo y la producción de la hoja y la pasta de coca como de la distribución y la comercialización. El cultivo y la transformación de la materia prima la llevan a cabo pequeños productores y una infinidad de laboratorios, minoristas, la mayoría de ellos proveedores independientes de las organizaciones de narcos. Estos les compran la coca ya elaborada y se ocupan de hacerla llegar a América y Europa, donde a su vez tienen socios que se encargan de colocarla en el mercado. Los grandes narcos son ahora, sobre todo, grandes distribuidores y para ello dependen en gran medida de personas como el Emperador, gente que controla sus propias redes comerciales en los lugares de destino para recibir el producto y distribuirlo después. Para las nuevas organizaciones, el papel de tipos como el Emperador es fundamental. Pero este no trabaja para una sola organización. No se le exige exclusividad. Sirve a todas las organizaciones y puede llegar a cobrarles a cada una hasta un quince por ciento del valor de cada cargamento, lo cual puede darle una idea no solo de la importancia que tiene dentro de la cadena del tráfico de drogas, sino también de los beneficios que obtiene.

—¿Y qué puede estar haciendo Harri en medio de todo ese tinglado? —preguntó Gabo.

—Las posibilidades son infinitas. Puede haber venido por mil razones. Y no sé si lo que voy a mostrarle se lo aclarará...

—¿Por qué necesitan irse hasta Segovia para verse?

—Tampoco tengo una respuesta para eso. Solo sé que, si alguien como el Emperador está dispuesto no solo a tratar personalmente con Harri, sino incluso a desplazarse hasta allí para verle, es porque se trata de un asunto de mucha envergadura. Pero aún no sabemos qué puede ser. Y no creo que hoy vayamos a obtener respuesta a eso...

Habían ido por la M-30 y la carretera de Burgos hasta la salida a la M-106. Y como si hubiese medido de antemano lo que debía durar su conversación, Estela pareció haber preparado un perfecto golpe de efecto deteniendo su Ibiza a la entrada de una nave industrial sin ningún cartel que identificara a su propietario en un solitario polígono en dirección a Algete. Aparcó detrás de dos coches de Policía y, nada más apagar el motor, un agente uniformado salió de la nave para recibirlos.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó Gabo, por fin intrigado por el destino de aquel trayecto.

Estela disfrutó de la sensación de que por primera vez tenía ella el control de la situación.

—Solo sígame.

Caminaron detrás del agente hasta el interior de la nave. Estaba vacía. La luz entraba por una hilera de ventanales que recorría la parte superior de una de sus paredes. Olía a algo que Gabo identificó como animales o pienso. Pero no había nada a la vista. Solo un amplio espacio diáfano y, al fondo, otros cuatro agentes uniformados.

Al acercarse a ellos, Gabo advirtió el bulto en el suelo. Un cuerpo. Enseguida distinguió también el charco de sangre oscurecida. Y, una vez estuvo a su lado, dedujo más que reconoció su identidad. Tenía el cráneo a la vista y abierto en la nuca y costras de sangre ya seca en el pelo, los ojos entreabiertos estaban en

blanco y la mandíbula caía dándole a la cara una expresión bobalicona. Solo le había visto antes una vez, de perfil y en una fotografía. Más favorecido que en aquel momento. Pero no era difícil deducir que se trataba de Mario Claudio. El Emperador había muerto, larga vida al Emperador.

—¿Falló su seguimiento? —le preguntó a la inspectora.

Ella encajó el golpe sin inmutarse en apariencia.

—Anoche le perdimos. Salió por la noche de su casa y un coche, que ya sabemos que era alquilado, le recogió según caminaba por la acera. Fue todo muy rápido. Desapareció antes de que pudiésemos reaccionar. Hemos pasado toda la noche recorriendo los lugares que más frecuentaba. Esta nave era uno de ellos. Aquí solía guardar muchos de sus cargamentos.

Gabo se alejó del cuerpo. No era una visión agradable. Estela preguntó a los agentes si estaba ya en camino el secretario judicial y le dijeron que debía estar a punto de llegar.

—Quería que lo viera para comprobar si así entiende por fin que debemos unir fuerzas —le dijo la inspectora a Gabo.

Este encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza el humo. Conocía aquella mirada en blanco, aquella boca desencajada, aquel cuerpo caído en una postura imposible de marioneta rota. Lo había visto antes. En otros lugares. En otros tiempos. Malditos recuerdos.

—Cree que lo ha hecho Harri, ¿no?

Estela asintió.

—El Emperador no había detectado que le seguíamos. Estoy segura de ello. Es algo fácil de deducir por la forma de comportarse del sujeto. Ayer mismo no lo sabía. Quizá fue otra persona la que descubrió que le seguían. El que le recogió en el coche. El que le disparó en la nuca.

—Pero eso es válido para mucha gente. Un pájaro como este debe tener un número infinito de enemigos. Pueden haber sido sus contactos colombianos, que se han visto amenazados al saber que le estaban vigilando. O cualquiera de sus redes de distribución. Socios o rivales, jefes o subordinados... Cualquiera que

haya comprendido que sus últimos éxitos policiales se han debido a que le tenían sometido a seguimiento y han querido eliminar un riesgo para su propia seguridad...

—Comisario —dijo Estela, y esta vez Gabo se olvidó de regañarle por ello—, anoche el hombre al que usted vigila mató al hombre al que vigilaba yo. No suelo hacer afirmaciones que se basen en suposiciones ni en intuiciones. Pero me atrevo a asegurar que esto es cierto. No sé si Harri ha venido a España con el encargo de matarle o si ha sido una acción sobrevenida al descubrir que el hombre con el que se estaba reuniendo en Segovia estaba sometido a una vigilancia policial, pero estoy segura de que ha sido él quien le ha matado.

Un hilo sólido. Tenía que admitirlo. Harri y él habían jugado al billar la tarde anterior, como siempre. No había notado nada raro en él. Desde que volvió de sus últimos días fuera de Madrid, parecía estar de nuevo instalado en su intrigante y monótona rutina. Pero quizá, ayer, una vez que Gabo dio por hecho que ya no saldría del hotel y se marchó, había roto aquella rutina. Quizá había vuelto a salir, había subido a un coche, había llamado a aquel narco y le había dicho que era urgente verle, que saliese a la calle y caminase por la acera y se subiese a su coche, le había pedido que le llevara a un sitio discreto donde pudiesen hablar sin que nadie pudiera verlos y, una vez en la nave, Harri había terminado el día volándole la cabeza. Toda una ruptura de la rutina, sí, señor.

—¿Y ahora? ¿Acepta ahora que trabajemos juntos?

Gabo tardó en reaccionar a la pregunta, en la que resonaba una mezcla de reproche y desafío. Viejo y oxidado y soberbio, volvió a pensar. Se había creído que él solo podría controlar todos los movimientos de Harri. Como un novato que ni siquiera supiese que una persona sola no puede hacer un seguimiento eficaz. Todas aquellas semanas no habían servido ni para que ahora jugase mejor al billar. No podía sentirse más estúpido.

Había intentado no pensar en ello. Había intentado coger el odio, la rabia, el deseo de venganza y las ganas de meterle una bala entre ceja y ceja, guardarlo todo al fondo de un cajón, ponerle un cerrojo y esconderse a sí mismo la llave. Si no, no habría podido compartir con él aquellas tardes, conversar sobre las mentiras mutuas, celebrar sus carambolas y fingir que solo deseaba ganarle al menos una vez. No habría podido siquiera tenerle enfrente. No habría sido capaz de soportar su aspecto amable, su aire de hombre que camina con placidez hacia

una venerable vejez, con su barba desordenada y su pelo mal peinado blanqueando poco a poco dándole un aire de tierno rey mago, y unas arrugas suaves de inminente abuelo apacible enmarcando sus escasas sonrisas, y sus vaqueros y sus camisas a cuadros y sus jerséis de lana completando el confortable aspecto de un noble leñador a quien uno le confiaría el cuidado de sus hijos.

A veces costaba creer que fuesen seres humanos. El Dandy les recordaba a menudo que no se dedicaban a perseguir monstruos, que todos aquellos asesinos y secuestradores no eran psicópatas, no se comportaban como Hannibal Lecter, ni estaban tan pirados como Norman Bates ni les giraba la cabeza y vomitaban potas verdes como la niña de El exorcista. Eran hombres y mujeres normales. Bastaba con leerse las transcripciones de cualquier escucha telefónica para comprobarlo. También ellos tenían una madre pelma que les recordaba en cada llamada que se abrigasen bien porque el día estaba fresco y luego uno se cogía un catarro que no había quien se lo sacara de encima en todo el invierno. Y novios y novias ñoños, cuelga tú, tonto, no, cuelga tú, boba, con los que empezaban romances y luego los terminaban gritándose que ya estaban hartos de que nada les pareciese bien, pues si los jefes me mandan de viaje y no puedo estar el día de tu cumpleaños qué le vamos a hacer, necesito un respiro de todo esto, has cambiado demasiado. Y había conversaciones de risa, como aquel que le preguntaba a un amigo qué pensión de jubilación le quedaría si se pasaba toda su vida siendo un liberado de la banda, o aquella chica que le preguntaba a un compañero si que le gustase Raphael significaba que en el fondo de su alma no creía en la causa. Son humanos, les decía el Dandy. Tenían enfermedades y amores y familia y obsesiones tontas y problemas domésticos como cualquiera. Pero eso no debía ni relajarlos en su persecución ni hacerles creer que sería fácil cogerlos. Pero, sobre todo, no debían olvidar que eran capaces de dispararte en la nuca sin que el pulso les temblara lo más mínimo y después llamar a sus madres y decirles que sí, mamá, que he salido a la calle y ya he visto el frío que hace y me he puesto la trenca, tranquila. Eran humanos, sí. Y había que entenderlo. Pero nada de síndromes de Estocolmo tampoco. Eso, para los suecos, que son gente muy rara, les advertía el Dandy. Uno puede volverse un tarado, un obseso del trabajo, un paranoide de la propia seguridad, un Charles Bronson de gatillo fácil. Había mil síndromes que uno puede llegar a padecer con aquella vida que llevaban. Pero ninguno de los polis del Grupo era tan imbécil como para sentir ni por un segundo algún tipo de empatía. Bastaba con haber acudido una sola vez al lugar de un atentado, con haber visto un cuerpo tendido en el asfalto, la sangre cambiando el color de los adoquines, el sordo sollozo de un pariente que se

acerca, el rostro desfigurado, el silencio del vecindario, para no caer en sandeces de cura lerdo como justificar o compadecer a aquellos bestias.

Gabo había tenido que contener y encerrar todos sus sentimientos desde que vio a Harri por primera vez, saliendo del hotel Alpes, para poder cumplir con su tarea. Otra señal de que no era el de antes, de que los años pasan factura. Siempre había sabido contener su ira y su rabia. Ni siquiera en los peores momentos, cuando se recibía la noticia de un nuevo atentado o cuando había asistido a alguno de aquellos funerales con el féretro entrando y saliendo de la iglesia poco menos que en secreto, con los familiares de la víctima formando un pequeño y desvalido racimo humano, sin compañía, apenas consolados por aquellas ceremonias breves, frías, casi clandestinas. Ni siquiera en esos momentos perdía la calma. Era parte de esa tranquilidad natural suya, ese talento para la templanza que le era igual de útil para actuar en una operación que para soportar el dolor o aplacar la furia. Pero ya no. Ahora cogía un vaso y se lo partía en la cara a un ruso solo por ser un pelma. Ahora veía a Harri y tenía que hacer un enorme esfuerzo para no liquidarle sin darle tiempo ni a llenar sus pulmones una sola vez más de un aire que no se merecía.

Aquella tarde fue especialmente difícil. Harri, cuyo estado de ánimo era muy estable, anclado en una imperturbable seriedad, mostraba un buen humor inédito. Durante su partida, celebraba sus carambolas con un saltito o un puño a medio alzar, gestos que jamás antes le había visto, y cuando Gabo fallaba, se permitía chincharle con alguna suave pulla que le picase lo justo. Cuando Gabo salió a fumar, salió con él. Plantados en la acera, Harri le comentó que cada vez le gustaba más Madrid, que empezaba a cogerle gusto a la polución y los atascos, y que si no fuera porque empezaba a estar hasta el gorro de vivir en una habitación de hotel y aún le quedaban algunos asuntos que cerrar, se plantearía incluso pasar allí una temporada, pero solo de vacaciones, sin reuniones ni viajes entre medias, paseando por el Retiro y yendo al Museo del Prado, que de siempre había sido un amante de la pintura española del XVI y el XVII, en especial de Velázquez. Gabo no supo si le hablaba en serio o le estaba vacilando.

Cuando volvieron a entrar en el salón de billares, había dos chicos echando una partida en una mesa junto a la suya. Parecían sudamericanos. Harri los contempló mientras daban algunos golpes y después, sin consultar a Gabo, les preguntó si les gustaría echar una partida a cuatro. Los jóvenes parecieron dudar de si aquel par de viejales tendría nivel para ellos. ¿Cincuenta pavos? Billar a tres bandas. Cien puntos. ¿Os damos miedo? Los retados, que no debían llegar a

los treinta, cambiaron una mirada. Y aceptaron.

Harri empezó suave, cometiendo incluso algunos errores impropios de él. Gabo intentó mantener el tipo. Los chicos eran jugadores decentes, sin alardes. Empezaron ganando. Hasta que Harri decidió que iba siendo hora de darles una lección y apretó. 100 a 87. El ánimo de Harri pasó de bueno a exultante.

—Hoy ha sido un gran día —le dijo a Gabo cuando salieron con cincuenta euros para repartir en el bolsillo, su estima como jugador por las nubes, el orgullo desbordado y una sonrisa que desentonaba con su habitual carácter de vasco muy vasco.

—Un gran día —le refrendó Gabo, a la vez que recordaba la cabeza reventada del Emperador.

Aquella noche no se acercó al bar de Dolores. Se fue directo a casa. Volvió a abrir el armarito de los trastos. Volvió a subirse en un taburete para llegar al altillo. Volvió a sacar una caja de zapatos, diferente a aquella en la que guardaba El Revistero y otros documentos. Se sentó en el sofá del salón y puso la caja sobre la mesita central. Sacó de ella una HK automática y un cargador de balas. Con un trapo de cocina le quitó el polvo. No estaba demasiado sucia después de diez años allí guardada. Cuando hubo acabado de limpiarla, Gabo la empuñó. No, en toda su carrera de policía jamás la había tenido que usar, salvo en las prácticas de tiro. Ni un solo disparo. Pero tampoco le había partido nunca antes a nadie un vaso en la cara. Siempre había una primera vez para todo.

Cuando se separó de Harri en la entrada del hotel Alpes, había decidido que a partir de aquel día iría armado. No para protegerse. Para pegarle un tiro en cuanto hubiese averiguado para qué había vuelto.

Y ahora, mientras contemplaba la HK en su mano, Gabo abrió el cerrojo y dejó que cayera el dique, permitió que todo aquello que había estado conteniendo durante las últimas semanas brotase a borbotones. Empezó por las emociones de aquel mismo día. El Emperador muerto. Otra vez, como antaño, un cuerpo tirado en el suelo. Y las bromas de Harri después en el salón de billares, contento como si acabase de recibir la mejor de las noticias, quién sabe, como si le alegrase haber comprobado que aún conservaba su talento juvenil para apretar el gatillo. Pero luego fue más allá. A las más oscuras de las sombras. A aquel rincón oscuro, frío, doloroso que su memoria trataba siempre en vano de esquivar. A la

noche en que todo había comenzado.

Llevaban un par de semanas haciendo seguimientos en Guipúzcoa a una serie de sospechosos relacionados con varios atentados recientes. No sabían si se trataba de un comando ya establecido o en proceso de formación, ni quiénes ni cuántos podían integrarlo. El operativo era tan amplio que prácticamente todos los miembros del Grupo estaban dedicados a él. El Dandy se ocupaba de una troncha en San Sebastián, y Gabo, Javi y Cata habían sido asignados a otra en Zumaya.

Vigilaban a un tal Ernesto, un tipo ya entrado en años, separado de su mujer, que no tenía hijos y vivía con la única compañía de un pastor alemán. Uno de los sospechosos de San Sebastián los había llevado hasta él porque en su piso de Zumaya había celebrado un par de cenas con varios de los sujetos a los que estaban siguiendo. Solo parecía una ramificación secundaria del operativo de San Sebastián, sin aparente trascendencia. No paraban de aparecer hilos nuevos como aquel en la operación. Los miembros del Grupo no daban abasto y la falta de resultados concretos empezaba a desmoralizarlos.

Era una de esas vigilancias que duraban más de la cuenta, sin el menor indicio de que mereciese la pena continuarla. Ernesto tan solo salía a la calle por la mañana y por la tarde para pasear por la playa con el perro y toda su vida social se reducía a intercambiar breves palabras de saludo con algunos vecinos. No tenía ninguna pinta de ser uno de los malos o, al menos, de tener la menor relevancia en la banda. Tras su paseo vespertino, nunca volvía a salir por la noche, así que Javi, al que por rotación entre los nuevos le había tocado coordinar el operativo, había decidido que interrumpieran la vigilancia tras aquel último paseo para volverse a San Sebastián a descansar. Los tres empezaban a desesperarse por la cantidad de horas inútiles invertidas en un hombre tan carente de interés. Sus habituales discusiones sobre la música que escuchar en el coche iban en aumento a medida que crecía también su hartura. Empezaban ya a plantearse el proponer a los jefes que se abandonara el objetivo.

Pero una tarde en que estaban de servicio Cata y Gabo hubo un cambio en la rutina. Un cambio mínimo. Pero suficiente para llamarles la atención. Al regresar de su paseo de la tarde con el perro, Ernesto se acercó a una panadería y salió con una bolsa en la que podía verse incluso a distancia que llevaba cuatro barras. Demasiado pan para un hombre solo. Empezaba a anochecer y Cata y Gabo iban a marcharse en cuanto Ernesto hubiese regresado de su paseo. Pero

decidieron quedarse un rato más.

Una hora después, caída ya la noche, ocurrió otra novedad aún más chocante. Ernesto volvió a salir a la calle con el perro. No fue a la playa. Tan solo dio una rápida vuelta a la manzana, como si quisiese echar un vistazo a los alrededores. Y Gabo vio una silueta que se asomaba a la ventana de su piso. Ernesto no estaba solo aquella noche.

Cuando Ernesto hubo regresado a su piso, Gabo fue en busca de la cabina más cercana. Llamó a Javi y le pidió que acudiera. De vuelta en el coche, Cata le esperaba con mal contenida excitación. Dos más, le dijo. Había visto hasta tres siluetas diferentes al contraluz de la ventana. Estaba segura. Había un mínimo de tres personas en el piso de Ernesto. Demasiado raro.

Gabo regresó a la cabina. Hizo dos llamadas más. La primera fue a la central de San Sebastián. Pidió refuerzos. Había que entrar en el piso. Habían sido demasiados días de seguimiento y por fin pasaba algo. Era mejor no esperar. Los asaltos a las casas los hacía el Grupo Especial de Operaciones. Le contestaron que no era posible, que todos los efectivos de que disponían iban a llevar a cabo otra intervención en San Sebastián esa misma noche. Colgó. Hizo la segunda llamada. Directamente a Madrid. Al comisario que hacía de enlace de su Grupo en la Brigada Central: Sixto Aldama.

No fue una conversación amistosa. Aldama se mostró esquivo. Gabo, muy cabreado.

—¿De verdad no hay geos para todos? —le gritó Gabo al auricular, tan alto que temió que se le oyera en toda la calle.

—El personal es el que es —fue la respuesta de Aldama sin subir el volumen ni perder los nervios.

Gabo le explicó la posibilidad de pillar a alguien gordo en aquel piso. Lo arriesgado que podía ser.

Aldama siguió sin alterarse. Había que priorizar operaciones. Una mala coincidencia que hubiese dos posibles intervenciones la misma noche. Ya le gustaría a él poder disponer de más agentes. Gabo le dijo que estaba hasta los huevos de las condiciones de mierda en que los tenían los jefes de Madrid, que estaba en medio de la noche frente a una casa en la que quizá estaba reunido un

comando de la banda en pleno o sabe Dios quién y que no fuese a joderle con priorizaciones y milongas. Su amistad de años le permitía hablar a Aldama como otros no se habrían atrevido.

—Vamos a entrar en esa casa, Sixto. Con los geos o sin ellos —le dijo, en parte realmente irritado, en parte jugando de farol, buscando una reacción de Aldama que no se produjo.

Este le respondió que no cometiese locuras y que lo que hiciese sería bajo su responsabilidad. Estamos solos, le dijo Gabo a Cata cuando regresó al coche.

Javi llegó media hora después. Los refuerzos tardaron aún una hora. Dos furgonetas de la Policía Armada. Doce hombres. Ni rastro de los geos. Agentes sin experiencia en operaciones de asalto. Y las furgonetas ni siquiera iban camufladas. Javi montó en cólera. Hizo que los hombres bajaran y las furgonetas se largaran al instante antes de que fueran a verlas desde la ventana los invitados de Ernesto.

Dudaron. No eran suficientes. Ni estaban especializados en aquel tipo de intervenciones. Dudaron hasta que Javi perdió la paciencia.

—Entramos —decidió—. Entramos y que les vayan dando a Aldama y a todos los jefes de Madrid. No vamos a dejar que esos de ahí se marchen a sus casas tan tranquilos.

Gabo y Cata estuvieron de acuerdo.

Les habían enseñado a mantener la calma, a ser prudentes, a no improvisar. Nuestro trabajo es como jugar a la ruleta a diario, les había dicho una vez el Dandy. Si no pierdes la cabeza, puede que tengas suerte y ganes de vez en cuando. Pero si asumes más riesgos de los necesarios, ten por seguro que acabarás en la ruina. Y aquella noche, porque estaban cansados de aquel seguimiento demasiado prolongado, porque estaban cabreados por la fría indiferencia de Aldama, porque uno puede hacer las cosas bien un millón de veces y mal solamente una y pagarlo muy caro, porque no estaba con ellos el Dandy, que sin duda era el que tenía la cabeza más fría de los cuatro, por lo que fuera, arriesgaron de más.

Seis de los policías de refuerzo se quedaron a controlar el perímetro. Los otros seis entraron para asaltar el piso siguiendo a Javi, Cata y Gabo.

Subían en fila por la estrecha escalera hacia la tercera planta, donde vivía Ernesto. En el rellano del segundo piso, Cata se adelantó y fue a girar el siguiente recodo. Llevaba la pistola en la mano. Eso fue lo primero que asomó. Y los tres hombres que corrían escaleras abajo, porque habían visto las furgonetas de la Policía Armada desde la ventana y trataban de escapar, vieron asomar aquella mano que sujetaba la pistola. El que iba el primero actuó con magníficos reflejos. Le arrebató la pistola a Cata y, cuando la tuvo delante de él, le disparó a bocajarro a la cabeza.

El cuerpo de Cata cayó sobre Gabo y Javi, y estos a su vez sobre los agentes que los seguían. Los tres terroristas aprovecharon el desconcierto para saltar por un ventanuco del rellano. Daba a una ladera que subía pegada casi a la fachada, por lo que no fue un salto peligroso. Allí no había ningún policía vigilando, así que pudieron echar a correr ladera arriba y desaparecer con facilidad.

Ninguno de aquellos tres terroristas llegaría a ser detenido nunca. Uno de ellos sería asesinado por pistoleros de la guerra sucia cuatro años después. Otro moriría casi veinte años más tarde, tras una larga y fructífera carrera como asesino, al explotar por accidente la furgoneta cargada de explosivos en la que viajaba desde Vizcaya a Madrid con el objetivo de llevar a cabo un atentado masivo en la capital. El tercero, el que tuvo la habilidad de arrebatarse el arma a Cata y matarla, era Harri.

Encendió un cigarrillo y fumó en silencio mientras contemplaba a dos solitarios patos que nadaban en el estanque cambiando continuamente de dirección con giros espasmódicos, como si fuesen incapaces de decidir qué rumbo tomar. A su lado, Sixto Aldama también observaba a los patos. Sin fumar. Aldama nunca había sido de vicios. Ni tabaco, ni alcohol ni nada de nada. Era un hombre sin debilidades, sin necesidad aparente de emociones ni sorpresas. Un hombre de esposa e hijos, carné del Madrid, misa los domingos y cena a las nueve.

Se habían citado en el parque del Hormiguero en Alcobendas, en el único banco de madera que había a la orilla de aquella pequeña alberca. Un lugar discreto a primera hora de la mañana. Cuando Gabo llegó, con tan solo dos minutos de retraso, el comisario general ya estaba allí. También era un obsesivo cumplidor de horarios.

Gabo le puso al día. Sin preámbulos ni adornos. No se habían vuelto a ver desde que comenzara el seguimiento y Aldama le había llamado para pedirle que le informara. Gabo se limitó a enumerarle los hechos objetivos. La vida rutinaria de Harri en Embajadores, reducida a hotel y partidas de billar. Las dos idas a Segovia para comer con el Emperador. La muerte de este. La sospecha de la inspectora Domínguez de que le había matado él. La oferta de esta para que formaran equipo. Y lo estupendo que le parecía que Aldama le hubiese contado a la inspectora que él estaba siguiendo a Harri y que le hubiese dado incluso su número de móvil. Hay que joderse, se suponía que esto era secreto, menudo secreto, le dijo.

Aldama le escuchó sin interrumpirle y no mostró ninguna reacción cuando Gabo terminó. Gabo aprovechó aquel silencio para encender un segundo cigarrillo, los patos siguieron cambiando una y otra vez de destino y Aldama se tomó su tiempo antes de hablar. ¿Cómo decía la letra de aquella canción de Simon y Garfunkel?, se entretuvo en pensar Gabo. Viejos amigos, se llamaba. Sentados en el banco de un parque. Qué extraño es eso de acercarse a los setenta. Algo así decía la letra. Pues eso. Allí estaban los dos. Como un par de venerables jubilados. Tomando el sol de la mañana y contemplando a los patos. Solo les faltaba echarles miguitas de pan. Era casi un final lógico si aquello hubiese sido

un final. Sus vidas, tan parecidas y también tan diferentes, habían discurrido en paralelo. Un continuo encuentro y desencuentro a lo largo de los años. Desde que ambos eran alumnos de la Escuela de Policía de la calle Miguel Ángel. Luego en el País Vasco. Y también aquella mañana fría y lluviosa, que parecía vasca pero era extremeña, en aquel pequeño cementerio donde enterraron a Cata, rodeados de compañeros, arrojando a unos padres destrozados, cuando Gabo le echó en cara la muerte de su amiga mientras bajaban el féretro a la tumba. En Madrid después. Cuando el propio Aldama, por entonces ya jefe de grupo en la Brigada Central de Información, decidió que Gabo debía dejar el País Vasco. No era bueno que siguiese allí después de lo de Cata. Le vendría bien poner algo de distancia. Oxigenarse. Aldama usó aquella estúpida palabra cuando le llamó para comunicarle que le destinaba a Madrid. Oxigenarse. No le preguntó su opinión. Cambio de destino obligado por necesidades del servicio. Llénate de oxígeno y olvídate de tu tronca, muerta en una desastrosa actuación en la que os abandoné a vuestra suerte con un grupo de zopencos de la Policía Armada. No fue eso lo que le dijo, pero sí lo que registró el cerebro de Gabo cuando oyó aquella gilipollez de oxigenarse. No puso objeciones. Le importaba una mierda. San Sebastián, Madrid o la Luna. Cata había muerto. Era una policía de primera, una tía de primera. Era mi tronca. Que le envasen a donde les diera la gana. Ya sabían para entonces quién la había matado. Ernesto, el dueño del piso de Zumaya, le identificó. Gorka Landaberría, alias Harri. Y en aquel cementerio extremeño, después de reprocharle a Aldama lo ocurrido y acabar así con su amistad para siempre, se lo juró a Cata. Otro de esos momentos épicos y solemnes. Muy de película. La tumba aún abierta y él de pie a su lado, empapado, el rostro surcado por lágrimas de lluvia y de llanto. Algún día le cogeré, te lo prometo. Será mi fijación. Y ahora, treinta años después, aún estaba en ello. Y observaba patos en un parque junto a Aldama. Otra vez juntos. Como viejos amigos. ¿Te lo puedes creer, Cata, tú que sabías lo que me repateaba este tío? Sentados en un banquito, a punto de ser viejos, a punto de empezar a olvidar. Era hasta gracioso. Y Aldama debió pensar algo parecido porque, cuando por fin habló, no fue para referirse a nada del asunto de Harri.

—Llevas toda la vida considerándome un ser deleznable —dijo para sorpresa de Gabo, con su habitual hablar tranquilo, sin la menor alteración—. ¿Nunca te has planteado que todo puede verse siempre desde otra perspectiva?

Cuando Gabo llegó a Madrid, Aldama era uno de los tres jefes de grupo de la Brigada. Actuaba de enlace con todos los Grupos AT que operaban en el País Vasco. Y nadie dudaba de que seguiría ascendiendo en la cadena de mando sin

parar. Tras lo ocurrido en el cementerio, tuvo el acierto de no poner a Gabo bajo sus órdenes. Había otros dos grupos en la Brigada aparte del que se centraba en exclusiva en el País Vasco dirigido por Aldama: el que se ocupaba del resto de España y uno dedicado de manera específica a la caza del Comando Madrid, por entonces ya una auténtica obsesión para la Brigada. Gabo fue asignado a este.

Su jefe era Toni Pazos, el poli más inteligente, chalado y brillante que Gabo conocería jamás, la antítesis de Aldama, todo corazón y estómago, todo impulsos y un cerebro revolucionado de más, todo energía y excesos expresivos, que igual te comía a besos si hacías algo bien como te agarraba por el cuello hasta bordear la asfixia si quería reprenderte. No tenía horarios ni más vida que el trabajo. Había tenido mujer, pero, por supuesto, esta le había dejado, harta de no verle el pelo, sin que a él pareciese haberle importado un comino el abandono, tal vez porque ni siquiera tenía tiempo para pensar en ello. Nada le importaba que no fuese trabajar y trabajar y trabajar. Organizar peinados de todos los barrios de Madrid, repasar listados de viajeros de autobuses, trenes y aviones y de huéspedes de pensiones, hostales y hoteles, hablar con docenas de personas, asistir a todos los interrogatorios de detenidos, acumular información y cruzarla con la de los otros grupos, enfrentarse sin tregua a los jefes cuando no compartía sus criterios o necesitaba algo de ellos, acertar, equivocarse y volver a acertar y a equivocarse un millón de veces más. En la Brigada, todos soportaban sus salidas de tono, sus exigencias, sus desproporcionados arranques de genio o sus desmedidas muestras de cariño, porque sabían que, simple y llanamente, era el mejor. Por supuesto, le daba mil vueltas a Aldama como investigador. Pero todos estaban seguros de que sería Aldama y no él quien seguiría ascendiendo en la escala de mando. Toni Pazos no servía para la política. Más tocapelotas que pelota, decían de él. No servía para nada que no fuera perseguir a los malos. No tenía ninguna ambición que no fuera darles caza. Pero por si acaso, por si al final tenía la ocurrencia de competir con Aldama por llegar a la cima, en cuanto este fue nombrado jefe máximo de la Brigada, lo primero que hizo fue cambiar a los jefes de los grupos y quitarse de en medio a Toni Pazos. O, al menos, eso era lo que se decía entre los compañeros.

—¿Qué más te da lo que yo opine? —le preguntó Gabo.

—A veces uno se cansa de ser siempre el culpable de todo.

Lo único que importa es pillar a los malos. Esa era la máxima sagrada. Toni Pazos era el tipo que más sabía sobre la banda. Su salto a la fama entre los polis

había llegado con el secuestro del padre del cantante Julio Iglesias. La presión con aquel asunto era demencial. Se suponía que los secuestradores no eran terroristas, sino delincuentes comunes. Unos tipos que hablaban con acento sudamericano, según dijo la criada que les abrió la puerta, se habían presentado en la casa del doctor Iglesias haciéndose pasar por reparadores de la tele y se lo habían llevado para extorsionar a su famoso y millonario hijo. Pazos ató cabos y llegó a un convencimiento que nadie compartía. Mantuvo desde el primer momento que lo del acento sudamericano era fingido y que aquello no era obra de delincuentes comunes, sino de la banda. Nadie compartía su tesis. Aquella no era la forma habitual de actuar de los terroristas. Pero tuvo razón. Interrogando a las personas adecuadas, fue tirando de un hilo tras otro hasta llegar a ubicar al secuestrado en Trasmoz, un pueblo de Aragón, y allí se plantó para dirigir el operativo que le liberó. Había mantenido su opinión contra el criterio de todos sus superiores, había llevado a cabo una solitaria investigación y había proporcionado a la Brigada un éxito policial y también mediático y político incomparable. Estos últimos le trajeron sin cuidado. Él solo quería seguir persiguiendo terroristas. Lo único que importa es pillar a los malos. Él era el inventor de la frase. Y solo tenía una ambición: coger al Comando Madrid. Se le resistían. Durante los años siguientes a la llegada de Gabo a Madrid, toda la primera mitad de la década de los 80, la banda llenó de cadáveres las calles de la capital. Pero los miembros del comando se les escapaban como sanguijuelas escurridizas. Pazos no dormía. Envejeció persiguiéndolos. Desayunaba un par de Marlboros y cenaba un par de whiskies, y entre medias apenas comía si alguien le recordaba que no se podía vivir sin comer. Pazos ayudó con sus investigaciones a muchos otros operativos y proporcionó éxitos relevantes a la Brigada, pero la pieza mayor no acababa de caer. Cuando Aldama le sustituyó, alegó órdenes de arriba, a pesar de que todos en la Brigada lo atribuyeron a sus celos, a su deseo de eliminar a un competidor por el puesto de comisario general. Pero Aldama lo justificó contando que los jefes habían perdido la paciencia. Demasiado tiempo sin resultados. Se necesitaba otro enfoque. Los políticos no podían seguir con las manos vacías mientras los muertos se acumulaban en Madrid. Los jefes nunca entendieron que los tiempos políticos y los tiempos policiales no son los mismos. Aldama le ofreció a Gabo ocupar el puesto de Toni Pazos. Gabo le mandó a la mierda.

En el banco del estanque, Gabo encendió otro cigarrillo y Sixto Aldama sonrió con desgana nostalgia.

—Yo elegí ser de los que toman las decisiones, tú preferiste ser de los que siguen

instrucciones. Y ambas opciones tienen sus ventajas e inconvenientes. Pero son igual de necesarios tipos como tú y como yo. Cada uno cumple una función. Y esa elección no te convierte automáticamente a ti en un héroe ni a mí en un villano.

—¿A dónde quieres llegar con esto, Sixto? —le preguntó Gabo, que, dado el tono personal de la conversación, decidió apearle el tratamiento—. ¿Intentas convencerme a mí de algo o solo callar a tu conciencia?

El Dandy también llegó destinado a Madrid en la época en que Aldama asumió el mando de la Brigada. Aldama quería reforzar los servicios centrales con policías jóvenes pero ya experimentados, como Gabo y el Dandy. La inteligencia se imponía sobre la información como método de trabajo. Menos polis en las calles y más procesando datos. El Dandy aceptó con obediente elegancia un cambio de destino que no le apetecía en especial. A Javi le dejaron en San Sebastián. El gaditano no encajaba en el perfil profesional que buscaba Aldama. Muchas tripas y poco seso, diría de él. El Dandy y Gabo cambiaron así los seguimientos por los interrogatorios. Una nueva etapa. Sin éxitos. Un tiempo de sequía. Hay rachas buenas y rachas malas. Y nadie tiene la culpa de ello.

—Los dos hemos acumulado nuestra carga de decepciones, pérdidas y renunciaciones por el camino. Al final, tú decidiste abandonar. Yo decidí seguir. Decisiones, Gabo. Nunca son fáciles. No siempre son comprendidas. Decidir es siempre una labor solitaria.

Como si de un montaje de fotos cursilón se tratara, Gabo vio el rostro de Marina reflejado en el agua del estanque. Maldito Aldama. Le estaba trayendo a la cabeza sus propios recuerdos. Y eso no le gustaba. Los malditos recuerdos otra vez. El óvalo perfecto de su cara, los ojos almendrados, la nariz un poco respingona, la boca de labios finos y suaves. Decepciones, pérdidas y renunciaciones. Cata murió y a Toni le quitaron de en medio, y Marina seguía acompañándole en las noches de insomnio, las tardes de invierno y los años perdidos. Has hecho lo correcto, le dijo Aldama hacía ya muchos años refiriéndose a Marina. Como si aún fuesen amigos. Le ofreció su apoyo y su consuelo con aquella escueta y estúpida frase. Las frases lapidarias. Las puñeteras máximas sagradas. Pueden acabar jodiéndote la vida si te las crees demasiado. Lo único que importa es pillar a los malos. Has hecho lo correcto. Las suaves ondas que levantaban los patos al deslizarse sobre el agua borraron el reflejo de Marina. La evocación cursilona se desvaneció.

—Dime, ¿a qué viene esta conversación? ¿Qué estás buscando de mí?

—Lo que quiero decirte es que no puede medirse todo por culpabilidad o inocencia, Gabo. Elige cualquier asunto del pasado. El que sea. Cata, por ejemplo. Yo no tuve la culpa de lo que ocurrió, como tampoco la tuviste tú.

Gabo endureció la expresión al oír el nombre de Cata. Había cosas que no se mencionaban. Nunca. Había cosas que estaba prohibido utilizar como argumento de nada.

—No voy a hablar de eso contigo.

A Aldama no le gustó su brusquedad. También su cara y su tono se endurecieron.

—¿Prefieres que hablemos de Marina? ¿Hablamos de todo el rencor hacia mí que llevas acumulando durante todos estos años? Debe ser muy cómodo tener a alguien a quien culpar siempre de todo.

Gabo se levantó del banco, tiró al suelo lo que quedaba de su cigarrillo y lo aplastó con el pie. Aldama siguió hablando, impaciente, elevando el volumen de su voz, cosa extraña en él.

—Tú eres la leyenda. El tipo del que todos los novatos oyen hablar en cuanto llegan. El hombre que logró acabar con los peores comandos de la banda. Todo un mito de la lucha antiterrorista. ¿Y yo qué soy, Gabo? ¿El jefe malvado al que odia todo el mundo porque solo sabe dar órdenes e intentar que la gente haga bien su trabajo?

Gabo recogió la colilla despanzurrada del suelo y se acercó a tirarla a una papelería cercana.

—Se hace tarde, comisario general.

Aldama fue a decir algo más, pero se contuvo. Apretó los labios y se levantó también y echó un último vistazo a los patos, como si los buscara para despedirse. Volvió a hablar con el tono más templado, con una cierta resignación, al comprender que no iba a lograr tener con Gabo la conversación que hubiese querido.

—Solo intentaba que me entendieses un poco. Ha sido demasiado tiempo

distanciados y creo que no siempre has sido justo conmigo. —Sonrió y su voz recuperó el ánimo—. Supongo que me estoy haciendo mayor y eso, quién lo iba a decir en un mal tipo como yo, me está volviendo un poco sentimental...

La fiesta de despedida de Toni Pazos consistió en un mano a mano de whiskies con Gabo en la barra de un oscuro garito cercano a las oficinas de la Brigada Central en la Puerta del Sol. Se cagaron en todo a golpe de whiskies. Salieron del bar a rastras tras el inevitable momento de sentidos abrazos y promesas de amistad eterna. Gabo observó a Toni mientras se alejaba dando bandazos, manteniéndose de pie a duras penas, en busca de un taxi misericordioso que le llevara a dormirla. En aquel instante Gabo ya supo que Toni Pazos acabaría mal. Le habían quitado todo. Lo único que importa es pillar a los malos. Solo le quedaban los whiskies y cagarse en todo. Poca cosa.

Gabo y Aldama se despidieron en la salida del parque.

—Tú también eres un hijo de puta —le dijo el comisario general con una sonrisa amistosa.

Gabo asintió sin devolverle la sonrisa.

—No tengo ninguna duda de eso. La diferencia entre nosotros es que a mí eso me trae sin cuidado.

No, no estaba dispuesto a escuchar las penas y lamentos de Sixto Aldama. ¿Quién decía que tuviese que ser justo? Que cada uno se lamiese sus propias heridas. Le alivió perderle de vista.

Se sacó el móvil del bolsillo y llamó a la inspectora Domínguez.

¿La lealtad? Una minucia como sentimiento, comparado con la culpa. Ese sí que es de los que marcan toda una vida. Uno puede llegar a librarse de la lealtad. Puede ignorarla, traicionarla, reemplazar una por otra, cambiar su objeto y su motivación. Pero la culpa no. La culpa es inamovible, el peñón en medio del mar, la estaca en el corazón, el volcán en permanente ebullición. Una vez que se instala dentro de uno, se queda ahí para siempre, infectándolo todo, carcoma del alma, termita del corazón, siempre con hambre. La lealtad te impulsa a querer ser un héroe, la culpabilidad solo puede convertirte en un cobarde o un tarado. Un animal vengativo. Un niño asustado. Si no la controlas, si no te esfuerzas a diario por atarla corto, por meterla en vereda, por someterla a la razón, la culpa

te lleva a territorios demasiado oscuros y entonces ya estás jodido para siempre. Por eso, una vez que te infecta el virus de la culpa, tienes que pasarte el resto de tu vida lidiando con un agotador tira y afloja, luchando por que la puta culpa, ríete de la lealtad, se mantenga en una zona intermedia soportable, a mitad de camino entre la parálisis emocional y la rabia desbocada. Gabo sabía mucho de eso.

Todas sus lealtades estaban manchadas de culpa. Vuelta al padre. Ahí estaba ya la culpa haciendo su aparición. Ensuciando la lealtad a la sangre. Se hizo poli por lealtad. Esa era la versión bonita. La más sombría era la de la culpa. Ser poli para redimir al padre. Todas las hostias dadas, la porra cayendo una y otra vez sobre los ingenuos que se manifestaban contra el Régimen, los huesos rotos, los labios partidos, los ojos morados, las patadas en los huevos, a saber qué más. Nunca supo, solo intuía. El padre se sentaba a la cabecera de la mesa, cena en familia, un padrenuestro de aperitivo, la madre le preguntaba qué tal había pasado el día, sin esperar una respuesta, ritual familiar. Todo bien, contestaba él. Y Gabo iba creciendo y deduciendo e imaginando, y sintiendo cómo la culpa ensuciaba una lealtad ya de por sí incómoda. Si su padre era culpable, él era culpable. Va en la herencia, irrenunciable, como la legítima. Le quería, le respetaba, le admiraba, le compadecía y le maldecía por haberle hecho conocer la culpa cuando aún no era siquiera mayor de edad.

Cata. La orgía de la culpa. La culpa convertida en fuegos artificiales, en el volcán vomitando océanos de lava, en hongo de bomba atómica. La escena repetida una y otra vez. A cámara rápida, a cámara lenta, desde todos los ángulos posibles, en color y en blanco y negro, muda y con sonido, con música tétrica como banda sonora o escuchando solo la tenue cadencia de los pasos subiendo la escalera. Joder, ¿cómo pudo dejar que fuera ella delante? ¿Las damas primero, pedazo de cabrón? Ni se dio cuenta. Cata, pistola en mano. No intuyó el peligro. Intentaba echarle la culpa a ella. Se despistó, adelantó demasiado la mano que sujetaba la pistola, no fue precavida al llegar a la esquina del rellano. Reparto de culpas. Aldama, las prisas, el cansancio, Javi animándolos a intervenir, la propia Cata. No le aliviaba el reparto. La culpa había sido suya. Y la lealtad, aquel juramento peliculero al borde de la tumba abierta, la promesa de venganza, el pacto de sangre con la justicia, se emborronaba por la culpa. Un año tras otro, y ya iban tres décadas de fijación, de culpa. La esperanza de que si acababa con Harri, le encerraba, le mataba, la culpa por fin le dejaría en paz. Quizá no iba tras él por lealtad a su tronca. Quizá solo lo hacía por egoísmo. Para ver si así se libraba de su lento cáncer de culpa.

Pero la lista de culpas era demasiado larga. Estaba la culpa global. La culpa por todo. La gran losa. Cada asesinato, cada atentado. Llegaba la noticia a la oficina. Otra vez. Un hombre caído en la acera. Una plaza regada de cadáveres. Y te sentías culpable de cada viuda, de cada huérfano, de cada grito de rabia, de cada lágrima derramada. Los tiempos policiales. Intentabas apelar al mantra de los tiempos policiales. No podían forzarse. Los malos caían como la fruta madura. Cuando tocaba. Cuando las operaciones llegaban a donde tuvieran que llegar. Paso a paso. Pero, mientras, sonaban disparos, explotaban bombas, se enterraba en vida a secuestrados, las familias quedaban rotas, las lágrimas eran ya mares, y a veces todo parecía culpa de uno. Como si todo ocurriese porque el último seguimiento no había llevado a nada interesante o porque en el último interrogatorio no se habían hecho las preguntas adecuadas o quizá porque te habías cogido unos días de vacaciones o porque el lunes llegaste con sueño a la oficina. Daba igual el motivo. La culpa te mordía en el estómago, como el alien de aquella película. Te hacía trizas. Aquellos primeros años en Madrid fueron el gran carnaval de la culpa. Para volverse loco. El plano de la ciudad iba llenándose de puntos rojos. Visitas de la muerte. La plaza de la República Argentina, la de la República Dominicana, Juan Bravo esquina con Príncipe de Vergara. Militares, guardias civiles, policías, jueces, ciudadanos aleatorios que pasaban por allí. Se conocía de memoria las máximas de los psicólogos desde los tiempos del País Vasco: no relacionar a las víctimas con el trabajo de cada uno, no acudir a tanatorios ni funerales, no afrontar las responsabilidades como una forma de exculpación. Chorradas. Ellos mataban y tenías que seguir adelante. Días, semanas, meses persiguiendo al mismo comando. Años. Pazos destituido. Hilos que no llevaban a ninguna parte. Cientos de interrogatorios. Y toneladas de culpa.

Aquella era la culpa de los rostros desconocidos. Pero la lista de los rostros conocidos tampoco dejaba de crecer. Marina. Veinticinco años. Valiente como nadie. A veces Gabo pensaba que no se había enamorado de ella por aquella sonrisa que desarmaba, ni por la chispa que había siempre en su mirada ni por sus suaves manos de dedos cortos y finos, ni porque su risa fuera contagiosa, ni por ninguna otra de las pequeñas cosas que le hicieron volverse loco por ella, enamorado como jamás lo había estado acercándose ya a los cuarenta. A veces pensaba que la amaba por su valentía, solo por eso, con un amor en el que había más admiración, hasta envidia, que ternura y afán de protección. Un amor que la culpa le impidió disfrutar. Puta culpa. El amor culpable es un amor cansado, un amor que lastra, un amor que cabrea. Veinticinco años, una inocencia radiante, un coraje sin límites. Todo por la causa. Y él la alentaba, la empujaba a seguir,

porque la causa lo merecía. Porque era útil. Útil como un teléfono pinchado, como un seguimiento a un pez gordo, como un interrogatorio a un chivato parlanchín. Una herramienta. No puede haber nada peor que pensar que alguien es útil. La palabra menos romántica del mundo. Eso era Marina. La herramienta más útil que jamás tuvo la Brigada para cazar a los malos. Lo único que importa es pillar a los malos. Y para eso, una poli infiltrada en la banda tenía que hacer de todo. Y de todo es de todo. Marina rezumaba lealtad. Y Gabo se consumía en un amor culpable. Porque ella le amaba también y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que él le pidiera. Y Gabo solo deseaba protegerla, pero no hacía más que echarla a los leones. Culpable de egoísmo. Culpable de poner la máxima, la maldita máxima que Pazos les había tatuado en el cerebro, por delante de todo. Culpable de no saber amarla.

Tal vez Aldama tenía razón. Tal vez Gabo había buscado refugio en la comodidad de echarle la culpa de todo a los demás. Tal vez Aldama era un buen tipo, capaz de aceptar que todos sus compañeros le odiasen, que todos sus subordinados echasen pestes de él, a cambio de haber acabado con la banda. Lo único que importa es pillar a los malos. Otra perspectiva, como le había dicho el propio Aldama. Quizá Sixto Aldama había hecho lo correcto y él solo era un maldito imbécil, un cobarde culpable que se consolaba creyéndose todo un dechado de lealtad y honorabilidad y compañerismo y todo un puñado de pamplinas con las que blanqueaba sus culpas. Culpable de la muerte de Cata, de la muerte de todos. Culpable del sacrificio de Marina y de la melancólica soledad de Sixto Aldama, de que la inspectora Domínguez le considerase un mamonzazo distante y engreído, de que Dolores cada vez pasase más noches sola y de que Harri pudiese ir por ahí volándole la cabeza a narcos con ínfulas imperiales. Otra perspectiva. Nada agradable, por cierto. A uno nunca le gusta admitir sus culpas. Eso queda para las beatas en el confesionario. Era mejor sacudírselas, endosárselas a los demás y mirar para otro lado. Pero eso solo era engañarse. La culpa es un bicho incansable. Siempre está ahí, susurrándote al oído que sigue a tu lado, vigilándote, persiguiéndote, como una garrapata aferrada a tus recuerdos. La peor compañera de los días sin luz y las largas noches sin sueño.

Entrar en el Salón de Juegos Nevada era como entrar en una nave espacial hortera. Unos neones violetas cubrían con un filtro de ese color todo el interior, incluidas la piel y las ropas de los clientes. Había máquinas tragaperras con luces parpadeantes por todas partes y grandes pantallas de televisión colgadas del techo en las que se retransmitían diferentes eventos deportivos, ya fuera un

partido de fútbol americano, otro de tenis o una competición hípica. Al fondo, una larga barra de bar con una hilera de taburetes enfrente y otra de monitores donde se alternaban las retransmisiones deportivas y los vídeos musicales. Todo era luminoso, chirriante, cargante, aún más teniendo en cuenta que por el hilo musical se sucedían machaconas canciones discotequeras de ritmo redundante. Gabo nunca había entrado en un salón de juegos. Sabía que eran un negocio de lo más boyante, ahora que las apuestas deportivas ya no eran solo una afición de vagos y maleantes, sino un vicio que tenía enganchados a una cantidad considerable de los chicos de instituto, que se saltaban las clases para echar el día en aquellos salones, adictos a apostar a cualquier dato de cualquier deporte, desde quién sería el primer jugador sustituido en un partido de la liga lituana de fútbol al último jugador en recibir un puñetazo en un partido de la liga canadiense de hockey.

Pero aquel salón en concreto era un negocio aún mayor del habitual: según la inspectora Domínguez, la tapadera desde la que se organizaban las principales redes de distribución de cocaína colombiana y mexicana hacia Europa, que, hasta su muerte, había controlado el Emperador, Mario Claudio Vargas Izquierdo. El gerente del salón era conocido como Johnny el Argentino, mano derecha, lugarteniente, hombre de confianza, o como se le quisiera llamar, del Emperador. La inspectora Domínguez y Gabo le encontraron en su despacho, al final de un pasillo al que se accedía por una puerta en que un cartel avisaba de que solo podía pasar el personal autorizado. Johnny el Argentino, con su pelo convertido en una fina película negra aplastada contra su cráneo por la gomina, su bigote recortado, su camisa blanca de cuellos demasiado grandes y sus muñecas rodeadas por pulseras de oro y plata, encajaba a la perfección con su ridículo nombre de personaje de tango.

Estela y Gabo entraron sin llamar y, al verlos, el Argentino se apresuró a decirle a alguien con quien hablaba por el móvil que le volvería a llamar pronto. Su alargado rostro pareció estirarse más aún cuando arrugó las mejillas con una exagerada sonrisa.

—Qué bueno tenerla por aquí, inspectora —dijo con la alegría de un perfecto anfitrión.

Estela le había dicho a Gabo que solo se le ocurría recurrir al Argentino para tratar de saber más de la relación entre Harri y el Emperador. Un tipo listo, capaz de vender a su madre si la oferta era buena, que había sabido siempre cubrirse

las espaldas y no dejar ningún cabo suelto que les permitiese agarrarle, un espabilado que sabía cuándo le convenía estar a bien con los polis. Gabo accedió a ir con ella. No podía seguir limitándose a las partidas de billar, que no le estaban llevando a ningún sitio. Con aquella visita al Salón de Juegos Nevada, un nombre lleno de sarcasmo para una tapadera del tráfico de coca, Gabo y la inspectora admitían que estaban juntos en el caso.

—He venido a presentarte mis condolencias —le dijo ella.

Johnny extendió los brazos echándose atrás en su sillón. Un tipo exagerado, pensó Gabo. Excesivo en su afición por las pulseras abigarradas, las camisas de los 70 y los aspavientos melodramáticos.

—Una pérdida irreparable, che.

Estela asintió con pesar. Luego, como si fuese el inicio de una conversación intrascendente, le preguntó con sencillez:

—Dime, Johnny, ¿le mataste tú?

Johnny sonrió hasta el punto de que la sonrisa se le salía de su estrecho rostro.

—¿Vos me ves pinta de asesino, nomás?

Los dos rieron a la vez, como si aquello fuese un chiste privado. Estela se sentó en una silla frente a la mesa del Argentino y Gabo ocupó la otra. La inspectora se mantuvo sonriente.

—Cuéntame algo, Johnny.

El Argentino se encogió de hombros. Estela siguió sonando amistosa. Más amistosa de lo que nunca se ha mostrado conmigo, pensó Gabo, que se entretuvo en verla actuar. No habían pactado ningún tipo de comportamiento, pero estaba claro que Estela iba a ir por la vía del poli bueno, así que él decidió reservarse para cuando hiciese falta uno malo. No le sería difícil. Le repateaba aquel tipo, que no se había molestado ni en saludarle, con su aspecto de Carlos Gardel de barriada y sus ademanes sobreactuados de ignorante inocencia.

—¿Algún rival en los negocios? —insistió Estela—. ¿Algún cliente descontento? ¿Una venganza? ¿Un ajuste de cuentas?

Lo enumeró como quien ofrece los platos de una carta para que el cliente elija, y ante cada opción, el Argentino meneaba negativamente la cabeza, poniendo cara de pena, como si lamentase no poder complacerla.

—Y le aseguro que no sé nada, inspectora. Imagínese, che. Ha muerto un pibe, un amigo, un hermano casi... Yo solo estoy desolado...

Hasta su acento argentino semejaba una actuación. Aquel tipo parecía todo él una parodia. Prefería interrogar a terroristas, se dijo Gabo. Eran cobardones, se quebraban y cantaban con rapidez, pero es que además lo hacían sin histrionismo, con una sobriedad vasca que, visto este payaso, era de agradecer.

Estela no transmitía ni impaciencia ni tensión. No se parecía en nada a la mujer a la defensiva que trataba con él. Aquella Estela era una mujer accesible, relajada, sin prisa. Le gustaba.

—Pero todos dicen que ahora tú serás el nuevo Emperador...

—Palabrerías, inspectora. —El Argentino soltó una risita—. Yo solo era amigo de Mario Claudio. Pero ya sabe que yo no me dedico a lo mismo que él. A mí no me gustan los problemas. Lo mío son las apuestas —dijo volviendo a extender los brazos como si quisiera envolver en un paternal abrazo a todo lo que le rodeaba.

—Acuérdate de Roma, Johnny. Cuando asesinaban a un emperador, el primer sospechoso era siempre su posible sucesor. Y ese solía ser, en efecto, el que había organizado su muerte.

El Argentino rio aún más.

—Roma... —Suspiró como si echase de menos un viejo hogar—. Qué tiempos, che... Unos pelotudos, los emperadores.

Aquel juego tenía pinta de poder alargarse durante horas. Estela y el Argentino aparentaban disfrutar con aquella conversación que no parecía llevarlos a ninguna parte. Pero Gabo no era tan paciente. No iba a estar aguantando las chorradas de aquel gañán toda la mañana.

Se sacó del bolsillo la foto de Harri que le había dado Aldama y la dejó sobre la mesa frente al Argentino, que dio un respingo, sorprendido y molesto por que

interrumpiera su charla de viejos amigos.

—¿Le conoce?

Johnny miró a Gabo con desagrado.

—¿Quién sos vos? ¿Clint Eastwood?

—¿Y tú? ¿Scarface?

—¿Quién?

—Joder, vaya mierda de traficante...

Johnny dirigió a Estela una mirada interrogadora, como si no entendiera por qué había traído a un colega tan poco amistoso que no respetaba el ritual de una conversación entre un poli que busca información y un delincuente que debe sopesar con cautela si le echa una mano o no. Por aquella mirada y la mueca de asco contenido en su boca, saltaba a la vista que Johnny consideraba a Gabo un patán, exactamente lo mismo que Gabo pensaba de él.

—Johnny —insistió Estela añadiendo un suave tono de súplica—, necesito algo...

Johnny negó con la cabeza mientras se pasaba la mano por encima de la oreja derecha para asegurarse de que no se le había descolocado un solo pelo, que todos seguían estando históricamente aplastados.

—¿Y por qué iba a dárselo yo? —dijo en lo que sonó casi a un lamento, llevando hasta el extremo su pose de cándida inocencia—. Solo soy un inmigrante argentino que malvive llevando un garito de apuestas... Si fuese colombiano, a lo mejor la vida me habría ido mejor. O mexicano. Esos boludos no son como nosotros. No tienen escrúpulos ni sentimientos. Ellos sí que valen para hacer plata a lo grande. Pero los argentinos... Bueno, ya sabe, inspectora, nosotros somos de una pasta más blanda, más como vos, los gallegos, ya me entendés... Más nobles y más boludos.

Estela había dejado de sonreír mientras él hablaba. Iba a seguir siendo la poli buena, pero no iba a pasarse todo el día con aquella pantomima. Los personajes de cada uno ya estaban perfilados. Ahora tocaba avanzar en la trama de aquella

representación.

—No me vengas con historias —le dijo—. O mejor, cuéntame alguna historia que me interese. Si vas a ser el nuevo jefe, en algún momento necesitarás algo de mí. Ya sabes cómo funciona esto. Te vendrá bien que te deba algún favor...

Gabo advirtió que por un breve instante la mirada del Argentino se iluminó con un brillo de avaricia. Como buen corredor de apuestas, de eso se trataba: de jugar y obtener beneficio del juego.

—¿Y qué puedo decirle? —le respondió pensativo, simulando que barajaba mentalmente opciones—. Mario Claudio estaba en un millón de asuntos a la vez. Yo no los conozco. Pero él era... ¿cómo dicen por acá? El puto amo. Eso. El puto amo. Por este país no circula un solo gramo de coca que venga de América y vaya hacia Europa sin que sea él su distribuidor. Eso dicen. No es que yo sepa nada. Mario Claudio y yo solo hablábamos de fútbol. De mi Boca del alma, que yo soy bocanero a muerte. Y con ese poder, uno tiene detrás a mucha gente que te odia. Y más en los últimos tiempos. Había rumores... —bajó la voz simulando temer ser escuchado, con una teatral expresión de desconfianza y misterio.

—¿Qué rumores? —le preguntó Gabo.

Y el Argentino no disimuló su contrariedad porque hubiese sido él y no la inspectora quien demostrase que había logrado intrigarlos.

—¿Sufres estreñimiento? —le dijo a Gabo dirigiéndole una mirada de ira repentina—. Supongo que sí, porque tenés un aire de cagar fatal. Esa cara, esa voz... Es todo muy de estreñido.

Gabo mantuvo inalterable la cara de poli malo. Por dentro, dudó entre echarse a reír o buscar algún vaso con el que repetir con aquel imbécil lo que le había hecho al ucraniano.

—¿Qué rumores, Johnny? —repitió Estela temerosa de que el Argentino se negase a responder si era Gabo quien preguntaba.

—Se decía que vos, los agentes, le tenían pinchado. Ya me entendés. Que lo vigilaban, que ya no era seguro tratar con él. Según me han contado, que yo de eso no sé nada, habían ocurrido cosas. Envíos interceptados. Correos detenidos. Cuentas intervenidas. Seguro que usted lo sabe mejor que yo, inspectora. Se

decía que el Emperador estaba mordido y algunos de sus socios andaban preocupados.

El Argentino hizo una pausa, como si quisiese disfrutar del efecto que hubiese podido causar en los policías descubrir que estaba enterado de la vigilancia a su jefe.

—No me has contestado —le dijo Gabo sin condescendencias—. ¿Conoces al de la foto o no?

Johnny miró alternativamente a Gabo y la fotografía sin variar su mueca de desinterés por ambos.

—No le he visto nunca. No es cliente de este salón de apuestas.

—Estaba en tratos con el Emperador —dijo Estela.

—Mario Claudio hacía tratos con mucha gente. A lo mejor este pibe era el amigo nuevo...

—¿Qué amigo nuevo?

—Los compadres de Mario Claudio le llamábamos así: el amigo nuevo. No teníamos ni idea de quién era, solo que existía. Un tipo con el que solo trataba Mario Claudio. Nadie más sabía qué se traían entre manos. Era nuevo en el negocio, ya me entendés, inspectora. Pero no sé mucho más, porque ya sabés que lo mío son las apuestas...

—¿Y qué estaban tratando el Emperador y ese amigo nuevo? —le interrumpió Gabo.

—¿Viste? Un estreñido nomás —le reprendió Johnny con desdén—. Cagar mal impide pensar. ¿Qué iban a tratar? Mario Claudio solo trataba de una cosa. Envíos, cargamentos, ventas..., ¿qué iba a ser pues? Pero Mario Claudio era el gran jefe. Delegaba. Dirigía a otros. Él ya no se manchaba las manos con ningún polvo. Salvo con ese amigo nuevo. Con este se ocupaba él en persona, así que debía ser algo muy gordo...

—¿Un cargamento de los grandes?

—Supongo —asintió Johnny—. O el boludo es un pez muy gordo o tiene amigos importantes o lo que sea que impresiona a alguien tan difícil de impresionar como Mario Claudio. Uno escucha muchos rumores en los salones de juego. Lo que se decía era que Mario Claudio estaba ayudando a este novato poderoso a recibir del otro lado del charco un cargamento muy potente, y a darle salida aquí. Se decía que era un envío que no había entrado por Madrid ni había llegado hasta acá. Mario Claudio y el amigo nuevo lo tenían fuera, en algún otro sitio, separado de cualquier otro.

—¿En Segovia?

Johnny mostró una sorpresa que pareció auténtica.

—No lo sé, amigo. Ni siquiera puedo asegurarles que el amigo nuevo sea el pibe este de la foto. Pero me han pedido una historia y esta es la mejor que tengo. ¿Viste?, algo valdrá para nuestra futura amistad nomás, ¿verdad, inspectora?

Estela sonó hasta dulce:

—Siempre hemos sido amigos, Johnny. No vamos a dejar de serlo ahora que vas a ser tan importante.

Johnny se echó a reír.

—Boludeces, inspectora. Yo solo soy un humilde porteño que echa de menos las tanguerías de San Telmo...

Estela dirigió una mirada a Gabo, dándole a entender que allí ya no había mucho más que hacer. Se levantaron a la vez.

—Ustedes no pueden venir por aquí así —protestó el Argentino al ver que se disponían a irse—. Mis clientes hablan, ¿viste? Contarán que recibí la visita de policías en mi despacho. Y uno tiene una reputación que mantener. Y van a arruinarla nomás. El amigo de los policías voy a parecer.

—Tranquilo, Johnny —le dijo Estela casi maternal—. Mi gente está esperando ahí fuera. En cuanto nosotros nos vayamos, para no dejar ninguna duda, entrará una pareja uniformada y te llevarán de malas maneras a la comisaría. Podrás contar que te han interrogado como sospechoso del asesinato del Emperador. Incluso puedes decir que te hemos dado una mano de hostias, que eso siempre da

prestigio.

Johnny soltó una risita.

—Che, qué maravilla. —Suspiró, y añadió con sorna—: Es todo un detalle por su parte invitarme a pasar un día en la comisaría.

Estela agarraba ya el pomo para abrir la puerta cuando Johnny añadió algo más como quien lanza una propina.

—El amigo nuevo tiene prisa.

—¿Perdón? —Estela se volvió hacia él.

—El tipo del cargamento misterioso. Tiene prisa por darle salida, por convertirlo en dinero. Eso he oído. Parece que necesitaba hacer dinero lo más rápido posible.

—Gracias por la información, Johnny.

El Argentino volvió a extender sus largos y delgados brazos, pero esta vez habló con seriedad:

—Mario Claudio era mi amigo. Yo no sé si ha sido ese pelotudo el que le ha matado. Pero el que haya sido deberá pagar por ello. Para mí es gratis contarles esta historia porque nada debo a ese desconocido. Ni siquiera sabría ahora cómo localizarle. Yo solo soy un charlatán argentino que se dedica a las apuestas. Dime, Clint Eastwood, ¿qué me importan a mí esas cosas de la droga?

Nada más salir del despacho, atravesar el salón, poco concurrido a aquellas horas de la mañana, y estar de nuevo en la calle, Estela recuperó la dureza en la expresión y la frialdad en la voz, como si la mujer que había estado conversando con aquel irritante argentino hubiese sido solo un espejismo.

—Ha sido una charla interesante —dijo—. Johnny es el mejor mentiroso que he conocido jamás. Por supuesto, él siempre sabe más.

—Es buena interrogando, inspectora.

Gabo pensó que iba a dirigirle una sonrisa agradecida por el elogio, pero Estela

mantuvo el rostro inexpresivo y tan solo dijo:

—Hay que averiguar dónde está escondido el cargamento de su amigo o si lo ha vendido ya.

Aquella conversación con el Argentino le trajo recuerdos. Hacía años que no participaba en un interrogatorio. Nunca se le dieron bien. Los interrogatorios requieren un sexto sentido, una sensibilidad psicológica, unas dotes de actuación, un dominio de la palabrería y una intuición inmediata, cualidades todas ellas de las que Gabo carecía. Él era más primario. Él era bueno para los seguimientos. Soportaba sin problema el cansancio físico, le gustaba el silencio, tenía una perseverancia que llegaba a la cabezonería y, una vez fijada la presa, no le importaba dedicarle el tiempo que hiciera falta o recorrer tras ella media España si era necesario hasta haberle sacado todo el partido posible. Eso era lo que le iba. Trabajo de campo. Trabajo de cazador. Sin más sutilezas ni sofisticaciones.

Cuando le trasladaron a Madrid, los servicios centrales cada vez tenían más protagonismo. A todos los detenidos de cierta relevancia se los trasladaba a la Brigada Central de Información para ser interrogados. Los Grupos AT habían perdido autonomía, sometidos ahora a Madrid, desde donde se centralizaban y se coordinaban las investigaciones, la tarea de inteligencia que tanto defendía Aldama, dejando para los polis de la periferia la mera ejecución de los operativos. Ellos actúan, nosotros pensamos. Con esa petulancia resumía Aldama su filosofía de organización de la lucha antiterrorista y el reparto de tareas entre servicios centrales y periféricos. Los polis de la BCI eran la élite, los pata negra, y los que estaban en los Grupos AT del País Vasco o en cualquier otro destino de provincias solo eran polis de información, los obreros al servicio de la inteligencia. Una soplapollez, en opinión de Toni Pazos. Ya me contarás a quién vamos a interrogar nosotros si los compañeros del País Vasco o de donde sea no hiciesen seguimientos y detenciones, solía decir Toni Pazos, que siempre consideró que Aldama era un memo y, en consecuencia, sus disquisiciones sobre información e inteligencia una solemne memez. Así, sin más debate. Otra razón para que a Gabo le gustase aquel jefe.

Toni Pazos era un maestro del interrogatorio. El mejor. Y el Dandy fue el alumno aventajado del grupo de polis jóvenes que Pazos adoptó como pupilos para enseñarles todos los trucos de tan peculiar tarea. Para Gabo, ver actuar juntos a Pazos y el Dandy en la sala de interrogatorios era como ver en acción a cualquier

pareja de actores de esos a los que uno no puede ya imaginarse separados, por la química que tienen. Tracy y Hepburn. El Gordo y el Flaco. Fred Astaire y Ginger Rogers. Pazos y el Dandy. A ese nivel. Se compenetraban a la perfección. Ni siquiera necesitaban acordar la estrategia. Y lo suyo no era lo elemental, el tradicional poli bueno y poli malo, sino algo mucho más sutil, donde las réplicas, los cambios de tono, las preguntas inesperadas, la presión y la compasión, todos los trucos fluían y se entremezclaban con una técnica cercana a lo artístico.

Los interrogatorios deben basarse más en la intuición que en el método, solía decirles Pazos a sus acólitos, tan aficionado a los epigramas. Nada más empezar a hablar con el detenido, Pazos sabía cuál sería la actitud que debía adoptar — agresiva, paternalista, amenazante o paciente—, y llevaba el peloteo de preguntas y respuestas al terreno que más le interesaba con una naturalidad que parecía fruto de la espontaneidad.

Además de su talento natural, también seguía un cierto método. El equipo de cada interrogatorio lo formaban siempre cuatro miembros, que se turnaban de dos en dos con el detenido, al que no se le daba más descanso que un mínimo de sueño imprescindible, para así ir minando su resistencia. A lo largo de las sesiones, había trucos invariablemente eficaces. Uno de ellos era sorprender al detenido, en algún momento en que ni siquiera viniese a cuento, con alguna referencia a su vida privada. Decirle de pronto: «¿Qué tal te funciona la moto esa que te compraste hace un par de meses?» o «¿Sigues ennoviado con la cajera esa del supermercado de tu barrio?». Esas preguntas le hacían sospechar al interrogado que los polis sabían más aún de lo que pudiese imaginarse, y eso le desarmaba más que cualquier pregunta directa sobre su actividad criminal. Y a menudo llevaba al detenido a rendirse ante la evidencia de que era inútil estirar aquellas agotadoras sesiones y lo mejor era contar lo que quisieran y acabar cuanto antes. Esa era la importancia de un buen seguimiento. Aportar información, trascendente o intrascendente, que pudiera luego usarse con el detenido.

A través de los interrogatorios, los polis de la Brigada también iban dibujando un perfil general de los miembros de la banda. Y la conclusión era descorazonadora. Aquellos tipos, que a menudo se desmoronaban en la sala sin necesidad de un especial esfuerzo, dominados por un miedo atávico a la Policía, por el mero temor a ser víctima de las terribles torturas que les habían asegurado que sufrirían si caían en sus manos, no eran los bravos guerreros cargados de argumentos ideológicos y convicción intelectual que uno podría imaginar.

Muchos de ellos eran muy simples. Demasiado. Producía una mezcla de rabia y de tristeza descubrir que un tipo que había sido capaz de matar a varias personas a sangre fría solo lo había hecho porque quería ser considerado un valiente, deslumbrar a su cuadrilla de gudaris, ser más jatorra que nadie. Muchos de aquellos tipos no sabían ni explicar sus supuestas convicciones ideológicas. Solo eran soldados, mano de obra para los otros, los ideólogos, los que construían desde sus escondites franceses el discurso que justificaba la sangre, los que dejaban las ejecuciones para aquellos héroes de andar por casa, que creían que iban a pasar a la historia por haber sido elegidos para apretar un gatillo o colocar un explosivo.

Pazos y su equipo redujeron aquel perfil psicológico al Borono. Desde que conocieran al Borono, era frecuente que, tras la primera sesión de interrogatorio con un nuevo detenido, Pazos meneara la cabeza con desaliento y dijera: «Ha llegado otro borono», y eso bastaba para que los demás ya supieran a lo que se refería.

El Borono era un malo, en principio de medio pelo, que había sido detenido por Javi y sus compañeros del grupo de San Sebastián y enviado a Madrid para el habitual interrogatorio. Durante un par de días Pazos y sus polis le habían estado interrogando sin sacar nada interesante. Era un tipo altivo y poco elocuente, y parecía evidente que no tenía acceso a información que mereciese la pena. Lo único que hacía era repetir una y otra vez que estaba muy orgulloso de pertenecer a la banda y de luchar por la libertad del pueblo vasco. Estaba siendo un interrogatorio reiterativo y estéril. Hasta que Pazos decidió probar algo: aparentó relajarse, adoptó una actitud de desgana, de aburrimiento y desinterés, y como si se le ocurriese de pronto la pregunta y le trajese sin cuidado la respuesta, le dijo:

—Por supuesto, tú tienes el carné de terrorista, ¿verdad?

El Borono puso cara de extrañeza. Dijo que no sabía qué era eso del carné. Y Pazos puso cara de asombro: ¿de verdad que no lo sabía? Y se rio, fingiéndose sorprendido. Y Gabo, que hacía pareja con él, se echó a reír también burlonamente.

—Pero, hombre, si no tienes el carné, no eres terrorista de verdad —le dijo Pazos casi como si le compadeciese.

El Borono negó, con mal disimulado temor a estarse equivocando, que hubiese un carné de terrorista, nunca nadie le había hablado de semejante cosa. Y se apresuró a recitar, como quien presume de currículum profesional, el listado de las acciones criminales en las que había participado y junto a quién las había llevado a cabo, confiando en que eso demostrara, sin dejar lugar a ninguna duda y por mucha carencia de carné que tuviese, que él era un auténtico terrorista.

Pazos pareció no dejarse impresionar por su enumeración de crímenes. Adoptó un tono paternalista.

—Mira, muchacho, esto funciona así: primero participas en unos cuantos atentados y, cuando los jefes deciden que vales, entonces te dan el carné y ya eres miembro de la banda. Contigo parece que no lo tenían decidido aún...

El Borono parecía entre receloso y preocupado.

—Entonces —dijo al fin con voz debilitada—, ¿yo no soy terrorista? ¿No me harán homenaje en el pueblo por haber sido detenido?

Pazos se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Pues me temo que no, la verdad.

—Pero ¿qué van a pensar mis padres? ¿Qué van a decir mis amigos?

El Borono acabó derramando lágrimas de amargura. Y contó todo lo que sabía. Total, si ya no iba a ser un héroe, si ni siquiera tendría su homenaje en la plaza del Ayuntamiento, si sus padres no serían honrados y sus amigos no se morirían de envidia por ver su cara en pancartas bajo el lema *Presoak etxera*, qué más daba ya contar. Y al final resultó bastante más útil de lo que había esperar. Solo a un maestro de los interrogatorios como Pazos podían ocurrírsele cosas como aquella.

Gabo nunca llegó a dominar así ese arte. En cuanto podía, se escaqueaba de las sesiones. Cuando se pedía si alguien podía subirse al Norte para supervisar algún operativo o cualquier otra labor de campo, se ofrecía voluntario. Echaba de menos la calle.

La visita al Argentino en el Salón Nevada le hizo constatar que ahora, además, estaba desentrenado. Primario y desentrenado. A cada paso que daba en todo

aquel asunto del regreso de Harri, lo único que obtenía eran nuevas críticas que hacerse a sí mismo. Necesitaba algo más. Necesitaba algo que no fuera solo ver en lo que se había convertido, un expoli con poco que ofrecer. Necesitaba ayuda.

El viejo le miró con los ojos muy abiertos. Sin parpadear. Con una expresión que acumulaba asombro y enfado.

—¿Eres el hermano? —le espetó, con ansiedad la primera vez, con urgencia las siguientes—: ¿Eres el hermano? ¿Eres el hermano?

—No le haga caso —le dijo el enfermero—. A todas las visitas les dice lo mismo y no sabemos a qué se refiere porque no tiene hermanos.

Gabo dejó atrás al viejo, que iba vestido con una bata de lana gruesa y se frotaba todo el tiempo las manos sin relajar aquella expresión de su cara, plantado de pie en una esquina del recibidor. Entró en lo que fue el salón del lujoso chalé cuando aún era la vivienda de alguna familia adinerada, antes de convertirse en una residencia de ancianos con posibles. Allí había cuatro personas. Una mujer de una extrema delgadez que no aparentaba mucho más de los cincuenta, sentada en el borde de una silla de cocina, con el cuerpo encogido como si sintiese un frío que no hacía y la mirada hueca de una demencia senil aguda y prematura. Dos ancianos de aspecto apacible, ambos dormitando, sentados cada uno a un lado de una mesa en la que había un tablero con las fichas de una partida de damas aún sin empezar. Otra mujer muy menuda y de rostro muy arrugado, una dulce abuelita que no paraba de mover la boca como si estuviese hablando, pero que no decía nada y que meneaba a la vez la cabeza como si estuviese siguiendo el ritmo de una canción que solo sonase en su cerebro. El silencio no resultaba plácido ni acogedor. Por más que la decoración lo intentase, aquel salón no parecía un hogar, sino, tan solo, la sala de espera de una muerte que se estaba retrasando demasiado.

Toni Pazos estaba en el jardín al que daba el salón a través de una amplia cristalera. Como el coronel Varela. Pero Toni no tenía una adorable esposa a su lado que le mimara. Y aquella no era ni su casa ni su jardín. Estaba solo, sentado frente a una mesa de hierro en la que había desplegados varios periódicos y, junto a ellos, una tijera y un cartapacio amarilleado que una vez había sido azul. Es Toni, pero podía ser cualquier otro, pensó Gabo al verle, porque no se parecía en nada al hombre que él había conocido cuando llegó destinado a Madrid. Había menguado, debía tener ya los ochenta y apenas abultaba, con las manos

pellejudas y venosas, los ojos hundidos en un rostro en cuya piel ya no quedaba sitio para más grietas entrecruzadas, los labios resecos y azulados, la nariz convertida en un enrevesado mapa de carreteras comarcales pintadas de rojo. El alcoholismo no embellece en la vejez.

—¿Vienes a detenerme? —le dijo a Gabo con una voz que temblaba un poco al final de cada palabra—. Te juro que me resistí, que fue esa enfermera la que me sedujo sin que yo pudiese defenderme.

Se rio de su propia gracia con una risita que sonó a graznido.

—Has envejecido —le dijo después—. Pareces el abuelo del Gabo al que yo conocía.

—Tú en cambio pareces cada día más joven.

—Eso mismo dice la chica que me cambia el pañal.

Toda una vida dedicada al trabajo tiene sus ventajas. Pazos había ahorrado. Primero el sueldo y después la pensión, cuando los jefes le forzaron a pasar a la segunda actividad porque el alcohol le impedía acudir siquiera a la oficina. Durante años apenas gastó en nada, salvo en la bebida. Cuando Gabo y el Dandy y otros de sus antiguos subordinados decidieron tomar cartas en el asunto porque no podía seguir viviendo como un mendigo vagando por las calles, vaciando botellas, persiguiendo a terroristas imaginarios, durmiendo en cualquier banco porque era incapaz de recordar el camino de vuelta a casa, se encontraron con que aquel hombre destruido tenía una economía sorprendentemente saneada. A pesar de que también antes de haberle derrotado la bebida parecía vivir sumido en un caos, Pazos había sabido cuidar de sus asuntos. Casa pagada, plan de pensiones bien alimentado, seguro médico privado con las cuotas al día. Ellos le buscaron la clínica de rehabilitación y después aquella residencia privada que sus ahorros le permitían pagar. Pazos no había perdido la cabeza, pero ya no podía volver a la calle. Riesgo de recaída demasiado alto. Personalidad obsesiva y adictiva, decían los psiquiatras. Sin duda, pensaba Gabo. Adicto al trabajo, obsesionado con perseguir a los malos. Y cuando le apartaron de eso, cuando Aldama o los políticos, o quien fuese que realmente hubiera tomado la decisión, se lo quitaron de en medio, cuando quisieron convertirle en un poli de despacho y expedientes administrativos en la Comisaría General de Extranjería, revisando solicitudes de nacionalidad y de reagrupación familiar, una vida más tranquila,

estarás fenomenal, te mereces por fin un destino más relajado, considéralo un premio, hay que joderse, Pazos se rompió y buscó el consuelo en las barras de bar y las conspiraciones imaginarias.

Dos visitas a viejos compañeros en solo unos días. Los dos convertidos en figuras de jardín. Varela y Pazos. El destino de los verdaderos héroes. Zapatillas y secuelas de guerra. Menuda mierda, pensó Gabo.

Se sentó en una silla junto a Pazos.

—¿Qué haces con toda esa prensa? —le preguntó señalando la carpeta y los periódicos esparcidos sobre la mesa.

—Lo único que sé hacer —respondió Pazos—. Leo y leo y leo y analizo información. Lo mismo que he hecho toda mi vida. Recorto las noticias que me interesan y guardo los recortes en carpetas. Tengo montones de ellas en mi dormitorio. Aquí piensan que estoy como una cabra, que ando tan sonado como todos esos viejos del salón. La verdad, me importa una mierda. Hasta me viene bien. Así me dejan en paz. Lo malo es que, cuando la gente piensa que estás loco, nadie te escucha. Antes me dejaban usar un ordenador. Con conexión a internet. No hay nada como eso, Gabo. Es como tener una ventana desde la que se ve el mundo entero. Joder, si hubiésemos tenido eso en nuestra época... Me pasaba las horas con el ordenador. Ahora hay unos malos nuevos. Ya no son los nuestros. Son otros. Son los que volaron los trenes, los que arrasaron Las Ramblas. Y están ahí. En internet. A la vista de cualquiera. Solo hay que saber buscarlos. Los encontré, Gabo. Di con muchos de ellos y los seguí y los estudié y los localicé y hasta descubrí sus planes. Todo con un simple ordenador. La hostia de verdad, Gabo. Y traté de contarle a alguien lo que iba a ocurrir. Hice muchas llamadas, mandé muchas cartas. Informando. Advirtiendo. ¿Y sabes lo que pasó? Que docenas de inocentes murieron y a mí me quitaron el ordenador. Los médicos dijeron que me alteraba demasiado utilizarlo, que se me disparaba la tensión, que entorpecía mi proceso de recuperación. ¡Proceso de recuperación!

—Pazos volvió a soltar su risita de grulla—. ¿Recuperarme para qué? ¿Para llegar juvenil y lustroso a la tumba? Ahora solo me dejan leer los periódicos. Y ya no doy la lata a nadie con llamadas y cartas. Que se jodan. Estoy seguro de que fueron ellos, todos esos mediocres, los que no quisieron escuchar mis advertencias, los que decidieron ocultar su cagada por la vía rápida. Callándome. Movieron sus hilos. Fuera internet por prescripción facultativa. Mucho mejor que se entretenga con revistas de sopas de letras.

—Harri ha vuelto.

Pazos separó sus labios azulados, pero no dijo nada. Se oyó a lo lejos el canto de un mirlo y eso pareció atraer su atención y despistarle. Gabo se preguntó, al ver su expresión repentinamente ida, si su antiguo jefe estaba tan cuerdo como él mismo creía o tan chalado como pensaban los demás.

—Ya me extrañaba que vinieras a verme sin ser siquiera mi cumpleaños... — dijo regresando a la realidad desde Dios sabe dónde—. Así que quieres que te ayude, ¿eh, cabrón?

Gabo nunca había dejado del todo de ir por allí desde que le trasladaran de la clínica a la residencia, hacía ya más de ocho años. A veces una sola vez en todo el año, a veces un poco más. Le producía sentimientos contradictorios. Le alegraba ver que entre todos le habían salvado. O algo parecido. Habían evitado que un amanecer apareciese muerto, congelado en un banco del parque o una boca del metro, apaleado por unos bestias que buscasen algunas monedas o un poco de diversión maltratando a un vagabundo, tirado en un cajero de un banco, atropellado por algún conductor aún más borracho que él. Iba camino de algo así y sus compañeros le habían estirado la vida en aquel jardín acompañado por viejos idos y enfermeros. Sí, se suponía que eso era salvarle. A Gabo le gustaba verle y le asustaba. Porque él también era un poli retirado, solitario y atrapado en sus propias obsesiones. Como Pazos, aunque no pasase los días en un jardín. A pesar de que a él no le había dado por beber para taponar las heridas y ahogarse en el olvido, le aterraba preguntarse si lo que estaba viendo en aquel viejo no sería su propio destino o, peor aún, si no sería un reflejo distorsionado de su propio presente.

Le contó lo mismo que a Aldama en el banco del estanque. Con la única novedad de la posterior visita al Argentino.

Pazos le escuchó sin interrumpirle y solo cuando hubo terminado le dijo:

—¿Sabes? Todos creen que no me acuerdo del whisky. Los cuidadores, los psiquiatras, todos... Creen que soy su éxito, que entre todos me han curado. Oh, sí, después de varias décadas viviendo como un asqueroso borracho, hemos conseguido que el viejo poli ese ya no se beba Escocia entera cada día, se dicen unos a otros. Todos están convencidos de que ahora prefiero sus cremitas de zanahoria a un buen whisky de veinte años. —De nuevo, Pazos rio con su risita

de bruja de cuento—. Serán tontos del culo... No entienden que, si tuviese la fuerza suficiente, me levantaría de aquí y los mataría a todos con tal de conseguir una botella.

La risa se convirtió en carcajada y Gabo se preguntó si al final serían los otros los que tenían razón y Pazos estaba senil y no había ni escuchado ni entendido nada de lo que acababa de contarle.

Pero entonces Pazos dejó de reír y le dedicó a Gabo una mirada firme que surgió llena de vida desde el fondo de las aguas que velaban sus ojos.

—Lo que quiero decirte con eso es que hay cosas que nunca cambian. Harri no es un traficante de droga. Harri es un terrorista. Un asesino. Y todo lo demás solo es secundario respecto a eso. Harri no ha vuelto para hacer dinero con un cargamento de droga. Harri ha vuelto para hacer lo único que sabe hacer. Matar.

El gorjeo del mirlo volvió a sonar. Y Pazos volvió a callar para escucharlo como si aquel canto le hipnotizara.

—¿A quién?

—¿Cómo dices?

—¿A quién? ¿A quién ha venido a matar Harri? ¿Al Emperador ese?

Pazos volvió a reír y a Gabo le pareció que aquella risita atragantada y chillona de viejo chiflado parecía una copia torpe del canto del mirlo.

—Claro que no, joder —gruñó Pazos—. Harri es un terrorista, no un sicario de los narcos.

—Entonces, ¿a quién?

Pazos sonrió mostrando las mellas dejadas por dientes perdidos en sus años de ruina ética. Sus ojos se entornaron un poco y, al achicarse, su humedad se desbordó y una lágrima sin sentido resbaló por su párpado derecho.

El mejor, recordó Gabo. El mejor poli que he conocido jamás.

—Eso —dijo el viejo consumido que era ahora— es lo que vamos a averiguar.

Pasó a recogerle con su Ibiza rojo un poco más tarde que la vez anterior, cuando le llevó a ver el cadáver del Emperador en Algete, a pesar de que tenían por delante un trayecto bastante más largo. Esta vez no había elefantitos de goma en el suelo. El coche olía a ambientador de limón. Más por puro reflejo que de forma consciente, al poco de subirse Gabo se sacó del bolsillo el paquete de Ducados y fue a coger un cigarrillo. Se frenó cuando Estela le fulminó con la mirada. Pena de muerte para quien fume en mi coche, parecieron decir aquellos ojos de asesina en serie. El viaje se va a hacer muy largo, pensó Gabo.

Los primeros doscientos kilómetros los hicieron en silencio. Ninguno de los dos se atrevió a probar suerte iniciando una conversación. Al menos, pasados los cincuenta primeros, Estela cayó en la cuenta de que podía poner la radio. Las voces de los tertulianos matinales ayudaron a disimular la incomodidad que ambos sentían compartiendo un espacio tan pequeño sin saber qué decir. Cumplidos los doscientos, pararon para echar gasolina. Gabo aprovechó para ir al baño y para fumar dos cigarrillos seguidos. Calmar el mono le animó, le insufló valentía para intentar charlar un poco al reanudar el viaje.

—¿Por qué se hizo policía?

Estela apartó los ojos de la carretera para echarle un rápido vistazo, a medias incrédulo, a medias divertido.

—¿De verdad, comisario?

—¿Perdón?

—¿De verdad le apetece ese tipo de conversación? Contarnos nuestras motivaciones, los sueños que teníamos cuando empezamos, las ambiciones y las desilusiones...

Estela se rio con una risa que resultaba inesperadamente agradable en aquella mujer de natural adusta. Habían sido necesarios varios encuentros demasiado tensos, un asesinato, un interrogatorio a un argentino sobreactuado y doscientos kilómetros sin poder fumar. Así visto, tampoco había hecho falta tanto para

lograr que se riera con él, pensó Gabo divertido.

—¿De verdad le interesa saber esas cosas de mí o es solo por matar el rato durante el viaje? —le preguntó Estela—. ¿No prefiere que cantemos Vamos a contar mentiras o que juguemos al Veo veo?

—De acuerdo. Iremos entonces por el camino difícil. Veo una cosita que empieza por la letra A...

Los dos se rieron a la vez. Y, con aquella risa compartida, la tensión que existía entre ellos sufrió un repentino apagón. La voz de Estela pareció diferente cuando volvió a hablar. Ya no sonaba a lo de siempre, a tripas retorcidas, a alerta y a defensa, a contraataque y a ganas de arrearle un bofetón.

—¿Por qué le he caído tan mal desde el principio, comisario?

—¿Puede dejar de llamarme comisario?

—¿Por qué está siempre cabreado, comisario?

—¿Busca pelea?

Quedaban aún cerca de tres horas hasta llegar a Biarritz. Mejor así. Llevándose bien. El habitáculo del coche ya no era tan pequeño y el olor del ambientador ya no resultaba tan mareante.

Gabo la había llamado para proponerle que hicieran juntos aquel viaje. La necesitaba. Aquel mundo de la droga no era lo suyo. Se había sentido demasiado fuera de lugar cuando la había acompañado a visitar al Argentino. Y hacía más de diez años que no llevaba a cabo una investigación policial, y eso no era como montar en bici, que nunca se olvida. Ya había perdido demasiado tiempo sin obtener más resultados que una amistad ficticia con el hombre al que más odiaba en el mundo. Ella aceptó al instante. Estela no se andaba con chorradas ni prejuicios como él. Para ella, lo personal no interfería en el trabajo. Gabo podía parecerle un completo imbécil, pero, si tragarse a su lado quinientos kilómetros le ayudaba en sus investigaciones, no dudaba en hacerlo.

—Necesitaba un trabajo. Y quería algo estable. Un trabajo del que nadie pudiese nunca echarme ni por ser mujer, ni por tener hijos ni por ir cumpliendo años. No estaba dispuesta a vivir con esos riesgos de manera permanente, así que decidí

ser funcionaria.

Gabo se sorprendió de que hubiese cambiado de opinión y le contase algo de ella. Estela sonrió con candidez.

—Me ha preguntado por qué me hice policía.

—No suena muy vocacional.

—Se acababan de convocar dos oposiciones. Correos y la Policía. Cartera o poli. Elegí poli.

—¿Por la emoción y el riesgo?

—No. Porque pensé que el sueldo sería mejor que el de cartera.

Luego, admitió, vino el descubrimiento. Aquello le gustaba. Mucho. Muchísimo. Siempre había pensado que buscaría una carrera policial tranquila. Expidiendo los DNI detrás de una mesa o, como mucho, haciendo servicios de vigilancia en la entrada de algún edificio oficial. Ni emoción ni riesgo. Pero un hermano más joven se metió en líos. Trapicheaba, consumía, iba por mal camino. Empezó a interesarse por aquel mundo que arruinaba la vida de tanto chico inocentón, débil, confundido e influenciado como su hermano. Pidió destino en Estupefacientes y las pasó moradas abriéndose camino por entre todos los prejuicios, la desconfianza ancestral, el rechazo histórico, el machismo genético y la chulería gratuita de montones de gilipollas que pensaban que una mujer, y menos aún si apenas medía metro setenta y no era de muscularse en el gimnasio, no tenía ni el cerebro ni la energía ni el par de pelotas necesarios para meterse en aquel mundo. El hermano acabó dejando la droga, a ella en cambio la atrapó para siempre.

—Y el abogado no fue capaz de seguirle el ritmo...

—El abogado estaba a otra cosa. A tirarse a todas las abogadas, jueces, fiscales, procuradoras o clientes que se le ponían a tiro. Por lo visto, lo de la mujer con pistolera al hombro cacheándole no le ponía nada. —Se rio—. Y me porté como una idiota. Busqué consuelo. Un compañero de la Brigada. Un imbécil que parecía buen tío, pero que al final resultó que solo quería presumir ante los compañeros de que había sido él quien lo había conseguido. Al parecer, se cruzaban apuestas sobre quién sería capaz de llevarme a la cama. Aquel imbécil

lo logró y ni siquiera entendió que no fue por sus méritos, sino por mi despecho. Me convertí en carne de cotilleo y de chistes, justo en aquello contra lo que tanto había luchado. Y encima el abogado se enteró, no sé ni cómo, me pidió el divorcio y al final el partido acabó en empate, después de que él llevase años tirándose a todo lo que se movía, porque yo también le había sido infiel. Custodia compartida, una pensión de mierda para la niña, todo muy equitativo. Y en la oficina todos pasaron a considerarme una presa fácil porque, total, ya había caído una vez y encima ahora ya no tenía marido, así que merecía la pena intentarlo. Iba a un capullo por día entrándome. Ya sabe: los folladores de oficina son héroes, las folladoras son fulanas. En fin, que me salió todo redondo. Eso fue hace tres años. Estuvo a punto de joderse hasta el ascenso a inspectora.

Estela suspiró y sonrió con incredulidad hacia su propio pasado al recordar.

—Ahora lo comprendo —le dijo Gabo.

—¿El qué?

—Su mala leche. Su tensión. Su distancia. Está claro que vive sin bajar la guardia.

—Acabo de bajarla, ¿no? Le he contado mi vida a las primeras de cambio.

Se calló, como si al decir aquello hubiese caído de pronto en la cuenta de todo lo que acababa de compartir y se arrepintiese demasiado tarde de haberlo hecho. Vinieron otros cincuenta kilómetros de silencio.

—¿Y usted?

—¿Y yo qué?

—¿Se lio alguna vez con una compañera del Cuerpo?

—No hay la más mínima posibilidad de que hable con usted de eso, inspectora.

Otros diez kilómetros más de silencio. De nuevo, le tocó a Estela romperlo.

—Me han hablado de usted. Dicen que era muy bueno.

—Tuve algún golpe de suerte.

—¿Por qué lo dejó?

Gabo meneó la cabeza con incredulidad.

—¿De verdad le apetece esta conversación? Contarnos nuestras motivaciones, los sueños que teníamos cuando empezamos, las ambiciones y las desilusiones...

Estela dejó claro que aquella imitación burlona le había tocado las narices. Más de cien kilómetros de silencio lo confirmaron. Podía sufrir cortes temporales, pero la tensión volvía a brillar en todo su esplendor.

Era ya mediodía cuando llegaron a San Sebastián. Gabo le propuso que comieran allí antes de seguir hasta Biarritz. Le fue indicando cómo llegar a un pequeño restaurante frente a los jardines de Alderdi Eder. La mañana era soleada y tibia. Se sentaron a comer en una de las mesas de fuera, desde la que podían verse los tamarindos. Estela pidió una cerveza sin alcohol y una ensalada. Gabo, una cerveza con alcohol y un cenicero.

Hacía unos cuantos años que no iba por allí y, una vez sentado en la terraza, encendido el primer cigarrillo, tuvo la sensación de que había contenido la respiración desde que habían entrado en la ciudad. Demasiados recuerdos. En cada calle, en cada esquina, en cada fachada, en los semáforos en que pararon y en los rostros anónimos de quienes caminaban por las aceras. Una sucesión de postales en su cabeza que le arrebataban el aire. Recuerdos que ahogaban, daba igual si eran de los felices o de los tristes.

Se preguntó si quizá se había equivocado volviendo. Se sintió harto una vez más de que le pudiera esa nostalgia facilona de viejo sentimental que le invadía cada vez más a menudo. Vació de un par de tragos el botellín, pidió otro, encendió un segundo y un tercer cigarrillo, ignoró a Estela, que comía su ensalada sumida en sus propias cavilaciones, quizá maldiciendo al abogado pichabrava o al amante bocazas. Y por más que trató de resistirse, Gabo no pudo evitar comparar esta llegada a la ciudad con aquella otra de hacía ya tantos años.

Llegó listo para comerse el mundo. Convencido sin el menor resquicio de duda de la decisión que había tomado. Sixto le había grabado a fuego los argumentos, que se sucedían en su cabeza como las frases del poema más inspirador o la oración más sugestiva: había que acabar con la banda, no podía prestarse un

mayor servicio a los españoles, para eso se habían hecho policías, lo que no hagas de joven no lo harás de más mayor, el orgullo de ser útil compensará el riesgo, no se hicieron polis para detener rateros, la banda era el mal en estado puro, se veía a la legua que los dos estaban destinados a ser grandes policías... Llegó en un Renault 10 de segunda mano comprado por dos duros con el dinero que había ahorrado durante la mili. Recorrió la nacional I desde Madrid a San Sebastián repitiéndose esas razones. Tan contento que casi les ponía música. Sonaban con un trasfondo de Genesis y su A trick of the tail, de Supertramp y su School, de los Eagles y su Hotel California, de cada casete que sonaba en el coche y en cuya música encajaban a la perfección las frases que se repetían en su cabeza, convirtiéndose en la letra de las más evocadoras canciones: el orgullo de ser útil shalalá, el mal en estado puro yeahyeah, grandes policías dubidubá... Policía. Se le llenaba la boca al decirlo. Policía. Soy policía. Había acabado la formación en la Escuela de la calle Miguel Ángel y la mili. Se marchaba del hogar familiar por fin. Iba a cazar malos. Era policía. Un subidón. No podía sentirse más libre y más feliz.

Dedicó su primer día a recorrer aquella ciudad que iba a ser la suya en los próximos años, antes de presentarse en la dirección que le habían dado, el piso que compartiría con otros compañeros. San Sebastián le deslumbró. Como el Dandy le diría meses después, una soleada mañana en que se dieron el gusto de tomar el aperitivo, un gin-tonic insuperable y unas sabrosas gildas, disfrutando de las bucólicas vistas de la isla de Santa Clara y el monte Urgull desde el bar del María Cristina, San Sebastián era una ciudad rebosante de privilegios. La postal de ensueño que ofrecía su bahía, la afrancesada elegancia de sus edificios, el encanto de la Parte Vieja, la discreta amabilidad de sus gentes, el olor de sus cocinas y el sabor de sus vinos. Lo tenía todo. El mundo perfecto. Tan perfecto que resultaba aún más estúpido, más incomprensible, más enervante que unos descerebrados hubiesen hecho saltar por los aires con su locura asesina la vida de aquella idílica ciudad, anegándola en un lodazal de dolor, inundando sus hermosas calles con la mezcla viscosa, amarga, asfixiante de un silencio atemorizado y otro silencio cómplice que vivían puerta con puerta sin dirigirse la palabra.

Por supuesto, nada más llegar fue directo a la Concha. Recorrió las calles con asombro de turista cateto, deslumbrado por la belleza de todo cuanto veía. Paseó por delante del Hotel de Londres y de Inglaterra y del María Cristina, del Marítimo, del Boulevard y de la playa de Gros, y acabó comiendo en un restaurante con vistas al mar. Por la tarde, fue a conocer la Parte Vieja, de la que

tanto le habían hablado. En esa zona era donde podía tenerse el retrato más fiel de lo que era ahora aquella ciudad, en la que convivían una burguesía que aún trataba de mantener el lustre aristocrático de principios de siglo con una nueva clase más modesta, los descendientes de los centenares de campesinos llegados en las últimas décadas en busca de oportunidades. En los acogedores bares con barras rebosantes de succulentos pinchos se mezclaban hombres de abrigo loden, trajes de sastrería y zapatos Sebago, señoras con vestidos y peinados copiados de las últimas tendencias parisinas, cuadrillas de jóvenes de trenca, vaqueros con pata de elefante y gruesos jerséis de cuello vuelto que leían a Camus, escuchaban a Jacques Brel y se masturbaban pensando en Jane Birkin, los primeros yonquis de una ciudad donde empezaba a expandirse la droga como una lacra y jatorras de expresión cavernosa que siempre miraban de reojo y hablaban a media voz. Convivían todos en un mismo territorio que todavía no era de nadie, que todos sentían aún como propio y en el que eran capaces de aguantarse unos el miedo y otros el rencor mientras compartían placeres.

Gabo disfrutó al atardecer de aquel delicioso ambiente, uno más en las barras, probando pinchos que eran como banquetes y empapándolos en un tinto sobrado de cuerpo. Pero, recién cumplidas las ocho de la tarde, con una brusquedad inesperada, aquel perfecto ambiente de domingo por la tarde saltó por los aires. Acababa de salir de un bar, giró una esquina y se topó con una desconcertante escena de batalla campal. Un nutrido grupo de jóvenes arrancaban y volcaban papeleras, apaleaban los coches aparcados, rompían a pedradas los escaparates, tiraban de las señales de tráfico hasta doblarlas y montaban barricadas en medio de la calle mientras vociferaban eslóganes tan sofisticados como «Alirote, alirote, fascista el que no bote». Quienes no participaban de aquella algarabía destructora huían en desbandada. Y la cosa fue a más en apenas un par de minutos. De entre los manifestantes empezaron a surgir burdos cócteles molotov que surcaban el aire emitiendo un peculiar silbido hasta estrellarse en el pavimento dejando un reguero de llamas. A la vez, llegaron varias furgonetas de antidisturbios que se apresuraron a desplegarse y a lanzar botes de humo y pelotas de goma que rebotaban en cuerpos y paredes. En las casas, algunas ventanas se apresuraban a cerrarse, pero desde otras se lanzaba de todo, desde macetas a cubos de agua, en dirección a los policías, a los que llamaban «txakurras hijos de puta» a gritos.

Gabo contempló aquella batalla inmovilizado en una esquina, atónito, hasta que esta empezó a alcanzar tal grado de violencia que su cerebro le recordó que más le valía ponerse a salvo antes de que una botella incendiaria de los unos o un

disparo de las escopetas de balas de goma de los otros acabara acertándole. Estaba en medio del infierno y le bastó caminar unos metros y girar en una esquina para volver a la plácida tarde de ciudad de provincias. Dos mundos que se tocaban y se daban la espalda no queriendo saber del contrario, esforzándose cada uno, el de aquellos chicos violentos y el de quienes nada sabían de violencia, por imponerse al otro creyendo que lo conseguirían mediante la mutua indiferencia.

Acabó la tarde viendo cómo el mar rompía sobre el asfalto del Paseo Nuevo y a un grupo de chavales que, en vez de lanzar molotovs y quemar papeleras, se entretenían jugando a no ser alcanzados por la boca gigante de una ola. Para un recién llegado como él, aquel contraste radical, aquella convivencia de dos escenarios tan diferentes en un mismo espacio resultaba tan extraño y desconcertante como la aparente naturalidad con la que parecían aceptarlo quienes allí vivían.

Caía ya la noche cuando regresó a su coche y fue por fin a conocer su nuevo domicilio y a sus compañeros.

Aquel fue su primer día en la ciudad. Lleno de contradicciones. Así serían también los siguientes años que pasaría allí. Y al recordarlo, Gabo se preguntaba a qué distancia estaba ahora de aquel policía novato tan ingenuo y tan lleno de ganas, tan ignorante y tan simplón. Se sentía a millones de kilómetros de él.

Era ya media tarde cuando entraban en Biarritz. Dejaron el Ibiza en el aparcamiento público de la playa y fueron caminando por el Quai de la Grande Plage, recorriendo el paseo marítimo sin demasiada prisa, en silencio, ralentizados por el placer de la brisa marina, el penetrante olor a salitre y la adormecedora calidez del sol. Se mezclaron con los turistas hasta llegar al Casino Barrière. El viejo edificio art déco lucía en toda su esplendorosa decadencia al contraluz del atardecer. A Gabo le encantaba aquel lugar. Había ido unas cuantas veces en sus años en San Sebastián. Había perdido algún puñado de billetes echando un par de duelos con Javi en la ruleta y demasiado tiempo tratando en vano de explicarle las reglas del póquer descubierto a una profesional del parchís como era Cata. Hasta había tenido la posibilidad de acostarse con una rusa que aseguraba ser una condesa en el exilio y que el exceso de alcohol le hacía ver como un bombón, pero que, según un Dandy también cargado de cubatas, tendría unos ochenta años y podía ser la mismísima Anastasia.

Fueron directamente a la gran sala de juego central. Dejaron atrás las máquinas tragaperras, menos ruidosas y coloridas que las del Salón de Juegos Nevada, y preguntaron a un camarero por el señor Casson-Plery. El camarero se limitó a señalar a su espalda y ambos siguieron la dirección de su dedo y dedujeron a la vez que Casson-Plery debía ser un hombre alto y fornido, con una elegante mata de pelo blanco peinada hacia atrás, un tupido bigote cano a juego, vestido con un esmoquin también blanco y chaleco y pajarita negros, un Gatsby otoñal, que recorría la sala con la mirada desde una esquina de una barra de bar.

Gabo se presentó diciendo solo sus nombres y le preguntó en español si él era quien suponían, y él les respondió también en español con un acento francés tan marcado que parecía la voz que doblaba a Peter Sellers cuando interpretaba al inspector Clouseau:

—¿Puedo ayudarles en algo? ¿Han tenido algún problema en la sala?

—Nos envía a usted el coronel Varela —dijo Gabo y, al instante, la actitud de Casson-Plery cambió de servicial a curiosa.

—Un viejo amigo...

—Amigo de todos... —le secundó Gabo—. Y ya sabe lo que decimos en España: los amigos de mis amigos son mis amigos.

—Cela n'est pas toujours vrai —respondió Casson-Plery con una risita, sin que pareciese darse cuenta de que había cambiado de idioma.

Su mirada volvió a recorrer la sala, pero ahora ya no fue para observar a la clientela, sino para asegurarse de que nadie entre la clientela los observaba a ellos.

—Este no es sitio para hablar —dijo de nuevo en español—. Hay un pequeño café a poco más de doscientos metros a la derecha según salgan. En la misma Avenue de Edouard VII, pero los turistas no suelen frecuentarlo. Desventajas de que lo lleve un egipcio con cara de asesino islamista. —Se rio—. Espérenme allí y estaré con ustedes en cinco minutos. Pidan el café turco mazboot. No encontrarán otro mejor en todo Biarritz, mes amis.

Estela no podía contener una sonrisa deslumbrada. Saltaba a la vista que aquel francés engolado que parecía sacado de una comedia de Jacques Tati le

fascinaba. Argentinos, franceses. A menudo, la gente no decepciona y cumple a rajatabla con los estereotipos, se dijo Gabo, divertido también.

Salieron del casino y fueron en busca del bar. Era un local pequeño y poco apetecible. El tipo que encontraron tras la barra parecía otro estereotipo, de esos cuya foto de pasaporte sale en la tele con la noticia de un asesino suicida que ha gritado «Alá es grande» mientras apuñala a víctimas aleatorias. Pero resultó ser un hombre amable. Maldita sea la xenofobia y sus arraigados rechazos reflejos, le diría Gabo a Estela después de que el egipcio les ofreciera sacarles una mesita a la entrada del café para que disfrutaran de la puesta de sol mientras tomaban su café turco. Ambos le dijeron a la vez que no. Preferían una mesa dentro, al fondo del todo. Hay gente para todo, debió pensar el amable egipcio, que no insistió. El interior era estrecho, olía a algún guiso con cordero y desde la mesa que eligieron no podía verse ni un poquito de mar. Desde luego, no era raro que aquel fuera el único bar de la avenida que no llenasen los turistas.

Henri Casson-Plery apareció apenas cinco minutos después. Su esmoquin no podía desentonar más en aquel garito. Pero su sola presencia pareció traer luz a aquel triste local. Entró con paso alegre, con una sonrisa de oreja a oreja, y su voz sonó casi cantarina cuando le dijo al egipcio:

—*Rashid, servez-moi un petite verre de ton délicieux yansun, s'il vous plait.*

Henri Casson-Plery era un caso peculiar. Había sido a la vez un posible terrorista y una posible víctima de los terroristas. Su mala fortuna había sido vivir en la época equivocada, moverse por los ambientes equivocados y buscar amores equivocados. Desde niño, Henri no encajaba en nada de lo que le rodeaba. Había sido un chico de una familia acomodada de Biarritz, hijo de un comerciante de frutas al que las cosas le habían ido bien. Fiel a sus orígenes y a pesar de que ganaba dinero suficiente para subir un par de peldaños en la escala social de la ciudad, el padre había decidido seguir viviendo en el barrio marginal de su infancia y enviar a Henri y a su hermana a su modesto instituto. Los compañeros de estudios siempre despreciaron a Henri y a la hermana porque los consideraban más ricos de lo que realmente eran, y ello porque la madre, que sí tenía fantasías de ascenso social, los llevaba generosamente perfumados y vestidos de punta en blanco. Henri había crecido entre amigotes que solo sabían jugar al fútbol, algo que odiaba, y cometer pequeños hurtos en los comercios locales, ya fuera robar bicis o neumáticos o cajas de cerveza, a veces para sacarse unos cuartos revendiendo el botín, a veces solo por entretenerse, algo

que Henri odiaba más aún. Pero lo que de verdad le complicaba la vida era que desde adolescente tuvo esa nefasta tendencia a enamorarse de malotes que le trataban con la punta del pie, tanto si le rechazaban con saña como si accedían a explorar un amor clandestino y vergonzante. A Henri le tocó vivir su juventud en un entorno donde le rodeaban proyectos de delincuentes, en el que solo se sobrevivía haciendo alarde de una masculinidad exacerbada, en una época en que a los gays aún se los trataba de maricones y en que salir del armario era una expresión que ni siquiera existía, además de una opción descabellada que a nadie en su sano juicio se le pasaría por la cabeza. Así que Henri creció recibiendo hostias. Emocionales y de las otras. De un padre que intuía pero no admitía lo que había y que alejaba sus sospechas a pescozones. De unos compañeros de instituto que olían en él un miedo y una debilidad cuyo aroma parecía excitarlos y volverlos violentos. De unos amantes que se daban asco a sí mismos, que combatían su propia homosexualidad con homofobia, que hubiesen preferido amar a cualquier chica antes que a él y que trataban de compensar su instinto sexual con desprecio y malos tratos. Y lo más sorprendente de su historia, lo que rompía todo lo esperable, era que a pesar de todo ello Henri acabó convirtiéndose en un enamorado de la vida. Sociable, hablador, alegre, divertido, con una contenida sofisticación en sus gustos y un don natural para la seducción que hacía que cayese bien e incluso hiciese amistades con aquellos mismos que llegaron a plantearse matarle.

Henri no estaba destinado a ser terrorista, aunque estuvo dispuesto a serlo por amor. Fue otro más de los muchos cuyo primer acercamiento a la banda lo motivaba un novio o una novia a quien querían impresionar o, al menos, no decepcionar. Él lo hizo cuando conoció al malote que logró volverle loco de amor. Aitor. Vasco. De Azpeitia. Más que vasco. Casi una caricatura, con todos los tópicos incluidos. Brusco, seco, chuleta, valiente. Tozudo y noble como un buey malhumorado. Y adorable, claro. Llegó a Biarritz, se conocieron, se enamoraron. Con un tipo así, el cortejo y la seducción fue como hacer malabarismos con granadas de mano. Divertido, único, pero en todo momento al borde del desastre. Un tipo como ese necesita superar siglos de prejuicios, avalanchas de vergüenza, tornados de remordimiento, millones de cromosomas cargados hasta arriba de culpabilidad y reproche y océanos enteros de odio a sí mismo, antes de aceptar que es lo que es. Y, encima, Aitor estaba en Francia porque pertenecía a la banda. El colmo de la masculinidad. Jatorras. Hombres muy hombres. Hombres hechos hombres a base de apretar el gatillo, de accionar el detonador, de señalar con el dedo quién vive y quién muere. Y, eso sí, muy revolucionarios, pero más antiguos, más carcas y retrógrados que un párroco

falangista. Los tipos como Henri les aterraban, les hacían sentirse amenazados, les parecían un peligro indefinido, pero mayor que una partida entera de guardias civiles llamando a su puerta. Así que aquella relación lo tenía todo en contra. Demasiada testosterona alrededor para sobrevivir.

Aitor solo tenía dos opciones. Dejar la banda o dejarle a él. Vivía en el pánico constante. En cada frase, en cada mirada, en cada broma de cualquier compañero creía ver un indicio de que por fin habían descubierto a dónde iba y con quién se veía esas noches tan misteriosas en que cogía un coche y se marchaba sin dar explicaciones a sus compañeros de vivienda. De putas, pensaban unos. Cuidado que no ande metiéndose caballo, decían otros. Habrá que investigar si no se ve con txakurras, empezaban a decir algunos. Los malos eran malos y además muy chismorreros, todos estaban permanentemente sometidos a la vigilancia y al cotilleo de los demás. Cosas de la clandestinidad y del aburrimiento. Y aquella tensión se le hacía insoportable a Aitor. ¿Dejar la banda? Henri se lo insinuaba y él se ponía como una fiera. ¿Has oído hablar de Pertur? ¿Tú lo que quieres es que me peguen un tiro?, le gritaba. Pero no, nunca llegaron a pegarle un tiro. Aitor no dejó la banda. Siguió siendo miembro de ella hasta su muerte. El tiro se lo pegó él mismo doce años después de que rompieran. Se disparó en la sien en una casucha de campo en Normandía, harto de esconderse, quizá harto de echar de menos a Henri. O de ser como era en el amor y llevar toda una vida ocultándolo. Años después de su ruptura, pasó a ser uno más de esa estadística secreta, la que más odiaba la banda, la más humillante, la de los malos que acababan suicidándose. Su relación terminó cuando fueron a por ambos. Alguien se acabó enterando de lo suyo. Alguien con mucho mando en la banda. Nunca sabrían quién. Pero así fue como Henri pasó de estar dispuesto a unirse a la banda por amor a ser un posible objetivo de esta. Un día, cuando Henri ya trabajaba de crupier en el casino de Biarritz, dos tipos fueron a verle. Los conocía. Habían ido de bares juntos. Henri frecuentaba a algunos miembros de la banda. Fue una conversación breve. Se lo dejaron muy claro. La relación había terminado. Ya podía olvidarse. Nunca volvería a ver a Aitor. Si intentaba localizarle, llamarle, escribirle, lo que fuese, los matarían. A los dos. Henri no obedeció. Intentó localizarle, llamarle, escribirle. Lo intentó todo y durante mucho tiempo. Pero no lo consiguió. Al amor de su vida se lo tragó la tierra hasta el día en que reapareció, doce años después, con un tiro en la sien. Y Henri se vengó de la banda.

El casino de Biarritz era un lugar rebotante de vida. No solo lo frecuentaban turistas que derrochaban con torpeza su dinero, gente bien de la zona,

burguesitos galos y españoles de economía desahogada, sino también miembros más o menos importantes de todas las redes criminales que pululaban por las costas atlántica y mediterránea, ya fueran terroristas vascos o corsos, narcos, traficantes de armas, falsificadores de arte o ladrones de joyas. Henri, dicharachero, atento, ingenioso, pero también capaz de dar respuesta discreta a las peticiones más extravagantes de alcohol, droga, mujeres u hombres de los clientes que se sentaban a su mesa de blackjack, fue sumando amistades y contactos con facilidad. Bajo su aparente camaradería, Henri nunca dejó de odiar a cada uno de aquellos delincuentes que iban de machotes y a los que consideraba sin distinciones culpables de haberle separado de su gran amor. Henri se convirtió en confidente por despecho. Un confidente trágico, melodramático y romántico y, a decir del coronel Varela, el mejor que tuvo nunca la Guardia Civil en territorio francés. Les presentó un amigo común que era gendarme y, durante años, Henri sería una fuente inagotable de información para el coronel. Cotilla y espabilado, desde su privilegiada posición en el casino y su conocimiento de los barrios más sórdidos, amigo desde la infancia de los personajes más siniestros del lugar, se enteraba de todo, desde planes de atentados y operaciones de droga hasta las andanzas de esos polis y guardias españoles de supuesto incógnito que empezaron a aparecer queriendo hacer la guerra por su cuenta y que eran los tipos más chapuzas que había conocido nunca, según le había dicho Henri a Varela. Todo el mundo quería y respetaba a Henri porque todos sabían que podía presentarte a la persona adecuada, indicarte quién podía ser un contacto útil, orientarte sobre por dónde encauzar tus negocios sucios y también traicionarte si le traicionabas y venderte al mejor postor. Henri, entregado a su destino de villano por desamor, casi orgulloso de verse a sí mismo convertido en personaje de un drama de Shakespeare o una opereta de Verdi, perdió los escrúpulos a la vez que el amor. Y nunca más permitió que nadie volviera a pisarle, a maltratarle, a despreciarle ni a partirle el corazón. Y ahora, en su madurez, era jefe de sala del casino, feliz marido de un treintañero tailandés llamado Xan, y el hombre que más sabía de cualquier asunto fuera de la ley que se pudiese estar cociendo a lo largo y ancho de todo el sur de Europa.

Había muchas reglas no escritas en el reducido y cerrado mundo de los policías que se dedicaban a la lucha antiterrorista, ya fuera en los servicios centrales de la Brigada o en provincias. Entre ellas, un rasgo distintivo de experiencia y prestigio consistía en tener confites. Haber conseguido reclutar a un confidente que te diera información en exclusiva era una muestra indiscutible de estatus policial. Igual que cuando uno presume de coche o de casa, tampoco todos los

confites eran igual de epatantes y envidiables. La mayoría tenían poco que ofrecer. La banda funcionaba de un modo tan compartimentado, como una empresa con un laberíntico organigrama, que era difícil dar con alguien que reuniese por sí solo información relevante, más allá de hilos sueltos —un nombre, el lugar de una cita, una conversación indescifrable sobre posibles objetivos siempre oída a medias— que había que ir entretejiendo. Además, los confites de calidad solo trataban directamente con los jefes, así que los demás tenían que conformarse con los de medio pelo. Camareros de herriko taberna, dueños de pensiones, algún correo de la muga, poco más. Pringados a los que no se les pagaba nada por sus historias, porque se los tenía agarrados con algo y largaban a cambio de evitar la cárcel.

Gabo nunca tuvo confidentes propios durante sus años en San Sebastián. Le parecía una pérdida de tiempo estar viéndose con unos cuentistas que inventaban tanto como sabían y rara vez aportaban información útil. Prefería obtenerla de primera mano en los seguimientos. Su relación más estrecha con un confite fue a través de Cata, su tronca. Una historia chusca y tragicómica otra vez, de las que ahora le provocaban cierta ternura al recordarla.

Cata andaba repasando un listado de matrículas de camiones que pasaban con frecuencia a Francia, y que por tanto eran susceptibles de servir para trasladar documentación o incluso terroristas. Había recibido la orden de organizar un programa de seguimientos a los más sospechosos. Y así fue como acabó apareciendo en su vida Patxi. Un cincuentón con aspecto de oso bonachón que llevaba siendo camionero, como su padre, desde el mismo día en que se sacara el carné de conducir. Vivía en Amorebieta e iba y venía todas las semanas a Francia. Su vida cotidiana carecía de interés. Casado y con dos hijos, ocupaba su tiempo libre jugando a la petanca, vaciando cortos en la tasca de su barrio y yendo al frontón municipal a ver partidos de pelota en los que hacía pequeñas apuestas sin riesgo. Pero en ruta con el camión se permitía alguna alegría. Le gustaba pasar las noches con compañía accesible a su modesto bolsillo en los puticlubs más cutres del sur de Francia.

Cata decidió que aquel camionero tenía el perfil perfecto de posible colaborador de la banda. Le pidió a su tronco que le echara una mano para comprobarlo. Gabo aceptó a regañadientes, solo porque no había quien le negara algo a Cata cuando se ponía pesada. Y allá se fueron. Una noche que hacía un frío que dolía hasta respirar, en el discreto aparcamiento de un club de carretera a las afueras de Guéthary, mientras Patxi culminaba otra noche de gloria en algún cuartucho,

se colaron en la trasera de su camión. Premio. Cata había acertado. No les costó nada detectar un falso suelo en la trasera y, bajo él, encontraron un par de legajos con documentos. Un listado de posibles atentados en las provincias de Álava y Guipúzcoa y un manual de uso de armas y camuflaje. Aún estaban dentro del camión cuando Cata le dio un puñetazo en el brazo a Gabo y le dijo, gruñón de las narices, que la próxima vez se fiara más de ella y no protestara tanto si le pedía ayuda.

Aquella noche dejaron ir a Patxi, que pudo entregar sus cargamentos, el legal y el ilegal, en destino. Esperaron a verle un par de días después en su bar de Amorebieta. Gabo se quedó fuera fumando un cigarrillo. Ir por parejas daba más el cante. Cata entró en el bar y Patxi se descompuso cuando se le acercó y le dijo quién era y lo que sabía de él. Admitió a lo que se dedicaba al instante. Hacía de correo por dinero, que a él lo de la banda y la política le importaban bien poco. Para poder pagarse los cubatas y las putas. Tenía que ver cómo era su mujer. Una bruja con el dinero. Le controlaba hasta la última peseta. Había tenido que agenciarse ingresos extras. Hay que buscar alivio. Que si no la carretera se hace muy larga y muy solitaria. Pero, por Dios, le suplicó Patxi, no tendrá que enterarse ella, ¿verdad?, que tiene un carácter que ni se imagina.

Patxi accedió a colaborar más asustado por la reacción que pudiese tener su mujer si se enteraba de sus correrías que por su responsabilidad penal como correo de la banda. Y así, durante meses, Cata tuvo su propio confite. Patxi solo tenía que decirle en qué puticlub pasaría la noche cuando transportaba material sensible, dejar la trasera abierta, y Gabo y ella iban hasta allá, entraban en el camión, estudiaban los documentos que llevara y se largaban. Nunca informaron a los jefes de que cruzaban la frontera para hacer aquellas visitas.

Patxi ofrecía información de alto interés. Pero llevaba cada vez peor aquella triple vida, trabajando para su mujer, para la banda y para la poli. Las pocas veces que le veía en persona, Cata le iba encontrando más y más nervioso, permanentemente sofocado, colorado como si estuviese a punto de sufrir una apoplejía. Patxi era considerado uno de los mejores correos por la banda. Era un transportista regular, rápido y discreto. Cuando llevaba ya seis meses colaborando con Cata, recibió una llamada de uno de los máximos jefes de la banda. Le había elegido para que fuera él quien llevara de San Juan de Luz a San Sebastián una documentación de la máxima importancia. Una misión de las gordas. Todo un honor, le dijo. Patxi pensó que aquello empezaba a salirse de madre, que era más presión de la que podía soportar, que maldita la hora en que

se había metido en toda esa mierda, él, al que le importaban tres cojones la banda, la lucha armada, la causa, la patria y la poli.

Se lo contó a Cata y esta montó un operativo especial. Cata le dio sus instrucciones. Se detendría a repostar en una gasolinera cercana a Irún que era parada habitual de numerosos camioneros. Dejaría el camión aparcado en la parte trasera de un bar que había junto a la gasolinera y se iría a tomar un café mientras ellos entraban en el camión a ver los documentos. Cata, Gabo y otros cinco compañeros, entre ellos Javi, pasaron todo el día en los alrededores de la gasolinera esperando al camionero. Cayó la noche sin que hubiese aparecido. No tenían ni idea de qué podía haber pasado. Hasta que Cata les pidió a todos a través del pocket que se encontraran en el aparcamiento donde Patxi debía haber aparcado su camión. Había indagado con la Guardia Civil de Tráfico. La Gendarmería les había informado por tratarse de un vehículo con matrícula española. El camión de Patxi había tenido un accidente antes de pasar la frontera de regreso a España. Se había salido de la carretera de manera inexplicable en una larga recta y se había despeñado por un terraplén. Patxi había muerto en el accidente. Cata informó a sus compañeros sin poder contener el llanto. El roce hace el cariño. A veces, ocurría eso con los confites. Los papeles nunca aparecieron. El accidente apuntaba a que Patxi había sufrido algún tipo de ataque al volante. Los nervios le pudieron. Un final lamentable para un asunto que prometía.

Gabo nunca tuvo confidentes propios. Aquella experiencia terminó de quitarle las ganas. Le parecía una forma de jugar con la vida de las personas que no iba con él. De todas formas, tener o no prestigio entre sus compañeros le traía sin cuidado.

Henri esperó hasta que el egipcio le hubo dejado la copita con el yansun en la pequeña mesa en torno a la que estaban sentados los tres. Solo cuando hubo dado un primer sorbo y tras atusarse el bigote hasta estar seguro de que no quedaba prendido en él ni la menor gota del licor, dedicó a Estela y Gabo una deslumbrante sonrisa y les dijo:

—Bien, madame et monsieur, ¿qué les ha traído por aquí?

—Gorka Landaberría, alias Harri —respondió Gabo.

Henri apretó los labios como si fuera a dar un sonoro beso de tía abuela y

asintió.

—Ese hombre es como esas viejas estrellas de rock que pasan años olvidadas y de pronto, un buen día, recobran la popularidad —dijo con una risita contagiosa.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que he oído hablar mucho de él últimamente. Llevaba mucho tiempo ailleurs y, de pronto, todos hablan de Harri y sus negocios.

Gabo y Estela saltaron a la vez.

—¿Qué negocios? —preguntó él.

—¿Quiénes hablan de él? —preguntó ella.

Henri eligió a Estela.

—Los marchantes de droga, sobre todo.

—Bonita denominación —dijo ella, y la creciente sonrisa de Henri dejó claro que le halagaba aquel tono admirativo.

—Bueno, chérie, al fin y al cabo, si lo piensa, su trabajo no es muy diferente al de los marchantes... Unos buscan compradores para obras de arte, otros para cargamentos de droga. Unos hacen negocios con Caravaggio, Matisse o Cézanne, otros lo hacen con coca, heroína o cualquiera de esos inventos químicos que van poniéndose de moda. Marchantes todos, n'est ce pas?

Gabo estaba seguro de que los repentinos saltos al francés de Henri no se debían a sus limitaciones con el español, sino a que sabía que le daban un aire más sofisticado. Era difícil concentrarse en lo que se traían entre manos ante el despliegue de charme de aquel adorable bon vivant.

—Creemos que Harri ha colocado o quiere colocar en el mercado un cargamento. Coca colombiana, suponemos.

—Suponen bien.

—¿Usted lo sabe?

Aquella pregunta le encantó a Henri. Sus mejillas se sonrojaron de placer. Se tomó su tiempo en coger la pequeña copita de cristal repujado de la mesa, llevársela a la boca, mojarse los labios con el dulzón yansun y volver a dejar la copa en la mesa —por supuesto, con el dedo meñique estirado— antes de decir:

—Je sais tout. Mis amigos me cuentan cosas. Y, créanme ustedes, tengo amigos que los harían temblar...

Gabo y Estela sonrieron a la vez, definitivamente rendidos ante Henri.

—Un cargamento muy valioso el que ofrecía su amigo Harri —les dijo—. No menos de un par de millones. Trato VIP. Venta prioritaria. Los marchantes tenían instrucciones. Había que colocarlo con rapidez. Le client est pressé. Pago en cash. Nada de operaciones encubiertas ni cuentas falsas ni blanqueo en paraísos. Al viejo estilo: maletines llenos de billetes. No podía dejarse el menor rastro del dinero. C'était une opération prioritaire, al margen de los canales habituales del mercado al por mayor. Une opération boutique, por así decirlo.

—¿Por qué?

Henri miró a Gabo con cierta pena, como si se compadeciese tanto de su ignorancia como de que además la demostrase con preguntas tan estúpidas.

—No tengo ni idea, mon ami. El cliente tenía prisa, ya le digo. Y era indudable que se trataba de un cliente muy importante, porque el Emperador en persona se estaba ocupando de las negociaciones. Hasta que el otro día le volaron la cabeza, claro. —Henri hizo un lánguido movimiento de la mano que bien podría traducirse por «el muerto al hoyo...»—. Qué terrible suceso, ¿verdad?

—¿Sabe quién ha podido ser el que le mató? —se apresuró a preguntar Estela.

—¿Matar al Emperador? Ni idea, mon Dieu.

—¿Y el cargamento de Harri? —siguió ella—. Entiendo que ya se ha colocado.

—Claro que sí —contestó Henri con cierta impaciencia, como si empezase a cansarle tener que dar unas respuestas que consideraba obvias—. Los marseleses se han encargado. Los mejores marchantes. Lo controlan todo. España, Italia, Francia, Suiza, Alemania, Grecia... Gente muy lista. Y muy exigente. No aceptan a cualquier proveedor. Y mucho menos a gente sin

referencias. Pero con Harri, a pesar de no ser un habitual, no pusieron pegas. Venía bien recomendado, por lo que se ve. Negociaron todo con el Emperador. Sin problema. Colocaron toda su mercancía con rapidez.

Gabo le tomó el relevo a Estela:

—¿Harri ya ha recibido el pago? ¿Ya tiene el dinero?

—Seguro que sí.

—¿Cómo sabe que Harri estaba detrás de ese cargamento si los marseleses lo negociaron con el Emperador?

Henri miró su copa. Estaba vacía. Hizo un rápido gesto y el egipcio, muy atento, acudió raudo a rellenarla. Miró después a Gabo y Estela con expresión interrogadora, por si querían más café, pero ninguno de los dos se dio ni siquiera cuenta, tan embebidos estaban esperando la respuesta, que solo llegó después de dar un breve sorbo.

—Porque me llamó.

De nuevo, Henri se sonrojó de placer al ver las expresiones de asombro de ambos.

—Soy, ¿cómo lo llamarían ustedes?, une vieille gloire. Una vieja gloria. Harri y sus camaradas de banda siempre me despreciaron. Yo solo era para ellos el franchute bujarrón. Querían matarme. Hasta que aprendí a escuchar, a hablar, a recibir un poco aquí y a dar un poco allá... Hasta que me convertí en un marchante de información. Y créanme, madame et monsieur, la información es una sustancia tan valiosa como la más sofisticada de las drogas.

Henri sonrió, ahora con nostalgia.

—Ellos pasaron de odiarme a necesitarme. Yo sabía cosas. Cosas que interesaban a unos y a otros. Por el casino pasaban todos. Se emborrachaban y se arruinaban y hablaban más de la cuenta. Gendarmes, asesinos a sueldo, policías y guardias civiles muy honrados, policías y guardias civiles muy llenos de merde, empresarios y maleantes y, por supuesto, los alegres muchachos de la banda de libertadores de Euskal Herría. —Henri soltó una risita burlona y bajó la voz hasta un tono conspirador, como si todos aquellos a los que acababa de

mencionar estuviesen allí, en la mesa de al lado, intentando enterarse de lo que decía—. Yo compraba y vendía sus secretos. Y eso me ha mantenido vivo y me ha hecho muy rico. Y así sigue siendo aún hoy.

Se atusó el bigote con satisfacción. Era indudable que se lo estaba pasando en grande.

—No se preocupen, jeunes. Esta conversación les saldrá gratis. Un présent pour mon admiré ami, el coronel Varela. —Le guiñó un ojo a Estela, le dio una afectuosa palmada en la rodilla a Gabo y continuó—: Harri contactó conmigo. Hace unas semanas. Quería asegurarse de que el Emperador estaba haciendo bien su trabajo. También de que los marselleses eran de fiar. Me dijo que me pagaría si se lo confirmaba. Hice mis indagaciones. Le tranquilicé. Le dije que estaba en manos de los mejores. Solo hablamos un par de veces.

De nuevo, Gabo y Estela superpusieron sus voces.

—¿Para qué quería Harri el dinero? —preguntó él.

—¿Harri va a seguir en el negocio de la droga o solo iba a hacer esta operación puntual? —preguntó ella.

Henri volvió a vaciar la copita con el segundo sorbo. Se secó con un gracioso gesto las puntas de su bigote e hizo un ademán como si lanzase al aire un líquido invisible.

—Os he contado todo lo que sé. Y solo porque os envía el coronel Varela. Nunca hubo otro como él. Era el mejor. Un chevalier. Daba gusto tratar con él. Siempre cumplía su palabra. ¿Sabéis una cosa? Me libró de ir a la cárcel dos veces. Y me avisó otras dos de que algunos de mis queridos amigos de la banda volvían a plantearse el matarme. Ces petits diables...

Henri volvió a llamar al egipcio. Pero esta vez le pidió que le trajera una copa limpia y otras dos para sus amigos.

—No pueden irse sin probar el yansun de Rashid —les dijo y, mientras el egipcio les servía, añadió—: Esta vida de marchante de información no es nada fácil. A lo largo de los años he tenido grandes amigos y grandes enemigos. Pero nunca nadie me inspiró tanto respeto y tanta admiración como el coronel Varela. Madame, monsieur...

Henri alzó su diminuta copa sujetándola con dos dedos. Gabo habría jurado que sus ojos se habían humedecido por una emoción repentina. Tanto él como Estela levantaron también sus copas.

—¡Por el coronel Varela! ¡Viva la Guardia Civil!

Gabo y Estela solo titubearon una milésima de segundo. Apenas intercambiaron una fugaz mirada de reojo antes de que sus voces sonaran perfectamente sincronizadas:

—¡Viva la Guardia Civil!

Cuando regresaron a San Sebastián había caído ya la noche. Fue Gabo quien había propuesto que durmieran allí en vez de en Biarritz. Una vieja costumbre, no dormir nunca en suelo francés cuando cruzábamos la frontera, le había explicado a Estela. Además, así el regreso a Madrid a la mañana siguiente se les haría más corto. Él se había ocupado de reservar el hotel, un confortable cuatro estrellas a las afueras, cercano a una incorporación a la nacional I. Gabo le preguntó a Estela si le apetecía ir a cenar al centro y ella le dijo que no. Estaba cansada de tanto conducir. Prefería tomar algo rápido en la misma cafetería del hotel, sándwich mixto y una cerveza. Gabo no insistió. Mixto y cerveza también para él. No le confesó a Estela que había planeado dormir en San Sebastián por la cena. Porque hacía ya unos cuantos años que no caminaba por la Parte Vieja. La nostalgia, para variar. Quería disfrutar de aquella ciudad a la que tanto amaba ahora que eran más libres, la ciudad y él, los dos liberados, cada uno a su manera, del miedo y de la amenaza, la ciudad libre al fin de tener que llorar a más muertos, él libre al fin de tener que perseguir a más canallas por sus esquinas y callejones. Sí, los dos eran ahora más libres. Y ojalá hubiese podido decir que los dos eran también más felices ahora. Para su propia sorpresa, le alegró que Estela no aceptase la propuesta de ir a cenar. No, la nostalgia nunca era una buena compañera. Ahora se daba cuenta de que no habría sido ningún planazo. Le alivió no tener que volver a recorrer aquellos escenarios anegados de nostalgia. Le liberó no tener que vivir otra escena de despedida de aquella ciudad. Porque Gabo tenía una sola escena de primera llegada a San Sebastián, la del día que vio su primera manifa. Pero, en cambio, tenía muchas escenas de despedida. Demasiadas.

La primera de todas: el novio camarero y cacereño de Cata en el piso de Aiete. Vino para recoger las cosas de ella, una semana después del entierro. Un

muchacho tímido, más sobrecogido que triste. Abrió una maleta vacía encima de la cama de Cata y fue metiendo las prendas de su novia una a una, doblándolas con mucho cuidado como si alguien fuera a usarlas y no se las quisiera arrugar. El Dandy, Gabo y Javi le dejaron hacer a solas. Permanecieron muy quietos y muy callados en el salón. Hasta que Javi ya no pudo más y le pegó un puñetazo a la pared que hizo saltar el yeso y le hizo sangre en los nudillos, mientras gritaba que se cagaba en todos los muertos de esos animales. Aquel día, cuando el novio de Cata se hubo ido, Gabo tuvo por vez primera la sensación de que también él se había marchado de San Sebastián, por mucho que aún siguiera allí. Fue su primera despedida. Había dejado de formar parte de aquella ciudad en la que ya no quedaban ni las pertenencias de su tronca.

Pero había unas cuantas escenas de despedida más y todas las recordaba como únicas, como si fuese cada una de ellas la de la última vez que había estado allí.

Cuando efectivamente se marchó, apenas unas semanas después de que se fuera el novio de Cata con la maleta. Porque necesitaba oxigenarse, según Aldama. Su última noche fue una noche de copas como tantas otras, con el Dandy engatusando con su labia a cada chica con la que entablaba conversación en los bares mientras él andaba ocupado vigilando que Javi no se metiera en pelea. O sea, lo de siempre. Pero sin Cata. Y sin Cata ya nada era igual. Y al día siguiente se marchó de la ciudad en autobús y se hizo los trescientos cincuenta kilómetros con ganas de vomitar.

Cuando se marchó dejando al Dandy con un Javi que no levantaba cabeza, he matado a un hombre, esta vez en su coche, que ya no era el Renault color pistacho, y se pasó aquellos mismos trescientos cincuenta kilómetros con sensación de despedida definitiva, preguntándose si merecía la pena todo aquello, aquella vida en que Cata acababa asesinada y Javi acababa matando a un hombre.

Cuando, unos años después, vio a Marina por última vez y ya no pudieron amarse.

Cuando, más años aún después, vio a Javi por última vez y ya no pudieron ser amigos.

Demasiadas escenas de despedida de San Sebastián. Y ninguna buena. Mejor no sumar una más. La escena del poli retirado que cena en alguna tasca de la Parte

Vieja y se marcha sospechando que aquella será por fin, la edad manda, la última vez que esté allí.

No, mejor no. Mixto y cerveza en un hotel de las afueras. Mucho mejor así.

No hablaron de Harri ni de Henri ni de terrorismo ni de tráfico de drogas. Una vez llenado el estómago, con la segunda cerveza, Estela volvió a bajar la guardia. A veces, tras todo el día siendo la dura inspectora, debe necesitar estos paréntesis, pensó Gabo. Dejar de interpretar. O quizá interpretar, esforzarse en ser alguien diferente durante un rato. Le preguntó a Gabo si a él también le pasaba cuando aún estaba en activo lo mismo que a ella. La sensación de ser un bicho raro. Una especie de marciano o una atracción de feria a los ojos de los demás. Tan solo por llevar placa y pistola. Sus amigas parecían todas muy iguales. Una periodista, una pediatra, una dependienta de una tienda de ropa cara. Entre las cuatro sumaban seis hijos, dos maridos, dos exmaridos, un amante, un tratamiento antidepresivo y una operación de aumento de pecho, tres inscripciones a gimnasio sin apenas uso, dos votos socialistas, uno cambiante pero siempre de derechas y una abstención, seis idas al cine, cuatro novelas y ocho orgasmos mensuales, todo dentro de lo normal. Ella era la rara. Y no porque su hija fuera la única descendiente del grupo que no había necesitado bráquets, ni porque no fuera ella como cabría esperar la del amante, ni porque sus orgasmos mensuales fueran en solitario. Tan solo por ser poli. Aquello no era un trabajo normal, ¿verdad? A veces se sentía como si su grupo de amigas íntimas y sus hijos y sus parejas y el resto del mundo viviesen despreocupadamente y ella, en cambio, estuviese al margen, observando la vida cotidiana de los demás desde una cierta distancia, como una madre que vigila mientras sus hijos juegan en el parque, alerta y paranoica, viendo siempre peligros por todas partes, sintiéndose responsable de todo.

—¿Sabe a lo que me refiero?

—No, no lo sé —mintió Gabo.

Pidió una tercera ronda de cervezas y cuando el camarero puso los dos botellines en la mesa y se fue, dio un primer trago del suyo y dijo:

—¿Ocho orgasmos mensuales? ¿Cuatro mujeres? Vaya porcentaje de mierda...

Los dos se echaron a reír.

Se levantaron de la mesa tarde y borrachos. En algún momento de la noche, cambiaron las cervezas por chupitos de orujo. A los dos les falló un poco el equilibrio cuando salieron de la cafetería. Atravesaron una recepción vacía, subieron en el ascensor en silencio hasta la tercera planta. Solo entonces habló Estela, cuando alcanzaban ya la cuarta, donde Gabo tenía su habitación.

—No va a ocurrir —le dijo con una sonrisa amistosa y un poco etílica.

—¿Disculpe, inspectora?

—Tú y yo no vamos a acostarnos. Ni hoy ni nunca.

Gabo pensó que Estela debía estar mucho más borracha que él, porque aquello le sonó como si ella le estuviese hablando a alguien imaginario, a quien por cierto tuteaba.

—¿Quién te ha dicho que yo querría?

—Prefiero dejarlo claro de antemano. Eso nos evitará muchos momentos incómodos.

Gabo asintió con un exagerado movimiento de cabeza.

—Me parece bien. Pero luego, cuando tú te mueras de ganas, no insistas porque te recordaré lo que acabas de decir.

Se bajó del ascensor y ella siguió hasta la quinta planta. Gabo miró hacia el pasillo largo y estrecho que tenía que recorrer aún para llegar a su habitación. El exceso de alcohol hizo que suelo y paredes le bailaran. Y también hizo que le viniera a una memoria con el freno quitado otro pasillo de hotel. Aquel que recorrían Marina y él, cuando la rodeaba por detrás y rebuscaba con la boca entre su pelo para mordisquearle el cuello, y ella se echaba a reír y le decía que no fuera tan impaciente, que esperase a llegar a la habitación, que se estuviese un poco quieto o acabarían tropezando y cayéndose, e intentaba de mentira librarse de su abrazo retorciéndose.

Hay que joderse, pensó, riéndose solo mientras daba tumbos camino de su habitación. Estela le había pillado. Qué demonios, para qué negarlo, cosas del alcohol, sí que se le había pasado por la cabeza acostarse con ella.

Recorrieron un primer trecho del regreso a Madrid sin hablar. Pero en esta ocasión fue solo porque prefirieron gestionar en silencio la complicada digestión del desayuno tras la noche de cerveza y orujo. Bordeaban ya Mondragón, cerca de una hora después de haber salido, cuando Estela pareció ser la primera en superar el silencio resacoso.

—¿Qué le parece si trabajamos un poco, comisario?

Gabo advirtió que había regresado al usted tras el momento íntimo de la noche anterior, si es que podía llamársele así a que una mujer te rechace preventivamente sin el menor miramiento. Le decepcionó tanto como le desagradó que volviese a llamarle comisario, lo que empezaba a sospechar que era para ella una forma de provocarle, un pequeño placer culpable, tocar las pelotas un poco, solo por fastidiar, una perversión irresistible.

—Usted dirá, inspectora —le respondió marcando con retintín cada sílaba del tratamiento y del rango.

Ella esbozó una breve y contenida sonrisa, la pequeña victoria de la mañana, una íntima satisfacción, comprobar que efectivamente le había chinchado.

—¿Le parece que juguemos a Sherlock y Watson?

Gabo asintió, pero siguió un silencio que duró lo suficiente como para acabar convirtiéndose en incómodo. Fue como si ambos se hicieran a la vez la misma pregunta: ¿quién de los dos es Sherlock? Ya había quedado esculpida en piedra la primera regla de su relación: solo trabajo y ni un milímetro más allá. Y ahora, sin darse cuenta, Estela acababa de plantear la necesidad de definir la segunda: ¿quién era Sherlock? Su incipiente trabajo en equipo se había desarrollado sin jerarquía. Pero aquella pregunta amistosa parecía obligarlos a pronunciarse. El comisario retirado o la pujante inspectora. Alguien debía llevar las riendas de aquella investigación. Ambos parecieron necesitar aquel silencio para llegar por separado a una misma respuesta: a la mierda con la jerarquía, podían tirar adelante un poco más sin necesidad de establecer entre ellos una cadena de mando.

—Recuerde sus clases en la Escuela, inspectora —dijo Gabo exagerando un tono más profesoral que autoritario para evitar malentendidos—. El proceso racional deductivo. Algo así se llamaba, ¿no?

Estela sonrió recordando aquellas clases en que unos redichos psicólogos pretendían convertir a todos los aspirantes a policías en Hercule Poirot. Su sonrisa sirvió para que ambos pasaran por encima de la pregunta, que quedó así atrás, abandonada en la carretera, sin necesidad de respuesta, ni Sherlock ni Watson.

—Hechos, preguntas, conclusiones —enumeró ella exagerando por su parte el tono de empollona aplicada.

—Pues vamos allá. Empecemos por los hechos. Los más relevantes. Sin bajar a detalles que puedan confundirnos.

—Harri ha vuelto a España para supervisar personalmente la venta de un cargamento de droga —enunció Estela.

—Es un cargamento que ha circulado al margen de los canales habituales de llegada y colocación de la droga colombiana. Es, por tanto, un cargamento especial, individualizado —continuó Gabo.

—Y era especialmente urgente venderlo. Harri necesitaba el dinero.

—Y lo necesitaba en metálico.

A Estela le gustaba aquello. Le hace sentirse a salvo, pensó Gabo contemplando su perfil mientras ella conducía. El trabajo era su territorio seguro, su refugio, su droga tranquilizadora, su forma de sobrevivir a las miserias de la vida, de mantener el control, de ponerse al mando. Curioso. Para él era todo lo contrario. Volver a actuar, a hablar, a comportarse y a pensar como un policía era como saltar en paracaídas, como zambullirse en el mar, un deporte de riesgo, una angustia innecesaria, recuperar un baúl cerrado bajo siete llaves de un pozo de su memoria y empezar a abrir uno tras otro sus cerrojos sin estar del todo seguro de lo que iba a encontrarse en su interior.

—El contacto de Harri es asesinado —siguió Gabo regresando al método para alejar sus pensamientos.

—Probablemente por él.

—En todo caso, esa muerte parece secundaria respecto al objetivo principal que le ha traído a España, que es vender la droga.

—O, tal vez, la venta de la droga es otro objetivo secundario.

—Y esa duda nos lleva de los hechos a las preguntas.

Sonrieron de nuevo los dos, como si se felicitasen por haber culminado con éxito la primera etapa de un jueguito de viaje.

—Primeras preguntas: ¿quién provee de droga a Harri?, ¿de dónde procede el cargamento que ha venido a vender?

—Sin duda, de una persona o una organización tan importante como para que el Emperador se pusiera personalmente a su servicio, sin delegar en ninguno de sus esbirros —recapituló Gabo.

—Porque entendemos que Harri trabaja para alguien, ¿no es así?

—Alguien le ha reclutado para venir a un territorio que conoce, a su país, a cumplir un encargo. Segunda pregunta —planteó Gabo alternando los roles—: ¿por qué exigía el pago en metálico?

—No detectable. Harri y quienes estén detrás de él necesitan tener una gran suma de dinero disponible en España. Y reunirla mediante la venta de un cargamento de droga es menos detectable que sortear fronteras a través del sistema financiero. Traspasos bancarios o cualquier otra operación con una cifra de envergadura podría hacer saltar las alarmas del sistema. En cambio, un cargamento de droga es, aunque parezca lo contrario, más fácil de introducir en territorio europeo. Y tenía al Emperador para buscar a los compradores marseleses y transformarlo en dinero. Es triste que lo diga yo, pero resulta más seguro y sencillo mover droga que divisas.

El Seat Ibiza recorrió varios kilómetros sin que ninguno de los dos dijera nada más. Se mantuvieron pensativos, asimilando las ideas. Así era el método deductivo. Establecer solo las afirmaciones incuestionables. Formularlas de la manera más simplificada posible. Aceptarlas sin volver a ponerlas en duda para poder avanzar. A todos los alumnos obligados a estudiarlo les parecía siempre una estupidez sobrevalorada con la que se quería elevar a método científico lo que no era sino pensar con un mínimo de lógica. Pero luego, cuando lo aplicabas, funcionaba.

—De acuerdo —suspiró por fin Gabo—, si obviamos el asesinato del

Emperador, que ya hemos aceptado que, fuera o no Harri, es un asunto tangencial y sobrevenido, nos situamos ya ante la pregunta esencial.

—¿Y esa es...? —le instó Estela como quien toca un redoble antes de la pirueta final.

Gabo se sintió bien. Sí, jugar a Sherlock y Watson era entretenido, para qué negarlo. Una versión más sofisticada, solo un poquito más, del Veo veo. Casi daba pena llegar al final del juego.

—¿Para qué es el dinero?

La pregunta quedó flotando en el aire durante otro par de kilómetros. Ambos tenían una respuesta que les vino con rapidez a la boca, pero los dos la contuvieron, como si quisieran alargar un poco más el placer de ir tejiendo paso a paso su reflexión compartida.

—Hechos y preguntas formulados.

—Turno para las deducciones que nos lleven a una respuesta fundamentada a la pregunta esencial.

Empezaban a comportarse con un toque un poco infantil, como si estuvieran a punto de palmotear y exclamar alborozados que se lo estaban pasando en grande.

—No es un dinero que vaya a regresar a Colombia —afirmó Estela—. No tendría sentido traer un cargamento de droga, convertirlo en dinero en metálico y llevar ese dinero de vuelta. Busca dinero en metálico que se gastará a este lado del océano.

—En actividades ilegales, por supuesto. No es un dinero que se pretenda blanquear, porque si no se habrían seguido los canales habituales a través de operaciones encubiertas en el mercado financiero.

—Si no se va a blanquear ni mediante movimientos bancarios ni mediante inversiones, ¿para qué sirve el dinero en metálico?

—Para hacer pagos sin dejar rastro. Comprar algo, pagar a alguien...

Estela aceleró para adelantar a tres camiones que circulaban muy juntos y muy

despacio. Cuando los hubo dejado atrás, dirigió una mirada a Gabo llena de intención. Estaban llegando al final.

—¿Y Harri? ¿Por qué él? —le preguntó—. ¿Le han elegido solo porque es español, porque la venta de la droga se iba a hacer en nuestro país y les venía bien contar con alguien de aquí, o por algo más?

Gabo sintió el mordisco del mono de tabaco en la boca del estómago. La ansiedad le recordó que de nuevo, como a la ida, llevaría pronto doscientos kilómetros sin fumar. Toda una vida.

—Porque es un terrorista —dijo, y el mono de tabaco se le aferró al pecho, convertido de pronto en King Kong trepando por su esternón.

—Un terrorista con dinero en metálico para hacer pagos.

No, él ya no era policía. La resistencia a lo que estaba haciendo, investigar, tratar de cazar malos, regresó con el mono. No, no quería volver a todo eso. Lo había dejado hacía ya más de diez años. Sin capturar a su fijación. Sin querer mirar atrás. Cansado. Decepcionado. Nunca había estado seguro de qué palabra ponerle a su abandono. Solo. Sí. Esa no era mala. Lo había dejado porque se sentía solo. Porque todos se habían ido. Uno tras otro. Hasta su fijación. Le habían dejado solo. Y él seguía en el mismo sitio y llegó un día en que se miró a sí mismo y ya no supo cuál era la respuesta a la pregunta de por qué aún seguía allí. Y ese día se marchó. O quizá no. Maldita sea, quizá se creía que se había ido, pero estaba equivocado y aún seguía en el mismo sitio. Exactamente en el mismo sitio de siempre. Solo. Joder, habría matado por un cigarro.

—Ha venido a cometer un atentado.

Ambos sabían que su juego de Sherlock y Watson terminaba en ese punto incluso antes de haberlo comenzado. Pero el método exigía formular una última conclusión. Una formulación simple y sencilla.

Una formulación aterradora.

Harri descorchó la tercera botella de chacolí y llenó una vez más los dos vasos. Cortó un trozo del queso Roncal y se lo comió de un bocado y después vació el vaso de un solo trago. Gabo se apresuró a rellenárselo. Harri estaba ya lo suficientemente borracho como para no darse cuenta de que hacía rato que Gabo no bebía al mismo ritmo que él.

Estaban en la azotea del hotel. Era una noche templada y despejada. Les llegaba la luz de algunas ventanas de los edificios cercanos y el pálido brillo de un cielo estrellado sin luna. Habían subido un par de sillas y una mesita de la cafetería con el permiso del recepcionista, dos platos y un cuchillo que les habían dado en la cocina y, para animar la velada, una caja de botellas de chacolí, un queso de Idiazábal y otro de Roncal y unas crujientes hogazas de pan. Harri había comprado la comida y la bebida esa misma tarde en una pequeña tienda de comestibles cercana propiedad de un vasco viejo, según le dijo a Gabo.

Ya se habían bebido dos botellas y se habían comido la mitad de ambos quesos y cuando Harri vació el vaso recién rellenado por Gabo e intentó volver a llenarlo se le derramó parte fuera porque el pulso empezaba a perder firmeza, igual que su voz. Pero eso no le impidió seguir hablando sin parar. El chacolí y los quesos de la tierra le soltaban la lengua, le ponían sentimental y filósofo y le llevaban de vuelta a un lugar muy lejano y muy antiguo que le enfermaba de añoranza.

Una vez que hubo logrado escanciar parte del vino dentro del vaso, levantó este, elevó su mirada vidriosa al cielo y le ofreció un brindis a las estrellas. Habló con la voz espesada por el vino y los recuerdos.

—La madre de mi padre, mi abuela navarra, solía contarme cuentos. La mayoría eran aterradores. La abuela me hablaba de dragones, de brujas, de ninfas, de almas en pena, de monstruos peludos, de princesas ambiciosas y de reyes crueles, de perros poseídos y de gatos diabólicos, de diablos vengativos, de guerreros sanguinarios y de guardianes de tesoros que vivían en lo más profundo de los bosques... Yo disfrutaba escuchándola tanto como me moría de miedo. Lo que más me asustaba era que todos aquellos seres no vivían en lugares lejanos ni en mundos imaginarios. Lo más terrorífico era que sus historias transcurrían muy cerca de nosotros, en nuestra propia tierra vasca, en Amezketta y en Ezkurra, en

la sierra de Aralar y en el monte de Berastegi, en la cueva de Baltzola y en los caseríos de Bedaio. Y mi abuela aseguraba que ni siquiera eran cuentos. Según ella, eran historias reales que habían ocurrido hacía mucho mucho tiempo. Mi infancia estuvo poblada por personajes tan inquietantes como la bruja Tontorgorri, la diosa Mari, el cura y cazador errante Mateo Txistu, Gaueko el señor de la noche o el toro rojo Zezengorri, que era capaz de echar fuego por la nariz y la boca. Y no podías evitar pensar que, si una vez existieron, nadie podía asegurar que no existiesen aún o, al menos, que no fueran a volver a unas tierras por las que ya habían campado a sus anchas antes.

»Cuando yo no tenía más de seis años, la amona me dejaba elegir la historia que nos iba a contar a mi hermano y a mí. Sabía que yo no elegiría ninguna que incluyera hechizos ni muertes ni desapariciones ni nada de sombras entrando en las casas y los establos por la noche o brujas lanzando maleficios y conjuros sobre desvalidos campesinos. Aún era blando como una niña. Me sentía más protegido con algún cuento más sensible, que no reapareciera en mis sueños por la noche. El de la lamia y el pastor. Ese fue mi primer cuento favorito de la abuela. Ella me preguntaba: ¿qué historia quieres que te cuente hoy? Y lo hacía conteniendo la risa, porque en realidad ya sabía de antemano cuál le iba a pedir. Y mi hermano, que a pesar de ser más pequeño era más valiente, o tal vez más inconsciente, protestaba: “No, no —le decía a la amona buscando hacerme rabiar—, yo prefiero el de Marriurika, la hija menor del rey que, con la ayuda de una criada, despeñó en Anboto a su hermano mayor para quedarse la corona”. Él sabía que a mí me enfadaba aquel cuento en el que el hermano mayor moría como un idiota, así que yo le respondía: “No olvides que a Marriurika se la llevaron los ximelgorris, unos diablos que bajaron por la chimenea del palacio para atraparla, y acabó convertida para toda la eternidad en una lengua de fuego que cruza cada noche el cielo desde el Anboto al Oiz y que aún puede verse cuando llega la luna llena”. Yo era el mayor, yo mandaba, así que la abuela fingía dudar, pero casi siempre accedía a contar otra vez el sentimentalón y nada terrible cuento de la lamia y el pastor.

»¿Sabes lo que es una lamia? Es algo parecido a una sirena, pero no vive en el mar, sino en los ríos y lagos vascos. En lugar de piernas, las lamias tienen patas de diferentes animales, como pavos o gallinas. Son los seres más hermosos que nadie pueda imaginar. Dulces y candorosas, solo se enfadan si se les roba el peine de oro con el que peinan sus largas y doradas melenas y su única limitación es que no pueden entrar en lugares consagrados ¿Cómo no iba a enamorarse de un ser tan bello un pobre pastor que se encontró con una lamia

cuando llevaba a sus vacas a abreviar al río? La lamia y el pastor se amaban como nadie antes se había amado, aseguraba mi abuela, a la que aquel cuento le humedecía los ojos aunque lo hubiese contado ya cientos de veces. Pero, como buena historia de amor, su final debía ser trágico.

»Eso es lo que hizo que, a medida que fui creciendo, acabase odiando las historias de amor. En ellas, los hombres acaban comportándose siempre como unos idiotas, débiles y sin carácter, incapaces de afrontar las situaciones con firmeza y de actuar con decisión. El pastor, como mandaban los cánones de la época, quiso casarse con su amada. Pero no pudo. La lamia no podía entrar en una iglesia y solo dentro de la iglesia estaba permitido celebrar el matrimonio. Los amantes no podían casarse. Y eso le causó una tristeza tan profunda a aquel buen pastor, temeroso de Dios y de los hombres, que acabó consumido de pena y muriendo de amor. Y, cuando la lamia supo que su amado pastor había muerto, acudió rauda a su caserío a amortajarle con una sábana de oro y encabezó el cortejo fúnebre hasta el cementerio. Pero este era también lugar consagrado y por tanto ella no podía entrar. La desconsolada lamia se marchó y nunca nadie volvió a verla jamás. Pero fue tanto su llanto que las lágrimas acabaron convirtiéndose en manantial de un riachuelo que bajaba de los montes hasta tocar los muros del cementerio donde el pastor fue enterrado sin que ella pudiera darle su último adiós. Una cursilada de historia, ¿verdad? Pero con esa, al menos, no me moría de miedo. Creo que estuve tan enamorado de aquella lamia como el mismo pastor. Pero, en cuanto crecí un poco, no quise escuchar ese cuento nunca más. El amor te vuelve demasiado vulnerable, ¿no crees?

Solo tenía veinticinco años. Casi una niña. Y cuando la conoció llevaba ya algunos meses infiltrada en la banda. Solo pensarlo daba escalofríos. Aldama había sido el cerebro de aquella nueva estrategia. Infiltrar jóvenes en la banda y su entorno. Escogía a chicos y chicas recién llegados a la Escuela de la calle Miguel Ángel. Voluntarios con la cabeza bien amueblada. Tenían que pasar por pruebas que confirmaran su equilibrio mental y emocional. No se admitía a cualquiera. Sobre todo, nada de héroes temerarios. A los elegidos los sacaban de la Escuela y pasaban a formar parte de un programa secreto. Como en una película de espías: su identidad, su pasado y su futuro desaparecían. Se los convertía en otras personas. Cambiaban su forma de vestir, su corte de pelo, hasta la manera de hablar. Les inventaban una biografía. Reaparecían como camareros en tabernas de barrios o pueblos muy abertzales o como estudiantes de Políticas en la UPV o como jóvenes concienciados que se ofrecían para colaborar en asociaciones radicales repartiendo octavillas y pegando carteles.

Aspirantes a malos. Era una labor lenta y de resultado siempre incierto. Empezaban por frecuentar determinados ambientes. Bares, manifiestas, asambleas, en los que ir conociendo a la gente adecuada. Haciendo amigos. Se recomendaba echarse un novio o una novia que interesase. Orientado a un único objetivo. Introducirse. Despacio, sin levantar sospechas, que aquel era un mundo lleno de desconfianza. Pocos lo conseguían. Eran detectados o simplemente no acababan de conocer a las personas adecuadas o se hundían y caían en depresión o les podía la presión o simplemente renunciaban porque se arrepentían. Entonces los retiraban del programa y regresaban a su vida anterior y a su futuro previsto.

Pero otros, los menos, lo lograban. Conseguían conectar con el entramado de la banda. Algunos, menos aún, llegaron a entrar como miembros. Esos seguían el proceso de todo novato. Cruzaban a Francia para recibir instrucción, les asignaban sus primeras tareas y objetivos, y ellos procuraban colaborar en acciones que no causasen daños directos a nadie: seguimientos, labores de información, correos, taldes de apoyo, robos de vehículos, delitos menores. Se establecían en Francia, compartiendo vivienda con otros malos principiantes como ellos, o les pedían que esperasen, listos para incorporarse a un comando, en territorio español. Obedecían y aprendían. En realidad, observaban y vigilaban. Seguían haciendo amistades. Y, huelga decirlo, si era necesario, follaban con quien tuviesen que follar. Hacer lo que hiciese falta. Esa era la máxima para los infiltrados.

Marina fue uno de esos infiltrados. La mejor. Durante veinticuatro horas al día, siete días a la semana, vivía y actuaba como si fuese una más de la banda. Estaba instalada en San Juan de Luz, donde compartía vivienda con otros cuatro aprendices de terroristas. Solo una vez cada dos o tres semanas se tomaba un respiro. Alegaba el deseo de ver a la familia, aprovechando que aún podía moverse con libertad, que era legal y no la tenían fichada. Se aseguraba de que nadie la seguía, cogía un autobús, se iba a Perpiñán y se alojaba siempre en el mismo discreto hotel. Y allí se veía con Gabo.

Cada infiltrado tenía un contacto asignado. Solo uno. Ese era su único vínculo con el mundo que habían dejado atrás. Y a quien el infiltrado le pasaba cualquier información. Por teléfono, normalmente. Pero una o dos veces al mes acordaban una cita. Para tener una sesión de trabajo más reposada. Y para desahogo del infiltrado, para que recordara que no estaba solo, para que pudiera ser él mismo durante unas horas. Ese era todo su alivio, su única válvula de escape. Los infiltrados requerían una tremenda fortaleza mental. Para seguir. Para aguantar.

Para cumplir con la máxima y hacer todo lo que fuera necesario. Para superar temores, remordimientos, escrúpulos o angustias. Para no volverse locos.

Marina tenía esa fortaleza. Desde sus primeros encuentros impresionó a Gabo. Nunca dijo tener ni miedo ni dudas. Veinticinco años. Aspecto de falsa fragilidad, cara aniñada, cuerpo delgado, sonrisa inocente, mirada con chispa. Vivía entre asesinos con la misma naturalidad con la que un domador camina entre las fieras. Confiaban en ella. Se había convertido con rapidez en una experta en armas y explosivos. Un acierto. No tenía que participar directamente en ninguna acción. Se encargaba de gestionar los zulos donde se escondían las armas, de asegurar el aprovisionamiento, del mantenimiento y el almacenaje. Eso le daba acceso a una información esencial. Y aunque no vivieran bajo el mismo techo, era la compañera de uno de los malos que más mandaban en aquel momento. Compañera. Un eufemismo. Era mejor no pensar en eso. Era imposible no pensar en eso.

Fue Aldama el que le pidió a Gabo que fuera el contacto de Marina. Aquella era una labor para policías con experiencia y entereza. Y él necesitaba hacer algo nuevo. Pazos acababa de ser defenestrado de la Brigada. El Comando Madrid seguía sin caer. Le vendría bien asumir nuevas tareas, le dijo Aldama. Solo le faltó volver a decirle aquella memez de que necesitaba oxigenarse. Gabo aceptó, por obediencia, pero también por curiosidad.

Comenzó a ir a Perpiñán a encontrarse con Marina. En los primeros encuentros no se salían lo más mínimo de la relación profesional. Repasaban información sobre lugares y personas, contrastaban datos, trataban de definir hilos novedosos de investigación. Gabo le preguntaba si necesitaba algo. Marina nunca pidió nada. Gabo le preguntaba si estaba bien. Marina siempre contestó que sí. Lo que Gabo sabía de ella se lo habían contado en la Brigada. Huérfana. Padre y madre fallecidos jóvenes. Había crecido con los abuelos maternos. Sin ataduras. En las entrevistas había dicho que estaba dispuesta a infiltrarse porque no quería pasar por la vida sin llevar a cabo algo que mereciese la pena. Eso le bastaba para justificar su vocación y su valentía.

La música fue lo que inició entre ellos una relación más personal. En un receso de una de sus sesiones de trabajo en la habitación del hotel, Marina escuchó a Gabo tarareando una balada del grupo America. Se echó a reír. Le dijo que tenía que plantearse ir renovando sus gustos musicales. Él la miró con cierto desdén. ¿Qué sabes tú de música?, la retó. Un error. Marina lo sabía todo. Literalmente.

Podías preguntarle cualquier cosa sobre música española o extranjera de las tres últimas décadas que sabría la respuesta. Y empezaron a dedicar casi el mismo tiempo a hablar de música como de la banda. ¿De verdad seguía escuchando a aquellos grupos trasnochados de los 70? Por Dios, estaban en el 84. De acuerdo, si no estaba por la labor de disfrutar de la Movida madrileña, al menos debía actualizar sus preferencias de rockero clásico. Marina le descubrió a Springsteen. Le regaló el disco de Born to run en uno de sus encuentros y el de The river en el siguiente. Thunder road se acabó convirtiendo en algo así como su canción antes de que hubiera nada entre ellos. ¿Cómo había podido vivir hasta entonces sin conocer a Bruce?, se burlaba ella. De pronto, Gabo se dio cuenta de que contaba los días que faltaban hasta volver a verla. Y entonces comprendió, maldita sea, eso iba a complicarlo todo, que se había enamorado.

A partir de entonces, aquellos fines de semana en Perpiñán se convirtieron en todo su mundo. Nada existía más allá de sus encuentros con Marina. Los interrogatorios, las investigaciones en marcha, las subidas a San Sebastián para supervisar operativos, las noches de whiskies con Toni, el Dandy y el resto de los compañeros de la Brigada, nada tenía valor alguno, salvo los viernes en que cogía su coche antes de amanecer y a media tarde llegaba al hotel de Perpiñán y el recepcionista le saludaba con profesional complicidad, convencido de que aquel español con aspecto de adúltero reincidente y la amable, pero a todas luces facilona, chica de veintitantos eran amantes clandestinos. Y ella llegaba un rato después desde la estación de autobuses y se encontraban en la habitación de él y la mayoría de las veces pedían que les subieran dos bocadillos y dos Coca-Colas o dos botellines de agua, nunca nada con alcohol porque Marina era abstemia, y ella decía: ¿qué?, ¿trabajamos un poco?, y él se moría por rozarla, por olerla, por cogerle la mano, por abrazarla, por besarla. Hasta aquella noche en que se le fue la cabeza.

Eran ya las dos y habían estado repasando un taco de fichas policiales, tratando de ubicar a malos desaparecidos. Se acercó a ella y pensó: a la mierda con todo y que sea lo que Dios quiera. Le plantó un beso asustado en los labios y ella puso cara de incredulidad, y él pensó que igual le soltaba un tortazo, pero su respuesta fue el beso más largo, más cálido, más lleno de ganas que recibiría en su vida. Y acabaron la noche, aquella y otras muchas, haciendo el amor con una pasión llena de ternura o, tal vez, qué más da, con una ternura llena de pasión.

Dos años. Eso duró su historia. Dos años de amor y de separaciones y de angustia y de sexo y de música de Springsteen y de miedo y de esperas y de

preguntas nunca hechas y de éxitos policiales y de reencuentros apasionados y despedidas desgarradoras y de escuchar miles de veces Thunder road y de lagrimear con The river y de hacer como los personajes de la canción, hacer como que no te importa. Fingir. Que no la amas con locura, que no te destroza que ella se vaya. A vivir con los malos, a jugarse el pellejo cada segundo del día, a dormir con sabe Dios quién. Hacer como que no te importa. Saber que la utilizas, mandarla a los leones. Dos años de amor secreto y egoísta y culpable, cuánto agota el amor culpable. Dos años de una felicidad única y loca que nunca antes ni nunca después volvería a sentir.

Aldama se enteró. Nunca le dijo cómo lo supo. Tal vez se lo notara. Aunque debería, no voy a retirarte del asunto, le dijo. Le puso dos condiciones para seguir siendo el contacto de Marina. Lo vuestro no puede interferir en el trabajo. Dicho de otro modo: hay que seguir utilizándola. Porque Marina era cada vez más útil. Los malos confiaban en ella. Por vez primera, en la Brigada empezaban a concebir esperanzas tras años de frustración. Quizá, por fin, tras tanta sangre derramada, tras años de impotencia, había una posibilidad, el maldito Comando Madrid podía caer. La segunda condición. Antes o después, Marina tendría que salir. Ningún infiltrado había durado tanto. También ella acabaría levantando sospechas. Y cuando salga, debes ayudarla a recuperar su vida, le pidió Aldama. Gabo no le entendió. Aún no estaba preparado para entenderle.

Levantar sospechas. Ese era el mayor riesgo de un infiltrado. Los miembros de la banda se vigilaban entre sí. Vigilaban que no hubiese chivatos, confidentes, delatores. Ni infiltrados. De pronto, alguien te hacía una pregunta: Oye, ¿tú de qué pueblo decías que eras? Y entraba el miedo. ¿Y si iban al pueblo y preguntaban por la chica de cara dulce y mirada con chispa que había crecido allí y nadie tenía ni idea de quién era? La duda estaba siempre ahí. La duda de si al minuto siguiente alguien te pondría una pistola en la frente y lo último que oirías antes de morir sería «txakurra hija de puta».

No, le decía Gabo, no pienses en eso. Y la comía a besos y la abrazaba fuerte, escondidos en ese mundo breve y diminuto que se habían construido en la habitación del hotel de Perpiñán. Un día pasearemos juntos, le decía ella, fuera de aquí, por algún parque en que a los dos nos dé el mismo aire en la cara y no importe que nos vean juntos. Y en momentos así, Gabo se portaba como un idiota. Dime, ¿con quién paseas tú ahora?, le preguntaba. Incumplía la regla. Haz como que no te importa. Mierda de celos. Y solo entonces la mirada de ella se apagaba. Eso no es justo, le contestaba. Y él volvía a comérsela a besos y a

abrazos, esta vez buscando su perdón.

Solo una vez, una noche, se lo dijo. Habían hecho el amor y se suponía que ambos dormían ya. La habitación estaba a oscuras. Gabo estaba despierto. Creyó que ella no. Podía oírla respirar. Y de pronto, la voz de Marina, queda, tranquila, voz de niña asustada, sonó en la oscuridad:

—Si tú me lo pides, lo deajo.

Tal vez, a lo largo de aquellos dos años, fue ese el único instante, aislado y fugaz, en que tuvieron una oportunidad de futuro.

Pero Gabo no contestó.

—Desde que los conocí, siendo aún un niño, quise ser uno de ellos. Los jentilak, los gentiles, eran unos incomprensidos. A mí me parecían unos seres atractivos, enigmáticos, solitarios e injustamente perseguidos. Habían sido los pobladores originarios de las tierras vascas, hasta que llegaron los cristianos, las supuestas gentes de bien, y los persiguieron, los obligaron a vivir escondidos en los bosques. Solo porque no se adaptaban a sus reglas y costumbres. Pero los gentiles no eran malos. Eran gigantes, forzudos y libres. Aparecían en muchas historias de la amona. Historias contradictorias. En unas, los gentiles resultaban ser villanos que fastidiaban a los cristianos como niños gamberros: deshacían cada noche los muros de las iglesias que los cristianos construían durante el día, o se enfrentaban en duelo al más fortachón del pueblo y le tumbaban sin apenas esfuerzo, o se colaban en los establos para beber la leche de las vacas sin siquiera ordeñarlas, levantándoles las patas y vaciando directamente con la boca sus ubres. Nada demasiado grave. Pero había muchas otras historias en que los gentiles solo buscaban ayudar. Derrotaban a perros gigantes y endemoniados que atemorizaban a una población, o usaban su fuerza para construir en un solo día un puente que los humanos habrían tardado meses en levantar, o convertían en astillas con sus propias manos laderas enteras de árboles para que los humanos ateridos pudieran usarlas como leña en los inviernos muy fríos. Pero, a pesar de ello, los cristianos les tenían prohibido cruzar los umbrales de las casas. Los gentiles tuvieron que vivir siempre huyendo y escondidos. Y acabaron por exterminarlos hasta que quedó solo uno, el Olentzero, que regresa en fiestas para darles regalos a los niños. Yo debía ser un niño raro, porque sentía afecto por aquellos gigantones en los que no veía a unos forzudos sin seso, sino a unos defensores de su tierra injustamente diezmados. La amona me miraba con cara

rara cuando le decía que no me importaría crecer tanto como para convertirme en uno de ellos. Yo, de mayor, quería ser un gentil.

Fue Marina quien proporcionó el hilo definitivo. Se lo dijo a Gabo por teléfono. Le dio un nombre y una dirección: una mujer llamada Ainhoa Irriarte y un chalé en Valdemorillo.

Era el otoño de 1986. Durante los meses anteriores el Comando Madrid había estado especialmente activo. En septiembre del año anterior habían hecho explotar un coche bomba al paso de un furgón de la Guardia Civil en la plaza de República Argentina. No murió ningún guardia, pero habían matado a un ciudadano estadounidense que pasaba por allí haciendo footing. En abril, cinco guardias civiles morían en la calle Juan Bravo en el primer atentado con amonal que cometía la banda. En julio caían nueve guardias en otra explosión en la plaza de la República Dominicana. Habían transcurrido ya cuatro años desde que en la Brigada Central de Información se creara el grupo destinado en exclusiva a su captura. Sin éxito. Pazos, su responsable, había sido cesado por el nuevo comisario jefe de la Brigada, Sixto Aldama. Gabo había formado parte del grupo durante aquellos cuatro años. Gabo y Marina vivían ya su historia de amor. Y ella le aportó la pista que permitió capturar al Comando Madrid.

El grupo llevaba siguiendo durante todos aquellos años una serie de rutinas de investigación. Peinaban la ciudad con una meticulosidad de cirujanos. Barrio a barrio. Revisaban contratos de alquiler, buzones, matrículas, huéspedes, viajeros, interminables listados de carnés de identidad. También indagaban la identidad de cualquier persona proveniente del País Vasco que se empadronara en los pueblos de la sierra de Madrid. Ainhoa Irriarte había sido una de esas personas y, cuando la chequearon, no detectaron nada especial. Era una profesora de EGB de cuarenta y cinco años, recién divorciada y con dos hijas, que acababa de mudarse desde Amurrio a Valdemorillo, donde había conseguido un puesto como profesora de Lengua en un colegio privado. Nada reseñable. Solo cuando Marina le dio su nombre a Gabo y este profundizó un poco más, surgió un detalle que no cuadraba. Su chalé no era alquilado, sino comprado. Y había hecho el pago a tocateja. Sin pedir siquiera una hipoteca. En relación con el entorno económico del que provenía, aquel chalé resultaba demasiado caro para haberlo comprado sin necesidad de crédito, por muy ahorradora que hubiese sido la profesora. Eso no la convertía en una delincuente, pero las cuentas no salían.

Gabo montó su seguimiento. Y no tardó en descubrir otras cosas peculiares en la

vida de aquella mujer. Una vez cada quince días dejaba a las dos niñas al cuidado de una asistenta del pueblo y regresaba al Norte, donde permanecía un par de días, se suponía que para ver a sus padres. Una buena hija. Jamás fallaba en su visita quincenal. Su regularidad era llamativa, pero no tendría que haber sido sospechosa si no fuese porque, invariablemente, a la mañana siguiente de haber regresado del viaje, después de dejar a las niñas en el colegio, Ainhoa se acercaba a un bar de Valdemorillo y se encontraba allí con dos hombres. Se tomaban un café, siempre en la misma mesa del fondo, y salían por separado. Cuando vieron a aquellos dos mismos tipos yendo a cenar al chalé de Ainhoa, los agentes que se ocupaban esa noche del seguimiento decidieron ir tras ellos.

A veces las cosas eran así. Pasabas años en dique seco. Tirabas de un millón de hilos que quedaban en nada. Acumulabas fracasos y decepciones. Y, de pronto, todo se aceleraba con pasmosa facilidad. Gabo y sus compañeros lograron identificar a aquellos dos tipos. Eran dos de los terroristas más buscados desde hacía años. Seguirlos los llevó hasta un piso en Ventas. Habían comprobado su alquiler en su día, pero no había saltado ninguna alarma. Pusieron una vigilancia al piso. Allí vivían otras cuatro personas, tres mujeres y un hombre más. Todos estaban fichados. No tuvieron ninguna duda. Aquellas seis personas, todas ellas con un flamante historial de acciones terroristas, constituían el Comando Madrid.

La vigilancia de los seis terroristas se prolongó durante dos meses. Aldama puso a Gabo al frente del operativo. Por fin, la tarde del 16 de enero de 1987, los acontecimientos se precipitaron. Cuatro miembros del comando se dirigieron en un coche al área de servicio de una gasolinera de la carretera de Barcelona. Antes, los policías que estaban siguiéndolos habían informado a Gabo que los cuatro habían entrado a pie en un garaje cercano al piso de Ventas y que habían salido en coche. Aquello era nuevo. Cualquier cambio de las rutinas resultaba siempre inquietante. Lo suficiente como para que Gabo pusiese en alerta a todo su equipo. Los policías se repartieron por parejas en varios coches, todos listos para seguir al de los malos. Gabo y el Dandy se unieron a ellos.

El coche de los terroristas empezó a dar vueltas y a pasar varias veces por el mismo sitio. Los agentes que iban tras ellos informaron a Gabo a través del pocket.

—Se han perdido —opinó el Dandy.

—O sospechan que los estamos siguiendo —le replicó Gabo, que conducía tenso—. O van camino de algo importante y quieren asegurarse de que no llevan detrás a nadie.

El Dandy dio instrucciones a través del pocket para que los coches se fueran dando el relevo con frecuencia. No podían arriesgarse a que los malos los detectaran.

Anocheecía ya cuando el coche de los terroristas entró en el área de servicio de la gasolinera. Los cuatro ocupantes bajaron del vehículo y entraron en la cafetería. Los coches de los policías, incluido el de Gabo y el Dandy, fueron llegando también a la gasolinera y distribuyéndose por las zonas más discretas y menos iluminadas del amplio aparcamiento.

Pasó una hora y media. Demasiado tiempo para tomar un café, comentó el Dandy. Gabo mostraba la calma habitual en él. Contenía la impaciencia de sus compañeros, que preguntaban cada dos por tres a través del pocket qué demonios estaba ocurriendo. La espera se hacía eterna. No tenían a nadie dentro de la cafetería. Iba ya para dos horas cuando Gabo decidió actuar.

Ordenó a uno de sus hombres que se acercase con un coche hasta la zona de los surtidores, justo enfrente de los ventanales de la cafetería, que aparcase haciéndose muy visible, dando naturalidad a todos sus movimientos, y que entrase a echar un vistazo. Era un policía joven, vestido con una camiseta con el logo de la banda de rock Ramones. Una camiseta llamativa. Fácil de recordar. Ese fue el estúpido error. Aquel policía había estado vigilando la entrada del garaje de Ventas. De hecho, cuando los malos salieron en el coche, él estaba en la acera de enfrente fumando un cigarrillo. Y uno de los malos se había fijado en su camiseta porque tenía una igual. La misma camiseta que el mismo malo vio ahora en aquel hombre que aparcaba frente al ventanal y se dirigía a la cafetería. Demasiada casualidad.

Al policía le bastó cruzar una fugaz mirada con el malo para percibir su nerviosismo. Se fue directo al servicio de caballeros, entró en uno de los cubículos de los retretes y contactó a través del pocket con Gabo.

—Me han mordido —susurró.

A la vez que lo escuchaba, Gabo ya estaba viendo a los cuatro terroristas saliendo de la cafetería. Se largaban. Pero no fueron hacia su coche. Uno de los

hombres y la mujer rodearon el edificio. Los otros dos hombres echaron a andar por el aparcamiento. Sin prisas. Sin rumbo. Echando vistazos a un lado y a otro.

Gabo se llevó la mano al costado del que colgaba su arma reglamentaria dentro de una sobaquera. Ni el Dandy ni él dijeron nada. Solo esperaron, observando a aquellos dos terroristas. Si la cosa se ponía fea, su única decisión posible sería elegir el momento en que sacar sus armas y dispararles antes de que lo hicieran ellos. Los segundos transcurrieron con infinita lentitud.

Hasta que los dos terroristas giraron y caminaron hacia su coche cuando estaban ya a menos de cinco metros de ellos.

—Estoy a punto de vomitar —dijo en voz muy baja el Dandy.

Gabo volvió a escuchar, como martillazos, los latidos de su corazón, que hasta entonces parecía haberse detenido.

Tras revisar el área de descanso sin dar muestras de haber detectado ninguno de los coches con polis dentro que había aparcados en diferentes lugares, los cuatro terroristas subieron por fin a su propio coche y se marcharon de la gasolinera. Gabo y el Dandy se encargaron de ir tras ellos, a la vez que ordenaban por el pocket a los demás que se mantuvieran cerca por si tenían que darles el relevo.

Cuando el coche de los terroristas llegaba al puente de Ventas, se echó a un lado con brusquedad y se detuvo. Gabo tuvo que dar un frenazo y se pegó también a la acera, a apenas cinco o seis metros de distancia. El conductor de otro coche que, sorprendido por su frenazo, estuvo a punto de golpearle por detrás protestó haciendo sonar varias veces su bocina, lo que atrajo la atención de quienes caminaban por la acera. Del vehículo de los malos se bajó el que ocupaba el asiento del copiloto y, aunque fingió ir a comprobar si había pinchado una rueda de atrás, resultó evidente que controlaba el lugar del que provenían los bocinazos.

Aquel comportamiento no dejaba lugar a dudas.

Gabo soltó toda una serie de tacos en cadena y le dio un puñetazo al volante.

Había dos opciones. O los malos ya los habían mordido, y seguir a alguien que sabe que es seguido se convierte en una tarea inútil. O los malos aún no lo sabían pero lo sospechaban, y en ese caso también era mejor suspender el seguimiento

para no descubrir que los tenían sometidos a vigilancia.

Gabo cogió el pocket y comunicó con todo su equipo.

—Los dejamos ir —anunció.

Se hizo un silencio en el comunicador. El Dandy, a su lado, cerró los ojos y suspiró.

Gabo y el Dandy mantuvieron las miradas fijas en el terrorista que se había bajado del coche hasta que volvió a subirse. El coche con sus cuatro ocupantes arrancó y se perdió en el tráfico.

No cruzaron ni una sola palabra. No era necesario poner palabras a la rabia que compartían.

Conducían de vuelta a la Brigada cuando la comunicación del pocket de Gabo se abrió con un zumbido de estática. Una voz femenina se identificó. Era una policía de su equipo. Se ponía en contacto desde el único coche que habían dejado vigilando el portal del piso en que se alojaba el comando. El mensaje fue conciso:

—Los cuatro han llegado.

Gabo y el Dandy se miraron con incredulidad. Apenas un minuto después, la voz volvió a sonar:

—Confirmado. Los seis dentro.

Los cuatro terroristas habían regresado a su casa. Después de todas las precauciones que habían estado tomando a lo largo de aquella noche, no habían imaginado que el piso pudiera estar vigilado.

Quizá nunca volviesen a tenerlos a los seis juntos. Había que tomar una decisión. Rápido.

—Entramos —dijo Gabo a través del pocket a la vez que pisaba el acelerador.

A las tres de la madrugada los geos asaltaron aquel piso de Ventas. Y detuvieron a los seis miembros que integraban el Comando Madrid. En los interrogatorios

explicaron que habían ido a la gasolinera de la carretera de Barcelona para recibir un cargamento de explosivos que debían traerles en un camión, al que las nieves y unas carreteras cortadas impidieron llegar, según les informaron tras aquella larga espera en la cafetería. Contaron también que habían reconocido al policía por la camiseta y que no se dieron a la fuga, sino que volvieron al piso de Ventas porque estaban convencidos de que seguía siendo franco.

Ainhoa Irriarte también fue detenida esa misma noche. Confesó que el dinero para la compra del chalé se lo había proporcionado la banda a cambio de hacer de correo entre el comando y los jefes de Francia. Su padre y su exmarido, ambos convencidos votantes de derechas, jamás habían sospechado siquiera que ella llevara colaborando con la banda desde su juventud.

El Comando Madrid, el que más muertes había causado en la historia de la banda, había caído al fin.

Antes del amanecer, Gabo hizo una llamada y recibió otra. Despertó a Toni Pazos para anunciarle que el comando a cuya persecución había dedicado los últimos años de su vida era ya pasado. Pazos colgó sin decir una sola palabra. Media hora después, Gabo recibió una llamada de Marina, que le llamaba, como siempre, desde una cabina.

—Gracias —fue todo lo que él le dijo.

Al otro lado de la línea, Marina rio con su risa de niña feliz y, con un tono entre burlón y coqueto, le contestó:

—Vas a convertirte en toda una leyenda.

—Las leyendas son siempre tramposas. Al final, ¿cómo se decide quién es el héroe y quién es el villano? Todo va a depender siempre de la voz que nos narre la historia. ¿Acaso es menos cruel que el dragón el caballero que lo mata? ¿No desea la bella princesa el mismo trono que la bruja malvada? ¿Seguro que fue en su día más magnánimo el rey ahora viejo y bondadoso que el joven príncipe traidor? Toda historia, real o imaginaria, acepta ser revisada desde una perspectiva diferente en que los roles de buenos y malos son intercambiables. ¿Cuál es la verdadera distancia entre la violencia del tirano y la del héroe popular que le derroca para acabar ocupando su lugar? ¿Hay de verdad intereses diferentes en la maldad del colonizador y en la nobleza del libertador, entre el que ocupa la tierra con promesas de una nueva prosperidad para acabar

enriqueciéndose a costa de ella y el que la asola para luego abandonarla, cuando ambos lo hacen apelando a la justicia divina, un derecho histórico, la venganza, el castigo o la libertad? ¿Cuál es la diferencia tangible entre liderazgo y opresión, entre manipulación de masas y búsqueda del bien común, entre invasión y revolución?

»La única diferencia está en quién es la voz que nos cuenta la historia. ¿No es todo lo mismo? ¿No está detrás de todo ello el ansia de poder, la soberbia de quien cree ser mejor que los demás, la ambición personal, el espíritu de revancha, la locura del iluminado, la vanidad insaciable o hasta la pueril ingenuidad del que se cree más bondadoso, más inteligente, más cargado de razón, más legitimado por la historia o más deseado por la masa que su oponente? Cojamos todos los argumentos que a lo largo de los siglos se nos han ofrecido para justificar los actos de héroes y de villanos: el mal menor, el fin justifica los medios, lo hace por nuestro bien, el daño colateral... Da igual, son todos intercambiables. Tan solo unos suenan mejor que otros. O elige cualquier personaje. ¿Qué defendía Marx con su lucha de clases, el progreso del proletariado o el caos social? ¿Por qué, por poner un ejemplo aún cercano, Hitler y Stalin son considerados terribles genocidas y en cambio suena descabellado decir que Churchill o Roosevelt, que ordenaron y celebraron masacres de inocentes en bombardeos indiscriminados o en sangrientas batallas, son también unos criminales deleznable? Porque vencieron y, por tanto, fueron ellos y los suyos quienes han construido y nos han transmitido la historia. La única diferencia entre el relato histórico y la leyenda es el tiempo transcurrido. Pero la manipulación de fondo es la misma. Ahí tienes al mismo Dios, sin ir más lejos. Nos expulsó del paraíso, nos envió plagas y diluvios universales, sometió a crueles pruebas a sus más fieles profetas, dejó que torturaran hasta la muerte a su propio hijo... Pero han sido los suyos quienes nos han contado su historia y por eso le tenemos por un dios de bondad y misericordia.

Gabo le había escuchado con expresión atenta. O, al menos, eso habría creído cualquier testigo de la escena. Y, cuando Harri calló, permaneció mirándole caviloso, incluso asintiendo levemente en un gesto casi reflejo de aquiescencia que se prolongó durante unos segundos hasta que al fin dijo:

—¿Sabes una cosa? Me importan una mierda tus leyendas.

Harri estaba demasiado borracho para atender a nada de lo que pudiera decirle.

—Todos necesitamos creer que somos uno de los buenos, porque pensamos que así nos será todo perdonado. Pero no es verdad. Buenos y malos, malos y buenos, todos acabamos cargando con el insoportable peso de nuestras culpas y nuestros pecados, que solo un buen relato podrá transformar en hazañas y victorias.

Gabo no le escuchaba en realidad, aunque pusiese cara de estar haciéndolo. Solo pensaba que ojalá se hubiese llevado la pistola que guardaba en el altillo del armario y con la que nunca, en toda su carrera policial, había disparado a nadie. Porque en aquel momento le habría encantado sacarla y pegarle un tiro allí mismo a Harri.

El 19 de junio de 1987, cinco meses después de la caída del Comando Madrid, la banda hacía explotar un coche bomba en el aparcamiento del Hipercor de la Meridiana, en Barcelona. Morían veintiuna personas y otros cientos de ellas resultaron heridas. Los telediarios, los periódicos, la cabeza y el corazón de todos los españoles se llenaron de imágenes de muerte, dolor y destrucción. La conmoción por aquella salvajada noqueó a toda la nación. También a los policías de la Brigada. Como otras veces, a la llegada de la noticia de la masacre a sus oficinas le siguió un silencio fúnebre y culpable que cayó como una lluvia emponzoñada sobre todos los despachos, sobre los rostros y los ojos cerrados para contener el llanto. Siempre era así. Como si cada muerte fuese acompañada de una acusación a cada uno de los miembros de la Brigada, un dedo señalándolos, la voz de un niño, la rabia de un padre, la soledad de una madre, todos ellos muertos, espectros diciéndoles que debían haberlo evitado, preguntándoles qué sería ahora de los suyos, reprochándoles que siempre llegaran tarde. Porque esa era la sensación tras cada nueva muerte. Daban igual todos los éxitos anteriores. Cada vez que alguien era asesinado, cada uno de los miembros de la Brigada sentía que iban demasiado lento, que una vez más llegaban tarde a salvar otra vida cercenada.

Gabo recibió una llamada de Marina dos días después del atentado. Los jefes de la banda estaban más paranoicos que nunca desde lo de Madrid, le contó. Desconfiaban de todo el mundo. Cada vez vigilaban más las comunicaciones. Teléfonos prohibidos, notas escritas prohibidas, incluso conversaciones entre camaradas prohibidas. Esta vez no tenía ningún nombre, como en el caso de Ainhoa Irriarte. Pero sí una dirección. Increíble. Solo dos días después y Marina ya tenía algo. Siento no haberla conseguido antes, le dijo a Gabo, podría haberlo evitado. A aquellas palabras les siguió un breve silencio en el que Gabo

sospechó que Marina lloraba al otro lado de la línea. Tienes que cogerlos, le dijo.

La dirección que le dio era la de un apartamento en Castelldefels. Aldama volvió a encargarle del operativo. La caída del Comando Madrid le había convertido en el poli de moda en la Brigada. ¿A qué sabe la fama?, le decían los compañeros para vacilarle. A Gabo le cabreaba aquel cachondeo. Le cabreaba que nadie pudiese saber que todo había sido mérito de Marina.

Justo encima del apartamento cuya dirección le pasó Marina vivía con extrema estrechez una modesta familia con seis hijos. Fue toda una sorpresa, que aceptaron sin hacer muchas preguntas, no fuera a fastidiarse el plan, cuando un par de señores vestidos de chaqueta y corbata se presentaron en su casa, se identificaron como inspectores de Policía y les comunicaron que el Gobierno de España los invitaba a pasar aquel verano en un magnífico chalé en Sitges con todos los gastos pagados a cambio de que les cedieran el uso de su vivienda. Unos días después, los padres, los seis hijos, la abuela, el perro, dos periquitos y todo su equipaje habían dejado el piso y Gabo y el Dandy llegaban de Madrid para instalarse en él.

Durante los quince primeros días, nadie dio señales de vida en el piso de abajo. Especialistas en Comunicaciones de la División de Información de Barcelona instalaron detectores de movimientos en las escaleras y en el rellano que los alertarían de cualquier novedad. Colocaron el receptor de la señal en el piso de Gabo y el Dandy y estos se alternaron entre la vigilancia del aparato y las idas a la playa. El Dandy no tardó en echarse una medio novia, una inglesa que pasaba allí el verano, así que Gabo le cedía algunos de sus turnos de playa y se pasaba las horas muertas a solas frente al aparato de radio, que permanecía muerto, devorando Ducados, escuchando a Springsteen y echando de menos a Marina.

Era ya mediados de agosto cuando una mañana a primera hora el receptor de los sensores de movimiento se activó por primera vez. Alguien había entrado en el piso. Gabo y el Dandy estaban tomando el primer café del día. Ambos dieron un brinco por la sorpresa. Aunque quien estuviese en el piso de abajo no podía escucharlos, de manera refleja ambos dejaron de hablar. Gabo indicó por señas al Dandy que bajase a vigilar el portal mientras él se abalanzaba a por los cascos para escuchar mejor. Unos minutos después, los sensores avisaron de que alguien atravesaba de nuevo el rellano para irse a la calle.

—Va hacia ti —le dijo al Dandy a través del pocket.

La única persona que salió del edificio fue una mujer, vestida con un bañador y una camiseta, con una toalla echada al hombro, gafas de sol y calzada con unas chanclas. El Dandy dudó de si sería su presa, pero aun así decidió seguirla.

La mujer pasó toda la mañana tomando el sol en la playa. Y el Dandy permaneció vigilándola a una moderada distancia. No le era posible identificarla. Las grandes gafas de sol la hacían irreconocible. Al mediodía, cuando la mujer regresó al edificio, los sensores volvieron a dar señales de vida.

Esa tarde la mujer salió de nuevo. Cogió un autobús a Barcelona. Gabo y el Dandy la siguieron. La mujer entró en un edificio de viviendas cercano al paseo de Gracia. Gabo pidió refuerzos. Se puso una vigilancia a aquel edificio.

Aquello se iba a repetir durante los días siguientes. La mujer, a la que no identificaron como ninguna terrorista fichada cuando pudieron verle bien la cara, se había instalado en el apartamento de Castelldefels para disfrutar de la playa. Pero todas las tardes iba a aquel mismo edificio de Barcelona, donde permanecía hasta que comenzaba a anochecer. Nunca la vieron salir de él con nadie. Ni siquiera sabían a qué piso iba exactamente. Pero, tras darle mil vueltas sobre posibles métodos para averiguarlo, todos ellos demasiado rebuscados, el Dandy lo solucionó.

Una tarde en que la mujer estaba dentro del edificio, el Dandy entró tras ella. Iba muy repeinado, con su habitual raya a un lado más marcada y más recta que nunca, y vestido de chaqueta y corbata, a pesar del asfixiante calor estival. Impecable. Más Cary Grant que nunca. Subieron juntos al ascensor. El Dandy le preguntó a qué piso iba, apretó el correspondiente botón y en cuanto el ascensor hubo arrancado desplegó su arrolladora sonrisa de estrella de Hollywood y le explicó a la mujer que era agente del Círculo de Lectores, que el verano era la mejor época para captar nuevos socios porque la gente leía más que nunca, e incluso hizo amago de sacarse del bolsillo interior de la chaqueta una cartera para entregarle su tarjeta a la mujer, pero ella le frenó diciéndole que no malgastase una tarjeta con ella, que no era demasiado aficionada a la lectura. Pues debería, señora, le replicó el Dandy sin que se debilitase su deslumbrante sonrisa. Leer nos hace mejores personas, dijo con el tono automático de quien tiene pinta de haber repetido aquel mismo eslogan un millón de veces.

La mujer se bajó en el segundo piso. El Dandy subió hasta el tercero. Esperó unos minutos en el descansillo y bajó por la escalera y empezó a llamar a las

cuatro puertas de la planta. La mujer le abrió la tercera. Oh, disculpe, le dijo el Dandy con su sonrisa de modelo de anuncio, usted ya me ha dicho que no en el ascensor, ¿verdad? Hubo de fingir que era quien había dicho ser con otros vecinos que también le abrieron sus puertas, por si la mujer sospechaba. Veinte minutos después, el Dandy se reunía con Gabo en una calle cercana. El piso que buscaban era el segundo C y el Círculo de Lectores tenía dos nuevos socios.

Detectaron a dos hombres que vivían en aquel piso. Ambos estaban fichados y fueron identificados con facilidad. Durante el resto del verano, Gabo, el Dandy y un equipo a su disposición estuvieron siguiéndolos por si los llevaban hasta alguien más. Pero no tenían más compañeros. Aquellos dos hombres y la mujer formaban el Comando Barcelona. Dos meses después de que cometieran aquella terrible matanza, Gabo dirigió al equipo que los detuvo. Confesaron que eran los autores del atentado en el primer interrogatorio con una imperturbable frialdad.

Aldama voló a Barcelona el mismo día en que los detuvieron. Cuando vio a Gabo, estaba tan eufórico que no pudo contenerse y le abrazó, cosa inédita en él. En tan solo seis meses, Gabo había desarticulado los Comandos Madrid y Barcelona. Nunca nadie había tenido semejante éxito. Gabo no respondió al abrazo. Todo había sido gracias a Marina y él lo único que deseaba, tras todo aquel verano sin verla, era ir a Perpiñán, a su habitación de hotel, y volver a empaparse de su olor y de sus besos.

Se iba. Se lo había dicho la tarde anterior durante una de sus partidas de billar. Había terminado los asuntos que le retenían en Madrid. Eso le dijo. ¿Y te ha ido todo bien?, le había preguntado Gabo aparentando más cortesía que interés. Mejor imposible, le había contestado él, ¿qué te parece si lo celebramos?

—Ya está bien de tanto billar —le dijo Harri, que parecía exultante de alegría—. No hemos hecho otra cosa durante semanas. Mañana es mi último día. Haremos algo diferente. Una despedida como Dios manda. Tú y yo. Y no, no te preocupes, no te pediré otra vez que me invites a esa casa tuya de la que tanto te avergüenzas. Yo me ocupo de todo. Lo haremos en mi hotel. Una cena con clase —se rio—, tú déjalo en mis manos.

Aquella misma tarde, en cuanto se separaron, Gabo llamó por teléfono a Estela y le dijo que necesitaba verla con urgencia. La citó en el bar de Dolores. Un error. Se dio cuenta en cuanto se sentaron en una de las mesas y le pidió a Dolores que les pusiera un par de cañas. Se las sirvió con mirada adusta, con movimientos

bruscos, con retranca. ¿Los señores querrán acompañar la cerveza con unas aceitunas? Mala idea. Llevaba tiempo sin pasarse por el bar al final del día, sin acabar la jornada con ella, sin seguirla a su casa. Y ahora reaparecía acompañado de otra mujer, por muy policia que fuera. Error muy masculino, muy de novato, de inconsciente, pensó al ver la actitud de Dolores. Y encima le hacía servirles. No se podía ser más torpe. Pero, a la vez que le incomodaba la actitud de Dolores, no pudo evitar que le divirtiera un poco. Nunca la habría imaginado celosa. Era algo que no iba con ella. Y eso le despertó una oleada de ternura hacia ella.

Informó a Estela de que Harri le había anunciado su marcha. Se iba y no sabía a dónde. La droga ya estaba vendida. Tenía en su poder el dinero. Negocio terminado.

—Pero estábamos de acuerdo en que no había venido solo para eso —puntualizó Estela retomando el hilo de sus deducciones de días atrás.

—No creo que vaya a volverse a Colombia. Cambia de sitio, solo eso —apuntó Gabo—. Necesita un nuevo escondite. Tal vez un lugar más seguro. Tal vez quiere ir borrando su rastro en Madrid.

—¿Dónde?

La pregunta se quedó con ellos durante toda la primera cerveza y seguía colgada del aire, como un gran cartel luminoso que flotase encima de la mesa entre ambos, cegándolos, reclamando su atención, mientras Dolores les servía otra ronda, esta vez más complaciente, más hecha a la idea de que Gabo era un zopenco insensible, acompañándola de algo de cena, un plato con chorizo picante, otro con torreznos y un cesto con pan. A Gabo no le pasó desapercibido que Dolores ya no quería demostrarle su enfado en cada gesto. Ha optado por ocultarme su estado de ánimo, pensó Gabo. Al fin y al cabo, mostrar celos es una señal de debilidad. En eso, Dolores y Estela no son demasiado diferentes. No les gusta que se muestren sus flaquezas. Mi vida ha estado marcada por chicas duras, se dijo con humor, permitiéndose un segundo de descanso mental antes de volver a la pregunta: ¿dónde?

—Segovia —casi gritó.

—¿Segovia? —repitió Estela.

Gabo asintió con convencimiento.

—Ha sido su centro de operaciones para la venta del cargamento. Separado de los canales habituales. Sin pasar por Madrid. ¿No dijo algo así el Argentino? Lo guardó en Segovia. Hasta que lo ha vendido. Allí se veía con el Emperador. Tiene un sitio en Segovia. Algún lugar discreto donde pudo mantener guardada la droga desde que llegó de Colombia hasta que se la colocó a los marseleses. Una casa, un chalé desde el que ahora planeará su siguiente acción.

Gabo sonrió. Tenía una sensación que le era muy familiar. Todas las incógnitas de una investigación parecen irresolubles enigmas hasta que se descifran. Entonces, de pronto, te sientes como un idiota por no haber encontrado antes las respuestas que pasan a parecer de una evidencia infantil.

—Hay que seguirle y te aseguro que nos llevará a alguna casa en Segovia — concluyó con un deje de triunfo, como quien muestra una jugada de cartas ganadora.

Estela se marchó después de tres cañas. Se acercaba ya la hora de cerrar el bar. Era día laborable. Ya no quedaban más clientes. Dolores ponía orden detrás de la barra. Gabo, tras despedir a Estela, se le acercó y ella le recibió con una sonrisa burlona.

—¿Te vas a enamorar de ella? —le preguntó mientras alineaba unos vasos recién lavados en un estante.

—¿A qué viene eso?

—Solo por saber.

—Estás muy guapa cuando te pones celosa.

Dolores hizo un mohín despreciativo. Dejó los vasos, se desabrochó el delantal y se ajustó la goma que le sujetaba la coleta mientras dedicaba a Gabo una mirada retadora.

—Tendrás que tomar pastillas para estar a la altura de la mujer policía.

—Tú sabes bien que no lo necesito.

—Conmigo es diferente.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque yo soy diferente.

Le guiñó un ojo y a Gabo le gustó más que nunca. Porque Dolores no era de expresar sentimientos. Porque estaba enfadada, porque rabiaba. Esa noche la vio como ella nunca se dejaba ver, siempre cuidándose de que nadie pudiera volver a hacerle daño desde aquel marido miserable.

Terminó de dejar todo listo para el cierre y Gabo esperó como siempre, y cuando ya había apagado las luces y cerraba la verja, salió tras ella y Dolores le sonrió, ya sin sorna, hasta con una cierta dulzura maternal, y le dijo:

—No, Gabo. Esta noche no.

Aquello era también nuevo. Dolores nunca pedía, pero tampoco le rechazaba nunca.

Gabo quiso agarrarla por la cintura y atraerla hacia él y besarle aquellos labios sonrientes. Y de pronto cayó en la cuenta de que nunca había hecho algo así antes. Nunca había besado a Dolores en la calle. Algo tan normal en una pareja. La idea le pasó por la cabeza fugaz como un meteorito al que acompañó, sombrío, el recuerdo de Marina. Tampoco a ella. Nunca besó a Marina en la calle. Era un detalle menor. Sin importancia. O no. Nunca había besado en la calle a las dos únicas mujeres a las que había querido. No le gustaba darse cuenta de los detalles que demostraban que su vida había sido demasiado extraña.

—Entonces, ¿cuándo?

Dolores reblandeció la mirada. La liberó de todo resto de sarcasmo o altivez, como quien abandona un juego del que ya se ha cansado. Y afloró ese cariño suyo, tan cierto como escondido, tan contenido como sólido.

—Atrapa a ese tipo —le dijo—. Quítatelo de encima. Sácatelo de dentro. Y luego, vuelve.

—Con los años, la fe se debilita, los principios dejan de ser incuestionables, las metas se vuelven borrosas, todo aquello en lo que siempre creíste sin ninguna

duda empieza a parecerle otro de esos cuentos que te contaban de niño. Y cuando eso empieza a pasar, lo único a lo que puedes agarrarte para seguir en pie, la única herencia que te has dejado a ti mismo, son tus propios actos, cada una de las decisiones que tomaste, la certeza incuestionable que es tu propio pasado.

A ella también se lo preguntaba. Como a los detenidos a los que interrogaba. Cada vez que se veían. ¿Qué sabes de Harri? Marina nunca llegó a conocerle. No tenía contacto con jefes de tan alto nivel dentro de la organización. Pero oía hablar de él, claro. Todos los cachorros de malos, como se suponía que era ella, hablaban a menudo de Harri. Todos soñaban con llegar a ser como él. En la banda les gustaba mucho crear mitos.

—Y si, cuando empiezas a tener menos días por delante que por detrás, sigues estando de acuerdo con lo que hiciste, si lo aceptas, si al repasar tus decisiones te gustas a ti mismo, entonces podrás descansar. Porque no hay nada peor que rechazar tu propio pasado, mirar atrás y ver solo equivocaciones, pasos en falso, dudas, caminos que no te llevaron a ninguna parte.

Gabo no le hacía ni caso. Terminaban ya la cuarta botella de vino. Empezaba a refrescar. Se notaba destemplado. A pesar de haber intentado no beber tanto como Harri, estaba muy borracho. Y harto de escucharle. Harri estaba como una cuba. Ya ni le veía. No parecía hablarle siquiera a él. Hablaba y hablaba y hablaba y miraba hacia arriba. Les daba la paliza a las estrellas con tono de predicador y etílicos derrapes de lengua.

—Da igual lo que te encuentres al mirar atrás. Da igual lo que conforme tu pasado. Da igual si sirvió para lo que querías conseguir si ahora descubres que estabas equivocado.

Fue poco antes de la matanza de Barcelona. Aquel fin de semana Marina se lo dijo antes de que, como siempre, le preguntara por él. Me han hablado de Harri, le contó. Nada de aprendices de asesino deslumbrados por su leyenda. Alguien de fiar. Alguien que sabe lo que se cuece en la cúspide de la organización. Él decide. Eso es lo que aseguran de Harri, le dijo Marina. Él es quien marca la estrategia, quien dirige los principales comandos, quien elige los objetivos. Así lo supo Gabo. Como tantas otras cosas, por Marina. Harri, su fijación, era el pequeño dios de maldad que decidía quién vive y quién muere. Y unos días después volaron los grandes almacenes y Gabo recordó aquellas palabras de

Marina y su voz diciéndoselo, él decide, puso banda sonora a un sinfín de terribles imágenes: los cuerpos quebrados, las ambulancias, los rostros de espanto e incredulidad de los supervivientes, la impotencia de los testigos, el horror. Él decide. Las mismas imágenes en Madrid, en Barcelona, en tantos otros pueblos y ciudades. Siempre ese mismo dolor infinito. No tardaría mucho en volver aquel mismo dolor con imágenes de otras vidas destruidas. Los niños de la casa cuartel de Vic. Aquel cuerpo pequeño y roto en brazos de un guardia ensangrentado. Él decide.

—Lo que quiero decir, amigo mío, es que lo único que no debe hacer uno nunca es arrepentirse. Acepta tu herencia. Acepta cada decisión que tomaste, las buenas y las malas, porque todas ellas forman el patrimonio de sabiduría que has ido acumulando. Y así llegarás al final del camino convertido en un hombre sabio y, por tanto, en un hombre rico. Así contemplo yo la vida. Y al mirar atrás, te aseguro que no me arrepiento de nada.

Gabo le dijo que tenía que irse ya, que no se encontraba bien. No le dio tiempo a salir de la azotea. Vomitó en una esquina una ácida mezcla de bilis y chacolí. Y no estuvo muy seguro de si era el exceso de bebida u otra cosa lo que le hacía vomitar. Las arcadas le hicieron inclinarse hacia adelante y se manchó los zapatos y, mientras vomitaba, pudo oír a sus espaldas la risa borracha de Harri y se preguntó qué demonios podía parecerle tan gracioso.

—Ya no es seguro.

Así se lo anunció. Con serenidad y certeza. Y Gabo nunca olvidaría aquellas palabras porque, nada más escucharlas, supo que con ellas no solo terminaba su misión de infiltrada, sino que también llegaba a su fin aquel mundo pequeño, infinito, secreto y vedado a nadie que no fueran solo ellos dos en que habían convertido la habitación del hotel de Perpiñán.

No se presentó a una de sus citas. Fue un viernes angustioso. Gabo la esperaba en el hotel y las horas fueron cayendo y Marina no llegaba. Desde una iglesia cercana, unas campanas anunciaban el paso de cada hora. Llegó la noche y, para entonces, a Gabo le parecía ya que aquellas campanas estaban tocando a muerto. Luchó por dominar un pánico como nunca hasta entonces había sentido. Se fumó paquete y medio de Ducados. Solo salió de la habitación para ir a comprar un paquete de Gitanes, que también se acabó. A las diez de la noche telefoneó a Madrid. ¿Alguna novedad? Le aterraba la posible respuesta. Una mujer ha

aparecido muerta en San Juan de Luz. Un disparo en la cabeza. La Gendarmería no la ha identificado aún. Pero nos tememos lo peor. Temblaba solo de pensar que le pudieran decir algo así. Pero no. Ninguna novedad, fue lo que le dijeron. Un Gitanes, otro, un paseo por la habitación, otro. A la una de la madrugada sonó el teléfono. La aburrida voz del recepcionista le anunció que le pasaba una llamada. Era ella. Ya no es seguro, le dijo.

La habían seguido. Lo detectó cuando iba hacia la parada de autobús aquella tarde. Tuvo que improvisar. Se suponía que iba a su pueblo, a ver a sus padres, como tantas otras veces. No podía coger un autobús a Perpiñán, así que cogió uno a San Sebastián. Los dos chicos que la seguían lo cogieron también. No se atrevió a hacer nada que pudiera parecerles raro. Ni siquiera meterse en una cabina para llamarle. En San Sebastián simuló ir de tiendas. Recorrió zonas concurridas. Hasta que por fin los perdió.

Ahora comprendía algunas cosas. Preguntas extrañas que le habían hecho últimamente. Encuentros que se cancelaban en el último minuto sin explicación. La ausencia de su pareja. Habían dejado de fiarse de ella. Los Comandos Madrid y Barcelona habían caído en solo seis meses. No podía ser una casualidad. Los jefes de la banda podían ser cualquier cosa menos imbéciles. Solo tenían que repasar uno a uno quiénes conocían datos de ambos comandos que pudiesen haber facilitado su captura. Un proceso de eliminación. No eran muchas personas. Y Marina era una de ellas. Y, de entre todos los sospechosos, la que llevaba menos tiempo en la banda. Verde y con asas.

Hay que sacarla ya. Aldama no dudó en cuanto Gabo le informó. Estaba quemada.

Marina ya no regresó a San Juan de Luz. Se quedó en San Sebastián y Gabo se reunió allí con ella. Aldama también acudió. Marina había sido el gran éxito de su estrategia de infiltrados. Merecía que el mismísimo jefe se ocupase de ella. Había que construirle un futuro.

Hubo una primera reunión. Aldama le expuso a Marina opciones como quien explica un catálogo de viajes turísticos. Todo a la medida. A gusto del consumidor. Elija su destino. Pero no un destino para unas vacaciones, no. Un destino para el resto de su vida. Todas las opciones compartían algunos elementos: nueva identidad, ingresos garantizados, supervisión permanente. Y algunas pegas: ruptura con el pasado, nada de volver a los escenarios de su vida

anterior, mínimo contacto con personas cercanas... La banda ni olvida ni perdona, le dijo Aldama sin la menor teatralidad. Había ejemplos muy recientes. Ahí estaba el caso de Yoyes. La banda nunca le había perdonado que los dejara. Se había ido a México y luego a París. Había puesto tiempo y tierra por medio. Y no le sirvió de nada. La asesinaron por traidora. Si eso hacían con alguien que había sido un auténtico miembro de la banda, era fácil imaginar lo que podía esperar una txakurra infiltrada que estaba detrás de la caída de sus dos principales comandos.

Marina solo tenía una cosa clara:

—Quiero seguir siendo policía.

A Gabo y a ella los alojaron en uno de los pisos de la Policía en San Sebastián, como el que él había ocupado años atrás con Cata, Javi y el Dandy. Solo salían para ir a la comisaría de Aldapeta, donde se reunían con Aldama para organizar el futuro de Marina.

Apenas hablaron durante esos días. Marina estaba cansada. Con un agotamiento que parecía la convalecencia tras una larga enfermedad. Como si, de pronto, le hubiese caído encima, como una avalancha cenagosa que la hubiese sepultado por completo, la tensión que había soportado durante años. Parecía aplastada. Carente por completo de energía. En cuanto llegaban al piso de vuelta de la comisaría se iba a dormir. No tenía hambre. No quería hablar. No le apetecía escuchar música. No hacían el amor. No sonreía. No era ella. Gabo permanecía a su lado, discreto como un vigilante, solícito como un enfermero, preocupado y torpe, como un padre ansioso por cuidar de una hija a la que no sabe qué le pasa. Aldama le preguntó a Marina si le vendría bien apoyo psicológico. Lo rechazó. Dijo que solo deseaba descansar.

Se organizó todo con rapidez. Seguiría siendo policía. Se arregló el papeleo. Cambio de identidad. Nuevo expediente personal en todos los registros. Historial profesional inventado. Hasta le reconocieron los trienios del tiempo pasado como infiltrada, lo cual no dejaba de tener su gracia. Y se le buscó un destino que hiciera casi imposible que pudiera ser localizada por los malos. Servicio en una embajada. Aldama no dijo dónde delante de Gabo. Gabo no lo preguntó. En la otra punta del mundo, qué más daba el sitio exacto.

Una vez cerrados los detalles de su nueva vida, aquella noche Marina no se

mostró somnolienta. Gabo fue a la cocina, preparó algo de cena, pasta y fruta y una copa de vino para cada uno en dos bandejas. Cuando volvió al saloncito, Marina estaba sentada en el sofá con una sonrisa suave. Una sonrisa triste y cariñosa y cómplice y algo forzada, y a la vez sincera y comprensiva. Una sonrisa en la que ya estaban escritas todas las respuestas a las preguntas aún no hechas.

—Ya no podemos retrasar más la Conversación de Mierda —le dijo a Gabo.

Así la había llamado ella siempre. La Conversación de Mierda. Sin entrar en detalles, sin necesidad de desmenuzar su contenido porque ambos sabían cuál era. La Conversación de Mierda. Una espada de Damocles, una estación término, una cruz en el calendario, siempre de telón de fondo de sus días de amor con fecha de caducidad en el hotel de Perpiñán. Todo eso era la Conversación de Mierda. Un chiste cómplice entre ellos, un sobrentendido que aquel día se convertía en una inminente necesidad.

Aquella noche hicieron el amor después de más de una semana compartiendo cama sin tocarse. Marina le pidió que lo hicieran sin pena. Y así lo hicieron. Como siempre. Con ansia, con dulzura, con hambre, con sabor a final y con olor a para siempre. Y sin pena.

Aldama ya se lo había dicho. Cuando llegue el momento, deberás ayudarla a recuperar su vida. Gabo volvió a hablar de ello con Aldama solo una vez más. Aquella otra, tiempo después, en que le dijo que había hecho lo correcto. Caso cerrado. Problema resuelto. Aldama era un experto en pasar página, ya fuera con un entierro o con un billete de avión al fin del mundo. Por eso Gabo no podía con él. Porque a él, en cambio, las heridas se le quedaban siempre abiertas.

Quizá era posible resumirlo todo en un único motivo, una única razón que era la correcta. O quizá no la había y era todo una suma de razones equivocadas. Desde el mismo instante en que Marina y él se separaron, aquel último día, cuando ella salió del piso y le pidió que por favor se quedara allí, que esa mañana no la acompañara a la comisaría, que se despidiesen rápido, sin escenas, no te vayas a derrumbar y destroces tu imagen lloriqueando, tipo duro, ya supo que nunca tendría la respuesta a la pregunta más importante de su vida: ¿por qué? Y aquella pregunta se iba a convertir en el punto de apoyo de la palanca capaz de hacer rodar su mundo hasta el precipicio. Eso sería a partir de entonces y para siempre aquella maldita pregunta: ¿por qué?, ¿por qué la dejó ir?, ¿por qué no se fue con

ella?

Harri, aquel Harri borracho de la cena de despedida, queso y chacolí en la azotea del hotel, filósofo de tres al cuarto, charlatán de feria que buscaba en cuentos de abuela, en palabrería desordenada y en reflexiones deslavazadas que chorreaban vino barato los argumentos para justificarse, tenía razón. Jodía reconocerlo. Y lo más gracioso, maldita la gracia, era que había venido a decirle más o menos lo mismo que Aldama en el estanque de los patos. Poli y malo opinaban igual: toda historia tiene dos caras. Ante toda pregunta puede argumentarse una respuesta y la contraria. Hay que joderse, pensó Gabo, borracho también, sentado en la azotea del hotel, antes de vomitar, junto al hombre al que tanto deseaba matar. Hay que joderse porque es precisamente este hombre quien tiene razón.

Podía elegir un motivo y el contrario. Egoísmo, porque él no quería marcharse, no quería abandonar aún aquella guerra que era toda su vida, su obsesión, su adicción, su misión inacabada, su promesa a Cata al borde de su tumba. O generosidad, porque Marina merecía esa nueva vida, se la había ganado a pulso, sin tener que cargar con él como un lastre, un constante recordatorio de todo lo que había tenido que pasar, y con un riesgo, porque Gabo sería un rastro más que podría alguien seguir para dar con ella. Cualquiera respuesta podía valer. Podía decir que le estaba regalando con generosidad esa merecida libertad o que estaba conservando él la suya con egoísmo. O tal vez todo se reducía a cobardía, porque tenía miedo de no estar a la altura, de no saber hacerla feliz fuera de aquella habitación de hotel, de acabar convirtiéndose en una decepción para ella, en la sombra fallida del espejismo de héroe al que amó en Perpiñán. Y le aterraba, le encogía el alma la sola idea de que un día ella pudiera acabar sintiendo por él desencanto o desamor. O podía darle otro giro, mil vueltas más, y afirmar con gran solemnidad que lo hacía por responsabilidad, porque era un hombre de palabra, porque le había asegurado a Aldama que la ayudaría a empezar su nueva vida y eso incluía que él se quitara de en medio o no sería nueva del todo, porque le había susurrado a ella una y mil veces, justo antes de caer dormidos, rendidos de amor, que siempre la protegería, y dejarla ir sin equipaje era la mejor forma de protegerla. Cumplía así su compromiso con el jefe y con ella. La dejaba empezar de nuevo, sería Bogart en la pista del aeropuerto, quizá no hoy ni mañana y todo ese rollo. O se trataba solo de que, de pronto, se había hecho viejo. Porque aquellos días, por primera vez en su vida, Gabo se sintió viejo. Ni siquiera había cumplido aún los cuarenta. Pero sentía el cansancio de haber vivido ya unas cuantas vidas. Acumulaba ya muchas batallas, muchas derrotas, muchas bajas, muchas horas de trinchera, muchas noches de invierno y mucho

frío mordiéndole los huesos. Tampoco es que se llevaran tantos años, pero de pronto la juventud de Marina era como una broma, una alarma. Ella salía de una prisión y había que dejarla respirar. Tenía aún todo por vivir. Y él no podía obligarla a compartir su prematura vejez. Todas las razones eran válidas. Pero eso no significaba que ninguna de ellas fuera del todo verdad, igual que tampoco ninguna era del todo mentira.

¿Por qué?

Lo único bueno del paso de los años era que iba transformando poco a poco aquella pregunta, iba cambiando su forma, reblandeciéndola, retorciéndola como un papel en llamas, haciéndola más soportable y, en cierto modo, más compasiva: ¿importaba aún el porqué?

Gabo le siguió la pista a Marina. Con cuidado. Preguntando cuando veía la oportunidad sin llamar la atención. Sin poner nunca en riesgo su identidad. Marina fue feliz. Siguió siendo lo que quería ser. Policía. A lo largo de los años, estaría destinada en diferentes embajadas. Agregada de información. Una profesional reconocida. Se casó. Tuvo dos hijos. Nunca se volvieron a ver.

Aquella vez, Gabo se marchó de San Sebastián en coche. Al atardecer. Dejó la ciudad y en ella a Marina a sus espaldas, sumergiéndose en el crepúsculo. Otra más para su colección de escenas de despedida de San Sebastián. Siempre melancólicas, siempre cargadas de renunciadas. Pero, al menos, aquella vez se alejó con una sonrisa agradecida. Una sonrisa compartida, porque estaba seguro, mientras iba poniendo distancia entre ellos, de que Marina estaba sonriendo también. Se habían besado, se habían prohibido decir la palabra adiós. Y Gabo sonreía ahora recordando las últimas palabras de ella. Las mismas que decía siempre cuando salía de la habitación del hotel de Perpiñán para regresar al Lado Oscuro, como lo llamaban para no entrar en detalles. Unas palabras que habían convertido en un lema para los dos, en un mantra que les ayudaba a seguir adelante, que eran su guiño privado, su letanía, su contraseña secreta, la letra de otra canción de Springsteen.

Sin retroceder. Sin rendirse.

Le llamó al móvil en cuanto entró en su casa.

—Hay que detenerle.

—¿Tú sabes qué hora es?

—Tienes que detenerle. Esta misma noche. Antes de que se vaya del hotel.

—Gabo, ¿estás borracho?

—Claro que estoy borracho, joder. Pero eso es lo de menos. Tienes que enviar a alguien al hotel ahora mismo y detenerle.

Aldama se tomó unos segundos. Gabo pudo oírle cogiendo aire, armándose de paciencia al otro lado del teléfono.

—¿Acusado de qué?

—Tráfico de drogas. Asesinato. Terrorismo. Elige tú.

—¿Tienes la menor prueba de que haya cometido alguno de esos delitos?

—Si no le detienes, puede escapársenos. Y algo ocurrirá. Estoy seguro. Va a morir gente. No sé ni quién ni cuánta, pero va a morir gente. Y si no le detienes esta noche, será tu responsabilidad.

Dejó de escucharse la respiración. Hubo un silencio absoluto. Aldama dudaba. Mantener la calma o mandarle a la mierda. Aldama siempre optaba por la calma.

—No me vengas con esas, Gabo. Nunca me han gustado esos chantajes emocionales.

—¿Lo harás?

—No, Gabo, no lo voy a hacer. Y tú debes tranquilizarte. Ya no estás solo en esto. Hay un buen dispositivo de vigilancia desplegado en el hotel. Le seguirán en cuanto salga. Lo ha montado Estupefacientes. La inspectora Domínguez. Así pasará más desapercibido que estamos siguiendo a un terrorista sin causas pendientes que si lo montásemos en Información. Si se enteran los de arriba o la prensa, siempre podremos decir que era sospechoso de narcotráfico. Eso generaría menos revuelo.

—¿Y si le perdemos?

—Caramba, Gabo, pareces nuevo. Sabes cómo funciona esto. Harri es un hilo. Si le detenemos ahora, no tendremos nada. Habrá que soltarle en unos días y se largará a Colombia y nunca sabremos a qué demonios vino. Lo que toca ahora es darle cuerda y ver a dónde nos lleva. Por favor, no me hagas explicarte algo así como si fueras nuevo...

Esta vez fue Gabo quien respiró despacio. Odiaba a Aldama, y cuando más le odiaba era cuando sabía que tenía razón.

—Hoy ha hablado mucho. Palabrería. Nada útil. Pero hay algo en él que no me encaja. Llevo tiempo dándole vueltas sin saber lo que era. Algo se me estaba pasando. Y esta noche he caído en la cuenta. Ya sé lo que es.

De pronto, Gabo se sentía tranquilo y lúcido. Como si el vino que aún le quedase circulando por el estómago y por el cerebro después de lo que había vomitado se hubiera disuelto al fin y ya no le hiciese ningún efecto, más allá de un desagradable regusto ácido en la boca.

—La mujer.

—¿La mujer?

—Sí. Me he olvidado de lo más básico. De El Revistero de Cata. De la primera lección para principiantes. La vida privada del malo. La mujer de Harri. Ha estado ahí delante todo el tiempo y no le hemos dedicado ni un segundo de atención.

—¿Y qué es lo que no te encaja respecto a ella?

—Harri no es de los que se casan y tienen hijos. O, al menos, no lo era. La mujer no encaja con el personaje. ¿Qué sabéis de ella?

—Nada. Solo que es colombiana.

—Pide información. Que tus colegas de allá la investiguen.

—Lo haré. Pero ¿por qué de pronto te parece tan importante?

Gabo sonrió. Había sido una noche larga. El maldito chacolí. Entra como agua y te acaba poniendo patas arriba por dentro. A Harri le hacía hablar. A él le había

hecho recordar. Mucho más de lo que deseaba. Menos mal que la noche llegaba a su fin y podría descansar.

—Porque el amor te vuelve demasiado vulnerable.

—Javad al Abujamal.

Dijo su propio nombre muy despacio, saboreando cada sílaba como si masticara un trozo de pastel delicioso pero demasiado grande para su boca.

Sentados frente a él, al otro lado de una mesa de despacho sin un solo papel encima, Gabo y Estela asintieron respetuosamente. A ninguno de los dos se le pasó siquiera por la cabeza decirle que sabían, por los informes policiales, que su verdadero nombre era José Alameda González, nacido en el barrio granadino del Albaicín, nieto de emigrantes tunecinos, pero tan español como ellos mismos. Ya les habían advertido los de Estupefacientes que le gustaba fingir que era árabe porque consideraba que eso le hacía más respetable y temible tanto para sus amigos como para sus enemigos. Y la caracterización incluía su presuntuoso apodo: el Sultán.

Gabo decidió romper el hielo:

—*Salam aleikum.*

Se sintió ridículo nada más decirlo, pero no debió resultarlo tanto porque Abujamal esbozó una sonrisa y respondió:

—*Wa alaikum assalam.*

Ciertamente, daba bien el tipo de sultán de cuento. Gordura desbocada, cara de pan sobre papada desbordante, una fina tira de barba recorriendo la desdibujada frontera entre mandíbula y cuello que terminaba en una perilla picuda, y unas manos de dedos cortos y gruesos, la mayoría de ellos engalanados con aparatosos anillos plateados. Le fallaba la vestimenta. En lugar de nobles ropajes, vestía un mono gris con el logo de su negocio bordado en rojo en el bolsillo del pecho, el mismo mono que llevaban puesto todos sus empleados en el taller en cuya estrecha y recalentada oficina los había recibido. Todo un anticlímax que debilitaba su pretendida imagen de personaje poderoso y pérfido de las mil y una noches, por más que él se esforzara en hablar y moverse con una majestuosa lentitud, probablemente más consecuencia de la obesidad mórbida

que de una genética aristocrática.

—Así que están buscando a alguien y creen que yo puedo ayudarles a encontrarle.

Hablaba un castellano perfecto. Solo delataba su origen ese seseo parecido a un zumbido arrastrado del acento árabe, que bien podía ser fingido teniendo en cuenta esas tres generaciones que su familia llevaba instalada en Granada.

Estela, que aún no había decidido cómo tratar a aquel personaje, respondió con una sumisión sorprendente en ella.

—Así es, señor Abujavadalabuj... —dijo enredándose por completo.

—Abujamal —le ayudó él sin que su rostro disimulase la contrariedad que le producía que aquella mujer no supiese decir bien su nombre.

—Buscamos a un hombre joven de origen magrebí —continuó Estela esforzándose en recuperar el aplomo.

—¿Y qué ha hecho ese joven? —preguntó él con voz grave y solemne.

—Eso es lo que queremos saber —intervino Gabo.

Abujamal apenas movió los ojos un milímetro para dirigirle un reprobador vistazo, y Gabo, al que le estaba divirtiendo aquel pintoresco mecánico con ínfulas de jeque, pensó que resultaba irritante, machistas de los cojones, que todos los hombres con los que se entrevistaban prefiriesen hablar con Estela creyendo que lograrían epatarla y que, en cambio, les contrariase el mero sonido de su voz.

—No sabemos dónde está o si puede estar metido en un mal asunto —le tomó el relevo ella—. Eso es lo que venimos a pedirle. Que nos ayude a dar con él.

Abujamal torció sus labios cortos y húmedos.

—¿Y qué les ha hecho pensar que yo puedo encontrarle?

Estela miró a Gabo, como si necesitase su ayuda para dar con la respuesta adecuada a aquella pregunta. La amabilidad de Abujamal parecía endeble, la

desconfianza se intuía infinita. Daba la sensación de que el menor paso en falso, una sola palabra equivocada, pondría fin a aquella reunión.

Gabo le observó en silencio antes de hablar. Se mantenía impertérrito, con una solemnidad que desentonaba con el escenario, empeñado en hacer honor a su apodo. El calor que hacía en aquella oficina acristalada no parecía afectarle, a pesar de que el escaso aire que era capaz de remover un pequeño ventilador encendido que estaba situado en una estantería detrás de Gabo y Estela ni siquiera llegaba hasta él. Estaba encajado entre los reposabrazos de su silla a tanta presión que parecía imposible que pudiera volver a salir de allí jamás. Entrelazaba sus manos sobre una de las varias capas de carne que formaban su vientre, exhibiendo las ristras de anillos de pretendido lujo y unas uñas llenas de grasa negra que reclamaban a gritos una sesión de manicura a la altura de un verdadero sultán. Gabo comprendió que la mejor forma de ganárselo era lanzar carnaza a su vanidad.

—Dicen que usted conoce todo lo que se cuece en la comunidad musulmana de nuestro país, que no hay ningún negocio, ya sea legal o ilegal, del que usted no esté al tanto, señor Abujamal.

—¿Y quiénes dicen eso, amigo? —le preguntó Abujamal, cuyo ego no parecía saciado aún.

Gabo se permitió una espléndida sonrisa admirativa.

—Todo el mundo, señor.

Bajó la mirada en señal de pleitesía, y cuando volvió a levantarla vio que el Sultán se mostraba satisfecho de escuchar lo que ya sabía.

—De acuerdo, díganme de qué se trata y veré si puedo ayudarles.

Gabo siguió el consejo que les habían dado aquella misma mañana los compañeros de Estupefacientes de Granada, acostumbrados a tratar con aquel pintoresco personaje: no le ocultó ningún detalle.

La casa estaba a las afueras de Brieva, a menos de media hora de Segovia. Era una casa solariega cuyos mejores días habían quedado atrás hacía mucho. Se levantaba en el centro de una modesta parcela de tierra y gujarros que quizá hacía mucho pudo haber sido jardín, delimitada por unos tapiales medio

derruidos. Había dos edificaciones que parecían apoyarse la una en la otra para mantenerse en pie. La más baja debió ser un pequeño establo para un solo animal o tal vez un almacén de leña, pero tenía el techo derrumbado y un marco de madera retorcida sin puerta que dejaba ver los hierbajos que crecían dentro. La vivienda, con unos muros de mampostería que empezaban a deshacerse, tampoco ofrecía un aspecto demasiado acogedor, dejada a su suerte en un progresivo envejecimiento del que nadie se había preocupado en años.

Harri había llevado hasta allí a los agentes de Estupefacientes que vigilaban el hotel Alpes. La mañana siguiente a su cena de despedida con Gabo, había salido casi al amanecer. Cargaba con un bolsón deportivo como único equipaje. En la acera de la misma calle del hotel se subió a un coche que comprobarían que era alquilado. Condujo hasta aquella casa de Brieva, se instaló en ella, se acercó al pueblo en el coche para hacer una compra en el colmado, regresó a la vivienda y no volvió a abandonarla durante los días siguientes.

Gabo y Estela fueron hasta Brieva el mismo día de la llegada de Harri. Estela montó un dispositivo de veinticuatro horas. No era fácil vigilar aquella casa sin ser detectados. Estaba en una planicie, a unos cuatrocientos metros del pueblo por un camino secundario en el que solo había otras tres parcelas con edificaciones no colindantes, sin ningún vehículo aparcado en el exterior. Era imposible situar cerca un coche sin que llamara la atención. Los agentes buscaron un lugar más alejado, en una carretera que salía del pueblo, la que llevaba a Torrecaballeros. Desde allí tenían una visión razonable, al menos para saber si alguien entraba o salía, aunque debían usar prismáticos si querían detectar movimientos en el interior a través de las ventanas.

El propietario de la casa era un industrial originario de Brieva que vivía desde hacía más de veinte años en Madrid. Había heredado de un tío soltero esta propiedad y, a pesar de que tenía la casa de sus padres en mejor estado y en el centro del pueblo, no se había deshecho de esta porque no habría sacado más que una miseria con la venta. La alquilaba. Al principio, a madrileños ansiosos por contar a los compañeros de la oficina que disfrutaban los fines de semana de las incómodas maravillas del mundo rural. Y desde hacía más de un año, a un marroquí o argelino, no estaba seguro. Le había dicho que quería montar un taller de alfarería, que aquella había sido la profesión de sus padres y de los padres de sus padres y de toda una lista de generaciones anteriores, y que su gran ilusión era seguir la tradición de sus ancestros tras varios años viviendo en España y sintiéndose desgraciado trabajando de reponedor en un Carrefour. En

un primer momento, les explicó el propietario a los agentes, desconfió. No me entiendan mal, no soy ningún racista, les dijo, ¿pero un moro? Esa gente no es de fiar. Pero lo digo sin maldad, que yo no tengo prejuicios. Estaba cansado de alquilar la casa a domingueros. El morito, como le llamaba, le aseguró que sería un alquiler de larga duración, todo dependería de cómo le fuera con la alfarería. No tengo ni idea de si ha prosperado, les dijo, a mí me paga la renta por transferencia y ni me asomo por la casa, así que ni siquiera sé si ha montado el taller. Mis parientes del pueblo me dicen que le han visto por allí con otros moros. Se dedicarán a la alfarería o a fumar su hierba o a algo peor, que dicen que estos moros le pegan a todo, ya me entienden, pero no se tomen esto como un comentario racista, por Dios, que a mí me da igual lo que hagan, aunque mejor podían hacerlo en su país y dejarnos a los españoles en paz, cada uno en su casa mejor. Eso sí, ni un solo retraso con la renta. Una sorpresa. Más cumplidor que muchos de los madrileños, unos pijos que querían jugar a pueblerinos y que al poco se aburrían de pasar los fines de semana sin internet y empezaban a hacerse los remolones con los pagos hasta que por fin se largaban. Increíble pero cierto: el morito es más serio pagando que los españoles. Y, por favor, no se tomen esto como si yo fuese un racista, que para nada.

Pasadas solo veinticuatro horas de la llegada de Harri a la casa, los de Estupefacientes ya tenían identificado y se habían puesto a buscar al arrendador. Youssef Dabdelkair. Veintiséis años. Argelino. Fichado. Condenado hacía tres años a seis meses de cárcel por menudeo de hachís. Condena cumplida y ninguna detención más desde entonces. Profesión desconocida (pero podía permitirse pagar un alquiler de una casa solariega en Brieva) y paradero también desconocido (después de que los policías acudieran a la dirección que figuraba en su expediente y un vecino les dijera que hacía ya cinco meses que Youssef no vivía allí).

Estela envió todos los datos a Información. Le respondió Sixto Aldama en persona apenas un par de horas después. Youssef solía frecuentar la mezquita de la M-30 de Madrid. Tenía abierta ficha como posible radical islamista, pero más por rutina que por certezas. Abrían ficha a todos los jóvenes que identificaban en determinados bares donde solían reunirse los sospechosos de estar más radicalizados. La ficha de Youssef se había abierto al poco de que saliera de Soto del Real, pero no constaba ninguna actividad sospechosa. Pero tampoco había forma de saber cómo se ganaba la vida. Aldama puso a su gente experta en terrorismo islamista a buscarle.

Gabo y Estela visitaron de nuevo el puesto de vigilancia en Brieva al tercer día de estancia de Harri en la casa. Los agentes del turno les dieron el parte. Harri llevaba dos días sin moverse. No había recibido ninguna visita. Dos o tres veces al día, salía a la parcela para airearse. No parecía tomar precauciones para no ser visto.

—No sospecha que pueda estar siendo vigilado —le dijo Estela a Gabo mientras observaban a distancia la vivienda sin apreciar el menor movimiento—. Ha venido a una casa de la que era fácil averiguar quién la tenía alquilada, va a la tienda de comestibles del pueblo y sale al jardín sin ningún temor a que le vean. Está claro que se siente seguro.

Gabo fumaba un cigarrillo. Eran las diez de la mañana y el relente del amanecer aún no se había retirado. El humo del Ducados salía de su boca mezclado con el vapor de su respiración. Aquella situación le producía un *déjà vu*. Otro clima, calor y humedad. Una casa no muy diferente de tamaño, aunque de construcción mucho más ligera. Un barrio residencial de la ciudad de Santo Domingo, en la República Dominicana. Harri fumando un cigarrillo en el jardín. Gabo fumando un cigarrillo al otro lado de la calle. No más de trescientos metros entre ambos. Muchos años después de aquel otro encuentro, en el rellano de una escalera. Cuando disparó a Cata. Y ahora otra vez. Tras un mes compartiendo partidas de billar. Volvía a estar como en el Caribe. Observando a distancia la casa donde vivía Harri. Un jodido *déjà vu*.

—¿Qué está esperando en esa casa? —dijo, con demasiado frío para perder el tiempo en el proceso deductivo, saltando directamente a la pregunta esencial.

Había que encontrar cuanto antes a Youssef, el supuesto alfarero. Y así apareció en sus vidas Javad al Abujamal, conocido por muchos como el Sultán. Propietario de la cadena de talleres El Limpio. Un negocio que iba como un tiro. Unos talleres que solo ofrecían un servicio básico: limpieza profesional y revisión pre-ITV. Eso le permitía contratar mano de obra sin exigir cualificación. Un concepto brillante. El Sultán había empezado con un único taller en Granada, en el que recibió a Gabo y Estela, pero pronto había abierto otros dos en la ciudad y ya tenía otros tres en Málaga, dos en Almería, dos más en Córdoba, uno en Ceuta y otro en Melilla, y estaba a punto de abrir en Jaén y en Sevilla. Como le diría Estela a Gabo, Abujamal estaba reconquistando Al Ándalus convertido en el rey de la pre-ITV y el lavado de los bajos con cera. Con una regla de oro: todos sus empleados sin excepción eran chicos de origen magrebí. Muchachos

agradecidos, dispuestos a informar a su jefe sobre cualquier asunto de interés que llegase a sus oídos o a hacer por él cualquier otra cosa que les pudiese pedir. Toda una red legal de subordinados fieles y leales. Mano de obra y ejército, todo a la vez.

No ocurría nada en lo que tuviese algo que ver una persona de su comunidad de lo que Abujamal no tuviese puntual noticia, ya fueran las operaciones de tráfico de droga del Estrecho, la distribución de la coca y la heroína que llegaban al sur tras haber entrado en el país por las Rías Bajas o por Barajas, las ventas de armas procedentes de las antiguas repúblicas soviéticas que se realizaban en la Costa del Sol o las rutas de tráfico de personas que plagaban el Mediterráneo de pateras y de cadáveres. Abujamal era un benefactor, un líder, un ejemplo para todos. Creaba empleo, integraba y daba trabajo a muchachos que de otra manera sabe Dios dónde podrían acabar. Y, como buen hombre de negocios, sabía utilizar la información y dónde invertir sus beneficios para sacar una buena tajada al margen de la ley. Además, tenía firmes convicciones morales y una gran conciencia cívica: no dudaba en incluir entre sus múltiples actividades la de ser un servicial confidente de la Policía, y también de esta obtenía pingües beneficios personales.

Otro ser deleznable con el que no nos queda más remedio que entendernos, le diría Estela a Gabo cuando se lo describió. Como el Emperador. Como Johnny el Argentino. La suya era una profesión en la que se hacían amistades selectas.

Los responsables de Estupefacientes de Granada les arreglaron el encuentro urgente con el Sultán. No podían permitirse tardar en dar con Youssef. Era ya el cuarto día de Harri recluido en la casa de Brieva cuando Gabo y Estela se cogieron el primer tren a Granada y, antes de la hora de comer, estaban sentados frente a Javad al Abujamal en su taller.

El Sultán los observaba con sus ojos menudos, hundidos en su enorme cara, rebosantes de sabiduría y desconfianza, mientras Gabo le explicaba lo urgente que era dar con el tal Youssef Dabdelkair, exconvicto por un asuntillo de tráfico de drogas en su juventud, presunto alfarero, cumplidor arrendatario y anfitrión de un veterano terrorista vasco que estaban convencidos de que preparaba algún tipo de atentado inminente. Abujamal se tomó su tiempo. Y, según se alargaba su silencio, Gabo empezó a imaginar que un irritante tictac sonaba en el interior de su cabeza, buscando más ponerle de los nervios que marcar la desesperante cadencia de los segundos.

Sus ojillos pasearon de Gabo a Estela y vuelta a Gabo. Sus enjorados dedos tamborilearon con parsimonia sobre su tripa. Hasta que por fin pareció salir de su trance:

—Tengo una pregunta —dijo, con ese placer que parecía sentir por poner el acento en todas y cada una de las sílabas—: ¿por qué tendría yo que entregarles a un hermano?

Gabo no supo qué decir, así que giró la cabeza hacia Estela y esta se encogió de hombros. A Abujamal le gustó dejarlos sin palabras.

—Ustedes no saben si ese hombre ha hecho nada malo. Lo único que saben es que hay otro hombre alojado en una casa alquilada por él. —El Sultán se detuvo y con gesto pensativo repasó mentalmente lo que acababa de decir, como si se tratase de un complejo acertijo, hasta que pareció dar con su solución—: No me parece razón suficiente para perseguirle.

Gabo estaba seguro de que contradecir al Sultán no era la mejor forma de que la conversación progresase.

—Solo queremos interrogarle —se limitó a puntualizar.

Abujamal levantó una mano con tanto esfuerzo como si cargara con un gran peso, aunque solo llevaba sus anillos. Se acarició pensativo la perilla. Y Gabo pensó que por él podía pasarse el resto del día recreándose en su pose de sultán, de gran visir o de lo que demonios fuera, con todos sus movimientos lentos y su remarcado acento árabe y aquella enervante actitud de príncipe vestido de mecánico de coches. Pero se juró que no iba a conseguir desesperarle.

—Soy un buen hombre —afirmó el Sultán, una vez consideró que se había acariciado la perilla durante suficiente tiempo—. Y, por supuesto, soy un buen musulmán. Llevo años sufriendo al ver cómo ustedes, todos ustedes, los blancos cristianos occidentales, se empeñan en identificar el islam con el mal. Es injusto y doloroso. Desde que existe el triste fenómeno del terrorismo, lo ha habido de toda clase y condición. Político, étnico, religioso. Españoles, irlandeses, italianos, palestinos, alemanes, peruanos, colombianos... Elijan casi cualquier país. Ha habido terroristas de casi todas las nacionalidades. O elijan cualquier religión. Católicos, protestantes, hindis, judíos. Y sí, por supuesto, musulmanes. Pero, cuando son de otros países o de otras religiones, todos los líderes y los medios de comunicación y los predicadores y los educadores se apresuran a

decir: no se confundan, no todos los vascos o los sijs o los chechenos son malos. No podemos condenar a todos por lo que hacen unos pocos. Siempre se dice eso, ¿verdad? Salvo con el terrorismo islámico. Entonces, todos los musulmanes somos tratados como asesinos. Se nos culpa. Se nos condena. Y nos duele. Les duele a nuestras familias, a nuestros mayores, a nuestros hijos. Porque somos gente de bien, ¿saben?

Los labios de Abujamal se crisparon con un ligero temblor al decir aquella última frase. Gabo apartó la mirada al ver que los ojos del Sultán se humedecían de rabia y emoción.

—Por supuesto —asintió a media voz. Cuando volvió a mirarle, Abujamal le señalaba con su rechoncho dedo índice.

—Entonces —le dijo, y su voz tembló de enfado—, ¿por qué me piden que traicione a uno de los míos y se lo entregue? ¡No es justo!

Para alivio de Gabo, Estela estaba al quite:

—Precisamente por lo que nos ha dicho usted. Porque es usted un hombre de bien. Y ayudándonos a encontrar a Youssef quizá esté ayudando a evitar que vuelvan a morir inocentes en nombre de Alá, algo que estoy segura de que usted no desea en absoluto.

Abujamal miró a Estela, a quien había ignorado durante su perorata anterior. De nuevo pasaron bastantes segundos antes de que volviese a hablar:

—Mi conciencia está dividida. Siento el deber de ayudarles. Pero siento también que estoy condenando a ese joven, al que ni siquiera conozco, si se lo entrego a ustedes.

Gabo le puso toda la solemnidad que pudo a su voz al responder:

—Si no ha hecho nada malo, no tiene nada que temer.

Abujamal bajó los párpados hasta casi cerrar los ojos. Se frotaba los dedos, lo que producía un ligero chirrido causado por el roce de los anillos que, durante un par de minutos, fue lo único que se oyó en aquel despacho. Mientras el Sultán meditaba, Gabo y Estela cruzaron una breve mirada. Ella levantó los ojos al cielo, indicándole que pedía paciencia a la divinidad, y Gabo se mordió el labio

inferior expresándole su hartura por lo que había que soportar a veces en aquel trabajo.

Por fin, Abujamal separó las manos y las abrió en un gesto conciliador.

—El terrorismo no es el camino. El mundo nunca será ni mejor ni más justo gracias al terrorismo. Ninguna idea política, ninguna causa, ninguna religión triunfará o se impondrá o alcanzará ninguno de sus propósitos si utiliza el camino del terrorismo. Nunca ha ocurrido así y nunca ocurrirá. Y mientras no entendamos eso, mientras haya quien mate invocando el nombre de Alá, los musulmanes no podremos vivir en paz. Por eso les voy a ayudar. Porque deben asegurarse de que ese tal Youssef no está participando en ningún plan terrorista. Porque es mi deber. Como hombre, como padre, como ciudadano de este país y como musulmán.

Gabo y Estela suspiraron aliviados a la vez.

—No sabe cuánto se lo agradecemos, señor Sultán.

Fue un momento difícil. Gabo estuvo a punto de no poder contener la risa y Estela enrojeció hasta las orejas al caer en la cuenta del estúpido tratamiento que le había dado. Por suerte, Abujamal se mostraba tan encantado de cómo le habían sonado sus últimas palabras que ni siquiera había escuchado las de Estela.

Ya no sintió la necesidad de impostar la voz para que sonara trascendente. Gabo y Estela se dieron cuenta de que dejaba a un lado su personalidad de sultán para adoptar una nueva, la de hombre de negocios. Sus dedos volvieron a frotarse entre sí, pero esta vez en un gesto que parecía más de acompañamiento de un cálculo práctico que de una reflexión moral.

—Cuando una petición es de justicia o persigue un buen fin, suelo atenderla sin pedir nada a cambio —dijo—. Pero comprendan que en este caso tengo sentimientos contrapuestos. Me parece que no sería justo entregarles a un hermano sin pedirles nada a cambio. Al menos debo rogarles que también ustedes hagan algún sacrificio, aunque sea solo un precio simbólico.

Gabo no podía evitar que le divirtiera aquel tipo. Entre argentinos histriónicos, franceses relamidos y sultanes pomposos, se quedaba sin duda con este último. Le fascinaba aquella manera tan desvergonzada y poco sutil de mezclar

principios y beneficios.

—¿Qué entiende por un precio simbólico, señor Abujamal? —le dijo sin disimular el retintín burlón.

Abujamal simuló que tenía que pensárselo un poco, como si fuera a improvisar y no lo tuviera ya todo en la cabeza.

—Yo me ocuparé de que ustedes puedan estar interrogando a Youssef en menos de veinticuatro horas. A cambio, ustedes me concederán una noche libre.

Estela se echó hacia adelante en su asiento como si le hubiesen dado un empujón por la espalda.

—¿Qué es eso de una noche libre?

Abujamal sonrió a Estela pletórico de inocencia. De pronto, el Sultán parecía solo un gordito bonachón.

—Es una pequeña muestra de agradecimiento, una manera de demostrarme que aprecian el sacrificio espiritual que hago entregando a la Policía a un joven musulmán que probablemente sea inocente.

—Le repito que solo vamos a interrogarle, no a encerrarle en una mazmorra con grilletes de por vida.

Abujamal hizo un gesto de impaciencia ante la interrupción de Gabo.

—Por eso pongo un precio tan bajo a mi colaboración, amigo mío.

—¿En qué consiste la noche libre? —repitió Estela, que a diferencia de Gabo no tenía pinta de estar divirtiéndose lo más mínimo. Parecía intuir la inminencia de un desastre.

El tono de Estela le hizo comprender al Sultán que iba a depender de ella y no de Gabo que obtuviera lo que pretendía. Sus párpados se entrecerraron. Le desapareció todo rastro de acento árabe.

—Una noche sin vigilancia en el Estrecho. Una noche sin radares ni helicópteros ni barcos. Nada de Guardia Civil ni de Servicio de Vigilancia Aduanera. Ni en el

mar ni en la costa. Durante una noche. Yo elegiré cuál.

Estela volvió a echarse hacia atrás en su asiento, como si necesitara poner distancia física entre ella y Abujamal.

—¿Está de broma?

—De hecho, hay muchas noches en que todos sus sistemas de vigilancia no les dan resultado, señora. La droga y las pateras se cuelan constantemente por el Estrecho. Pero uno nunca sabe cuándo irán bien o mal las cosas y el riesgo es siempre un factor presente. Para el negocio y para la vida de las personas. Lo único que yo pido es que, por una noche, se elimine ese riesgo y pueda tener la certeza de que ustedes no aparecerán. Es un precio muy bajo.

Estela bufó, se levantó de la silla, recorrió el reducido habitáculo, negó con la cabeza y volvió a bufar, y el Sultán se mantuvo impertérrito.

—¿Para qué? —le preguntó Gabo—. ¿Qué cruzaría el Estrecho esa noche? ¿Droga? ¿Inmigrantes?

—Eso no es asunto suyo —le contestó Abujamal con una sonrisa amable—. Ustedes se limitan a retirar toda la vigilancia durante una noche. El mundo no va a cambiar por eso. La vida seguirá igual a la mañana siguiente. Pero yo podré sacarle, con tranquilidad y sin sobresaltos, una rentabilidad a la ayuda que voy a prestarles. Eso es todo. Muy simple.

Estela señaló amenazadoramente al Sultán.

—Me está pidiendo que incumpla la ley —le espetó—. Quiere que promueva que las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado hagan dejación de sus funciones durante una noche.

Abujamal negó con la cabeza.

—Le digo lo mismo que ustedes me han dicho a mí. Puede cometerse un atentado. Puede volver a haber docenas de víctimas inocentes. Y ustedes pueden evitarlo con mi ayuda. Así visto, ¿no le parece un precio ridículamente bajo?

Estela fue a replicar, pero Gabo se le adelantó:

—Tendremos que consultarlo. No tenemos poder para decidir algo así.

Abujamal volvió a abrir los brazos.

—Por supuesto.

Estela fue hacia la puerta de la oficina.

—Esto es un chantaje intolerable —protestó.

—No, señora —le contestó el Sultán—. Solo es un acuerdo comercial beneficioso para ambas partes.

La inspectora no llegó a escuchar aquello. Había salido ya dando un portazo. Gabo se levantó sin perder la calma. Volvió a percibir el pegajoso calor que hacía allí dentro y que la conversación le había permitido olvidar. Sintió la imperiosa necesidad de respirar aire fresco.

—Le diremos algo lo antes posible —le dijo a modo de despedida.

El Sultán asintió complacido.

—Saben dónde encontrarme.

Gabo salía ya de la oficina y no se molestó en responder cuando oyó a sus espaldas al Sultán:

—*Ma'a as salaama.*

Abrió los ojos y, hasta que se le espabiló el cerebro, no tuvo ni idea de dónde estaba. Ante él, se deslizaba a gran velocidad un reiterativo paisaje de llanuras cuyo color oscilaba entre el marrón claro y el verde pálido, tierras sin gracia, rematadas por una hilera de montes lejanos que podían situarse en cualquier lugar indefinido entre Despeñaperros y Madrid. Se sintió a gusto. Nada le daba más sensación de haberse escapado por un rato de la realidad, de haberse liberado de las ataduras que establecían las referencias de tiempo y espacio, que viajar en tren, más aún por los monótonos campos de Castilla. Era una sensación deliciosa. Mucho mejor que ese otro vacío temporal, pero demasiado encapsulado, de los viajes en avión. El avión era pura ortopedia. El tren tenía magia. Veía el mundo exterior pasando ante sus ojos a velocidad de película

muda y se sentía tan a gusto en aquel espacio que no sabría situar en ningún punto del mapa y en el que no existía ni el aquí ni el allá ni el antes ni el después. Gabo se movió en su asiento para desperezar algunos músculos con discreción y aspiró y expiró varias veces con fuerza para retrasar la llegada del mono de tabaco. Solo entonces recordó que la inspectora Domínguez estaba sentada a su lado. Gabo sintió su presencia como quien siente un calambre.

Tensa, demasiado tensa, pensó una vez más. Estela no tenía un buen día. Ya lo había demostrado en cuanto cogieron aquella mañana el tren a Granada. Estaba de un humor de perros. Tan gruñona que se había olvidado de subir la guardia, de esconder sus sentimientos bajo su disfraz de pétrea policía. A Gabo le hacía gracia cuando se despistaba por un instante y su sistema íntimo de alarmas se caía y dejaba ver lo que había detrás de la chaqueta de piel, la camisa blanca, los pantalones rectos, los zapatos sin apenas tacón, la actitud de no veas en mí solo a una mujer, soy una policía, empoderada hasta las trancas, no te atrevas a tocarme las pelotas. Aquellos apagones apenas le duraban unos minutos, antes de volver a reactivar la invisible valla electrificada detrás de la que se protegía del mundo. Como el de aquella misma mañana. Se había subido al tren y se había puesto a hablar sin parar. La niña estaba con su padre. Estela no llevaba bien la custodia compartida. ¿Compartida? Sí, y una leche. Compartida entre ella y la asistenta de ese capullo, porque lo que era él no se ocupaba de la niña ni un segundo. Había hablado con la hija por teléfono la noche anterior. Estaba con anginas. Un fiebrón. Y papi se iba por la mañana a Barcelona, que tenía allí un juicio. Y la niña, con 39,5 y subiendo, se quedaba con la chica, que era una chica estupenda, sí, pero, la verdad, no es lo mismo. ¿Eso es la custodia compartida?, le preguntaba a Gabo, pero seguía hablando sin esperar a una respuesta. Su hija ardiendo de fiebre y ella, en cuanto volviera de Granada, tenía que llevar a su madre al ambulatorio, que la mujer andaba con sus vértigos, no se podía ni levantar de la cama porque todo le daba vueltas, le habían dicho que podía ser cosa del oído o neuronal, no daban con ello, pero cuando le entraba el vértigo es que no se podía ni mover, la pobre, con ochenta y cinco y sin salir de la depresión desde que enviudó quince años atrás. Hija y madre, y ella en medio yéndose a Granada a entrevistarse con un sultán de pacotilla. La llevaban los demonios hasta que cayó en la cuenta de que le debía estar sonando a Gabo como odiaba sonarle a cualquiera, muy mujer, en el sentido más peyorativo que usarían esos hombres que no cuidan a hijas ni a madres porque son demasiado hombres para eso, muy maruja, eso, panda de cabrones, muy desbordada, si seguía dándole así el rollo a Gabo iba a acabar hablándole de lo mucho que le dolían los ovarios porque acababa de bajarle la regla, menuda mierda este

mundo de hombres que obliga a las mujeres a no poder contar sus problemas por no parecer menos que ellos, esclavas aún de las hijas febriles y las madres seniles, todo un fracaso del feminismo, la obligación de fingir que nada te afecta y que nada te impide hacer bien tu trabajo. Perdón, ya me callo.

Todo eso le soltó a Gabo antes de volver a ponerse la armadura que la convertía en mujer policía sin vida privada, ni familia ni obligaciones domésticas, sin nada que no fuera pistola y placa, territorio seguro. Gabo, que la veía muy alterada, se limitó a sacarse un papel del bolsillo y a dárselo. Estaba doblado en ocho partes. Estela lo desplegó, lo leyó y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—Una citación judicial —le dijo él—. Vamos camino de Granada, los dos solos ante el peligro, decididos a salvar de un apocalipsis terrorista al mundo occidental, y tú estás encabronada porque tu marido no se ocupa de tu hija con anginas y yo porque me abren juicio oral por haberle dado una leche de lo más merecida a un ucraniano borracho.

Los dos se echaron a reír. Habían llegado a Granada de un repentino e inesperado buen humor.

Pero ahora, en el viaje de vuelta, cuando Gabo se despertó de su breve cabezada, vio que Estela volvía a ser pura corriente eléctrica. Esta vez no despotricaba sin freno. Se contenía, agarrotada. Tenía la boca deformada porque se estaba mordiendo el interior de la mejilla derecha. Apretaba los puños. Iba sentada muy rígida, sin relajar lo más mínimo la postura, y sus ojos no parpadeaban, perforaban inmóviles el respaldo del asiento que tenía delante.

—Tranquila —le dijo Gabo—. A las cinco habremos llegado. Te dará tiempo de llevar a tu madre al médico y pasarte después a ver cómo está tu hija.

—No me jodas.

—Ya me avisaste de que no me dejarías hacerlo.

—No estoy pensando ni en la niña ni en su abuela.

Estela cogió aire con fuerza, como si emergiese de algún lugar muy profundo en el que hubiese permanecido desde que aquel tren salió de la estación y donde no

hubiese podido respirar. Su voz sonó menos arisca pero no menos tensa:

—No voy a hacerlo. —Negó con la cabeza en varias ocasiones con ímpetu, como si cada vez que lo hacía se convenciese otro poco más—. Ese tío está loco si se cree que vamos a poner el Estrecho a su disposición toda una noche.

—Aquello es un coladero permanente de hachís y pateras. Una noche más o menos de tráfico ilegal no marcará ninguna diferencia.

—Es una cuestión de ética —le espetó—. El sultán este de medio pelo lo que me ha pedido es que incumpla la ley. No, no, perdona. Mejor dicho: que el Estado entero incumpla la ley.

—Intentemos no ponernos melodramáticos.

—Es un chantaje.

—Es un intercambio comercial.

—No me hice policía para negociar con los delincuentes.

—Esa es una gran frase.

Estela pasó de una mirada dura a una mirada asesina. Gabo respondió con una sonrisa conciliadora. La reparadora cabezada previa y su afición a viajar en tren le blindaban frente a la necesidad de pelea de ella.

—De acuerdo —le dijo con sorna—. Esperemos a que los chicos de Aldama que andan ya tras él encuentren a Youssef. No hay prisa, en realidad. ¿Cuánto puede tardar el Sultán con sus informadores en localizarle? Veinticuatro horas ha dicho, ¿no? ¿Y cuánto pueden tardar los alegres muchachos de Información? ¿Una semana? ¿Dos? Pero da igual. No hay prisa. Harri esperará a que le encontremos sin moverse de su acogedora casita de campo. Seguro. No hay el menor riesgo de que, entre tanto, pase nada.

Estela dejó que sus puños cerrados se aflojaran y movió los pies hacia adelante, en una postura más relajada. Suspiró, esta vez sin ansiedad.

—Tú lo harías, ¿verdad? Tú aceptarías la oferta de Abujamal.

—Yo ya no soy policía. Esa decisión os corresponde a ti y a tus jefes. A veces uno tiene que decidir si está o no justificado saltarse las leyes.

Estela contempló el aburrido paisaje a través de la ventanilla. Campos reducidos a franjas de colores ocres por la velocidad. Recorrieron un kilómetro en silencio. Quizá diez. O cien.

—¿Lo hiciste?

Gabo se dio cuenta de que llevaban todo el día tuteándose. En sus conversaciones, saltaban del usted al tuteo según de lo que hablaran, como si aún no hubiesen decidido en qué lugar entre la amistad y la necesidad profesional se situaba su relación.

—¿A qué te refieres? —le respondió Gabo fingiendo no saber a qué se refería. Fue algo extraño. La pregunta de Estela no enlazaba con nada que hubiesen hablado antes. Eran solo dos palabras que no contenían ninguna pista, ningún indicio. Y, aun así, Gabo supo a qué se estaba refiriendo en el instante mismo en que oyó la pregunta, igual que ella supo también que lo sabía.

—Pregunté por ti a algunos compañeros. Todos los veteranos hablan maravillas de ti. Eres uno de esos polis cuyas hazañas perduran. Ya sabes, el tipo que detuvo a los peores comandos de la banda. Con el paso del tiempo, la historia se cuenta como si tú solito les hubieses dado caza.

Estela se mostró cautelosa, midiendo el efecto que podía haber causado en él. Y decidió que ya no merecía la pena recular.

—Algunos hablan... Cuentan cosas de ti. Se hacen preguntas que nunca fueron contestadas. Tienen dudas. Es lo que lleva aparejada la fama: rumores, invenciones...

—¿Qué quieres saber?

Estela se removió incómoda en su asiento. Gabo no se mostraba enfadado. Pero tampoco iba a ponérselo fácil. Si ella quería saber, tendría que pasar el mal trago.

—Estabas allí en aquellos años. Yo no voy a juzgarte, Gabo. Hoy me han pedido que me salte la ley. Lo he hecho antes, por supuesto. He dejado marchar a algún detenido de poca monta o he hecho la vista gorda con algún menudeo de droga a

cambio de un soplo que me llevara a algo más grande. Con el Emperador y con el Argentino y con otros tipos como ellos, con los que interesan ese tipo de trueques. Coste y beneficio. No soy ninguna estrecha ni nada de eso. Sé hacer mi trabajo. Esos tratos no son algo que me guste, pero forman parte del juego y hay que aceptarlo. Pero esta petición del Sultán... —Se mordió el labio y meneó la cabeza con rabia—. No sé, supera ciertos límites, ¿no crees?

—¿Qué es lo que quieres saber de mí?

Estela no había podido evitar que su voz titubeara con un cierto tono exculpatorio. Gabo esperaba. Sin ira. Sin expresión.

—Toda aquella mierda de la guerra sucia y todo eso... La gente cuenta viejas historias. De los que estabais entonces. De Aldama. De ti.

—¿Quieres saber si participé en ello?

Por supuesto, pensó, cómo no, faltaba aquello. Incluso había tardado en aparecer. Todo aquel asunto de Harri había removido demasiados recuerdos que le había llevado muchos años domar, someter, encerrar en las más oscuras celdas de su memoria. Cata y Marina y todo lo demás. El repertorio ya conocido de las heridas nunca cerradas. Diez años desde que dejó de ser policía. Diez años reconstruyéndose pieza a pieza, como una de esas maquetas que al principio son solo miles de piecitas inconexas e imposibles de identificar y un buen día acaban formando un flamante barco pirata o un bombardero de la Segunda Guerra Mundial. Diez años prohibiéndose pensar, y ahora aquella putada del regreso de Harri, y de Sixto Aldama embarcándole en el caso, le obligaban a desandar el camino recorrido. Y Estela caía en la tentación de la curiosidad y se lo preguntaba como quien transmite un cotilleo tonto. Conozcámonos mejor, cuéntame algo sobre ti para no pensar en las anginas de mi nena, consuélame porque el falso sultán me obliga a saltarme las leyes a la torera, dime, ¿tú también te las saltabas?, ¿te dedicabas en tus años mozos a matar terroristas?, considéralo una pregunta inocente, por charlar de algo, ya sabes.

—Harri ha vuelto a España para cometer un atentado. No tengo ninguna duda. Lo va a financiar con la venta de un cargamento de coca colombiana. Y tiene relación con un musulmán desaparecido. Si queremos evitar el atentado, habrá que hacer algo contrario a la ley, porque esa es la única manera de avanzar a tiempo en nuestra investigación. A veces hay que tomar decisiones que son una

jodienda. Pero esta decisión no me corresponde a mí. Como le he dicho antes, yo ya no soy policía, inspectora.

Gabo se levantó y pasó por delante de Estela para salir de su asiento y se alejó por el pasillo en dirección al vagón de la cafetería.

Estela cerró los ojos. Su cabreo regresó. Pero tal vez este ya no era el mismo cabreo de antes. Porque ahora ya no se dirigía contra el exmarido y padre despreocupado ni contra el Sultán buscando sacar tajada. Ahora estaba cabreada consigo misma. Por su estupidez de meterse donde no la llamaban.

Hubiese querido descansar, pero no pudo. Llegó a su casa desde la estación y dio vueltas de un lado para otro sin hacer nada en concreto, se sentó y se levantó y volvió a sentarse y a levantarse del sofá del salón y fue a la cocina y se puso a lavar los platos, a meter la ropa sucia en la lavadora, a repasar lo que faltaba en la nevera. Hiciese lo que hiciese, su mente estaba en otro sitio y ni siquiera sabía dónde.

Anochece cuando salió de su casa, cogió el automóvil que había alquilado con el dinero que le dio Aldama y se marchó a Brieva. No fue una decisión meditada ni respondió a ningún proceso lógico de pensamiento.

Cuando llegó a la salida del pueblo desde donde llevaban a cabo la vigilancia, era ya noche cerrada. Hacía un frío seco, mordiente. Los dos agentes de aquel turno de vigilancia, un hombre y una mujer de no más de treinta años, le trataron con el mismo respeto que si fuera su superior cuando se identificó. Le informaron. Harri no había salido de la parcela en todo el día, tan solo le habían visto dando sus breves paseos a media mañana y a media tarde. Le ofrecieron a Gabo café de un termo y este lo aceptó, puso como excusa que tenía que mandar algunos mensajes por el móvil y se fue a su coche, que había aparcado pegado al de ellos. Se sentó en la oscuridad. Encendió un cigarrillo. Dio un sorbo de la taza de plástico. Se preguntó qué demonios hacía allí y por qué había ido. Y no encontró una respuesta.

Allí estaba. Sin motivo y sin necesidad. Sentado en un coche en mitad de la noche. Contemplando a distancia una casa con todas las luces apagadas cuya silueta en la noche apenas resultaba discernible. Esperando. Igual que tantas noches de hacía tantos años. Vuelta a empezar. El círculo se cerraba y en su interior quedaban retenidos, atascados, pudriéndose, todos aquellos recuerdos

que le asaltaban en cuanto bajaba la guardia, entremezclándose y revolviéndose como ingredientes de una mala digestión que le revolvía el estómago y el ánimo. Volvía a tener veintitantos. Tomaba café de un termo. Fumaba un Ducados. Hacía una vigilancia. Lo único que sabía hacer en la vida. Vuelta a empezar, sí. Escuchaba música. Encendió la radio del coche y recorrió el dial buscando una emisora que programase música de su gusto. Imposible. Hacía treinta años que no se emitía música de su gusto. Demasiado tarde para volver a empezar.

Una mesa en el Café Central. La imagen le había venido a la cabeza como un destello sin movimiento, sin sonido, un fotograma extraído de una escena del pasado, cuando Estela le había hecho aquella pregunta en el tren. ¿Lo hiciste?

¿Cuándo fue? A finales de los 80. Después de la caída de los comandos. Después de Marina. Javi había ido a Madrid y, como siempre, les había llamado a él y al Dandy para quedar a tomar algo. Pero antes hay algo de lo que quiero hablar con vosotros, le dijo a Gabo cuando le llamó. Gabo no preguntó nada. Un asunto de trabajo, dijo Javi sin afán de intrigarle.

Se vieron en el café. Javi empezó burlándose un poco de ambos. Míralos, les dijo, ahora los dos también sois pisamoquetas, un par de peces gordos. Era la primera vez que se veían desde que el Dandy y Gabo dieron el gran salto. Comisarios, nada menos. El Dandy había convencido a Gabo de que se pusieran a ello. Tenían todo a favor. Desde lo de Barcelona, eran los niños mimados de la Brigada. Los jefes iban a ponerles todas las facilidades. Y estudiar te vendrá bien, le había dicho el Dandy, siempre paternal. Gabo se mostró reticente a embarcarse en un esfuerzo académico. No hacía mucho de la marcha de Marina. Ten la mente ocupada, le insistía el Dandy. Si no, te pasarás los días preguntándote una y otra vez si hiciste bien o no. Demasiado tarde, pensaba Gabo cuando le venía con esas, pero se lo callaba. ¿Por qué? La pregunta ya estaba ahí, instalada en su cabeza, repitiéndose como un goteo infinito en su pensamiento, tortura china, dolor crónico. El Dandy siempre hablaba de Marina sin pronunciar su nombre, como si esquivarlo fuera a hacer su ausencia menos evidente. En todo caso, fue una buena idea. Dedicarse a estudiar cuando no estaba trabajando le ayudaba a no pensar en otras cosas. Hacer como que no importa. Otra vez como en la canción. Hacer como que no recuerdas. El amor perdido le llevó a convertirse en comisario. Sonaba ridículamente romántico, pero lo más curioso es que era verdad.

Javi seguía destinado en San Sebastián. También había cumplido con las etapas

previsibles de una carrera policial sin tropiezos. Ya era inspector y siempre decía que él nunca intentaría llegar a comisario, no fueran a sacarle de la calle y meterle en un despacho. Él era de estar al aire libre. Como un lobo estepario, decía él. Como un perro vagabundo, se burlaban ellos. Hasta ahí, todo normal. Pero luego estaba lo que nunca hablaban entre ellos. A lo largo de aquellos años, se habían estado viendo cada vez que Javi iba a Madrid o cuando el Dandy o Gabo subían a San Sebastián. Quedaban, se ponían hasta arriba de copas, se aferraban a una cómoda frivolidad. ¿Os debo tratar de usted?, les decía Javi. ¿Se folla más siendo comisario que inspector, porque entonces lo hago, eh? Tonterías así. Pero sin hablar nunca de lo otro.

Durante los últimos años, se habían sucedido los hechos. En Hendaya, en Biarritz, en San Juan de Luz. Los bares de La Consolation, el Lagunak, Les Pyrénées, el Trinkete, el Monbar, el Batzoki. Unos desconocidos aparecían en aquellos bares y los ametrallaban sin asegurarse antes de quién podía estar dentro. Motos bomba, coches bomba, francotiradores. Terroristas asesinados, errores, asesinatos de personas que nada tenían que ver con la banda, comunicados pidiendo disculpas por la equivocación, secuestros, niños muertos. Rumores y silencios. Preguntas nunca hechas y sobreentendidos. En la Brigada, Pazos era el único que hablaba de ello sin recato, incluso a voz en grito cuando le podía la indignación ante la noticia de otra acción de aquellas. ¿Guerra sucia? Una panda de chapuceros es lo que son, decía a todo el que quisiera oírle. Ni siquiera saben a quién están matando. La cagan y luego van a pavonearse de sus hazañas al casino de San Sebastián o al de Biarritz. Unos inútiles, unos descerebrados. Nos hemos vuelto peores que ellos, clamaba. Y así solo conseguimos que aumente la simpatía social por la banda. Ellos son luchadores por la libertad y nosotros ahora somos pistoleros. Aldama le mandaba callar cuando se lanzaba a aquellas diatribas en público. Aldama nunca hablaba del asunto. Tiene que saber, murmuraban a sus espaldas los demás. Tenía que saber, pero callaba. A Pazos se le llevaban los demonios. Están jodiéndolo todo, repetía a viva voz en las oficinas de la Brigada. Nosotros a lo nuestro, le respondía Aldama. A trabajar y a callar mientras otros libraban una guerra sucia y desastrosa.

Javi estaba raro. Gabo lo pensó nada más verle aparecer en el Café Central. Javi siempre había sido nervioso, como si anduviera con prisas. Pero esta vez había algo más, algo diferente. No era solo que pareciese impaciente. Estaba espasmódico. Como si estuviese a punto de levantarse y salir corriendo. No paraba de echar vistazos a un lado y a otro, aunque todas las mesas cercanas

estaban vacías. Se frotaba las manos, evitaba que sus ojos se encontraran con los de sus dos amigos.

El Dandy dirigió una breve mirada de preocupación a Gabo. Este asintió.

Javi habló a trompicones, atropellándose, interrumpiéndose a sí mismo, empezando una frase, abandonándola a la mitad y reemplazándola por otra que tampoco completaba. Nos van a dejar tirados, dijo. Con el culo al aire. Esto va a ser un sálvese quien pueda. Los de los despachos se quitan de en medio y van a intentar que nos comamos el marrón nosotros. El Dandy le preguntó de qué estaba hablando. Más por guardar ciertas apariencias que porque no lo supiese. De pronto, todos los encuentros en que no habían hablado de aquello cayeron como un agresivo pedrisco sobre el Dandy y Gabo. Nunca le habían preguntado nada. ¿Necesitas algo?, ¿qué podemos hacer por ti?, ¿estás seguro de lo que haces? Ni siquiera lo habían hablado nunca entre ellos dos. Y en aquella mesa del Café Central, aquel silencio de años pasó de ser una muestra de respeto a las decisiones de su amigo a ser una traición.

—Necesito vuestra ayuda —concluyó Javi su desbaratado discurso.

Sentado en el asiento del conductor, bebiendo a sorbitos aquel café hirviendo mientras nublaba el interior del coche con humo de Ducados, Gabo observaba la casa donde dormía su fijación. Harri también había sobrevivido a la guerra sucia, a aquella sucesión de crímenes caóticos, torpes, tan crueles e injustos como los de los malos, que ya no eran los únicos malos, porque entonces también había otros de este lado. Tipos que apretaban el gatillo o colocaban explosivos o llevaban a cabo secuestros apelando a la justicia de su causa. Lo mismo, lo de siempre. Y Harri había sobrevivido a todo aquello. En eso eran iguales. Supervivientes. Harri y él. Cada uno, restos de su propio naufragio.

—Hay que encauzar esto. Sumar a las personas adecuadas. Reorganizarse. Reclutar a gente seria y no a matones y macarras. Profesionales de primera. Que demuestren a los de arriba que merece la pena asumir los riesgos y seguir adelante. Hace falta que se lleven a cabo dos o tres acciones eficaces, de impacto, con objetivos de primer nivel. Pero para ello tenemos que convertirnos de una vez por todas en un verdadero grupo de élite, sin la panda de mamones que lo han llevado hasta ahora. Y para eso he pensado en vosotros. Porque sois de los buenos. Porque podéis darle un impulso a todo esto.

El Dandy siempre había cuidado de Javi. Era su tronco. Era el que mejor sabía aplacar sus prontos, el que mejor le frenaba cuando estaba ya lanzado a partirse la cara con cualquiera, el que siempre le metía en vereda y le devolvía la razón.

—Javi, ¿te has vuelto loco? —le preguntó con calma, sin alterarse, con su flema habitual. Pero Javi se lo tomó como si le hubiese callado de un bofetón.

—¿Que si estoy loco? —gritó, y acto seguido se esforzó por controlar el volumen, que no el enfado, en su voz—: Dime, ¿por qué estoy loco? ¿Por estar dispuesto a lo que haga falta para acabar con esta sangría? ¿Porque puede que así estemos salvando vidas? ¿Porque esto dura ya demasiados años? ¿Porque me he cansado de que estos hijos de puta anden volando coches y casas y personas y aquí no pase nada? Dímelo tú, amigo mío, ¿me he vuelto loco? ¿Queréis saber lo que estaba haciendo yo mientras vosotros ibais a clase como dos niños buenos para convertirlos en comisarios?

—Eso no es justo, Javi —le respondió Gabo.

Pero el Dandy le hizo un gesto para que se callara. El Dandy miraba a su tronco, a Javi, el gaditano canijo, duro rival al parchís, inmejorable compañero para una noche de copas y ligue, un tipo divertido a pesar de lo pesado que se ponía cuando convertía en la razón de su existencia el partirle la cara a algún desconocido.

—¿Qué te andas metiendo, Javi? —le preguntó.

—¿A qué viene eso?

—¿Lo tienes controlado?

—No me vayas a soltar un sermón, que ya tengo una edad.

El Dandy bajó la mirada. Su voz sonó triste, poco convencida:

—Te ayudaremos a salir de la mejor manera de esto.

—No se trata de salir de esto. Se trata de hacerlo bien de una puta vez. Se trata de derrotarlos. Y si vosotros no os hubieseis convertido en lo mismo que antes tanto criticabais, en polis de salón y guante blanco como Aldama y todos los demás, también daríais un paso al frente. Como yo. Por todos los muertos. Por

Cata.

—No utilices eso, Javi —saltó Gabo.

Pero Javi solo miraba a su tronco.

—Dime, ¿estás conmigo en esto?

Durante los cinco años anteriores, Javi había participado en el mayor error estratégico de toda la historia de la lucha antiterrorista. Y ahora ya era demasiado tarde. Para Javi, porque estaba de mierda hasta el cuello: para entonces todo apuntaba a que los implicados en aquel asunto, políticos y policías, iban a acabar mal, porque la prensa y los jueces les andaban pisando los talones. Y para el Dandy y Gabo, porque ya no había nada que pudieran hacer por él. Llegaban tarde porque habían sido demasiado cobardes o cómodos o cautos para haber hecho algo más que mirar para otro lado cuando aún podían salvarle.

—Nunca os propuse antes que os metierais conmigo en esto —dijo Javi en un tono calmado, dejándose llevar hacia una resignada rendición—. Estabais en Madrid, os iba bien, teníais éxitos, ¿por qué iba yo a complicaros la vida? Yo había tomado una decisión personal. De las que no te premian con ascensos. De las que no te condecoran. Ese no es vuestro estilo. Eso queda reservado para el gadita drogata y peleón.

—No jodas, Javi —protestó el Dandy.

Javi sonrió, con una sonrisa velada por lágrimas de derrota que asomaron a sus ojos.

¿Lo hiciste? Gabo recordó la pregunta de Estela. Nos empeñamos en reducir siempre todo a preguntas que solo admiten respuestas sencillas, pensó. Sí o no. Inocente o culpable. Antes de aquella conversación en el Café Central, ya estaba seguro de que Javi tenía algo que ver con todo aquello. Pero él, como todos sus compañeros de la Brigada, calificaban de rumores lo que sabían que eran certezas. Y eso era una manera de consentir, de mirar para otro lado, de no involucrarse. Tal vez la pregunta de Estela no estaba bien hecha. ¿Lo hiciste, o simplemente no hiciste nada por evitarlo? Y, al fin y al cabo, no hacer nada es también una forma de hacer.

Aquella noche no salieron de copas los tres, como tenían previsto. No pasaron de

la primera caña y Javi ni siquiera se la acabó.

—Tan solo recordad cuál era el objetivo cuando nos metimos en esto —les dijo a sus dos amigos—. Y si aún creéis en ese objetivo, tal vez cambiéis de opinión y os suméis a nosotros...

Javi se marchó. El Dandy y él aún se quedaron un rato en el café. Sin hablar.

Gabo sintió un escalofrío. Subió del todo la ventanilla del KIA, que había bajado un par de centímetros para que saliera un poco el humo. Volvió a buscar en la radio. Encontró una emisora en que sonaba *Have you ever seen the rain*, el viejo éxito de la Credence. Sonrió. La música le trasladó a otra noche pasada en un coche. Con Javi de compañero en el turno. Empeñado, como siempre, en poner un casete de Los Chichos. En la radio había sonado aquella misma canción.

—Mira que te gusta un muermo de música, pisha —le regañó Javi—. A ver, ¿qué coño dice esa canción?

—¿Has visto alguna vez la lluvia?

Y justo al decir aquello Gabo, sin el menor chirimirí ni chispeo previo, se puso a diluviar. Un aguacero golpeó la chapa del coche sonando más fuerte que la música.

—Tío —le dijo Javi con gran seriedad, haciéndose oír por encima del crepitar de la lluvia—, eres como un brujo. Te juro que esto ha parecido un mensaje del cielo. No tengo palabras para lo que acaba de ocurrir. Pero ¿podemos poner ya a Los Chichos?

Gabo buscó una postura cómoda. Había sido un día muy largo. Parecía que la visita al Sultán había ocurrido hacía varios años y no aquella misma mañana. Sintió el cansancio envolviéndole como un pegajoso manto. Solía resistir las noches de vigilancia en vela sin problema. Pero eso era antes. Cuando aún era un hombre joven. Ahora necesitaba cerrar los ojos un poco, aunque no se durmiera.

El sonido del móvil le hizo dar un brinco. Tardó en recordar que lo había dejado en la bandeja de debajo de la radio. Antes de contestar, advirtió con sorpresa que podía ver a la perfección el coche de los dos policías que estaba delante del suyo. Giró la cabeza y también vio por la ventanilla la casa de Harri, emborronada por la bruma del amanecer. No tuvo ni idea de cuántas horas había estado

durmiendo.

—¿Sí?

—Soy Estela.

—¿Qué hora es?

—Han dicho que sí.

—¿Perdona?

—Los jefes. Hablé anoche con mi comisario general. Me acaba de llamar. Han dado el ok al trato con el Sultán.

La voz de Estela sonaba a noche interminable y a decepción.

—Eso es una buena noticia —le dijo Gabo.

Estela tardó en contestar.

—A mí me parece una noticia repugnante.

Eran las tres de la madrugada. Aún había gente que llegaba a esa hora a la discoteca. Se cruzaban en la entrada con quienes empezaban ya a retirarse en un goteo aún lento: tipos solitarios saturados de copas, de droga, de música ensordecedora, de fracasar una vez tras otra en su búsqueda de un ligue fácil o de un poco de todo ello a la vez, mujeres que se marchaban seguras de que era mejor irse solas que mal acompañadas y parejas ya veteranas o recién formadas que buscaban, con diferente nivel de entusiasmo, un final de noche en la intimidad.

La discoteca Speeder no era más que una alargada nave industrial en un polígono de la carretera de Toledo, a unos diez kilómetros de Madrid, reaprovechada para convertirla en un local de música trash o trance o trap o como demonios se llamase el último sonido machacón de moda, y donde estaba prohibido que sonase cualquier ritmo latino. Tal vez por ello, se había convertido en una de las salas favoritas de muchos jóvenes de origen magrebí y subsahariano. Su nombre en grandes letras de neón de un rojo rosáceo encima de la puerta de entrada era la única luz que iluminaba la plazoleta central del polígono donde estaba, encajonada entre tiendas de sofás siempre en oferta por liquidación y de recambios de automóvil al mejor precio del mercado garantizado. La mala insonorización de la nave hacía que los ecos del monótono chundachunda con pretensiones musicales que sonaba en su interior llegase con bastante potencia a la calle, por lo que era una suerte que al menos no hubiese vecinos a los que molestar.

Los dos agentes que llevaban dentro de la discoteca vigilándole desde la medianoche dieron el aviso por el móvil.

—Va a salir.

Apareció por la puerta al poco. Se detuvo frente a la entrada, encendió un cigarrillo, se le acercó otro tipo, cruzaron un par de palabras, se despidieron chocando las palmas de sus manos derechas y cada uno se marchó por su lado. Vestía todo de negro, pantalón, camisa y chaqueta, y caminaba con la barbilla un poco hundida en el cuello, con el cigarrillo que le colgaba de la boca apuntando al suelo. Apenas una silueta perfilada por los reflejos bermellones del neón.

Youssef Dabdelkair.

El Sultán había cumplido su parte del trato. Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que saliera el tren que llevaría a Gabo y Estela de vuelta a Madrid y Abujamal ya había comunicado a los agentes de Estupefacientes granadinos dónde se podría localizar a Youssef. Por el mismo precio les ofreció algunas pinceladas sobre su vida. Servicio completo, como las pre-ITV de su taller. Probablemente, los informó, Youssef usaba dos identidades, la verdadera y otra falsa para determinadas actividades, y por eso no era fácil dar con él. No, no se había dedicado a la alfarería. Una oveja descarriada, así lo definió el Sultán en un despiste, porque no encajaba con su personaje el utilizar metáforas sacadas de las parábolas cristianas. Pero no parecía estar relacionado con asuntos de yihadismo. Andaba metido en alguna cosa fea, eso sí. Picoteaba aquí y allá, donde olía dinero. Buscaba siempre relacionarse con tipos con clase y, lo más importante, con dinero. Su fe se había ido desinflando a medida que crecía su afición por las chicas, las motos, la coca, la música electrónica, la ropa cara y las noches en discotecas como Speeder. Trabajaba con redes de turcos. Eso dijo el Sultán. Chico para todo de gente muy peligrosa. Los turcos esos trafican con todo aquello que dé dinero, dijo Abujamal despreciativo, como si él no hiciese lo mismo. Gente sin escrúpulos y sin miramientos. Y también sin causas ni motivaciones. Nada de terrorismo. Al servicio del mejor postor. Mal tipo este Youssef, concluyó Abujamal su informe a los agentes de Estupefacientes. De los que prefieren pasarse los viernes metiéndose de todo en lugar de ir a rezar a la mezquita. Ya no se sentía culpable por entregarle. En menos de veinticuatro horas ya había gente de Estela siguiendo a Youssef, hasta que fue a acabar la jornada en la discoteca Speeder, donde la inspectora y Gabo asumieron la vigilancia.

A pesar de que Abujamal se había empeñado en dejar claro que Youssef no tenía nada que ver con asuntos de terrorismo yihadista, Gabo no lo tenía tan claro. Estela había conseguido más datos en Instituciones Penitenciarias y la Comisaría General de Información. Parecía indudable que Youssef había hecho sus pinitos en la militancia yihadista. Durante su breve paso por la cárcel, como solía ocurrirles a tantos otros jóvenes musulmanes, malas amistades le habían atraído a esa concepción distorsionada de la fe en la que las creencias son envenenadas por un afán de muerte y violencia. Una vez fuera, había formado parte de algunos grupos radicales, según los de Información. Probablemente por eso alquiló la casa de Brieva. Era frecuente en esos círculos buscar un lugar discreto donde reunir a una célula de convencidos, que tal vez había tratado de liderar él.

Aquellos grupos pasaban los fines de semana juntos en lugares apartados, en algo parecido a retiros espirituales durante los que buscaban justificación a la violencia a través de debates en los que se tergiversaban pasajes del Corán, hacían barbacoas de cordero y planeaban matanzas. Pero era imposible estar seguro de si su fe se había ido debilitando, como mantenía Abujamal, si había decidido entregarse a la buena vida y dejar para otros la guerra santa, o si había progresado como yihadista hasta verse enredado en planes de atentados junto a personajes como Harri.

Era lo que faltaba, había pensado Gabo cuando Estela aprovechó aquella espera en el Ibiza para contarle todo lo que sabía sobre Youssef. Ahora también terrorismo islámico. Gabo seguía dando por sentado que Harri había vuelto a España para llevar a cabo algún tipo de acción terrorista. En aquella hipótesis entraban, por supuesto, las FARC colombianas. Harri no solo había tenido relación en el pasado con ellos, sino que en el breve informe de la Policía colombiana que le pasara Aldama se mencionaba algún encuentro en su retiro caribeño con posibles guerrilleros. Luego estaba también el terrorismo propio, por más que a la banda se la pudiese dar por liquidada, porque al fin y al cabo Harri era quien era. Y ahora entraba ese tercer actor posible, el islamismo radical, a través de Youssef Debdalkier. Demasiado. Aquello llevaba a Gabo a preguntarse si no estaría equivocada la premisa. ¿Y si Harri solo estaba aquí para hacer negocios de narcotráfico? Al fin y al cabo, a eso se había reducido su relación, de trágico final, con Mario Claudio el Emperador, y Youssef podía no ser mucho más que un mero intermediario de esos turcos que había mencionado el Sultán.

Pero la posibilidad de que miembros de diferentes organizaciones terroristas hicieran equipo tampoco era tan descabellada. Gabo recordaba sus últimas conversaciones con el coronel Varela y con Toni Pazos. Al final, las bandas terroristas acaban encontrándose en el camino. Vasos comunicantes. Siempre viene bien aprender los unos de los otros o comprarse y venderse material o compartir cualquier vía de financiación o de blanqueo de ingresos o sumar esfuerzos ante un enemigo común o, simplemente, un «hoy por ti y mañana por mí».

Gabo no sabía mucho de islamismo. En realidad, no sabía nada. Él no era un estudioso, como en su juventud lo había sido el Dandy, o como, en su decrepitud, aún lo seguía siendo Toni Pazos. Pero le parecía evidente que todas las organizaciones terroristas son primas hermanas. Daba igual que sean

nacionalistas, fundamentalistas, supremacistas o cuál fuera su ista. Ahí están los chicos del Norte y los muchachos del islam, sin ir más lejos. Ambos mundos, en principio tan diferentes, comparten un mismo esquema doctrinal y emocional. El paquete completo habitual: mitos y leyendas ancestrales, paraísos perdidos o por venir, lamento por opresiones históricas que da igual si son reales o imaginarias, y sugerentes promesas de una felicidad futura. Y, por supuesto, la violencia presentada como algo no deseado, un instrumento que no queda más remedio que utilizar muy a su pesar, un mal menor, la única manera que les queda de hacer frente al siempre poderoso y malvado villano de la historia, el terrible opresor, fuera quien fuese en cada caso. A partir de ahí, se decía Gabo, solo hay que sustituir Euskal Herría por el Magreb como tierra prometida, el honor de ser gudari por el de ser muyahidín y los cursos sobre uso de armas y explosivos en la Bretaña por viajes de adiestramiento a Siria. Solo cambian los escenarios y la épica. Y algún pequeño matiz, claro: nuestros malos patrios vivían aterrorizados por que los capturaran y no estaban nada dispuestos a poner en juego su integridad personal, mientras que estos otros se inmolan sin pestañear, quizá porque la promesa de noches de lujuria con vírgenes vestales es más motivadora que la del homenaje en la plaza del pueblo con un txistulari como mayor diversión. En todo caso, sota, caballo y rey. Todos convencidos de que son los elegidos para liberar a su pueblo matando al mayor número posible de supuestos enemigos y así tener una gloria efímera en los telediarios y una gloria eterna en paraísos divinos o terrenales. Así visto, concluía Gabo su reflexión, no es tan descabellado pensar que un joven yihadista radical con ambiciones económicas pueda estar compartiendo planes con un terrorista vasco regresado de un retiro dorado y hasta arriba de cash obtenido con un cargamento de droga recién colocado.

Disquisiciones inútiles, en todo caso. Solo había una conclusión indiscutible: Harri dormía plácidamente en una casa solariega de Castilla mientras él pasaba la segunda noche consecutiva en un coche dándoles una y mil vueltas a las mismas elucubraciones.

—Vamos a por él —dijo Estela.

—No. Espera.

A apenas una decena de metros, Youssef había llegado hasta una hilera de motos aparcadas y se estaba subiendo a horcajadas en una BMW de chasis negro.

—¿No vamos a cogerle?

—Aún no.

—Si le dejamos irse en la moto, es muy probable que le perdamos.

—No quiero que nadie nos vea detenerle. Solo espera.

Si Estela no protestó fue solo por no entrar en conflicto con Gabo. Llevaban juntos dentro de su Ibiza rojo algo más de tres horas. No tenían claro a quién estaban siguiendo. A un aprendiz de terrorista con ínfulas de galán de discoteca o a un delincuente común que financiaba sus vicios y aficiones trabajando de esbirro para unos indefinidos turcos. Seguían a ciegas. Y además, de mal rollo. Aquella charla solo profesional lo confirmaba. El terreno de confianza que había ido conquistando su relación parecía haberse desvanecido. Aquella última conversación inconclusa que habían tenido en el tren el día anterior parecía haberse convertido en un muro entre ambos. Habían regresado a un lugar soportable pero incómodo, a medio camino entre la desconfianza y un resquemor recíproco.

Youssef empujaba su moto hacia atrás para sacarla de la hilera.

—Ve arrancando —le dijo Gabo a Estela.

Ella condujo muy despacio hacia las motos. Youssef se ponía el casco. El Ibiza llegó a apenas tres metros de él.

—Si arranca, le perdemos —protestó de nuevo Estela a media voz.

La moto arrancó. Youssef giró el manillar para marcharse.

—Acelera y pégate a él.

Estela obedecía las órdenes de Gabo, dadas en un tono seco e impaciente, más por reflejo que por sumisión. No había tiempo para discutir cuál de los dos estaba al mando. La adrenalina le inundó, agriada por la mala leche. Ha sido un error. Me he confiado con este tipo. Sigo siendo una ingenua. Debí dejárselo claro desde el primer momento. Yo soy inspectora de Policía en activo y él solo un comisario retirado, y un borde engreído. Todo aquello deseó decir antes de presionar con el pie el acelerador lo justo para alcanzar la moto de Youssef, hasta

casi rozar su rueda trasera.

Youssef y la moto se transformaron en una fantasmagórica figura blanca, envueltos por la luz de los faros del coche. Giraron a la izquierda y avanzaron por otra calle del polígono en dirección a la carretera principal. Youssef volvió la cabeza tratando de averiguar por qué aquel coche se le arrimaba tanto.

—Mantente así —le dijo Gabo a Estela.

—¿Qué pretendes? —le preguntó ella sin apartar los ojos de delante, de la figura del motorista al que trataba de seguir muy de cerca y a la vez de no arrollarle.

La mano derecha de Youssef soltó el manillar y agitó el brazo en un claro signo de protesta, exigiéndoles que mantuvieran la distancia de seguridad. Luego aceleró para tratar de abrir un espacio entre ellos.

Gabo echó un rápido vistazo al retrovisor derecho del Ibiza. No vio ningún otro vehículo en aquella oscura calleja del polígono.

—Ahora. Tírale.

—¿Qué?

—Dale por detrás. Perderá el equilibrio.

—Pero...

—¡Hazlo, joder!

Estela, confundida, obedeció. Tan solo porque no tenía tiempo de poner en cuestión la orden ni un plan alternativo, porque estaba educada en la obediencia jerárquica y aquel cabrón de excomisario estaba sacando a relucir aquella noche maneras de militar mandón y la sorpresa la tenía aturdida.

Youssef no había llegado a alejarse lo suficiente. No tuvo tiempo de reaccionar ante la embestida del Ibiza, que le cogió por sorpresa. El coche golpeó la rueda trasera. Sin brusquedad. Un mero contacto. Suficiente para que la moto se desequilibrara y diera un brusco bandazo. Se giró en un ángulo casi recto. Como un toro de rodeo al que han dado una palmada en los cuartos traseros. Youssef salió despedido. Estela frenó en seco. La moto derrapó, sin conductor ya, hasta

chocar contra el bordillo de la acera. Gabo salió del coche y corrió hacia Youssef.

—¿Qué cojones...?

A este no le dio tiempo a terminar la pregunta. Estaba tendido boca arriba en el suelo. Su voz sonaba ahogada en el interior del casco. Una pernera del pantalón estaba desgarrada y dejaba ver una pierna en carne viva con un aparatoso bulto del tamaño de un puño tensándole la piel. Posible fractura de tibia, de peroné o de ambos. Gabo se había sacado ya la pistola de la sobaquera. Youssef no pudo terminar de hacer la pregunta porque Gabo se agachó sobre él, le hundió una rodilla en la boca del estómago y le metió el cañón de la HK en la boca a través de la abertura del casco.

Estela, tan aterrada como el propio Youssef, apagó el motor, se bajó y corrió hacia ellos.

Ni Youssef ni Estela sabían en ese momento que Gabo no había disparado su arma jamás. Por su expresión de furia desbocada, cualquiera de los dos habría apostado a que la disparaba a diario, y a menudo usando a personas como blanco.

—Joder, Gabo, ¿se puede saber lo que estás haciendo? —le gritó la inspectora.

A finales de los setenta, cuando la lucha antiterrorista empezó por fin a estructurarse mediante la creación en cada provincia vasca de un Grupo AT, y miembros de las nuevas promociones del Cuerpo General de Policía, como Gabo y sus compañeros de piso, empezaron a ser destinados al Norte, el personal policial del País Vasco aún lo formaban veteranos agentes de la Policía Armada que no se andaban con demasiados remilgos a la hora de hacer su trabajo. Eran tiempos de cambio, tiempos de nuevos comienzos y de redefinición, y principios como el imperio de la ley o la primacía del Estado de derecho, por no hablar de la imposición de lo políticamente correcto, aún estaban pendientes de madurar. Aquellos policías, duros, bregados, castigados y aún atónitos ante la barbarie de aquella banda de asesinos que habían aparecido con la decadencia del Régimen, y frustrados ante su incapacidad para frenar una sangría que iba en aumento, poco tenían que ver en sus formas y en sus procedimientos con lo que se enseñaba a los pipiolos de la Escuela de la calle Miguel Ángel.

Una práctica habitual de los veteranos era lo que llamaban subirse al monte.

Cuando detenían a uno de los malos y este se ponía farruco o se mostraba algo más resistente a los interrogatorios de lo que era habitual, lo sacaban del calabozo en mitad de la noche y le decían que iban a subirse al monte. Los malos eran formados por los suyos en un pánico cerval a la Policía. Sus sesiones de adiestramiento incluían la narración de terroríficas historias sobre torturas a los compañeros detenidos. Daba igual si todas eran reales o no. De lo que se trataba era de inculcar a los cachorros de la banda un odio visceral hacia los polis. Pero lo que se conseguía como efecto secundario, a golpe de descripciones tremendistas sobre lo que podía ocurrirles si los detenían, era imbuirles también un miedo insuperable que hacía que, en cuanto eran detenidos, confesasen sin más demora. La escasa resistencia a la presión fue siempre una especie de tara genética y hereditaria en los miembros de la banda. Pero, aun así, alguno salía a veces más bravo y desafiante y a esos se les bajaban los humos subiéndolos al monte.

La mayoría de las veces, al detenido le bastaba ver que dos agentes le sacaban del calabozo y de la comisaría y le subían a un coche sin identificación policial para que abandonara las bravuconerías y se ofreciera a contar cuanto quisieran saber antes de haber salido del casco urbano. Otros tenían algo más de aguante. Trataban de mantenerse retadores. No os creo, desafiaban a los agentes. Esto es una fanfarronada, a mí no me la dais. Pero a medida que el coche salía del núcleo de población, la duda empezaba a resquebrajarles el ánimo. Este segundo nivel de valientes solía rendirse cuando ya circulaban por algún camino vecinal, sin necesidad de esperar a llegar a destino alguno. Y luego estaban los menos, los que seguían resistiendo más allá. A los que de verdad se los subía al monte y se los bajaba del coche y se los asustaba de veras, ojos vendados, ponte de rodillas, o hablas o esto no lo cuentas, hasta quebrarles la resistencia. Comparado con lo que ocurriría pocos años después, cuando llegaron los desmanes de la guerra sucia, aquello de subirse al monte, donde a lo más que se llegaba era a algún bofetón intimidante, podría parecer una minucia. Pero a los novatos como Gabo, imbuidos de los valores de la incipiente democracia, adoctrinados en que sus placas y uniformes ya no eran símbolos de represión, sino de orden y libertad, aquello de subirse al monte, violando los más elementales derechos de los detenidos, les pareció intolerable.

Los veteranos les insistían en participar en las subidas al monte como si fuera parte de su aprendizaje, una especie de rito de iniciación. Era difícil decir que no. Lo normal era que pusieran al nuevo a conducir el coche. Tú mira, escucha y aprende, le decían, sin obligarle a intervenir en las amenazas ni en el resto de la

intimidante escenificación. Era algo repugnante. No habían jurado la Constitución ni habían elegido el destino más peligroso para dedicarse a llevar a detenidos a las afueras de las ciudades al anochecer para arrancarles información provocándoles pánico. Se enfrentaron a los veteranos. Fue Cata quien lideró la campaña. Aquello tenía que acabar. Cata, buenaza, algo regordeta, maternal, de las que las apariencias engañan, le echó más narices que el matoncillo de Javi, el sabio y un poco petulante Dandy y que todos los demás. Toda una líder. Se plantó ante los jefes y sin perder su sonrisa de hoyuelos les hizo una propuesta: si se subía a alguien al monte, debía documentarse. Igual que cualquier otra intervención policial. De esa manera, no era que se rechazase como método, quiénes eran los nuevos para cuestionar a los veteranos, por Dios, todo lo contrario, pero así aquella práctica se incorporaba a los protocolos de actuación. Una solución tan lógica como estúpida. Si aquello no era ilegal, no debería haber problema en incluirlo en el expediente de cada caso, indicando quién había sido subido al monte, durante cuánto tiempo y por quién. Una propuesta tan deliberadamente ridícula, que solo buscaba poner de manifiesto la inexistencia de argumentos defendibles para seguir manteniendo aquello, era difícil de replicar. La práctica, hasta entonces tácitamente consentida e incluso promovida por los superiores, fue prohibida de inmediato.

Para Gabo, sus dos o tres subidas al monte fueron algo más que una experiencia desagradable. Fueron una lección. Un baño de realidad. Fue la manera, al poco de llegar al Norte, de darse cuenta de cuánta ingenuidad, cuánto error, había en los argumentos que Sixto Aldama le había dado para que ambos pidieran aquel destino en los Grupos AT. No, de allí no volverían convertidos en héroes. Algún día se iría del Norte, cerraría aquella primera etapa de su carrera profesional, y ya entonces, recién llegado, supo que cuando ese momento llegase nadie iba a considerarlos unos héroes ni a él ni a sus compañeros. Eso aprendió tras participar en aquellas excursiones nocturnas, conducir el coche, escuchar a los veteranos advirtiéndole al detenido de lo que le esperaba si seguía negándose a hablar, ver cómo algunos se hacían pis encima, vomitaban, lloraban, suplicaban clemencia, aterrados por la amenaza y la incertidumbre, contaban a toda prisa lo poco que pudieran saber, inventaban, prometían dejar todo aquello, por favor, no me matéis, apelaban a madres e hijos para seguir vivos. Había ido allí destinado para convertirse en un canalla, para ensuciarse, para dejarse de sueños adolescentes de justicia y equidad, para no ser nunca más como una de esas misses cuyo mayor deseo es la paz en el mundo, para perder inocencia y ganar cinismo, para todo lo contrario de los motivos que le habían llevado a hacerse policía. Para ser como su padre.

Fue un debate recurrente en las veladas en el piso de Aiete, de esos en los que a veces se enzarzaban hasta olvidarse del parchís: dónde estaba el límite, qué estaba permitido y qué no. Una discusión clásica. De las que nunca llevan a un final, pero a las que se regresa una y otra vez para exponer siempre los mismos argumentos, mantener las mismas posiciones, saber de antemano lo que dirán los demás y no llegar a ninguna parte. Cata, idealista y a la vez con las cosas muy claras. El Dandy, con su mezcla entre lo académico y lo pragmático. Gabo, el más dubitativo. Y Javi: Amos, anda, panda de mariposas, al enemigo ni agua. ¿Quién debía marcar los límites? ¿Los jueces? ¿Fijando criterios con una asepsia de laboratorio que no pone rostro ni nombre ni pasado a los cuerpos despanzurrados por una explosión, que son incapaces de liberar su pensamiento de las ataduras de la norma y admitir que también existe la justicia poética y la divina? ¿Los políticos, siempre esclavos del prestigio personal, la autojustificación y la crítica y el rédito electoral? ¿O mejor apelar a los límites morales? ¿Delimitados por quién? ¿Por unos curas complacientes y comprensivos que reparten pecados y perdón a su capricho? ¿Por los propios policías, tentados por la soberbia de creerse a la vez dioses, jueces y verdugos? E incluso, una vez fijadas las líneas divisorias entre lo permitido y lo prohibido, ¿qué decidiría las inevitables excepciones? ¿La tesis del mal menor, del daño colateral, de la legítima defensa? Podían pasarse horas discutiendo sobre todo ello.

En aquellos primeros años, Gabo aún acudía a hospitales, tanatorios y funerales. Iba y permanecía en un segundo plano. Observaba los rostros de niños sobrepasados por el exceso de dolor, aturcidos, incapaces de entender qué hacían allí, junto al féretro de su papá, sin que nadie supiera darles una sola razón válida de por qué a su padre le habían puesto un explosivo en los bajos del coche o le habían volado la tapa de los sesos. O escuchaba el llanto desgarrado, rabioso, incontenible, de mujeres inermes ante aquella jugarreta inesperada del destino, una broma macabra, un castigo aleatorio y caprichoso, una llegada a la viudedad salvaje y anticipada. O trataba de descifrar las expresiones aturcidas de aquellos padres y madres ancianos, ajenos a todo lo que los rodeaba, incapaces de entender cómo era posible que su vida se hubiese terminado antes de morir porque el azar asesino había elegido a su hijo o hija. Acumulaba en la memoria el retrato de cada rostro y luego iba al piso de Aiete y surgía otra vez la discusión, dónde está el límite, ley y pecado, justicia y venganza, y Gabo se unía al debate sin decirles a sus compañeros que aquella conversación no servía para nada, que estaba hasta las narices de pura teoría, brindis al sol, que le fueran a hablar de límites a aquel hijo y marido y padre que acababa de hundirse en la

tierra metido en un féretro. Pero no decía eso, y Cata acababa siempre aferrándose como solución de compromiso a la seguridad que dan las normas, y el Dandy se enredaba en nosequé distinción roussoniana entre jungla y civilización, y Javi lo arreglaba todo con la enigmática sentencia «que se la pique un pollo», y él a veces se ponía del lado de uno y a veces del de otro. Hasta que en aquel rellano de escalera en Zumaya dispararon a Cata y ese disparo también terminó con esas discusiones. El Dandy, Javi y Gabo nunca volvieron a enzarzarse en el debate sobre los límites.

Gabo volvería a recordar el malestar que le producían aquellas subidas al monte. Fue cuando estaba con Marina. Jamás indagó sobre dónde ponía ella los límites. Habría sido absurdo, injusto. Marina era la persona más valiente que había conocido jamás. Y obligar a una infiltrada en la banda a definir límites habría sido tanto como señalarla con un dedo acusador. Durante los dos años que duró su relación, Gabo nunca le preguntó qué cosas tenía que hacer para ganarse la confianza de los malos. Sentía que no tenía derecho a preguntárselo. Pero había momentos extraños, momentos aislados que nunca supo interpretar. Gabo entraba en el baño de la habitación de hotel de Perpiñán y se encontraba a Marina sentada sobre la tapa del retrete, con la frente apoyada en las manos y los brazos en las rodillas, muy quieta, hasta que advertía su presencia y se apresuraba a levantarse y a sonreírle aunque en sus ojos se viese que acababa de llorar. O decidían dejar ya de repasar asuntos laborales y ella sacaba un par de cervezas del mueble bar y Gabo iba a poner en el casete una cinta de Springsteen, y ella le decía que se saltase Sherry darling y Hungry heart y las canciones más alegres, que le diese al botón de FF y que le pusiese antes de nada Point blank, y ella escuchaba aquella canción melancólica y un poco tétrica en silencio, a solas con su cerveza, como si él se hubiese ido, y no volvía a hablar ni a dirigirle siquiera la mirada hasta que aquella canción terminaba y, como el final de un exorcismo, ella suspiraba y su espíritu regresaba a la habitación, libre ya de algún demonio interior. O Gabo se despertaba en mitad de la noche, capaz de notar en sueños que ella no estaba acostada a su lado, y la encontraba de pie, de espaldas, vestida solo con la camiseta que usaba para dormir, fumando y observando la oscura nada al otro lado de la ventana, y le preguntaba «¿qué pasa, Marina?», y ella siempre contestaba que nada y se apresuraba a sonreír, y avanzaba a cuatro patas por la cama hasta plantarle un beso en la boca que conservaba el sabor salado de las lágrimas. Esos momentos, siempre cortos, siempre disimulados, siempre los asoció con ese territorio prohibido, el de los hechos secretos, las sombras, los silencios, las palabras nunca dichas en sus eternas conversaciones, qué llegaba a hacer Marina cuando estaba con los malos,

dónde ponía ella sus límites. No, él no tenía derecho a hablarle a Marina de los malditos límites legales o políticos o morales o los que fueran porque Marina vivía al otro lado de cualquiera de los límites cada minuto de su vida.

Solo es un método, argumentaron los polis veteranos cuando Cata encabezó la campaña contra las subidas al monte. Un método, sin más. Gabo era ya capaz de recordarlas con una sonrisa condescendiente. Nunca había vuelto a utilizar aquel método, menudo eufemismo, que tan mal aguantaba el reiterativo debate sobre los límites. Hasta aquella noche con Youssef Dabdelkair.

Gabo le quitó el casco de un tirón. Sin miramientos. Le agarró por la parte de atrás del cuello de la chaqueta y le lanzó contra un contenedor de basura. Youssef no opuso resistencia, temeroso de apoyar el cuerpo en la pierna rota. Estela, paralizada, contemplaba la escena a un par de metros.

Gabo se acuclilló junto a Youssef y acercó su cara a la de él. Lágrimas de dolor brotaban a borbotones de los ojos de este. Gabo cogió aire. Se prohibió flaquear. Se metió en el personaje. Al carajo con los límites.

—Harri. Gorka Landaberría —le dijo.

—No entiendo —hipó Youssef.

Gabo le apoyó el cañón de la pistola en la frente. La mano le temblaba. Apretó con fuerza el arma para que no se notara.

—Oye, no seas imbécil —le dijo casi amable—. No hagas esto difícil.

Las luces de un coche iluminaron la calle. A Gabo y Youssef los tapaba el contenedor. La moto caída y Estela apenas entraron por un segundo en el haz de luz de los faros. Tan solo quedó expuesto el Ibiza rojo junto a la acera. Nada extraño. No llamaban la atención. El coche pasó de largo.

—Venga, échame una mano. Tu casa de Brieva. Harri, ¿qué hace allí?

—No sé de qué me habla. —Los ojos de Youssef se abrían con desmesura en una expresión de terror, su voz sonaba insegura, un reguero de lágrimas y otro de mocos se encontraban bajo su nariz.

Gabo apretó los labios decepcionado. Retiró el arma de la cabeza. Youssef cogió

aire aliviado.

Le golpeó con la culata en el bulto de la pierna. Un golpe rápido, seco. Youssef aulló. Estela gritó:

—¿Estás loco?

Gabo ni siquiera la miró. Sabía que si la miraba, si apartaba por un solo instante los ojos de Youssef, ya no sería capaz de seguir.

—¿Qué está haciendo Harri en Brieva?

Ahora Youssef lloraba con desconsuelo. Se retorció de dolor. Gabo levantó la mano que sujetaba el arma.

—¡Está esperando! —se apresuró a gritar Youssef, a la vez que levantaba las manos para detener un posible golpe o para suplicar que no se lo diera.

—¿Esperando? ¿Qué es lo que espera?

—No lo sé. —Youssef trataba de contener los espasmos de llanto—. Me pidió que le dejara la casa para pasar unos días.

—¿Fue allí donde guardaba su droga hasta que la vendió?

Youssef asintió.

—¿Y a qué está esperando ahora?

—Creo que está esperando a gente.

—¿Qué gente?

—No lo sé.

Youssef cerró los ojos, consciente de que aquella respuesta era la que más cerca le situaba de recibir un nuevo culatazo. Gabo levantó otra vez la mano con la pistola. Estela se plantó ante él.

—No voy a tolerar esto, Gabo.

—Entonces, vete.

—Voy a pedir apoyo. Vamos a detenerle y a llevarle a comisaría.

Estela se sacó el móvil del bolsillo y se alejó unos pasos. Gabo trató de tragar saliva. Pero nunca había sentido la boca tan seca. Le volvió a dominar el impulso de tirar la toalla. Había visto aquello antes. Pero nunca lo había hecho. No parecía tan difícil cuando lo veía. Solo había que ser una mala bestia agresiva e insensible. Facilísimo.

—¿Cómo contactó Harri contigo? ¿En qué le has ayudado? ¿Qué está planeando?

El tiempo se le acababa. Las preguntas se sucedieron como un tiroteo. Youssef negó con la cabeza antes de decir de nuevo:

—No lo sé.

Esta vez Gabo le golpeó en la pierna tan rápido que a Youssef no le dio tiempo de evitarlo. Volvió a aullar de dolor y luego se atragantó, le dio una arcada, la cabeza le cayó a un lado como si se desmayase durante unos segundos y después volvió a llorar, con un gemido suave, chillón, un poco femenino.

—¿En qué le has ayudado?

Youssef entreabrió los ojos y Gabo vio en ellos que había renunciado a cualquier resistencia.

—Explosivos.

Estela se acercó al oír aquello. Se inclinó despacio, boquiabierta, hacia Youssef.

—¿Le has proporcionado explosivos?

—Ha sido complicado conseguir todo. Ha habido retrasos. Era difícil —dijo Youssef con una voz balbuceante, más por el dolor que por el miedo—. Quería Madre de Satán. Quería gente con mucha experiencia en elaborarlo y utilizarlo. Me pidió a los mejores. Yo no entiendo nada de eso. Por eso ha habido retrasos. Había que negociar con ellos. Turcos. Van a venir a Madrid.

Gabo sabía que solo tendría unos segundos más, que todo aquello que no le sacara en aquel momento ya no lo contaría después.

—¿Para qué?

Youssef cogió aire. Empezaba a acostumbrarse al dolor y al miedo o, al menos, empezaba a soportar ambos con una creciente entereza.

—No lo sé.

El sonido del móvil de Estela los interrumpió. Estela le mostró a Gabo el aparato antes de contestar la llamada.

—Vamos a llevárnoslo —le dijo con la determinación recuperada—. Esto tiene que parar. Le interrogaremos en comisaría.

Gabo la ignoró y miró a Youssef. Se le acababa el tiempo.

—¿Para qué? —le apremió—. ¿Para qué son los explosivos? ¿Para qué vienen esos turcos?

Youssef también le miraba y Gabo advirtió que a sus ojos había regresado la vida. Las últimas palabras de Estela le habían resucitado. Se acabó.

—Quiero un abogado.

—¿Dónde van a usar los turcos esos explosivos?

—¿Qué turcos? ¿Qué explosivos? —Youssef se dirigió por vez primera a Estela, entre cómplice y suplicante—: Quiero denunciar a este hombre.

Estela le sonrió.

—¿Qué hombre? Aquí solo estamos tú y yo.

Gabo suspiró. Se acabó, volvió a repetirse mentalmente. Conocía cómo funcionaba aquel proceso. La sorpresa, el miedo, el aturdimiento, la rendición y, después, la reacción, el regreso de la razón, la recuperación de los mecanismos de defensa, la chulería. Por eso había encogido las tripas, había desactivado su resistencia a actuar como un animal. Ahora tenía que dominarse ante la certeza

inexorable de que estaba a punto de empezar a temblarle todo el cuerpo sin control.

—¿Dónde van a actuar? —volvió a preguntar, ya sin esperanza.

Youssef, la pierna rota, el lugar de la fractura golpeado dos veces con la culata de una pistola, que hacía un segundo no podía evitar sollozar de dolor, sonrió. Ahora era su turno. Tenía la mano ganadora. Y no hay nada que dé mayor fuerza que la sensación, por pequeña que sea, de victoria tras una derrota inicial.

—Ya le he dicho a todo que no sé de qué me habla. Quiero un abogado.

Estela miró a Gabo. Con una recompuesta frialdad.

—Vete de aquí.

Estaba de pie a su lado. Gabo, aún acuclillado junto a Youssef, la ignoró y cacheó a este con rapidez. De un bolsillo interior de su chaqueta sacó una cartera y un móvil, que se guardó. Youssef fue a protestar, pero Estela le chistó. Gabo se enderezó y miró a la inspectora.

—Era necesario.

Estela evitó su mirada.

—Vete a la mierda, Gabo —le dijo Estela—. Y ahora, lárgate de aquí antes de que llegue mi gente. Más te vale que nadie pueda testificar que te ha visto junto a él si te denuncia.

Apartó a Gabo, se sacó de la cintura las esposas y se agachó hacia Youssef.

Gabo se alejó de allí andando. Se cruzó con el coche en que llegaban los dos agentes que habían estado vigilando a Youssef dentro de la discoteca, y pasaron de largo sin reparar en él.

Una vez que regresó la oscuridad, se detuvo, apoyó una mano contra la pared, agachó la cabeza y pasó varios minutos vomitando.

Se lo dijo Sixto Aldama. Para entonces, hacía ya muchos años que habían dejado de ser amigos. Desde el día del entierro de Cata, casi una década antes, nada

había vuelto a ser igual entre ellos. Las apasionadas discusiones juveniles sobre la importancia de la inteligencia o la información habían quedado atrás, como los piques entre bromas y veras sobre los polis pisamoquetas o los intercambios de consejos y recomendaciones sobre destinos o prácticas profesionales. Sixto había reclutado a Gabo para incorporarse a la Brigada en Madrid y le había ofrecido suceder en la jefatura del Grupo a Toni Pazos cuando este fue cesado, y le designó después para la delicada tarea de ser el contacto de Marina y hasta hizo la vista gorda cuando supo lo que había entre ellos. Era indudable que le apreciaba como policía. Pero nada de eso cambió la distancia insalvable que se había establecido entre los dos. Ni siquiera que le diera aquella información.

Llamó a Gabo a su despacho. Le recibió sentado detrás de su mesa, algo poco usual en él. Procuraba no marcar distancias con sus subordinados.

Probablemente, a Sixto Aldama le habría gustado ser un jefe popular, querido por los suyos, como Toni Pazos, pero no servía para ello. Demasiado introvertido, demasiado consciente de sus responsabilidades, demasiado cauteloso para permitirse la menor frivolidad. Siempre daba la sensación de vivir apesadumbrado por la carga de ese mismo poder que tanto ambicionaba. Esa mañana estaba nervioso, torpe. Gabo le incomodaba. Se conocían demasiado. Aldama sabía lo que pensaba de él. Y quizá hasta le comprendía. Pero eso no evitaba que le incomodase. Fue breve. Lo dijo mientras jugaba con un boli Bic haciéndolo girar con dos dedos, veloz como una hélice.

—Van a detenerle.

Gabo tardó en comprender. Aldama metió el boli en un portalápices de piel marrón donde ya había unos cuantos.

—Todo va a estallar. Ya habrás visto en la prensa que el escándalo está imparable. Hay quien dice que hará caer al Gobierno. Ni los jueces ni la prensa van a esperar un minuto más.

—¿A quién van a detener?

—A todos. A Javi. Él no es uno de los cabecillas, pero está metido hasta arriba.

Gabo se sentó en uno de los dos confidentes sin pedir permiso. Cuando estaban a solas, solían dejar a un lado las formalidades, los rangos y los tratamientos.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi fuente es buena, créeme.

—¿Y por qué me lo dices?

—Yo no te lo he dicho.

Apenas un par de horas más tarde, Gabo iba en coche a San Sebastián. Conducía él y el Dandy iba sentado a su lado. Por una vez, no pusieron música en todo el viaje. Ni la radio. Ni hablaron.

Se reunieron con Javi en un bar de Anoeta, una pequeña tasca futbolera decorada con retratos descoloridos de antiguos jugadores de la Real. No habían vuelto a estar juntos desde aquella otra tarde en el Café Central. Año y medio. Javi nunca había vuelto a llamarlos. Ellos sí lo habían hecho, cada vez que les tocaba subir al Norte por trabajo. Pero no se habían visto. Javi siempre ponía algún pretexto.

Estaba muy delgado. Los ojos, antes vivarachos, ahora solo eran saltones y nerviosos. Las mejillas se le habían hundido. El pelo había retrocedido y, aunque lo llevaba cortado al uno, no podía disimular que la calvicie era ya irreversible. Sorbía sin parar, como si estuviese acatarrado o padeciera un tic nervioso.

Le habían dicho que no tenía excusa, que salían de Madrid hacia arriba solo para verle.

—No tengo nada que hablar con vosotros —fue su forma de saludarlos.

Aquello les ahorró andarse con rodeos, algo que ninguno de los tres deseaba.

Gabo y el Dandy se lo expusieron a las claras. No le quedaban muchas opciones. Pringar. Huir. Eso era todo.

Javi se tapó la cara con las manos. Se quedó así durante unos instantes. Quieto, callado, la cara tapada. Luego rompió a llorar. Con un llanto de niño castigado, un llanto en el que había más de rabia por la incomprensión ajena que de arrepentimiento por los pecados propios, un llanto más lleno de nostalgia por una vida que era ya toda pasado que miedo ante un futuro en el que la suerte ya estaba echada.

—¿Y a qué venís? —les dijo cuando hubo controlado el llanto y volvió a mostrarles su cara—. ¿A ayudarme en la fuga? No me vengáis con esas, ¿vale?

Javi cogió un par de servilletas de papel, se sonó con fuerza, se echó a reír, siguió sorbiendo aire por la nariz. He matado a un hombre. La frase sonó en la cabeza de Gabo como un eco traído por una ráfaga de viento proveniente del pasado. Era la voz de aquel otro Javi, joven, bruto, impulsivo, inocentón. Asustado. Capaz aún de sentir culpa después de un desgraciado tiroteo. Un millón de años atrás, un millón de peleas, un millón de noches sin cerrar los ojos ni un segundo, un millón de chistes de leperos, un millón de rayas de coca, un millón de bares y un millón de disparos, un millón de decisiones equivocadas, un millón de muertos atrás.

—¿Dónde estabais ayer y el mes pasado y el año pasado? No me vengáis hoy, tan amigos, tan preocupados, tan predispuestos, a decirme que todo se ha ido a la mierda y que me vais a ayudar. No, no me jodáis, ¿vale?

Javi se levantó y se fue. Eso fue todo lo que duró aquel encuentro. Y después Gabo vivió otra de sus escenas de despedida de San Sebastián. Otra de las malas. El Dandy y él regresaron a Madrid esa misma noche. Dejaron atrás la ciudad y a Javi, al que nunca iban a volver a ver ninguno de los dos. Un viaje tan silencioso como el de ida. Tres pasajeros en el coche. Ellos dos y el sentimiento de culpa. Un viejo conocido. Siempre la maldita culpa, la compañera inseparable. Ahí estaba una vez más. Sentada en el asiento de atrás del coche. Un sentimiento de culpa a lo grande, culpa por no haber hecho nada para evitar las víctimas, culpa por no salvar a su amigo, dos por el precio de una, una culpa tamaño king size. A partir de entonces, la culpa tendría otro rostro más con el que presentarse. El de Javi. Jugador de parchís siempre con las fichas verdes. Por lo de que es el color de Andalucía. Ganaba más a menudo que los demás. Cata siempre mantuvo que hacía algún tipo de trampa pero nunca pudo probarlo. El tronco del Dandy. Quillo, eres más cursi que el maletín de la Señorita Pepis, le decía cuando este se acicalaba y se ponía sus blazers de niño bien con pañuelito asomando del bolsillo del pecho porque iba a salir con alguna chica. Los Chichos cantaban Quiero ser libre en un coche que apestaba a porro. Joder, Javi, como haya que salir ahora a trincar a alguno vamos a rodar por el suelo del colocón. He matado a un hombre. Es como un niño, decía de él Cata cuando se ponía peleón. Un niño muerto de miedo y de pena: he matado a un hombre. Bailaba sevillanas fatal. No tenía ningún arte. Le cabreaba que se lo dijeran. Era un bicho raro, un gaditano sin gracia bailando. Y, todo sea dicho, con apenas gracia también cuando te agotaba con su retahíla de chistes de italianos, franceses, ingleses y un lepero espabilado.

Le detuvieron, le juzgaron, fue de los que pasaron por la cárcel por todo aquello, y cuando salió, desapareció. Nunca quiso contestar las llamadas, ni recibir visitas ni volver a tener ningún contacto con ellos dos. Gabo intentó saber de él. Se volvió a su tierra. Nunca averiguó nada más concreto. Noticias difusas: que andaba mal, la maldita adicción, eso le dijeron, Proyecto Hombre, un hermano le está ayudando, poco más. Una vez consiguió un número de teléfono. Llamó. ¿Javi? Al otro lado cortaron la llamada sin decir nada.

¿Lo hiciste?

A la gente le gustaba hacer aquella pregunta en cuanto consideraba que tenía la suficiente confianza. Estela no había sido la primera. Era todo un chute de morbo. Una tentación irresistible. Menos para Dolores. No era Dolores de caer en tentaciones. Nunca se lo había preguntado. A veces Gabo pensaba que lo que más le gustaba de Dolores eran sus silencios.

La sospecha perseguiría siempre a aquellos que se dedicaron a la lucha antiterrorista durante aquellos años. Costaba creer que aquello fuese un asunto encapsulado, algo que se guisaban y se comían un grupo reducido de políticos y polis al margen de la organización policial. Y en el caso de Gabo, como del Dandy, que todos sabían que eran íntimos amigos de uno de los principales implicados, la sospecha sería aún mayor. Pero a Gabo esa sospecha le trajo siempre sin cuidado. Era solo un pequeño precio que pagar, una penitencia menor, insuficiente para expiar su culpa.

—¿Pudimos haber hecho otra cosa por él?

Se lo preguntó el Dandy años después, durante su última borrachera como compañeros de la Brigada, que también fue la última como dos polis en activo, justo antes de que ellos, que nunca se consideraron troncos pero que habían hecho juntos toda su carrera policial, también se separaran.

Gabo no le respondió porque ambos sabían que no había una respuesta única a aquella pregunta. Le resultaba extraño. Mientras él vivía esclavo de una pregunta a la que nunca lograría dar respuesta aunque supiera que iba a estar buscándola durante el resto de su vida, aquel porqué con la voz y la mirada de Marina, el resto de las personas parecían tener siempre la necesidad o, tal vez, la envidiable habilidad de reducir la vida a preguntas simples que solo admiten respuestas simples. Vuelta al sí o no, al blanco o negro, al culpable o inocente. Gabo no

sabía desenvolverse en un espacio tan estrecho y quizá por eso nunca había respondido a quienes, como Estela, habían caído en la tentación de hacerle la dichosa pregunta. ¿Lo hiciste?

Se detuvo en la acera y se dejó atravesar por la brisa de la madrugada. Se estremeció, más que tiritar, porque aquel viento nocturno parecía estar formado por infinitos alfileres fríos que se clavaban en la piel. Se sintió aún peor. Le dolía la cabeza, no podía deshacerse del regusto amargo del vómito y además se notó destemplado. Una mala costumbre esta de acabar el día vomitando, acertó a pensar. El taxi se marchó y Gabo se quedó allí quieto, como si no supiese a dónde ir aunque estaba justo enfrente del portal de su casa.

La impertinente sintonía de llamada del móvil le rescató de aquella parálisis. El sonido desentonaba con la estampa de la calle vacía, la farola lejana, la luna a medio crecer, las ventanas apagadas. Tardó en comprender lo que era hasta que por fin se sacó el aparato del bolsillo y contestó.

—La próxima vez que vayas a emplear malos tratos con un sospechoso estando conmigo, te rogaría que al menos me lo avisaras antes.

La voz de Estela le trajo a la mente la letra de aquella canción de Pink Floyd de cuando la música era buena. Fría como una cuchilla de afeitar, tensa como un torniquete. Tenían razón todos los que le decían siempre que sus gustos musicales estaban demasiado pasados de moda. Las letras de las canciones ya no decían esas cosas.

—Vamos contra reloj —dijo con el tono paciente del maestro viejo que intenta templar los ímpetus del joven pupilo, aunque sabe que no lo logrará—. Si esperamos a llevarle a comisaría, a que vaya a asistirle un abogado, a las sesiones de interrogatorios, a todo el proceso habitual, será tarde. Ya le has visto. En cuanto se ha dado cuenta de que le protegías de mí, ha cambiado por completo. Le hemos perdido. Youssef ya no aportará nada.

—Te has portado como un cerdo. Con él. Y conmigo.

Tenía frío y estaba cansado y necesitaba echarse en una cama después de dos noches sin hacerlo. Gabo cerró los ojos con fuerza. Se sintió mayor. Carácter agriado, paciencia escasa y energías justitas. Una maravilla esto de envejecer.

—Te pido disculpas, Estela. Ni siquiera lo tenía pensado de antemano. Te juro

que improvisé sobre la marcha. Se nos está acabando el tiempo con Harri.

—Ni siquiera eres ya policía, maldita sea.

—Eso te lo he recordado yo varias veces.

—Me la has jugado. Ni me consultaste ni me pediste permiso para comportarte así con Youssef. Me podría caer un marrón. Yo no actúo así, ¿sabes? Yo respeto la ley, por si no lo sabes. Incluidos los derechos de los sospechosos.

Gabo seguía con los ojos cerrados. Solo tendría que haber sacado sus llaves y haber dado unos pasos y podría haber entrado en su portal para refugiarse del frío. Pero estaba aturdido. Se sentía viejo y hartado. Se sentía fuera de sitio y de tiempo.

—No lo hice.

—¿De qué me hablas?

—No participé en aquello.

La línea quedó en silencio.

Gabo abrió los ojos y miró hacia abajo y vio sus zapatos con los cercos dejados por el vómito que le había salpicado y trató de recordar cuándo se los había manchado así, y no lo consiguió a pesar de que aún no había pasado ni una hora.

—Lo conocí, lo consentí, y quizá no debí quedarme quieto porque eso me convierte en cómplice o en encubridor. Pero no participé.

—No debí habértelo preguntado. —La voz de Estela sonó desprovista de la ira anterior—. Hoy te has portado como un animal.

—¿Me creerías si te digo que tampoco había hecho algo así antes?

—No quiero que sigamos trabajando juntos.

Gabo pensó que le gustaba aquella mujer. Demasiado tensa, sin duda. Pero tenerla al lado en una investigación hacía que se sintiese seguro. No había sido consciente hasta entonces. Le inspiraba seguridad, sí, algo que ya no sentía por sí

solo, demasiado oxidado, demasiado vulnerable, demasiado contaminado por anquilosados rencores, demasiado cegado por frustraciones enquistadas.

—Harri sigue siendo un terrorista. Ya no queda duda —dijo Estela—. Que se ocupen los de Información. Mañana le diré a Aldama que yo me quito de en medio.

—Demasiada tensión —dijo Gabo sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

—Yo creo en la ley y la justicia. ¿En qué crees tú, Gabo?

Colgó. Y pareció que se habían puesto de acuerdo en sucederse en las llamadas para reforzar el efecto dramático. Porque el móvil volvió a sonar al instante. No le dio tiempo ni de devolverlo al bolsillo. Gabo contestó sin mirar la pantalla, sin dudar de que sería Estela, a la que aún le quedaría algún reproche más por soltarle y no quería quedarse con las ganas.

—Siento llamarte a estas horas, pero sé que no estás durmiendo, que andas en una vigilancia.

La voz de Sixto Aldama sonó mucho menos tensa que la de Estela.

—Iba a acostarme ya. Puedo informarte mañana.

—Tengo una mala noticia, Gabo.

La brisa arreció hasta convertirse en un vientecillo racheado.

—Harri ha desaparecido.

¿Qué hora es ya?, pensó Gabo. ¿Las cuatro? ¿Las cinco? ¿No podía haber esperado a mañana? ¿No podía haberme dejado descansar al menos dos o tres horas? Empezaba a desvariar, porque esa fue su única reacción ante la noticia.

—Al turno de vigilancia le extrañó que al anoecer no se encendiera ninguna luz en la casa. Le habían visto entrar después de uno de sus paseos por el jardín. No tenían ninguna duda de que estaba dentro. Decidieron acercarse a eso de las doce. No detectaron movimiento. A la una me pidieron autorización para entrar. Harri no estaba.

Aldama esperó alguna reacción de Gabo, que no llegó.

—Pudo marcharse por la parte trasera al caer la noche sin ser visto desde el puesto de vigilancia. No cogió su coche. Se alejaría andando y alguien pudo recogerle en cualquier otro punto. Los agentes han registrado la casa y no han encontrado nada de interés.

Gabo siguió sin decir nada.

—Le hemos perdido —concluyó Aldama.

Gabo cortó la llamada. Se guardó el móvil en el bolsillo, levantó al cielo la mirada y contempló la luna creciente. Se llenó de aire los pulmones y lo fue soltando con pequeños resoplidos. No entró en su portal. Recorrió trescientos metros de calle solitaria y llamó al telefonillo, y una voz somnolienta preguntó quién era y él contestó soy yo, y la puerta del portal se abrió con un zumbido y subió al primer piso.

Dolores le esperaba bajo el marco de la puerta abierta.

—¿Qué ha ocurrido?

En cuanto pudo verle la cara, comprendió que no iba a darle una respuesta. Gabo se detuvo frente a ella y Dolores levantó la mano y la posó en su mejilla, en una caricia que apenas fue poco más que un leve roce, y después se hizo a un lado:

—Anda, pasa.

Gabo dejó la cartera y el móvil de Youssef Dabdelkeir encima de la mesa. Aldama echó un vistazo rápido a ambos objetos, volvió a caminar por su despacho, sin rumbo concreto, y se paró frente a la ventana, contemplando las zonas ajardinadas y una esquina del aparcamiento para las visitas del complejo policial de Canillas.

—Dabdelkeir está en el hospital. Por supuesto, se niega a hacer cualquier tipo de declaración. Y, como te puedes imaginar, niega todo lo que la inspectora Domínguez ha recogido en su informe. Dice que anoche, cuando fue detenido, él no mencionó nada de unos explosivos ni de unos turcos ni nada que se le parezca. Que su caída de la moto no fue un accidente. Que le atropelló el coche de la inspectora y que después ella y otro policía le agredieron.

—¿Ves? No consigo que nadie entienda que ya no soy policía.

Aldama ignoró aquella queja que, por una vez, pretendía ser solo una broma que rebajase la tensión.

—Es su palabra contra la de la inspectora. No me preocupa. Las denuncias por malos tratos son habituales como forma de entorpecer los procesamientos. Los jueces ya no les hacen demasiado caso si no presentan pruebas muy sólidas.

Gabo dio un sorbo del vasito de plástico que sostenía entre sus manos. El café sabía a rayos. Resultaba increíble que todo un comisario general no pudiese ofrecerle a las visitas un café servido en una taza como Dios manda. Cuando le había traído el vaso de plástico la secretaria, llegó a pensar que tal vez no ocurría eso con todas las visitas, que tal vez era a él al que el comisario general le negaba la taza de loza. Solo por fastidiar un poco. Diminutos castigos, modestas venganzas privadas. Aquella idea le pareció divertida.

—¿Qué relación crees que tiene Dabdelkeir con Harri? ¿Dos terroristas aliados? ¿Un simple empleado?

Gabo se sacó de un bolsillo un paquete de Ducados, se colocó un cigarrillo en la boca y lo encendió. Ya que se le negaba el derecho a una taza de verdad,

respondería dejando el despacho con peste a Ducados. Aldama volvió apenas la cabeza al oír el chasquido del mechero e hizo un leve gesto de reprobación. Al comisario general le preocupaban más otras cosas aquella mañana que recordarle a Gabo que hacía más de diez años que estaba prohibido fumar en edificios públicos.

—Solo es un conseguidor —le contestó tras dar una larga calada al cigarrillo—. Alguien los puso en contacto y le ha estado prestando ayuda, supongo que a cambio de una jugosa cantidad de dinero. Le dejó su casa del pueblo para guardar allí la droga hasta que la hubo vendido y para esconderse estos días. También le ha proporcionado explosivos y expertos en manipularlos. Un buen proveedor. Ha sido muy útil para Harri.

—¿Alguna idea sobre quién los puso en contacto?

Gabo negó con la cabeza.

Aldama volvió a pasearse alrededor de la silla en la que estaba sentado Gabo.

—Todo esto no suena a terrorismo yihadista... —apuntó el comisario general, que parecía pensar en voz alta más que conversar.

—Afortunadamente, no. Eso lo complicaría todo aún más. Hasta anoche no lo tenía muy claro, pero a estas alturas creo que podemos descartarlo por completo. Todo apunta a que Abujamal tenía razón: Youssef ha trabajado para Harri por dinero, no por una alianza terrorista ni nada parecido.

Aldama asintió con una fugaz expresión de alivio. Tenía cara de cansancio. No había dormido. Una noche movidita. Pero Gabo tampoco, así que no estaba como para compadecerse del comisario general. Bastante diligente había sido acudiendo a primera hora a su despacho, en cuanto le llamó diciéndole que debían verse con urgencia.

—¿Cuál es tu teoría sobre lo que planea Harri? —le preguntó Aldama.

La pregunta del millón. Gabo dio un par de caladas antes de contestar.

—Un atentado masivo, está claro. Ha vendido un cargamento de droga para tener dinero con el que comprar explosivos y pagar a cómplices como Youssef o esos misteriosos turcos. Si se tratase de un atentado contra un solo individuo no

necesitaría nada más que una pistola, ¿no?

—¿Un atentado en nombre de la banda? ¿Crees que pretende resucitarla?

—No tengo ni idea.

Aldama se acercó a una estantería que estaba detrás de su escritorio, cogió un pequeño cuenco de cerámica de Sargadelos y se apresuró a dárselo a Gabo. Pero no llegó a tiempo. La ceniza del cigarrillo le cayó en el regazo. Gabo se la sacudió con desinterés.

—El ministro no quiere que la búsqueda de Harri sea oficial aún.

Gabo dejó de palmotearse la entrepierna. Su mano quedó paralizada a mitad del gesto.

—¿Que no sea oficial? ¿Qué quieres decir con eso?

—No vamos a activar el protocolo de alerta antiterrorista. El ministro no quiere que la situación trascienda, que puedan enterarse los medios, que pueda cundir el pánico.

Gabo aplastó su cigarrillo en el cuenco que le había dado. Se levantó, le esquivó y dio unos pasos por el despacho. Se detuvo en el centro, con expresión de incredulidad.

—¿El pánico? —Se rio, pero su risa sonó como algo parecido a una tos inesperada—. Sixto, ahí fuera hay un terrorista listo para actuar. No sabemos ni cuándo ni dónde, pero tiene explosivos y va a ser muy pronto. ¿Y me dices que no queréis perseguirle oficialmente para que no cunda el pánico?

Aldama soportó el tono y la mirada. Inexpresivo. Pero Gabo le conocía lo suficiente. Sabía que siempre, hasta en los peores momentos, tenía una habilidad especial para no permitir que los demás conocieran su estado de ánimo. Una infinita capacidad de contención y disimulo. Gabo habría apostado todo lo que tenía a que en aquel instante su interior estaba en erupción. Pero no por ello iba a ponérselo fácil.

—Cumpla instrucciones, Gabo.

Aldama intentaba evitar una discusión. Pero aquellas palabras produjeron el efecto contrario al que buscaban. Gabo abrió aún más la boca, giró sobre sí mismo, extendió los brazos en un gesto que era a la vez de súplica y de rendición.

—Joder, Sixto, ¿sabes cuántas veces te he oído decir eso? Tantas que me pregunto si alguna vez has actuado conforme a tus propios criterios, si alguna vez has sido capaz de hacer algo que no fuese lamer culos.

Los dos hombres estaban de pie en un espacio diáfano entre el escritorio y un sofá con sillones dispuestos en torno a una mesita baja. Estaban tan cerca que uno podría haberle dado un puñetazo al otro sin necesidad de moverse. Y, por un momento, Gabo temió que fuese eso lo que hiciese Aldama. Le vio coger aire y apretar los puños. Cerró los ojos y esperó. Pero el puño no llegó.

—Le seguiremos persiguiendo como sospechoso de narcotráfico —dijo Aldama con el mismo tono desprovisto de emociones con el que se transmite una orden que no se desea dar—. Es más discreto e igual de eficaz. Simplemente no pondremos a ello a las unidades antiterroristas y la prensa no lo detectará.

—Es absurdo, imprudente, temerario... No sé qué más adjetivos usar.

—Es una decisión política.

—¿Política? —exclamó Gabo rodeando a Aldama, que permaneció inmóvil en el centro del despacho, los puños ya aflojados, la mirada aún gélida—. Que le den a la política, Sixto. La política es para ti y para tus ministros de mierda, ellos acostumbrados a ver la vida desde el calor de sus despachos y tú acostumbrado a responderles con un amén, Jesús.

—No sigas por ahí, Gabo.

Se miraron. Una de esas miradas que sirven para medir lo que merece la pena y lo que no. Romper o recular, hacer que todo salte por los aires o tragar, dejar que gane el orgullo o la sensatez, el interés general o el particular.

Incluso con la que estaba cayendo, Gabo no podía evitar sentir un cierto placer tocándole las narices a Sixto Aldama. Nunca lo habría admitido, porque era algo a medio camino entre infantilón y adictivo. Irritar a Sixto Aldama. Provocarle. Hacer que su maldito pulso inalterable se acelerase al menos una pulsación por

minuto. Eso ya era todo un logro. Era consciente de que se estaba portando con Sixto como un imbécil, pero no le importó. También él estaba cansado. También él aguantaba su propia presión, aunque no proviniese de ningún ministro, sino de sí mismo.

Se acercó a la ventana. Observó con interés el exterior, como si tuviese la esperanza de ver aparecer a Harri acercándose por el aparcamiento, dispuesto a entregarse, y después dijo:

—Quiero dejar esto.

—No puedes dejarlo ahora.

—Yo ya no soy policía. No debí aceptar tu petición. Me equivoqué.

—Necesito que sigas.

Gabo se volvió. Para su sorpresa, Aldama esbozaba una sonrisa conciliadora. Las sonrisas de Aldama siempre parecían quedarse a medias, como si su boca no diese más de sí, como si siempre se sintiese obligado a frenarlas a la mitad.

—¿Para qué? —protestó Gabo—. No fue una buena idea, Sixto. Ha salido todo mal.

—¿Mal? No teníamos opción. Si hubiésemos detenido a Harri sin nada de qué acusarle o si se hubiese sabido que la Policía española le vigilaba, ¿sabes cuánto habría tardado algún político o algún medio de comunicación en acusarnos de represores, de antidemócratas, de violadores de las libertades individuales, de pasarnos por el forro la presunción de inocencia o hasta de franquistas irredentos, qué sé yo?

—Si hubieses detenido a Harri cuando te lo pedí, ahora mismo no estaríamos aquí esperando a que asesine a sabe Dios cuánta gente...

Gabo fue a sentarse en la misma silla que había ocupado antes. Aldama se frotó los ojos. Los dos parecieron tomarse una tregua. Un instante para recapacitar. Fue Aldama el que lo interrumpió. Con voz de hombre al que le pesa la vida.

—Voy a jubilarme, ¿sabes? En cuanto esto termine, me voy. Y no quiero cerrar mi carrera con un atentado que no fui capaz de evitar.

—¿Me necesitas para conservar tu reputación de superpoli? —le respondió Gabo, capaz de mezclar en una sola pregunta una dosis de acidez y otra de ternura.

Aldama negó con la cabeza. Y tal vez se olvidó de las urgencias de aquella mañana y se vio de vuelta en el estanque de los patos, donde se habían encontrado la última vez, de regreso a aquella conversación en la que le habían quedado tantas cosas por decir.

—A mí también me dolía, Gabo. Cada muerto. Cada herido. Y no quiero que haya uno solo más. Todas las decisiones que he tomado a lo largo de mi carrera, las acertadas y las equivocadas, las que puedas comprender y las que no, solo buscaban evitar más muertes.

Gabo encendió otro cigarrillo. Fumó y volvió a coger el cuenquito de cerámica y contempló la colilla retorcida en su interior.

—Harri se me ha vuelto a escapar. Otra vez. He jugado con él al billar, nos hemos emborrachado juntos, nos hemos contado intimidades falsas o tal vez solo disfrazadas, nos hemos reído, nos hemos despedido estrechándonos la mano. Con una sonrisa, Sixto. Con una puta sonrisa de buenos amigos, Sixto. Harri y yo. Viejos amigos. Y luego se me ha vuelto a escapar. ¿Puedes siquiera imaginar lo imbécil que me siento?

Aldama no contestó. Rodeó su escritorio, se inclinó para abrir uno de sus cajones y sacó una carpetilla sin logo ni membrete que le entregó a Gabo.

—La mujer de Harri —le dijo—. Ayer por la tarde nos llegó el informe de la Policía colombiana que pediste.

Gabo sonrió. Aldama, siempre tan listo. Cuando estaba a punto de largarse, le ponía delante el palo con la zanahoria. Se preguntó si el informe habría llegado realmente el día anterior o si lo tenía guardado en el cajón para cuando necesitase utilizarlo como acicate.

—¿Hay algo?

—Un hermano. Detenido por ser miembro del ELN hace seis años. Aún está cumpliendo condena.

—¿Qué es eso del ELN?

—Ejército de Liberación Nacional. Otros guerrilleros. Como las FARC, para situarte. La mujer no tiene nada especial. Una chica de pueblo, de familia humilde y vida sencilla. Su hermano participó en un asalto a un cuartel de Policía. Murieron ocho personas. El hermano no es nadie importante en el ELN. Un guerrillero más. Tener a alguien así en la familia no es tan extraño en determinadas zonas de Colombia. Pero es lo único llamativo que le hemos encontrado a ella.

Gabo abrió la carpetilla. En la primera página había una fotocopia de escasa calidad de una foto de la mujer de Harri. Parecía una ampliación de una foto de carné. Apenas identificable. Pero se intuía un rostro agradable de rasgos indígenas y melena con raya en medio. Una mujer guapa, en torno a los cuarenta, desde luego bastante más joven que Harri. El amor nos hace vulnerables, pensó Gabo al mirar la foto.

—Estábamos equivocados. No son las FARC. Es el ELN quien está detrás de Harri.

—No puedes abandonar ahora.

Gabo suspiró. Hubiese querido dejarlo. No era un farol. No quería seguir. Pero no era tan ingenuo para creer que sería capaz de salir de aquel despacho y olvidarse de Harri y de todo el ejército de fantasmas y sombras que le acompañaban.

—No abandonaré. Pero con una condición.

—Adelante.

—Que la inspectora Domínguez también siga en esto.

—Cuenta con ello.

—No lo des por seguro. Habla antes con ella. Verás que no está muy contenta conmigo.

—Ya me extraña. Eres una persona tan adorable...

Por vez primera aquella mañana, los dos sonrieron a la vez.

Gabo recogió la carpeta con el informe sobre la mujer de Harri y fue hacia la puerta. Aldama se quedó mirando por la ventana.

—Otra cosita, comisario general.

—Dime.

—Quiero que sepas que esta vez será distinta a todas las anteriores. Quiero que sepas que, si se me vuelve a presentar la ocasión, esta vez le mataré.

La primera oportunidad perdida la tuvo en Argel, a comienzos del año 1989.

Desde 1987 el Gobierno y la banda mantenían un contacto intermitente en Argelia, una serie de reuniones en las que, por vez primera, se tanteaba por ambas partes la posibilidad de buscar un final negociado a veinte años de terrorismo. Pero aquellos encuentros no estaban yendo a ninguna parte. Éxitos policiales como la caída de los Comandos Madrid y Barcelona o masacres tan brutales como las del Hipercor o la casa cuartel de Vic desalentaban alternativamente a una u otra parte, de modo que las reuniones se fueron sucediendo, con interrupciones, rupturas y vueltas a empezar, dando la sensación de que se mantenían permanentemente en el punto de partida.

A Gabo aquellos asuntos le interesaban poco. Los consideraba ajenos a su labor diaria. Como le había enseñado Toni Pazos, él era un cazador. Perseguía a sus presas. Y todo lo que no fuera eso le resultaba irrelevante. Gabo no era un estratega ni un estudioso, ni afrontaba todo aquello desde una perspectiva histórica o sociológica o antropológica o política. Eso se lo dejaba a otros. Él cazaba. Y cuando cazas, solo piensas en cómo dar con la presa y abatirla, y cualquier otro pensamiento resulta secundario y entorpecedor.

Desde que abandonó los sesudos tratados y ensayos que se había tragado con avidez al comienzo de su carrera, sustituyendo las lecturas por la música de las bandas setenteras de rock como entretenimiento durante las tronchas, una vez que se convenció de que nada de todo aquello le ayudaría a revestir la violencia de una causalidad que le aportase la menor razón de ser, por pequeña que fuera, no había vuelto a contemplar el terrorismo con ojos que no fuesen los de un mero cazador. Conocía el sinfín de teorías que se habían elaborado para explicar el comportamiento de los malos y el de los políticos de uno u otro signo en su

relación con la banda. El empate infinito, el árbol y las nueces, las tomas de temperatura. Y también pasaron ante él los polimilis, la alternativa KAS, las sucesivas asambleas de la banda, donde se suponía que podían esperarse replanteamientos de su actividad criminal que luego nunca se producían. Tesis, posicionamientos, iniciativas, opciones. Gabo contempló siempre cada momento político con una enorme distancia, como el cazador contempla el paisaje desde la solitaria quietud de su puesto. Lo único que importa es pillar a los malos. Podía ser demasiado primario, un páramo intelectual, pero le daba igual. Pillar a los malos. El resto solo era eso. Paisaje.

Harri reapareció en Argel después de años sin que logran concretar su paradero. El Gobierno español había acordado con las autoridades francesas, encantadas de quitárselos de encima, que dejaran de permitir a los peces gordos de la banda permanecer en su territorio con la condición de refugiados políticos. También consiguió que varios países africanos los acogieran, y les dio a elegir a los malos entre seguir en Francia en la clandestinidad, sin ningún truco legal que les diera inmunidad frente a España, o marcharse a África, lo que les permitiría vivir en una situación menos paranoide, sometidos a un cierto control, pero a salvo de una detención imprevista.

Harri fue uno de los jefes de la banda que se acogieron a aquella opción y se trasladó a vivir en Argel. Le identificaron gracias a un incidente que nunca tuvo una explicación clara. Uno de los principales jefes de la banda, que llevaba ya algunos años deportado por los franceses en Gabón, también se había trasladado a Argelia para dirigir la estrategia de las conversaciones con el Gobierno español. Y ya que estaba allí, aprovechó para participar en la organización de un campo de entrenamiento en Medea, donde instruir en el arte del asesinato a grupos armados locales, con esa generosidad pedagógica que caracterizaba a la banda. Al parecer, estaba reparando un muro de piedra del campamento cuando este se derrumbó, un accidente doméstico menor que debería haber sido intrascendente. Pero el terrorista tuvo la mala fortuna de que las piedras le golpearan en la cabeza y le mataran. Una muerte tontorrón, demasiado carente de épica para un jefe mítico de la banda. Así que la mitología a la que los malos eran tan aficionados requería algo más. La banda anunció en un solemne comunicado que su histórico líder había muerto en un aparatoso accidente de coche, dejando entrever que se había producido cuando trataba de dar esquinazo a miembros de los servicios secretos franceses y argelinos. Y para convertir aquella versión más legendaria de su muerte en indiscutible, difundieron una fotografía de otros dos mandamases de la banda que se suponía que le

acompañaban en el vehículo accidentado, un hombre y una mujer, él con un brazo escayolado, ella con un tobillo roto. El del falso brazo escayolado de la fotografía era Harri. Así fue como Gabo volvió a verle, en aquella fotografía, tras años sin localizar su paradero. Habría otra versión de aquella muerte que pondría en duda la causa accidental. Un confidente aseguró tiempo después que el muerto discrepaba con sus compañeros sobre la estrategia que seguir en las conversaciones de Argel, que era partidario de dejar de cometer atentados que entorpeciesen el diálogo, que empezaban a considerarle demasiado blando y que algunos de los más duros, entre ellos Harri, se habían confabulado para quitárselo de en medio fingiendo una muerte accidental. Nunca se tuvo la certeza de si esto era verídico. Pero no era descartable. La fama de Harri de no andarse con remilgos a la hora de ordenar una muerte encajaba con aquella manera de solventar sus discrepancias con sus propios compañeros.

Cuando en enero de 1989 a Gabo le surgió la oportunidad de viajar a Argel, no la dejó escapar. Llevaba demasiados años intentando en vano saber dónde se escondía, recibiendo siempre datos aislados, pistas fallidas, información insuficiente, alguien le había visto, a alguien se lo habían mencionado, poco más, ni siquiera Marina pudo nunca ofrecerle nada concreto, y de pronto, ahora que parecía haber surgido de las catacumbas para dejarse ver en Argel, tenía la oportunidad de ir allí. Gabo no dudó. Las conversaciones le importaban un comino. Iban a reanudarse los contactos tras la última interrupción. Se había decidido que primero iría un mando policial para tantear el terreno, organizar una reunión preparatoria y ver si merecía la pena que algún cargo político de peso volviese a verse las caras con la banda.

El elegido para ir a tantear el terreno fue el comisario Fermín Santiso. Sixto Aldama acababa de dejar la jefatura de la Brigada Central de Información. Había sido designado para dirigir un gabinete de coordinación antiterrorista en la Secretaría de Estado de Seguridad, una unidad dedicada en exclusiva al análisis y la inteligencia, lo que a él le gustaba, sin competencias operativas como la Brigada. Los políticos pretendían por enésima vez ganar eficacia sumando y cruzando las informaciones provenientes de Policía y Guardia Civil, la tradicional, recurrente e irrealizable utopía de que ambos Cuerpos pudieran trabajar de la mano en vez de competir. Todos en la Brigada lo habían interpretado como un ascenso para Aldama, en una carrera cada vez más política y menos policial, y estaban seguros de que acabaría llevándole a ser comisario general de Información o quizá más arriba. Fermín Santiso fue nombrado sucesor de Aldama al frente de la Brigada Central de Información. En la recta

final de su carrera, era un policía experimentado, perro viejo y hombre paciente, que provenía de la Pringue, la Policía Judicial. El nombramiento de un jefe sin vinculación previa con la lucha antiterrorista era deliberado, una forma de romper con el pasado más reciente, de dejar bien claro que se apostaba por responsables policiales sin nada que ver con los escándalos, aún en plena efervescencia mediática y judicial, de la guerra sucia. Santiso, consciente de su escasa experiencia en los asuntos de Información, se apoyaba con plena confianza en los comisarios veteranos de la Brigada, como Gabo. Y cuando le designaron para ir a Argel a sentarse cara a cara con los malos, lo aceptó con abnegada resignación, pero pidió que este le acompañara. Por si surgen problemas, alegó. Aunque ni siquiera asistiera a la reunión, parecía lógico que le respaldara un comisario de refuerzo.

Santiso se vio a solas con un representante de la banda en una sala de la segunda planta de un edificio del Gobierno argelino en las afueras de la capital. El mediador local le informó de que el hombre con el que iba a reunirse había acudido acompañado de dos compañeros, pero que estos no participarían en la reunión, sino que esperarían en una sala cercana. Por si necesitaba asesoramiento o, quién sabe, por si todo era una trampa y quería salir de allí a tiros, diría luego Santiso, porque estaba claro que aquella gente andaba escasa de confianza y sobrada de manía persecutoria.

Santiso sacó una conclusión muy clara de las más de cuatro horas en que estuvo sentado frente al portavoz de la banda: era imposible llegar a ningún tipo de entendimiento. Con una cierta retranca, que delataba su origen sevillano a pesar de que una vida entera en Madrid casi le había borrado las huellas de su acento andaluz, Santiso le resumió a Gabo su charla:

—Estos tíos viven en una realidad paralela. Cuando mi nuevo amigo terrorista te habla de los problemas que ve en el País Vasco, te pinta un mundo imaginario en el que poco menos que tanques invasores patrullan las calles vigilando a una población cuya calidad de vida no es mucho mejor que en los antiguos guetos judíos, sometidos todos a unas fuerzas represoras del Estado que actúan con un ciego afán exterminador, sin miramientos jurídicos ni humanitarios. Mientras te dibuja esa fantasía, va decorando la descripción con reflexiones que recuerdan a eslóganes que no sé si son trotskistas o maoístas o qué cojones son, pero que suenan muy anticuados. Y cuando te deja hablar, que es poco, demuestra tal desconfianza que sabes que no se está creyendo ni tu deseo de buenos días al saludarle.

Nada que hacer. Tal vez pulió el sarcasmo y las exageraciones de esa versión, pero esa fue la conclusión que trasladó a los jefes. No le hicieron caso. Los políticos volverían a Argel a dar una oportunidad a la paz, como en la canción, y se volverían a casa más de acuerdo con Santiso que cuando llegaron, poniendo un final definitivo a aquellos contactos poco después.

También para Gabo fue un viaje decepcionante. Mientras Fermín Santiso estuvo reunido en aquel edificio gubernamental, Gabo le esperó sentado en un coche que recordaba el modelo original del Seat 1430, con un aire acondicionado ruidoso e insuficiente, en compañía de un agente del CESID destinado en la embajada con la poco creíble cobertura de ser un agregado cultural, y al que todo aquel asunto, sorprendentemente, parecía despertarle un mínimo interés. Aquel espía, un militar cincuentón con una actitud entre arisca y desganada, un manifiesto sobrepeso, un exceso de sudoración y un hambre insaciable, pasó las horas de espera devorando sándwiches de rúcula, pollo y salsa Perry y bebiendo unas cervezas templadas. Gabo rehusó su poco entusiasta oferta de compartir aquellos manjares y se limitó a consumir Ducados. Así lograron que, con el paso de las horas, en aquel destartalado coche se condensase una mareante mezcla de olor a tabaco, pollo y humanidad.

Gabo vio a Harri por primera vez desde la noche de Zumaya. Apenas una silueta al contraluz. Salió del edificio gubernamental junto a otro hombre y una mujer. Harri y la mujer, los mismos que habían lucido sus falsas fracturas en la foto, eran la pareja de apoyo en la reunión. Los tres terroristas se subieron a un polvoriento todoterreno que los esperaba frente a la fachada principal. Gabo los vio recorrer poco más de dos metros por la acera desde el edificio al vehículo. Apenas tres o cuatro pasos. Suficiente para reconocer a Harri. Suficiente para confirmar que su odio, sus ganas, su fijación, seguían intactos después de una década. Eso fue todo. En aquello consistió su segundo encuentro con Harri. Y su participación en las históricas conversaciones de Argel.

Fue un viaje de vuelta taciturno. Santiso le contó a Gabo su versión un poco esperpéntica de la reunión en un bar del aeropuerto mientras se bebían unas cervezas, estas frías, no como las del espía que los había llevado y despedido en la entrada de la terminal sin la menor efusión. Apenas volvieron a hablar, ni en el vuelo de Argel a Marsella ni en el de Marsella a Madrid. Nada más despegar el primero de los aviones que tenían que coger para volver a casa, se había apoderado de ambos un ánimo sombrío, un aire taciturno.

—No me hice policía para sentarme a charlar con terroristas —le había dicho Santiso a Gabo en el bar del aeropuerto.

Gabo le conocía poco, pero le pareció que aquel experimentado policía, que sin duda habría bregado en mil batallas sucias antes, se sentía aturdido, dominado por ese desasosiego triste que te invade al salir del funeral de un amigo, al romper con una novia o al pelearte con un hijo, esa sensación de que algo se te ha roto dentro y aún no sabes si lo podrás recuperar.

Gabo también se juzgó a sí mismo: seguía siendo un estúpido. ¿Qué había esperado yendo a Argel? ¿Encontrarse de frente con Harri y librar un duelo al más puro estilo del salvaje Oeste? ¿Abalanzarse sobre él, ponerle unas esposas y llevárselo a casa? ¿O tan solo tener la ocasión de preguntarle qué había sentido cuando le disparó a Cata a bocajarro? Esperaba todo eso y, a la vez, sabía de antemano que no iba a ocurrir. Y volvía a casa sintiéndose vacío y enfadado consigo mismo. Por haber creído que aquel viaje le traería consuelo, venganza, olvido, no sabía qué. Un error estúpido. Aquel viaje solo fue eso para él.

Habría otra oportunidad. Años después. Pudo haberle capturado. Pudo haberle matado. Pero tampoco esa vez lo hizo. De nuevo dejó escapar a su presa. No podía haber mayor sentimiento de frustración y de fracaso para un cazador.

Toni Pazos era un contestatario. Algunos achacaron a ese carácter protestón, y no a una fea maniobra de Sixto Aldama, que su fulgurante carrera fuese cortada de raíz a mitad de camino. Hay jefes adictos al elogio, jefes influenciados por un peloteo sutil, jefes que logran blindarse frente al halago vacío e incluso jefes que se sienten insultados en su inteligencia por el lameculos sin escrúpulos. Pero lo que no existen son jefes que soporten durante demasiado tiempo la queja. Y Pazos era un protestón incansable. Se quejaba por todo: por la definición de objetivos y las prioridades operativas, por el presupuesto, por la sobrecarga de trabajo y por la falta de trabajo, por el aire acondicionado y por la calefacción, por que se pudiera fumar en los baños pero no en el cuartucho de las fotocopias y, cuando la norma cambió tan solo para que él dejara de dar la matraca, por que se pudiera fumar en el cuartucho de las fotocopias pero no en los baños. Ese era Pazos. Tan excelente investigador como insufrible subordinado. Y quizá los de arriba, hartos de tanta reivindicación, se lo habían quitado de en medio para dejar de oírle. Pero eso no le había hecho cambiar. Seguía igual, ahora que la vida se le había reducido a aquella reclusión en un chalé donde convivía con descartes del mundo exterior como él.

Gabo fue a verle tras dejar Canillas. Uno de los amables cuidadores de los residentes les había servido té y pastas en una bandeja en el jardín. Pazos tenía desperdigados en una mesita de hierro ejemplares de los principales periódicos nacionales. En cuanto el auxiliar dejó la bandeja en la mesita, Pazos le dijo que el té sabía a pis de gato y que las pastas ya estaban fosilizadas en el Pleistoceno. Gabo probó ambas cosas por curiosidad y comprobó que no era cierto, pero prefirió no contradecirle.

Le puso al día sobre los últimos acontecimientos. Pazos le escuchó sin interrumpirle. Con expresión pensativa. Muy quieto. El sol matinal le daba de lleno y Gabo supuso que pronto se quejaría y reclamaría una sombrilla o cambiar de sitio, pero aguantó impertérrito, como si su piel hubiese perdido toda sensibilidad y ni siquiera percibiese el calor.

Resumidos los sucesos y averiguaciones, Gabo le preguntó por el explosivo que había mencionado Youssef. Pazos le contestó sin necesitar un solo segundo para pensar la respuesta.

—La Madre de Satán es el nombre del explosivo que utiliza el terrorismo islámico. Lo bautizaron así los servicios secretos israelíes. Todo un acierto de marketing el nombrecito, ¿no crees? Solo oírlo ya acojona. Científicamente se llama TAPT o peróxido de acetona, pero llamarlo así es menos emocionante. La Madre de Satán es al yihadismo lo que fueron la Goma 2 y el amonal para los nuestros. Marca de la casa. Los islamistas lo han utilizado en todos sus últimos grandes atentados con explosivos: Mánchester, París, Bruselas... Su gran ventaja es que es fácil de montar. Sus componentes pueden adquirirse en cualquier droguería porque son de uso doméstico: acetona, ácido sulfúrico, agua oxigenada... Y solo hace falta un vulgar móvil para detonarlo. Todo muy simple y con una capacidad destructora impresionante. Pero tiene un defecto. Es enormemente inestable. Un mínimo error en su manipulación y no encontrarán tus trocitos en varios kilómetros a la redonda. Requiere personas con experiencia para manejarlo. En internet puedes encontrar tutoriales para montarlo y, por supuesto, en España hay chicos yihadistas que saben hacerlo, pero, si no quieres correr riesgos y tienes dinero para pagar a los mejores profesionales, es lógico que te traigas a gente de Turquía. Es uno de los países donde los terroristas llevan más años utilizando la Madre de Satán.

Tras aquella explicación, Gabo le hizo a Pazos la misma pregunta que no hacía mucho más de una hora le había hecho Aldama a él. La pregunta del millón otra

vez. Y Toni Pazos la contestó sin el menor titubeo:

—Harri va a cometer un atentado en nombre del ELN.

—¿Por qué estás tan seguro?

Pazos sonrió con suficiencia.

—Harri no es ningún lobo solitario. No es como esos yihadistas locos que se ponen como motos visitando páginas del internet profundo y acaban echándose ellos solitos a la calle a embestir con una furgoneta o a degollar aleatoriamente a transeúntes. Harri es un terrorista veterano y sobrado de experiencia, un profesional del crimen. Sería absurdo pensar que se ha lanzado a actuar solo. Por supuesto, tiene detrás a una organización terrorista. Con la que tenga algún nexo, lo que descarta al yihadismo, por más que haya optado por utilizar su explosivo característico. Por supuesto, podría ser nuestra querida banda, si no fuera porque esta es ya más un concepto que una realidad y porque no recurriría a una vieja gloria retirada como él si decidiese volver a atentar. Entonces, ¿con qué otro grupo tiene algún vínculo? Tiene que ser colombiano. Las FARC o el ELN. De los colombianos, solo esos dos tienen envergadura para planear una acción al otro lado del océano.

—Creía que los grupos terroristas colombianos estaban en pleno proceso de paz —objetó Gabo.

—Y así es. Pero, en primer lugar, en ambas organizaciones hay facciones disidentes que no están interesadas en ningún acuerdo con el Gobierno. Les resulta más rentable seguir con los secuestros y el tráfico de droga que abandonar las armas. Y en segundo lugar, esos procesos no les impiden alguna excepción y retomar de cuando en cuando sus acciones terroristas. En esto, el ELN es menos fiable que las FARC. Aseguran que quieren negociar una paz y luego dinamitan esa negociación con un atentado llamativo. Suena familiar, ¿verdad? Por lo que me dices, Harri tiene un importante vínculo emocional con el ELN: el hermano de su querida esposa.

—El amor nos hace vulnerables.

—¿Cómo dices?

—Nada. Continúa.

Pazos alzó la barbilla hacia el sol, los ojos abiertos, porque además de no sentir el calor, tampoco parecía deslumbrarse, y se entregó a un pausado monólogo sobre el ELN, en un derroche de conocimiento que no sorprendió a Gabo, acostumbrado, desde los tiempos en que trabajaron juntos, a que Toni Pazos disfrutara alardeando de ser un sabelotodo. Empezó por los orígenes del ELN. Aquel grupo guerrillero había surgido alimentado por un batiburrillo ideológico donde cabían la revolución cubana, el marxismo y la teología de la liberación. Muchos de sus primeros líderes, allá por los 60 y los 70, habían sido curas con sobredosis de concienciación que habían cambiado el cáliz por la metralleta y, en muchos casos, habían caído defendiendo su causa. Como había ocurrido con las FARC, se fue debilitando la ideología y reforzando el ánimo de lucro. Tras años de guerrilla, con altibajos en su pulso con el Gobierno colombiano, a partir de los 90 empezó a prevalecer en la organización el interés por el rentable negocio de la droga en sustitución del altruista ímpetu revolucionario. Seguían cometiendo sabotajes a instalaciones públicas, asaltos a cuarteles policiales, secuestros y asesinatos selectivos, pero lo simultaneaban con la gestión de una próspera red de narcotráfico. Periódicamente reabrían una negociación con el Gobierno, siguiendo los pasos de las FARC, para la paz y la reintegración social, pero también periódicamente hacían una demostración de fuerza, como la reciente voladura de una escuela de cadetes policiales en Bogotá, donde se habían cobrado una veintena de víctimas mortales.

—Al ELN no le resulta complicado proporcionar a Harri un cargamento de coca y ayudarle a introducirlo en España para venderlo por sus canales habituales y financiar un atentado. Y no olvides que un atentado en España es un viejo sueño de las organizaciones terroristas colombianas. Todo un golpe de efecto de alcance internacional. Tendría sentido que el ELN se hubiese propuesto hacerlo. Con ello, llevaría a cabo una acción que las FARC siempre desearon y nunca lograron cometer. El ELN lanzaría un claro mensaje al Gobierno colombiano: somos tan peligrosos o más que las FARC, nada de mindundearnos, más os vale ser sumisos y generosos si queréis negociar la paz con nosotros. Y la participación de un experimentado terrorista español les viene de maravilla. Harri es para ellos un fichaje de lujo. Le habrán ofrecido una fortuna por venir a cometer el atentado.

Gabo le observaba fascinado. Dentro de aquel viejo pellejudo, con una piel tan seca e inmune al calor como la de un lagarto, sonrisa pícara de dientes amarilleados por todos aquellos años de empaparlos en bebidas que le habían corroído la dentadura y el alma, ojillos que a ratos eran de zorro astuto y a ratos

de perrillo apaleado, carácter indomable e inteligencia intacta, se escondía aún Toni Pazos, el policía entusiasta del que lo había aprendido casi todo. Era el de siempre. Devoraba información, la procesaba mentalmente, la pasaba por el filtro de una entrenada intuición y llegaba a conclusiones con escaso margen de error.

—No ves ninguna posibilidad de que se trate solo de delincuencia común —le dijo Gabo, sin mucha fe, más resumiendo que preguntando—. Primero venta de droga y después algún tipo de ajuste de cuentas con explosivos.

Pazos se rio con una risita de pícaro burlón.

—Por supuesto que no. Los narcos colombianos comunes, como tú dices, no planean crímenes utilizando la Madre de Satán ni contratan a expertos turcos en manipulación de explosivos.

Pazos cogió una de las pastas, royó el borde y escupió las miguitas con un gesto de desaprobarción.

—Te repito lo mismo que la última vez que nos vimos. Hemos avanzado. Ya sabemos para quién trabaja Harri, que va a utilizar explosivos y que le ayudan unos turcos. No está nada mal. Pero nos sigue faltando lo fundamental, lo único que importa ya si queremos evitar que haya muertes: averiguar cuál es el objetivo.

A Gabo le gustaba oír a Pazos utilizando la primera persona del plural. En aquella mañana que había comenzado sumido en el desaliento, el pesimismo y el miedo, saber que aquel viejo recalentado por el sol estaba en el mismo barco que él era lo único que le hacía recuperar un mínimo de esperanza.

—¿Para qué crees que dejó Harri el hotel Alpes y se fue a la casa de Brieva? —le preguntó dispuesto a sacarle todo el partido a su capacidad deductiva.

—Me imagino que iba a encontrarse allí con esos artificieros turcos.

—Pero la Policía ha entrado ya en la casa y allí no había rastro alguno de explosivos.

—Entonces, está claro que tiene otra guarida. Tal vez llegó para eso a Brieva, pero descubrió que le vigilabais y se largó. Ni lo sé ni me importa. Estamos en

un punto en que no podemos perder tiempo en cuestiones secundarias. El atentado se va a cometer muy pronto. Estoy seguro. Debemos concentrar todo el esfuerzo en descubrir el objetivo.

Pazos cogió los periódicos desperdigados por la mesita. Los apiló con cuidado.

—Desde que viniste a verme, he estado tratando de dar con ello a través de la prensa. —Con un giro de muñeca, tiró la pila al césped. Se rio como un pequeño pillo—. La prensa diaria no nos dará la respuesta. Necesito algo más.

—Dime qué necesitas.

Los ojos acuosos de Pazos brillaron al abrirse y recibir de lleno los rayos del sol.

—La ventana que te abre los ojos hacia la totalidad del universo —dijo muy teatral, poniendo tono de gran hechicero declamando un sortilegio—. Necesito lo que estos cabrones me quitaron.

Gabo sonrió receloso. Pazos podía estar refiriéndose a dos cosas, pensó. Una sería el whisky. Confió en que fuese la otra.

Por suerte, lo era:

—¡Internet!

Cumplo instrucciones. Aquellas palabras le vinieron a la cabeza mientras conducía de vuelta a Madrid desde Pinto, donde estaba la residencia de Toni Pazos. La capital acababa de aparecer ante sus ojos tras un repecho de la carretera de Andalucía. No era una de sus estampas más atractivas, tan solo un perfil de edificios apelonados sin encanto, esos estilos contrapuestos de construcciones de pueblo próspero y de urbe cosmopolita que se combinan en muchas zonas de Madrid sin orden ni concierto, entremezclando las diferentes etapas de crecimiento de la ciudad. Miles de habitantes. Millones. Y en algún sitio, en cualquier momento, alguien sacaría a pasear a la Madre de Satán y volvería a sembrar de muerte y destrucción sus calles. Y Sixto Aldama, comisario general de Información, sabiéndolo, había decidido no activar la alerta antiterrorista. Cumplir instrucciones. De una u otra manera, toda su carrera profesional parecía haber sido una sucesión de encontronazos con Sixto Aldama. A veces, era capaz de admitir que quizá no había sido justo con él, que culparle de todo le servía como excusa para justificar sus propios errores y pecados. Otras

veces, pensaba, no le odiaba lo suficiente.

Cumplo instrucciones. Esas palabras no eran las pronunciadas esa misma mañana en el despacho de Canillas. Le llegaban desde mucho más lejos, en un bucle reiterativo en el que todo parecía repetido, el día de la marmota, un ciclo sin final en que se repetían situaciones y palabras antes dichas. Y aquellas le llevaban de vuelta a 1992.

Los primeros años de la década de los 90 no habían sido fáciles para la Policía en la lucha antiterrorista. Llegó otra etapa de sequía de las que ponían de los nervios a los jefes políticos. Los escándalos de la guerra sucia, la ausencia de éxitos llamativos que los compensaran, la sensación de que la relación con la banda se había convertido en un monótono peloteo, crimen, detención, detención, crimen, sin ningún posible final a la vista, todo ello hacía mella en el ánimo de los miembros de la Brigada.

En el 92, mientras los españoles celebraban con euforia Expo y Olimpiadas, Gabo andaba metido en una operación en apariencia menor. Uno de esos hilos que tenían pinta de no llevar a ninguna parte, pero de los que uno tiraba a falta de nada mejor. Acababa de montar un seguimiento a un par de hermanos de Bilbao, propietarios de una pequeña empresa de construcción que llevaba obras menores a ambos lados de la frontera con Francia, unos empresarios modestos pero prósperos, de ideología abiertamente abertzale, que habían atraído la atención de los polis. Recopilaban información sobre sus hábitos de vida: identificación de las personas con las que se veían en tabernas y restaurantes, listado de las matrículas de los vehículos de la empresa, comprobación de antecedentes de sus empleados, rutinas de viajes y hoteles. Lo habitual, sin ningún hallazgo relevante.

Pero Gabo recibió una llamada sorprendente de Sixto Aldama. Saltándose a Santiso, le dio una instrucción: debía abandonar el seguimiento de aquellos dos hermanos y entregarle el expediente sobre ellos. Gabo le impuso dos condiciones: que informase de la petición a su jefe directo, que era Fermín Santiso, sin pretender puentearle como estaba haciendo, y que le explicase el porqué.

—Tu gente está interfiriendo en una operación de la Guardia Civil —fue la explicación de Aldama.

—¿Qué significa interfiriendo?

—Os estáis solapando. Los dos Cuerpos estáis investigando a las mismas personas.

—Entendido. Pues que se retiren ellos, que nos pasen lo que tengan y ya seguimos nosotros.

Aldama llamó a Santiso y le transmitió la orden de que Gabo abandonase aquel seguimiento y le enviara la información disponible.

Gabo nunca había entrado en las frecuentes pugnas corporativas. Pero le irritó que fuera Aldama quien hiciese de árbitro en aquella y, encima, beneficiando al Cuerpo que no era el suyo. Llamó al coronel Varela. Como tantas otras veces, quedaron a comer en un discreto restaurante de El Pardo. Gabo le contó lo que tenía sobre aquellos dos hermanos. No era demasiado. En todo caso, en la carpeta que envió a Aldama no incluyó ni la mitad de la información que le pasó al coronel. Si tenía que cederla, al menos elegiría a quién pasársela.

Apenas tres meses después, el coronel Varela dirigió la operación que permitió detener a la cúpula de la banda en la localidad francesa de Bidart. El hilo inicial que la acabó propiciando fue el seguimiento de los dos hermanos bilbaínos. La sequía de éxitos llegó a su fin con el mayor golpe dado jamás a la organización terrorista. La banda nunca volvería a ser la misma. Su decadencia comenzaría con la operación de Bidart, aunque aún quedara mucha sangre por derramar. A partir de entonces, empezaron a sucederse al frente de la banda cabecillas que iban siendo detenidos en plazos cada vez más breves, lo que contribuyó a una mayor vulnerabilidad de los terroristas y a su progresivo debilitamiento. Y la Guardia Civil desplazó definitivamente a la Policía como el cuerpo con mayor protagonismo y mayor respaldo político y social en la lucha antiterrorista.

Una vez más, Gabo se encaró con Aldama. No entendía cómo habían podido arrebatarse a una Policía necesitada de recuperar el ánimo y el prestigio una operación como aquella. Decisión política, le respondió Aldama. Su escudo favorito. Los jefes habían optado por la Guardia Civil, que en aquel momento, justo antes de que esta también se viera sacudida por sus propios escándalos, les inspiraba una mayor confianza. Aldama se protegió detrás de su comfortable mantra:

—Cumpló instrucciones.

Aquella decisión los separó durante más de cuatro años. Gabo y Aldama continuaron cada uno a lo suyo, procurando no coincidir más allá de lo imprescindible. Lograron esquivarse hasta 1997. Durante aquellos años, frente a los atentados masivos de antaño, la banda pareció optar por las víctimas individuales de impacto. Nombres relevantes que los mantuvieron en la primera página de los periódicos. Hasta que cometieron lo que, a juicio de Gabo, fue su error definitivo.

En el 97 secuestraron a aquel joven concejal de Ermua, Miguel Ángel Blanco, amenazando con que le ejecutarían en cuarenta y ocho horas si no obtenían determinadas concesiones con los presos. Y el final de la banda se aceleró.

Al atardecer del viernes 11 de julio de 1997, Gabo estaba encendiendo un Ducados en lo más alto de la escalinata de entrada al palacete del paseo de la Castellana donde tenía su despacho el ministro del Interior. Nunca antes había estado allí. Siempre se había mantenido lo más alejado posible de los políticos. Pero aquel día desesperado el ministro del Interior le había pedido a Sixto Aldama, asentado ya como un peso pesado en los despachos de ese mismo palacete, que convocase a una reunión de urgencia a quienes considerase los mejores conocedores de la banda, daba igual su Cuerpo o rango. Necesitaba escuchar opiniones y recibir sugerencias urgentes en aquella cuenta atrás que habían marcado los terroristas.

Gabo se había sentido incómodo en la sala de reuniones del ministro. Estaba sentado junto a Aldama y Santiso, el coronel Varela y un par de marciales generales de la Guardia Civil. Todos fueron interviniendo. Expusieron posibles acciones: operativos urgentes de búsqueda, gestiones políticas, gestiones con presos de la banda, de todo. Intentaban abrir algún resquicio a la esperanza que rebajara la angustia. El ministro los escuchaba en silencio. Gabo solo le había visto antes en fotos e imágenes de televisión y ahora, en persona, con la expresión agarrotada por la tensión, a aquel hombre parecían haberle caído encima veinte años en un día. Cuando solo quedaba él por hablar, el ministro le miró.

—Usted no ha dicho nada.

El ministro pilló a Gabo por sorpresa. Titubeó.

—Quiero escuchar la opinión de todos los presentes —le instó el ministro.

Todos los asistentes a la reunión le estaban mirando. Aquel no era su mundo. Él no sabía administrar eufemismos ni sutilezas.

—Le van a matar.

El ministro palideció otro poco más.

—¿Eso cree? ¿Sin más? ¿Sin ningún matiz?

—Siento que así sea. Pero es como funcionan. Dar marcha atrás sería una derrota intolerable para ellos. Le van a matar.

Hubo alguna fugaz mirada de desaprobación, como si admitir algo así fuera una deshonra o una forma de claudicar. Pero las palabras de Gabo solo estaban anegadas de tristeza, no de rendición.

El ministro bajó los ojos y un doloroso silencio recorrió aquella sala.

Después, mientras encendía el cigarrillo a la entrada del palacete, Gabo vio las riadas de gente que caminaban por la Castellana para unirse a la manifestación en la que se pediría a la banda que no asesinara al concejal. Desde aquella altura, podía ver los rostros de personas de todas las edades, las miradas llenas de esperanza ingenua. Somos miles, millones, tendrán que escucharnos, no le matarán. Gabo sufrió con anticipación la desilusión colectiva, el dolor compartido de todo un país. Pero también comprendió, viendo aquella marea humana que corría a unirse para intentar salvar una vida, que a partir de aquel día ya no habría ni silencio ni miedo, que ya no seguirían atreviéndose a sacar pecho en las calles los que sentían simpatía o comprensión por aquellos verdugos. En aquella escalera, mientras fumaba un Ducados, supo que nada volvería a ser igual. Y la tarde del día siguiente, en las oficinas de la Brigada, cuando oyó que Santiso salía de su despacho y se volvió a mirarle y le vio decir a todos los presentes que había noticias, Gabo supo que ya había ocurrido lo inevitable. Aquel muchacho había sido asesinado y, con ello, la banda se había suicidado.

Sixto Aldama le llamó por teléfono una semana después. Le dijo que debía haber impresionado al ministro porque le había pedido que le reclutara. Quería que se incorporara al equipo que dirigía Aldama en la Secretaría de Estado de Seguridad. Aldama se lo comunicó con un tono impersonal, sin dejar ver si a él le gustaba la idea.

—¿De verdad quieres que trabaje contigo?

Gabo se rio por lo absurdo. A Aldama le pilló desprevenido aquella risa. Corrió a buscar refugio:

—Cumplo instrucciones.

Gabo jamás habría aceptado semejante oferta. Pero aquella frase le hizo contestar:

—Que te jodan, Sixto.

La siguiente vez que Gabo y Aldama volvieron a hablar fue muchos años después. Cuando Sixto Aldama, ya comisario general, se presentó en la comisaría en la que Gabo estaba detenido por haberle partido la cara a un ucraniano borracho y él le dio una fotografía y le dijo que Harri había vuelto a España y que necesitaba su ayuda para averiguar por qué.

Ahora, mientras conducía hacia Madrid, mientras le aterraba pensar en lo que podía ocurrir en cualquier momento, aquellas odiadas palabras martilleaban su mente. Y se preguntó si no habría sido mejor que hubiese hecho eso toda su vida. Cumplir instrucciones. Sin cuestionarse nada. Sin tener que elegir. Tal vez así no habría dedicado después tantas horas a rebozarse en la autocompasión y la autoindulgencia. De pronto, le sonó tentador.

—¿Puedes acelerar un poco, por Dios? Tenemos trabajo que hacer y a este paso no vamos a llegar nunca.

Esa era otra opción. Gabo sonrió al pensarlo. Ser un quejica. Una buena forma de protegerte ante todo. Otro tipo de escudo. Tan sólido como cumplir instrucciones. Mucho mejor que entregarse al poco consolador vicio de la autocomplacencia.

Gabo miró a Pazos, sentado a su lado en el coche.

—Ya no eres mi jefe. Si te pones muy pesado, pararé el coche y te dejaré en el arcén —le advirtió.

Dolores abrió la puerta de su piso y se hizo a un lado. Pazos entró primero. Le echó un apreciativo vistazo de arriba abajo sin disimulo y meneó la cabeza en un

resignado gesto de renuncia. Cuando Gabo pasó junto a Dolores, pronunció sin emitir sonido alguno «gracias».

Una vez dentro los tres, Gabo hizo las presentaciones.

—Está todo listo —dijo después Dolores señalando una mesa que había traído de la cocina hasta el pequeño salón. En ella había un ordenador portátil con la tapa levantada y un ratón y una pequeña impresora conectados a él—. Lo que me has pedido.

Gabo llevaba en la mano la bolsa de deporte con la muda de ropa, el pijama y el neceser de Pazos. Atravesó el salón para dejarla en el dormitorio. No le pareció que Dolores estuviese contrariada por aquel favor. Dolores no era de andarse con remilgos. Si no hubiese querido meter a Pazos en su casa, se lo habría dicho sin rodeos. Pero cuando la llamó desde la residencia y le pidió que acogiese a Pazos argumentando que él probablemente no podría ocuparse, aceptó sin poner la menor pega. Esa era de las cosas que le gustaban de Dolores. Sabía que podía contar con ella. Fiable. No era un calificativo muy romántico para describirla, pero sí muy cierto.

—Si no estuviese ocupado, la invitaba a cenar y tomar una copa esta noche —le dijo Pazos a Dolores cuando se quedaron solos en el salón. Ella rio halagada.

No había costado lograr que el gerente de la residencia firmara el permiso de salida. Al fin y al cabo, Pazos no estaba allí recluido, sino alojado de manera voluntaria. A pesar de que debía ser un familiar quien se hiciese cargo, la posibilidad de librarse, aunque solo fuera por un par de días, del protestón de Toni Pazos debía ser demasiado apetecible como para ponerse tiquismiquis. El gerente fingió con bastante solvencia que, aunque le costaba, estaba dispuesto a hacer una excepción y permitir que se marchara bajo la responsabilidad de Gabo, aunque no los uniera parentesco alguno.

Pazos se sentó en la silla de cocina que Dolores había colocado frente al ordenador. Meneó el cuerpo, como si necesitase adaptar los huesos al asiento, y estiró su mano de gruesas venas amoratadas y dedos largos y huesudos para posarla sobre el ratón con la misma expresión de placer anticipado que si fuese a tocar el más hermoso de los cuerpos.

—Lo he echado de menos... —susurró con ansia de adicto—. Estos botones te dan acceso al mundo.

—¿Cuánto tiempo dirías que tenemos? —le preguntó Gabo.

—Ninguno. Ocurrirá en cualquier momento.

—¿Y cuánto crees que puedes tardar en averiguar su objetivo? —le preguntó Gabo aun sabiendo que no existía respuesta posible.

Pero Pazos tampoco titubeó:

—Si paras de hacerme preguntas y me dejas ponerme a navegar, poco.

Dolores se aguantó la risa.

—¿Puedo ofrecerle algo? —le preguntó.

—¿Una visita de Jack Daniels?

—Mejor iré a preparar un poco de café.

Dolores se fue a la cocina. Gabo salió tras ella. Y Pazos estiró su dedo índice derecho y, con la delicadeza de un amante, apretó el botón de encendido del ordenador.

La segunda oportunidad tardaría diez años en llegar. Gabo volvería a ver a Harri en 1998, en Santo Domingo.

Después de que el Gobierno pusiera punto final a las infructuosas conversaciones de Argel, los miembros de la banda que habían participado en ellas fueron deportados al país caribeño. Harri fue uno de ellos. Las autoridades españolas los mantendrían allí localizados. Intocables como refugiados políticos, pero siempre bajo vigilancia. Una vida de presos sin prisión o de hombres libres sin libertad que acabaría por desesperarlos. Incluso uno de ellos terminó tirando la toalla y entregándose a la Policía española, recibiendo un trato de favor a cambio de confesar todo lo que sabía de la banda. El resto, tres hombres y dos mujeres, vegetaron en aquel exilio tratando de mantener un cierto estatus de mando dentro de la banda desde la distancia, pero devorados por el aburrimiento de una vida en exceso acotada. A finales de los 90 los Gobiernos dominicano y español abrieron una negociación para la entrega de los cinco terroristas. En 1998 los dominicanos aceptaron por fin entregarlos. Fermín Santiso, que seguía al frente de la Brigada Central de Información, aunque estaba ya contando los

días que le faltaban para jubilarse, puso a su hombre más veterano al frente del operativo de entrega.

Fue todo rápido e inesperado. Tras meses de frustrantes negociaciones con el Gobierno de Leonel Fernández, este comunicó que estaban dispuestos a poner a disposición de la Policía española a los terroristas. Con una condición: que la operación se llevase a cabo en cuarenta y ocho horas para evitar cualquier reacción mediática. Un lunes por la mañana Gabo iniciaba una semana de trabajo en la que no esperaba especiales sobresaltos y ese mismo miércoles estaba aterrizando en la República Dominicana para traerse a España a cinco terroristas, entre ellos a Harri.

Ya entonces se sentía como un viejo dinosaurio a pesar de que aún estaba en la mitad del camino hacia los cincuenta. Seguía en la Brigada, siendo lo de siempre, un cazador, en un destino que no se correspondía con su rango de comisario, cosa que le traía sin cuidado. Sabía que para muchos de sus antiguos compañeros y, sobre todo, para los policías jóvenes que se iban incorporando a la Brigada se había convertido en un personaje peculiar, un tipo pintoresco. Anclado en el mismo destino año tras año. Dirigiendo interrogatorios y seguimientos, sin ambición de ascensos, sin interés en ningún tipo de reconocimiento. Lo único que importa es pillar a los malos. Los nuevos ya no se repetían unos a otros como una contraseña secreta la vieja máxima creada por Toni Pazos. Ahora pasaban algún tiempo destinados en la Brigada y se marchaban en cuanto les surgía la oportunidad de un destino con mejor horario o sueldo o cercanía a sus domicilios. Las motivaciones habían cambiado. Gabo se sabía diferente al resto. Vieja escuela, vieja gloria. Ese era él. El tipo que desarticuló a los Comandos Madrid y Barcelona hacía un millón de años. ¿Sabes que ahí donde le ves, tan serio y tan soso, cuentan que anduvo liado con una infiltrada?, cuchicheaban en aquel baño y en aquel cuarto de fotocopias en los que ya no se podía fumar. Sí, soy yo, le daban ganas de decir cuando por alguna casualidad llegaban a sus oídos los rumores. La amé hace un millón de años y la he echado de menos cada día desde entonces. Le respetaban, le pedían ayuda y consejo, su criterio iba a misa, pero a sus espaldas se preguntaban por qué seguía allí, persiguiendo a malos uno a uno, un bicho raro, un poco obsesivo. Lo único que importa es pillar a los malos, aún se lo decía a los nuevos cuando estaba de buen humor y ellos asentían, pero luego, cuando se daba la vuelta, ellos seguían hablando de cuándo consolidarían el siguiente trienio, de cuántos días de permiso para asuntos propios les quedaban aún ese año o de cuándo tocaba el próximo puente. Otros tiempos.

Santiso le designó para ocuparse de la operación de Santo Domingo. Gabo voló en un avión militar que despegó de la base de Cuatro Vientos, en Getafe, junto a otros cuatro agentes. En el aeropuerto de Santo Domingo los recibió un diplomático de la Embajada española, un joven de talla diminuta, perdido en el interior de un traje que le quedaba absurdamente grande, de voz aflautada y andares saltarines. Una furgoneta de cristales tintados los esperaba a pie de pista para llevarlos a su hotel. Nada más arrancar, el diplomático le dio a Gabo una información sorprendente: el Gobierno dominicano solo entregaría a tres de los cinco terroristas acogidos en el país. Gabo preguntó por qué. El diplomático se encogió de hombros. Le preguntó a cuáles de los cinco les entregarían. La respuesta volvió a ser un encogimiento de hombros. Cosa rara en él, Gabo no se molestó en controlar ni en disimular su ira. Se puso como una fiera. Dijo que aquella no era la información que él tenía, que no era ese el compromiso político alcanzado, que exigiría una explicación a las autoridades del país.

Se instalaron en el hotel. La entrega se produciría al amanecer del día siguiente. Podían descansar hasta entonces.

Gabo apenas aguantó unos minutos en su habitación. Salió a la calle a fumar un cigarrillo. Necesitaba estirar las piernas y respirar aire libre tras las horas de avión y las malas noticias.

No fue algo que tuviera pensado. Cuatro taxis amarillos esperaban aparcados en fila en la esquina de la misma manzana del hotel. Gabo conocía la dirección de la casa donde vivían los terroristas. Cuando llegaron a Santo Domingo se habían alojado en un bloque de apartamentos en el centro de la ciudad. Pero los vecinos averiguaron quiénes eran y protestaron a las autoridades. Tenían miedo de que esos servicios secretos españoles, o lo que fuera, de los que hablaba la prensa y que mataban a los terroristas, aparecieran por el edificio y, dado que tenían fama de equivocarse a menudo sus objetivos, le pasara algo a algún inocente. Buscaron un chalé en una zona residencial de las afueras para trasladar a los terroristas. Y allí fue a donde Gabo le pidió al taxista que le llevara.

Cuando llegó, se mantuvo a una distancia prudencial. Dejó el taxi y paseó por la calle, bajo la sombra de un palmeral, fumando y observando aquella casa de una sola planta, de color arena claro, el mismo color del murete de poco más de un metro que la rodeaba. Durante bastante rato no vio movimiento alguno. Llevaba ya más de una hora deambulando por allí, sin saber qué buscaba al haberse dejado llevar por aquel impulso, cuando la puerta se abrió y salió un hombre. Se

puso a pasear por el jardín y encendió un cigarrillo. Igual que muchos años después pasearía por otra parcela semejante, a las afueras de un pueblo castellano llamado Brieva.

Aquella fue la segunda vez que Gabo vio a Harri tras la noche de Zumaya. Trescientos metros de distancia entre ellos. Dos hombres fumando. Pudo haberle capturado. Pudo haberle matado. Al diablo los compromisos internacionales. Daba igual el escándalo político o lo que fuese de él después. Un disparo y fijación superada. Pero no lo hizo. Tan solo le observó. Y esta vez no iba a sentirse estúpido, como diez años antes en Argel. No sintió frustración ni impotencia ni rabia. Su pulso no se alteró. No perdió esa calma que le invadía siempre en las situaciones más complicadas. No sintió nada de lo que debería haber sentido.

Se sintió solo. Nada más.

Ya no quedaba nadie. Solo él, en aquella calle polvorienta y sin aceras de las afueras de Santo Domingo, simulando ser un tipo que pululaba por allí, ocioso al final de la jornada. Un hombre solo sin nada que hacer. Fuera de lugar. La soledad duele. No hacía mucho que había averiguado que Marina se había casado y había tenido su primer hijo en la otra punta del mundo. Cata y Javi se habían quedado en el camino. Toni Pazos ahogaba en whisky su propia soledad. Varela ya había sufrido el ictus cruel. Hasta Aldama, al que tanto le reconfortaba odiar, estaba alejado de su vida diaria.

El Dandy lo había dejado hacía algunos meses. Un día, sin previo aviso, cuando salían juntos de las oficinas de la Brigada para irse a casa, le había insistido a Gabo para que fueran a tomarse algo a uno de aquellos bares a donde solía llevarlos años atrás Pazos, cuando su afición al whisky era aún solo un desahogo y no una condena. El Dandy pidió un par de copas en la barra y se lo dijo:

—Me voy.

Gabo siempre había pensado que el Dandy nunca había vuelto a ser el mismo tras lo de Javi. Vivía con el lastre de pensar que le había fallado a su tronco, que no había sabido rescatarle, que era en parte responsable de que aquel gaditano cabezota y tocahuevos hubiera acabado en una celda.

El Dandy se fue como siempre hizo todo. Con estilo. Tenía una oferta para ser el director de seguridad de uno de los principales bancos de España. Iba a forrarse.

Por fin podría permitirse ser un dandi de verdad. Eso le respondió Gabo cuando él le dio la noticia casi con vergüenza, con sensación de culpa y de traición. A la mierda con todo esto, le dijo Gabo antes de darle un abrazo. Al menos había un final feliz para alguno, que ya era hora.

Uno no crece ni envejece poco a poco, día a día. La vida pasa a saltos. Un día te acuestas siendo un niño y a la mañana siguiente tus rasgos se han desproporcionado y tu cuerpo se ha estirado y ya eres un adolescente. Un día te acuestas siendo un adulto y a la mañana siguiente te duelen todos los huesos y te falla la memoria y ya eres un anciano. La vida avanza a trompicones. Y lo mismo ocurre con algunas decisiones. No llegan tras una pausada cadencia de reflexiones, sino que brotan de golpe. Un día no eres siquiera consciente de que hay algo que te ronda hace tiempo la cabeza y al día siguiente te sorprende descubrir que has tomado una decisión. Eso le ocurrió a Gabo aquella tarde, en un lugar tan imprevisible como una calle de Santo Domingo, con su fijación a trescientos metros de él. De golpe descubrió que ya lo había decidido.

Había llegado el momento de dejarlo.

Harri no fue uno de los tres terroristas que entregaron las autoridades dominicanas. Seguiría aún algún tiempo en aquella casa. Hasta que desapareció. Le localizarían unos años después en Venezuela. Gabo y los agentes de apoyo regresaron a España en el mismo avión militar en que llegaron veinticuatro horas antes, acompañados por los tres terroristas. Nunca sabrían por qué solo fueron entregados tres de los cinco ni cuál fue el criterio de selección.

Su decisión, descubierta mientras observaba a Harri, no cambió al volver a España. Era el único actor sobre el escenario de una representación que ya no era la suya. Con aquella banda debilitada y decadente, con los más veteranos de los malos entre rejas o en países lejanos, el apoyo en las calles perdido tras la salvajada cometida en Ermua y líderes cada vez más efímeros, la lucha antiterrorista se encaminaba hacia otra etapa. Les tocaría ser más protagonistas a los políticos que a los policías. Sería tiempo de gestionar treguas, ofertas de diálogo, posicionamientos internacionales, mensajes, argumentarios y propuestas. Otro idioma, otro guion, otros enemigos, otra guerra. Él ya no encajaba allí. El tiempo de los cazadores había pasado.

Quince días después de regresar de Santo Domingo, Gabo entró en el despacho de Santiso y le comunicó que dejaba la Policía, que iba a solicitar el pase a la

segunda actividad, la jubilación anticipada de los polis. Santiso, cachazudo y siempre comprensivo con los suyos, no le hizo preguntas ni trató de hacerle cambiar de opinión.

—Hay que fastidiarse que te me hayas adelantado... —le dijo—. ¿A qué te vas a dedicar?

Gabo le contestó con camaradería:

—A engañar a la soledad.

Se fue sin nostalgia, pero sabiéndose perdedor. Harri le había vencido. Él no le había capturado, no le había matado. Harri volvería a cambiar de país en aquella constante fuga, siempre un paso por delante de él, siempre inalcanzable. La banda se dirigía hacia su derrota final. La escenificación sería una u otra, pero su destino ya estaba escrito. No tenía ninguna duda de ello. Pero ni siquiera eso le hacía sentirse vencedor. Había perdido la fe imprescindible para seguir. La sonrisa de Cata y los chistes de Javi y los besos de Marina y Harri fumando tranquilamente a trescientos metros de él estaban ahí para recordarle que había perdido.

No aceptó ni homenajes ni regalos ni fiestas de despedida. Una mañana se despertó y ya no tenía que ir a trabajar.

Eso fue todo.

El impertinente sonido del móvil despertó a Gabo. Entrecerró los ojos y vio que se había quedado dormido en una esquina de un sofá, pero no tenía ni idea de qué hora era o dónde estaba. Miró a la ventana y vio un cielo grisáceo cuya luz decaía hacia el anochecer. Miró al otro lado y vio a Pazos, las imágenes de la pantalla del ordenador creando reflejos de un pálido azul en la piel cetrina de su rostro, embebido en sus búsquedas. Tras pasar prácticamente en vela las dos últimas noches, el cansancio le había noqueado. No vio rastro de Dolores. Debía haberse ido al bar. Los pensamientos racionales fueron apareciendo en un lento goteo en su cerebro aún adormilado. El móvil. Estaba sonando.

—¿Comisario?

—Yo ya no soy comisario, maldita sea.

Le llegaba como un suave repiqueteo el continuo cliquear del ratón. Pazos navegaba de página en página en la red. Aún no había ocurrido, pensó Gabo. Le costaba salir del duermevela. Aquel pensamiento fue el primero en aparecer con claridad en su mente entumecida. Sintió alivio. La voz del móvil. La voz de Estela. Recordó que ya no eran amigos, pero no fue capaz de concretar el porqué.

—Disculpe, estaba dormido.

—Espero que haya podido descansar —dijo ella al otro lado de la línea con fría cortesía.

Tensa, demasiado tensa. Solía repetirse eso cuando estaba con ella, recordó, como si hubiesen pasado años sin verse. Gabo movió con energía la cabeza y las últimas brumas de sueño parecieron despejarse.

—Tenemos que vernos.

Recordó con más nitidez ya. La noche anterior Estela no quería volver a verle más. Aquella misma mañana él le había pedido a Aldama que ella siguiera en el caso. Y Aldama ya la había convencido. Estaba de vuelta. Estela no iba a abandonar. Gabo sabía por qué. Estela aún tenía fe.

—¿Le parece que me pase a recogerle por su casa?

Ya estaba lo suficientemente despierto para captar los matices. Vuelta al usted. No, ya no somos amigos, le estaba diciendo.

Fe. Mucho peor que la culpa o la lealtad. El veneno más poderoso, la droga más destructiva. La fe te lleva a renunciar a todo. Principios, creencias, normas. Amigos, parejas, familia. Nada te anula tanto la voluntad. No tiene nada que ver con la vocación o la profesionalidad o el sentido del deber. Menudencias. La fe es algo mucho peor, mucho más fuerte, mucho más cegador. Por la fe eras capaz de sacrificarlo todo. Honra y orgullo. Vida y futuro. Hasta que un día miras atrás y las preguntas siguen ahí, pero las respuestas han desaparecido, se han desvanecido, y con ellas se ha ido también esa fe que pareció eterna, sólida, inmutable, la luz del faro en la niebla. Y entonces te marchas y un buen día has superado los sesenta ocupado en engañar al paso del tiempo con lecturas, paseos, viajes, bares de barrio, días sin horas, noches sin sueño y amores entorpecidos por demasiadas cautelas.

Estela aún tenía fe. Y eso era lo que hacía que Gabo sintiese debilidad por ella. Porque sabía lo que era eso. Porque durante muchos años él había sido igual. Porque solo escuchar su voz en el móvil, impetuosa, impaciente, llena de ganas, le recordaba a él mismo. Porque sentía el impulso de protegerla, de avisarla de que no debía jugárselo todo a una carta, de advertirle que la fe era tramposa y engatusaba el alma, de evitarle que un día se mirase al espejo y se topase con la misma mirada descreída y hueca que veía Gabo cuando se miraba en él.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó preocupado, temiéndose la peor de las noticias.

Estela pareció dudar entre callar y anticiparle información.

—Llevamos todo el día trabajando con el móvil de Youssef. Revisando su agenda, sus llamadas, sus mensajes...

—¿Algo significativo?

—Sí. Uno de los números que no tiene identificado en sus contactos. Ha tenido muchas conversaciones con ese número en los últimos tiempos. Está a nombre de una sociedad. Hemos estado a punto de dejarlo pasar, creyendo que no tendría nada que ver con lo nuestro. Solo por ser meticulosos, mi gente ha comprobado a qué se dedica esa sociedad.

Gabo sintió que se desvanecía todo resto de cansancio. Supo que aquella iba a ser otra noche más en la que no pasaría por la cama. Y por su interior comenzó a fluir sangre renovada, esa extraña calma que se apoderaba de él en los momentos decisivos.

—Es la sociedad propietaria del Salón de Juegos Nevada.

Estela le recogió delante del bar de Dolores. Gabo dejó a Pazos en el piso, sumergido en su búsqueda. Un evento, una persona, un lugar. Eso le dijo cuando le preguntó qué buscaba exactamente. Algo único. Algo llamativo. Algo que justifique montar este tinglado de venta de drogas, compra de explosivos, turcos y un terrorista español retirado en Madrid. Algo que no puedan hacer allá, que solo sea posible llevar a cabo en España. Por eso es posible dar con ello. Porque tiene que ser algo muy singular. Así se lo explicó con impaciencia Pazos, sin ganas de perder un segundo en charlar, y Gabo le dejó a lo suyo sin interrumpirle con más preguntas.

Gabo entró en el bar, donde Dolores atendía a un par de clientes. Le dijo que se marchaba y que esperaba que todo fuese bien con Pazos en su casa. Ella no preguntó a dónde iba. Le contestó que no se preocupara, que no habría ningún problema. Cerraría el bar pronto y subiría por si necesitaba algo.

Estela le recibió con frialdad. Subió a su Ibiza rojo y ella le informó de la situación en tono muy policial. Sin preámbulos. La inspectora dura de nuevo. Dominaba el personaje.

—No conseguimos encontrar a Johnny. He enviado a mi gente al Salón Nevada y a su casa y no ha dado señales de vida en ninguno de los dos sitios desde hace horas. A Johnny no le hemos sometido nunca a una vigilancia permanente como al Emperador. Pero le conozco desde hace algunos años y es un hombre con rutinas muy establecidas. Lleva todos sus negocios desde el despacho donde le entrevistamos y, vaya a donde vaya, le gusta dormir en su casa. Que lleve horas sin pasar por ninguno de los dos sitios no es habitual.

—Puede que haya decidido esconderse al saber que Youssef ha sido detenido. Ha podido comprender que él sería el siguiente —apuntó Gabo.

—No. No tiene por qué saber lo de Youssef. No lleva detenido ni veinticuatro horas. Y Youssef está en el hospital, ni siquiera en dependencias policiales, lo cual hace que haya aún menos gente que sepa que le tenemos y lo pueda largar. Y no le hemos dejado hacer ninguna llamada. Nadie vio tampoco que le deteníamos. Al menos, en eso acertaste.

Gabo ignoró el elogio envenenado. Pero no el tuteo. Algo es algo, pensó.

—Si no sabe que Youssef está detenido, el Argentino no tiene motivos para sospechar que vamos tras él. Puede haber decidido desaparecer por otras razones. Si no se siente perseguido por nosotros, quizá no haya tomado especiales precauciones. Ha podido dejar algún rastro.

Estela calibró sus palabras.

—Bien visto —dijo—. Solo se me ocurre una posibilidad. Habrá que intentarlo...

No aclaró más. Arrancó el coche y se incorporaron al tráfico y, durante unos minutos, la inspectora condujo en silencio, hasta que por fin volvió a hablar como si empalmase con una conversación recién interrumpida.

—El Argentino y Youssef se conocen —dijo la inspectora—. No es algo que me sorprenda. Los turcos compran en España droga procedente de Colombia, de Marruecos... Son un comprador fundamental para darle salida porque controlan el mercado de Europa oriental. Probablemente Youssef se encarga de gestionar las compras con Johnny en nombre de sus jefes turcos, recibe la mercancía, la almacena en su casa de Brieva hasta que la sacan del país, cosas así... Pero, en las últimas semanas, las llamadas entre Youssef y el teléfono de Johnny que hemos detectado han sido mucho más frecuentes de lo habitual. Creo que Johnny nos mintió cuando dijo estar al margen de lo que se traían entre manos Harri y el Emperador.

—Es un avance importante —admitió Gabo—. Nos faltaba saber cuál era el vínculo entre Harri y Youssef. Ahora ya lo tenemos. Nuestro amigo Johnny.

Estela asintió.

—Todo apunta a eso. Bien pensado, tiene todo el sentido. Los jefes colombianos de Harri ya conocen al Emperador por sus negocios habituales de narcotráfico. Y los ponen en contacto para colocar con rapidez el alijo que permitirá financiar el atentado. Y cuando Harri le pide al Emperador expertos en montar explosivos, a este o a su lugarteniente Johnny no se les ocurre un contacto mejor que su buen amigo Youssef, que conoce a gente que le puede servir, ya sea en los círculos yihadistas de Madrid o ya sea a través de sus amigos turcos.

Gabo suspiró con satisfacción. Aquellas deducciones no disminuían en lo más mínimo el riesgo de que en cualquier momento, en cualquier calle de la ciudad, la Madre de Satán se hiciese presente matando a sabe Dios cuántas personas. Pero empezar a unir piezas con lógica aplacaba un poco la angustia.

—De acuerdo —dijo—. Ya tenemos más o menos claro lo que ha estado ocurriendo durante las últimas semanas. Harri los tenía a todos trabajando para él. Por un lado, el Emperador y Johnny se encargaban de la venta de la droga a narcos marseleses y, por otro, Youssef reclutaba y traía a Madrid a unos mercenarios turcos dispuestos a cometer un atentado por dinero. Harri los dirigía a todos desde su habitación del hotel Alpes y, mientras esperaba resultados, se entretenía jugando al billar conmigo. Todo encaja hasta ahí. Pero nos falta alguna que otra cosilla... Alguien mató al Emperador.

Estela asintió de nuevo. No está tensa, pensó Gabo al mirarla. Curioso. Estaban en el momento más angustioso de todos aquellos días. Yendo a la caza de un personaje que había pasado a ser fundamental en la investigación, como era ahora el dichoso Argentino, y esperando con impotencia que en cualquier momento Harri pudiese cometer un atentado que no habrían logrado evitar. Pero Estela, la siempre tensa, demasiado tensa, inspectora Domínguez, se mostraba tranquila. Sus dedos no estaban agarrotados en torno al volante, su mirada no se mantenía clavada al frente y hasta asomaba a su boca una ligera sonrisa satisfecha. Tener respuestas, aunque sean incompletas, le produce un efecto sedante, se dijo Gabo.

—Tal vez no hemos contemplado la muerte del Emperador desde la perspectiva correcta —le dijo ella pensativa.

—Todo admite diferentes perspectivas. —Gabo sonrió—. Últimamente he oído mucho eso.

Estela no entendió aquello, pero tampoco se detuvo a prestarle atención, centrada en sus reflexiones en voz alta.

—Trataremos con Johnny el asunto de la muerte de su jefe. Creo que no hemos prestado la suficiente atención a eso.

Control. Gabo miraba con disimulo a Estela. Eso era, pensó: control. Estela necesitaba tener la sensación de que controlaba la situación, incluso aun cuando todavía estuviese llena de incertidumbre. Conducía el coche, iba a por Johnny,

hilaba respuestas. Suficiente control. Había un agradable brillo en los ojos de la inspectora. Un brillo de determinación. Un brillo de fe.

—Johnny podría saber dónde se esconden Harri, los turcos y sus explosivos...

Por vez primera en aquel trayecto, Estela le lanzó una de esas miradas fugaces con las que solía expresarse siempre que iban juntos en el coche.

—No quiero otra escena como la de Youssef —le advirtió, desaparecidos de pronto la serenidad de la mirada y el atisbo de sonrisa—. Nada de violencia.

Gabo asintió obediente. Con tono prudente, se atrevió a apuntar:

—Si encontramos a Johnny y sigues el procedimiento y le detienes y esperas a interrogarle en comisaría, ocurrirá lo mismo que con Youssef...

—Solo te pido que esta vez lo dejes en mis manos.

Había reproche en aquellas palabras, por supuesto. Pero mantenía el tuteo. Buena señal. Gabo ni siquiera preguntó a dónde iban. Estela estaba de vuelta y no tenía interés en disputarle el control de la situación.

Atravesó a más velocidad que en ocasiones anteriores las calles de Madrid. A su lado, Gabo cerró los ojos y respiró hondo. Se preguntó cuándo recuperaría aquella vida previsible, aburrida y protectora que Harri había desbaratado. Una vida con desayuno, comida y cena a sus horas, con cama por las noches, con ducha y cigarrillos sin prisas, con los fantasmas encerrados en un cajón y los odios del pasado puestos a secar al sol junto a la colada de la semana. Mientras Estela enfilaba la Castellana buscando huecos por los que adelantar entre los carriles, a Gabo le regresó la impertinente sensación de haberse hecho demasiado mayor. Y se obligó a alejarla de inmediato. No tenía tiempo para eso. Ya había dedicado suficientes años a lamentarse y compadecerse. Volvía a tener otras cosas que hacer.

Si un hombre entra en un local como el Seasons acompañado de una mujer, solo puede haber dos razones: o forman una pareja a la búsqueda de osadas experiencias o son polis. Cuando aún no habían pasado siquiera del recibidor en que los atendió una joven con acento venezolano, larga melena castaña, ceñido vestido negro, formas generosas y tacones de vértigo, Gabo comprendió que Estela y él debían tener un aspecto muy aburrido, poco sospechosos de salirse de

la ortodoxia, porque, antes aún de que hubiesen abierto la boca, aquella chica los trató como lo que eran, sin dejar la puerta abierta a otra posibilidad:

—¿En qué puedo ayudarles, agentes?

Estela le mostró la placa, algo a todas luces innecesario, y la recepcionista asintió con tranquilidad.

El Seasons era un club cercano al Meliá de Capitán Haya con pretensiones de elegancia y discreción. No se anunciaba con chillonas luces de neón como era habitual en la mayoría de los clubes semejantes. En toda su fachada, una cristalera negra que abarcaba media manzana con el nombre del establecimiento grabado en el centro con sencillas letras doradas, no había ninguna indicación sobre lo que podía encontrarse dentro, aunque fuera evidente. Su reclamo era dar una apariencia selecta, a diferencia de otros clubs cercanos que trataban de atraer clientes con sus estridentes luces y nombres que no dejaban margen a la imaginación.

—Queremos hablar con Vane. Y es urgente.

Estela no había entrado en detalles con Gabo durante el camino. Tan solo le dijo que allí trabajaba lo más cercano a una pareja estable que podía tener Johnny el Argentino.

La chica de recepción sabía lo que se hacía. No merecía la pena ponerles pegatas a los polis. Asintió respetuosa, desapareció tras unos cortinones negros y, no más de dos minutos después, salió otra joven que podría haber pasado por una imitadora de la anterior. Misma melena, mismo exceso de pintura en los ojos, mismos labios gruesos, mismo vestido negro de escote exuberante y falda mínima, mismas piernas torneadas en gimnasio y acabadas en tacones de fina aguja. Una chica guapa, tal vez tan solo con un gesto de boca algo torcido que advertía de un mal carácter a duras penas contenido.

—Estamos buscando a tu novio —le dijo Estela sin perder el tiempo en saludos.

Vane, que no debía haber llegado aún a la treintena, no se mostró impresionada por aquellos dos polis malencarados.

—Yo tengo muchos novios —dijo con el mismo acento que su compañera.

—¿Dónde está Johnny?

—¿Ese? —La boca de Vane se torció más aún, en un gesto más cercano al asco que al mero desprecio—. Ese no es mi novio.

—Entonces no te importará decirnos dónde puede estar. Necesitamos hablar urgentemente con él.

Vane miró sin recato a Estela de arriba abajo y vuelta, con más cálculo que desafío. La chica no tenía ganas ni de colaborar ni de meterse en líos. Solo se trataba de que decidiera qué le convenía más.

—Es un cerdo —dijo con un airoso menear de su melena—. ¿Saben lo único que hace Johnny? —Hizo una pausa, como si realmente esperase una respuesta por parte de los polis, pero por fin decidiese que era ella quien mejor podía contestar a aquello—: Ir a lo suyo. Un desconsiderado es lo que es. Siempre lo mismo: ir a lo suyo y ya está.

—¿Cuándo le has visto por última vez? —le preguntó Gabo.

—Esta tarde. Vino a despedirse.

Estela y Gabo cambiaron una rápida mirada.

—¿Despedirse? ¿A dónde se iba?

Vane se atusó el pelo con las dos manos, recorriendo ambos lados de su cabeza con unos dedos de uñas de longitud imposible pintadas de un deslumbrante color turquesa.

—No lo sé. Con Johnny una nunca sabe nada. Aparece, te dice lo mucho que te ama, te regala un collar o una pulsera cara creyéndose que con eso ya vas a perdonarle todo y vuelve a desaparecer. Es capaz de estar hasta un mes sin dar señales de vida. Siempre ha creído que soy idiota, que no sé que hay otras. — Levantó impetuosa el dedo índice, con su larga uña apuntando al techo—. Pero yo sé que ninguna le gusta como yo. Por eso acaba volviendo siempre...

—Vane, tenemos prisa... —le dijo Estela.

—¿A dónde se iba Johnny? —le preguntó Gabo.

La chica pareció decepcionada al percibir que no había logrado interesarles en el melodrama de su relación amorosa.

—No me lo dijo. Solo se pasó por mi apartamento para decirme que estará fuera un tiempo. Vino a despedirse. Ya me entienden... —El fugaz destello de una sonrisa picarona relajó por un segundo su agria expresión—. Ese hijueputa sabe hacer las cosas...

—Puedes saltarte los detalles —se apresuró a decir Gabo—. ¿Qué te dijo de su viaje?

La expresión de Vane volvió a torcerse y miró a Gabo dándole a entender que empezaba a considerarle parecido a Johnny, o mejor, a todos los hombres. Otro cerdo sin sensibilidad.

—Que estaría fuera unas semanas, que si podía pasarme de vez en cuando por su casa para asegurarme de que todo estaba bien. Ya ven, como si yo fuera su chacha...

—¿Seguro que no te dijo nada sobre su viaje que pueda ayudarnos? —insistió Estela impacientándose.

—Dijo que su avión salía a medianoche. Le pedí un taxi a eso de las ocho. Le pregunté a dónde iba, pero solo me dijo que eran asuntos de negocios y que estaría de vuelta lo antes posible.

Al ver la mirada que cruzaron sin disimulo Gabo y Estela al oír aquello, Vane se asustó.

—Oigan, ¿están buscando a Johnny por algo gordo? Yo no quiero tener problemas.

Por mero formalismo, Estela le agradeció su colaboración. Ambos se volvían ya para marcharse del club cuando ella dijo a sus espaldas:

—Si le ven, díganle que yo soy una señora, que yo no soy la chacha de nadie...

Se quedó contemplando la puerta después de que se fueran. Trató de medir si, llevada por el despecho, había hablado más de la cuenta. Volvió a torcer la boca en un gesto de indiferencia, apartó con la mano los cortinones para regresar al

interior y decidió olvidarse de aquel par de polis de aspecto tan aburrido y del Argentino que la llevaba a mal traer.

Veintitrés horas y quince minutos. No podía paralizarse la salida de todos los vuelos de Barajas para buscar a un pasajero. Ni siquiera se había dictado una orden de busca y captura contra él. Ni tampoco era sospechoso de ningún crimen concreto.

—¿Me están pidiendo que colapse el aeropuerto por un sujeto que, como mucho, podría tener información sobre la eventual comisión de un acto delictivo que aún no ha tenido lugar? —le había planteado el comisario del aeropuerto durante la conversación telefónica que Estela tuvo con él nada más salir del Seasons, menospreciando el alarmismo de la inspectora—. ¿Se imagina que Barajas parase cada vez que se sospecha que alguien a quien ningún juez ha ordenado siquiera detener podría estar cogiendo un vuelo?

Gabo la había reemplazado al volante del Ibiza mientras Estela hacía llamadas. Ordenó a los agentes que habían ido a buscar a Johnny a su domicilio y al Salón Nevada que se reunieran en el aeropuerto.

—Deme una alternativa —le suplicó al comisario, tragándose la impaciencia y el orgullo.

—Elija posibles vuelos que pueda tomar. Retrasaremos el despegue hasta haber repasado la lista de pasajeros.

—Vuelos que salgan alrededor de la medianoche. ¿Cuántas opciones me da?

—No sé... Ya le digo que no podemos colapsar el aeropuerto. Dos o tres como mucho.

Gabo no era tan rápido al volante como ella. Nunca le había gustado la velocidad. Estela logró que el comisario le recitara por el móvil la lista de vuelos con la salida programada para la siguiente hora y media.

—Hay que elegir dos o tres vuelos —le trasladó Estela a Gabo sin disimular la angustia en su voz—. Esto parece un maldito concurso de televisión.

—Sudamérica —dijo Gabo.

El comisario esperaba. Estela le pidió que le repitiese solo los vuelos a países sudamericanos. Puso el manos libres y ambos escucharon al comisario recitando con poco disimulada desidia la escaleta de vuelos de aquella noche. Cuando hubo terminado, Gabo escogió sin titubear:

—El de Buenos Aires de las 23:55. El de Santiago de Chile con escala en Lima de las 00:05. Y el de Bogotá de las 00:35.

Estela y el comisario concluyeron la llamada con una gélida despedida y el compromiso recíproco de llamarse si había alguna novedad.

El Ibiza enfilaba ya la carretera de Barcelona en dirección al aeropuerto.

—¿Por qué has elegido esos vuelos? —le preguntó Estela a Gabo.

—No veo a Johnny volando a Helsinki o a Dubái —respondió Gabo sonriéndole—. Puro azar. Pero digo yo que alguna vez toca que la suerte se ponga de nuestro lado, ¿no?

23:32. Estela cerró los ojos con fuerza y soltó aire para aliviar la tensión. Gabo aceleró.

Hilda Benjumeda Galvache era una mujer con un físico que llamaba a engaño. Cualquiera que se dejase guiar por su apariencia habría dicho que era una mujer frágil, incluso dependiente, una de esas personas acostumbradas a que alguien cuide de ellas. A sus treinta y ocho años conservaba unos rasgos aññados. Tan solo unas incipientes bolsas bajo los ojos y algunas suaves arrugas en torno a la boca permitían intuir que quizá su vida no había sido tan fácil. Su cuerpo en extremo delgado, su sonrisa algo tímida, su acogedora mirada, una cierta languidez en sus movimientos y un tono de voz suave que rara vez alteraba le habrían permitido pasar por una de esas delicadas señoras de apellido pomposo y esposo acaudalado sin más inquietudes ni ambiciones en la vida que mantener una buena figura y un buen swing para lucir ambos en las pistas del Country Club de Bogotá o, tal vez, por una etérea poetisa perdida en un mundo de íntimas ensoñaciones a infinita distancia de las miserias terrenales. Nada más alejado de la realidad. Hilda había sido desde niña peleona, cabezota, contestataria e incansable, y seguía siendo igual. A su edad, parecía haber vivido ya varias vidas sucesivas, todas intensas, siempre cambiantes, saliendo de cada una de ellas convertida en alguien diferente y a la vez fiel a esa forma de ser insumisa e indomable.

Hija de un modesto pero acomodado médico rural de Antioquia, su vocación nunca fue curar enfermedades, como su padre, sino directamente salvar al mundo. Y en su adolescencia creyó que para ello solo existía el camino de la revolución. A los dieciocho, su mayor sueño era echarse una metralleta al hombro, internarse en la selva y consagrar su vida a su admirado Ejército de Liberación Nacional, unos guerrilleros que, como ella, creían por igual en Dios y en el Che. Su papá médico tuvo buen ojo clínico para diagnosticar aquel febril ímpetu guerrillero de su niña y se apresuró a sacrificar sus ahorros dedicándolos a poner distancia entre ella y tan nefasto futuro, enviándola a estudiar Historia a la Universidad Nacional, en Bogotá. Nuevos aires y nuevas amistades pusieron fin a aquella primera versión de Hilda, la revolucionaria incipiente.

Tras dos años de muchas asambleas estudiantiles y novios comprometidos con las causas más variadas y de encabezar manifestaciones y lanzar octavillas pidiendo, entre otras mil cosas, que el Gobierno se sentara a negociar con la guerrilla, Hilda decidió poner orden en sus ideas e ideales, moderando y encauzando unas y otros. El cambio de milenio la sorprendió reconvertida en asistente de los senadores del Partido Liberal, una joven trabajadora, de pluma y verbo fácil, de dialéctica ágil e imbatible y brillante intelecto, tal vez un poco vehemente de más, a la que tanto sus jefes como el resto de los asistentes coincidían en augurarle una fulgurante carrera política. Aquella nueva reencarnación de Hilda era menos beligerante, pero no por ello había abandonado su sueño de construir un mundo mejor, lo que en el caso de Colombia seguía pasando, en su opinión, porque el Gobierno hiciese todo lo necesario para llevar a buen puerto los siempre fallidos procesos de paz con los grupos guerrilleros.

Hilda era una firme defensora del llamado Acuerdo Humanitario, una oferta de canje de secuestrados por presos lanzada por el Gobierno, que coincidía con lo que ella siempre había reclamado. Aquel tipo de iniciativas era, de hecho, el motivo por el que había redefinido su vocación revolucionaria, suavizándola hasta transformarla en vocación política. Defendiendo sus ideas, Hilda viajó varias veces a la llamada Zona de Distensión, en San Vicente del Caguán, un territorio cedido por el Gobierno para que se asentara libremente la guerrilla, un experimento que formaba parte de un nuevo intento de paz que a la postre también fracasaría. En el año 2002 Hilda viajaba al Caguán junto a otros compañeros de partido en un Fokker que fue secuestrado por seis guerrilleros del ELN. Había rumores de que el proceso de paz estaba a punto de romperse y esperaban verificar sobre el terreno que la guerrilla mantenía la voluntad de

continuarlo. No llegaron a su destino. Los secuestradores hicieron aterrizar el avión en una carretera abandonada. Dejaron marchar a casi todo el pasaje. Solo retuvieron a un senador, a Hilda y a otros dos asistentes más.

Estuvo secuestrada durante tres años. Finalmente, la hija del médico se había perdido en la selva, aunque no de la manera en que ella había soñado de adolescente. Hilda saltó a la fama desde su cautiverio. A los guerrilleros del ELN les gustaba utilizar su imagen para reblandecer al Gobierno y ganar apoyo popular. Le pasaban periódicamente fotos suyas a la prensa. Los medios más sensacionalistas la convirtieron en mito. La Bella Durmiente del Bosque, la llamaban, en unas edulcoradas crónicas sobre la heroína cautiva y desvalida que eran seguidas con emoción por miles de lectores como el más apasionante culebrón. Allí estaba, en medio de la selva, una mujer joven y guapa que conservaba una serena femineidad a pesar de vestir una camisa y un pantalón de estilo militar, con una delgadez extrema, el pelo recogido en una trenza alicaída y la mirada de cervatillo atrapado. Retenida, pero ni torturada ni maltratada, hermosa a pesar del cautiverio. Hagan algo, negocien, cedan, no queremos hacerle daño, ya ven que la cuidamos, que está viva y sana. Ese era el mensaje del ELN, que presentaba a Hilda como la pobre víctima de un Gobierno intransigente que no se sentaba a negociar con ellos, obligándolos a retener a los secuestrados más por necesidad que por deseo.

Hilda fue liberada en una operación del Ejército Nacional. Los soldados lograron dar con el grupo de guerrilleros que la custodiaba y rescatarla sana y salva. Después de tres años aislada del mundo, para su propia sorpresa descubrió que se había convertido en toda una celebridad. Y supo estar a la altura. Con apenas treinta años, Hilda se convirtió en símbolo e imagen de una nueva Colombia. Un país que quería dejar atrás un vergonzoso pasado de luchas intestinas. Un país que echaba la vista hacia adelante a través de la mirada libre y luminosa de aquella mujer. Hilda se convirtió en la voz de las víctimas de la guerrilla, de los secuestrados y de las familias de los miles de asesinados. Y su voz sonó cada vez más fuerte. Artículos, conferencias, foros y congresos internacionales, Naciones Unidas, OEA, cumbres y residencias presidenciales, grandes líderes estrechándole la mano, portadas, premios. Hija predilecta, mujer ideal, referente moral, puro carisma. Su carrera fue fulgurante. Parlamentaria. Candidata a la presidencia. La gente de la calle adoraba a Hilda Benjumedá. Gobierno y guerrilla la odiaban.

La Hilda que surgió del cautiverio era ya otra. Abandonó su partido político. La

independencia pasó a ser una obsesión para ella. Nadie volvería a darle órdenes. Nunca volvería a someterse a la disciplina impuesta por otros. Y su visión de las negociaciones con la guerrilla también cambió. Cuando salió de la selva, veía las cosas diferente. Y según fue viajando y conociendo a víctimas de terrorismo de otros países, aquel cambio fue a más. Sí, seguía defendiendo la negociación. Por supuesto, había que sentarse a hablar, decía. Pero ahora había cosas que consideraba innegociables. Los canjes de prisioneros, el perdón colectivo, los indultos, las excarcelaciones no podían ser monedas de cambio. Si los guerrilleros querían la paz, lo primero que tenían que hacer era liberar a los secuestrados sin pedir nada a cambio. Nadie saldría de la cárcel si había sido condenado por un tribunal. Los asesinos, los torturadores, todos aquellos con delitos de sangre tendrían que cumplir sus penas. Sabía que era una posición controvertida. El amor popular hacia ella dejó de ser unánime. Ángel o demonio, santa o bruja. Defensora de la ley o justiciera vengativa. Extremista inflexible o un corazón sensible con el sufrimiento de las víctimas. Nada de eso le hizo cambiar. Una nueva Hilda. Más dura, menos conciliadora. Y a pesar de la controversia que despertaba su discurso, durante años seguiría sin tener rival como la figura pública más querida y respetada del país.

El Gobierno que tanto la encumbró había empezado a ver en ella un obstáculo para cualquier negociación. Ahora debían tener cuidado. Si hacían concesiones sobre los presos y el proceso acababa otra vez mal, Hilda aparecería como la visionaria que ya había advertido que no se debía ceder. Un riesgo político. Los arrasaría en unas elecciones. Acabaría de presidenta y ellos en la calle. Mientras estuviese ella por medio, ningún presidente se atrevería a poner en riesgo su cargo negociando con la guerrilla nada relacionado con los presos. Y los guerrilleros habían comprendido que, con la influencia que tenía Hilda Benjumeda en la opinión pública y aquella presión que ejercía sobre el Gobierno, ya podían irse olvidando de que los suyos pudieran salir de prisión antes de haber cumplido sus condenas.

Hilda, la adolescente revolucionaria, la talentosa promesa política, la adorable secuestrada, la enérgica candidata a presidenta, era un incordio para muchos. Su legión de admiradores seguía llamándola la Bella Durmiente. Entre los miembros del Gobierno y entre los guerrilleros, en cambio, coincidían en llamarla la Sargento de Plomo. Para quienes aspiraban a devolver la libertad a los suyos algún día como parte de un proceso de paz, en especial para quienes habían sido sus captores, el ELN, quitarla de en medio no era ya solo un deseo. Se había convertido en una necesidad.

Toni Pazos contemplaba el agradable rostro de Hilda Benjumbeda en una foto que había ampliado hasta llenar casi toda la pantalla del ordenador. A pesar de la ampliación, debajo de la foto aún podía verse un breve texto que, en un tono un poco frívolo, explicaba por qué la popular y admirada candidata a la presidencia de Colombia, a la que los sondeos otorgaban altas posibilidades de ser la nueva inquilina de la Casa de Nariño tras las siguientes elecciones, viajaba cada vez con más frecuencia a España.

Gabo había tomado ya el desvío al aeropuerto. A su lado, Estela mantenía los ojos fijos en el móvil, como si por el solo hecho de mirar el aparato las llamadas que esperaba fueran a producirse antes. Gabo frenó con brusquedad cuando un taxi invadió su carril. A Estela se le cayó el teléfono. Y fue entonces cuando al fin sonó. Oyeron el tono de llamada, pero no podían ver el aparato. Estela maldijo varias veces mientras se retorció intentando meter la mano por debajo de su asiento. Lo primero que sacó fue un elefantito de goma. Después encontró el aparato. La conversación duró apenas unos segundos. Cuando colgó, Gabo vio su crispada expresión.

—El vuelo a Buenos Aires ha salido ya —le anunció ella.

23:59. ¿Por una vez en la vida un avión despegaba a su hora y tenía que ser justo ese? Gabo dio un puñetazo al volante. El comisario del aeropuerto no había logrado retrasar aquel despegue, o a saber si ni siquiera se había molestado en intentarlo. Estela hizo una llamada.

—¿Tenemos ya la lista de viajeros? ¿Sabemos si va en él?

Ante la respuesta, Estela se apartó el aparato de la cara para gritarle más directamente.

—¿Cuándo la tendremos? ¿Cuando haya aterrizado en destino?

Colgó.

Gabo aparcó en una zona prohibida. Entraron al trote en la terminal. Panel de salidas. Vuelo a Santiago de Chile. Now boarding. Puerta C34. Ambos respiraban con agitación. Había poco ajeteo a medianoche. Apenas un puñado de viajeros yendo de un lado a otro o preparándose para dormir en algún asiento. Sus respiraciones parecían ser el único sonido a su alrededor.

Echaron a correr. Estela por delante. Gabo intentando no quedarse atrás.

Estela sacó la placa sin detenerse cuando llegaron a la zona de control de pasaportes. No esperó a que les abrieran la puerta por la que podía pasar el personal del aeropuerto autorizado y los miembros de las Fuerzas de Seguridad. Adelantó a los cinco viajeros que formaban cola para despojarse de los objetos metálicos y depositarlos en las bandejas y pasó bajo el arco de detección de metales, que emitió un chirrido protestón. Gabo la seguía jadeante a unos cuantos metros. La dichosa forma física. Menos Ducados y más pasear. La voz de Dolores sonaba en su cabeza burlándose de su asfixia con aquella frase que tantas veces le había dicho.

La mitad del pasaje del vuelo a Santiago de Chile había embarcado ya. El resto iba avanzando con obediencia hacia las dos azafatas que se ocupaban de comprobar pasaporte y tarjeta de embarque. Dos policías del equipo de Estela estaban ya allí cuando llegaron.

—No le hemos visto embarcando —informó uno de ellos—. No parece que vaya en este vuelo.

Estela se inclinó hacia adelante, apoyó las manos en las rodillas, trató de recuperar el resuello y cerró los ojos en un gesto entre el cansancio y la derrota.

—No ha habido suerte —resopló.

A su lado, Gabo, los brazos en jarras, se apretaba los costados y abría la boca devorando aire.

—Aún falta por comprobar el vuelo a Bogotá —les dijo el mismo agente sonando más animoso que convencido—. Y ya hemos llegado todos, inspectora. Los compañeros están recorriendo la terminal, repasando las colas de embarque de todos los vuelos por si acaso.

Estela asintió con un gesto de agradecimiento, prefiriendo dedicarse a coger aire antes que a hablar.

A apenas doscientos metros, otros dos policías de su equipo, un hombre y una mujer, avanzaban observando los rostros de los viajeros con los que se cruzaban o que esperaban en los asientos o hacían ya cola para el embarque de sus vuelos. Todos habían recibido en sus móviles una fotografía de Johnny, la de su ficha

policial. Era de hacía ya unos años. Su cara era aún más afilada que ahora y todavía no tenía una sola cana en su tupido pelo. Le habían detenido por algún asunto de drogas, para variar. Y habían tenido que soltarle por falta de pruebas, también para variar. Al menos, le habían abierto ficha con foto incluida.

Un hombre salió de los aseos. Alto, de cuerpo muy espigado, cara alargada y angulosa, bigotito de puntas recortadas, pelo canoso, bolsón de viaje al hombro. La agente giró la cabeza. Y sonrió, como si se hubiese topado con un viejo conocido al que le alegrase saludar. Su compañero llamó al móvil de Estela.

—Vamos a proceder a la detención del sujeto —le informó con gran formalidad.

Daniel Cienfuegos era uno de los escritores más admirados de Colombia. Antes de que se dedicara más a los libros que a escribir en prensa, había sido también uno de los periodistas más influyentes del país. Y antes también de eso, había sufrido la violencia del cartel de Cali.

Cienfuegos era el autor de tres ensayos, dos novelas y, más recientemente, un poemario, y con cada una de sus obras la crítica se había rendido a sus pies. Ya fuera como analista o como narrador, se le consideraba una figura consagrada, a pesar de su edad, de la intelectualidad colombiana. Aseguraban que tenía la capacidad fabuladora de García Márquez, el talento evocador de Rafael Pombo, la fuerza creadora de imágenes de Mutis, lo bueno de cada uno de los buenos, y aunque la suma de tanto elogio podía considerarse ese exceso al que a veces son propensos los críticos cuando, todos a una, deciden amar u odiar a un autor, Daniel Cienfuegos se había convertido en lo que se conoce como un escritor de prestigio internacional. Él vivía aquel encumbramiento con sincera sencillez. Era un hombre tranquilo, de aspecto algo envejecido para sus recién cumplidos cuarenta años, con pelo y barba prematuramente encanecidos. Como conferenciante o como entrevistado podía llegar a desesperar en una primera impresión su monocorde y parsimoniosa forma de hablar. Pero eso quedaba pronto compensado por un sentido del humor siempre presente y una visión entre sarcástica y desmitificadora de la vida que también había trasladado a su estilo literario y que hacía que, ya fuera escuchándole o leyéndole, uno acabara siempre riendo a la vez que pensando. Era un hombre seductor sin estridencias, interesante sin necesidad de petulancia.

Cienfuegos vivía en Madrid desde el año 2004. Desde que dos pistoleros le cosieron a tiros cuando salía de la redacción de El Espectador en Bogotá. Una

moto con dos chicos que parecían adolescentes se había detenido en la acera a esperarle una tarde. El que iba de paquete disparó. Cuatro impactos. Quince días en estado crítico. Otros veintidós más en el hospital. Un pulmón perforado. Un riñón y el bazo perdidos. Un milagro que sobreviviera. Por entonces, Cienfuegos había publicado ya sus dos primeros ensayos. El primero, una reflexión respaldada por una minuciosa documentación sobre cómo la permanente corrupción política podía considerarse el mayor lastre para la prosperidad de Colombia, por encima incluso de la guerrilla o el narcotráfico. El segundo documentaba con igual rigor la maraña de interrelaciones entre narcos y políticos, sin andarse con miramientos a la hora de citar nombres y apellidos. Cuando le dispararon, ya había anunciado que estaba escribiendo su esperado tercer libro, una denuncia de los riesgos del chavismo y sus posibles lazos con las redes de corrupción y criminalidad colombianas. A Cienfuegos le sobraban los enemigos.

Su prestigio como periodista se había cimentado unos años antes, cuando se convirtió en el cronista de referencia de lo que se conoció en Colombia como el Proceso 8000, en el que se acusaba al presidente Samper de haber recibido fondos del cartel de Cali para financiar su campaña electoral, tras la confesión de su tesorero. Daniel Cienfuegos era entonces un joven reportero recién contratado por El Espectador. El periódico le encargó que cubriese el asunto por el morbo que tenía que fuese precisamente él, con sus antecedentes familiares, quien firmase las crónicas del proceso. Pero, pronto, sus brillantes artículos, a medio camino entre la crónica, el análisis y la denuncia, triunfaron por sí mismos, sin necesitar del reclamo de su apellido. Artículo a artículo, Cienfuegos se convirtió en el azote del presidente sospechoso de corrupción, en la voz más valiente contra el sistema político del país. Hasta entonces, Daniel Cienfuegos era solo conocido por ser el hijo de Jacinto Cienfuegos, una leyenda en Cali, un modesto asistente social que se había acabado convirtiendo en todo un líder popular al plantarles cara a los narcos y reclamar para su tierra una política de ayudas que permitiese a los más desfavorecidos subsistir y progresar sin depender del dinero de la droga. Jacinto Cienfuegos había adquirido una notable relevancia como activista en defensa de los derechos humanos y los desfavorecidos cuando le mataron de un único disparo en el pecho una mañana en que salía de su casa llevando de la mano a su hijo Daniel para acompañarle a la escuela.

Daniel se marchó de Colombia tras ser tiroteado. El Gobierno, los responsables de las fuerzas policiales y los de los servicios de inteligencia coincidieron en asegurarle que era imposible garantizar su seguridad. Demasiados enemigos.

Políticos, narcos, guerrilla. El hombre tranquilo, abstemio, madrugador, casi eremita, lector obsesivo, escritor minucioso, investigador apasionado, aficionado al jazz, al cine negro y a pasarse días enteros buceando en las bibliotecas se había convertido en objetivo a aniquilar. Al verle, con su inofensivo aspecto de sabio en las nubes, era difícil imaginar que fueran tantos los que desearan su muerte.

Se exilió. Como tantos otros. No tenía vocación de héroe ni de mártir, y su adorada madre le suplicó que hiciera lo que fuese necesario para no acabar como el padre. Él solo quería vivir para seguir escribiendo. Dejó el ensayo con desencanto, se pasó a la novela con ilusión y empezó a tantear la poesía con pudor. Y encontró la felicidad viviendo en un pequeño estudio junto a la plaza del Dos de Mayo de Madrid, superando la añoranza del periodista que fue mediante la publicación de cuando en cuando de algún artículo en El Espectador, pero dedicando la mayor parte de su tiempo a dar conferencias y escribir ficción, cada día más desconectado de una realidad que siempre le había sido ingrata.

Le habían asegurado que en Madrid podría vivir tranquilo. Aunque nunca quedó claro a quién obedecían los dos muchachos de la moto, era de esperar que el afán por matarle perdiese fuerza una vez que se hubiese ido del país. Cienfuegos no esperaba que nadie se molestase aún en querer matar a alguien que solo era, según se definía él mismo, un aprendiz de novelista con pretensiones de poeta.

Abrió otra portezuela del armarito y por fin encontró lo que buscaba. Las dos rodillas le cruzaron a la vez, así que optó por dejar de estar en cuclillas y sentarse en el suelo. Vació el armario. Una botella de Beefeater de la que apenas quedaba un culín, una de Brugal abierta pero casi llena aún, una de un licor de color marrón sin abrir siquiera y lo que consideró la pieza estrella del botín: una llena hasta la mitad de White Label. Un bar poco surtido y sin grandes lujos. Pero suficiente.

Pazos colocó las botellas en el suelo frente a él. Menos la de whisky. Esa se la quedó entre las manos. La contempló con embeleso. Con esa mirada desprovista de exigencias con que se suplica un perdón o un mañana.

La acarició con la nostalgia por un amor interrumpido, con el temor de un regreso inesperado, con el miedo a revivir los fracasos del pasado, con la esperanza de una segunda oportunidad, con el mismo repertorio de emociones que produciría el reencuentro con una amante aún deseada y largo tiempo

añorada. Durante años, no habían necesitado nada más que estar juntos, vaciándose el uno al otro. Y ahora la observaba con la melancolía del enamorado que ya no podía permitirse ser. La devolvió al mismo sitio dentro del armarito del que la había cogido y la rodeó de la compañía de las otras botellas.

Maldita sea, pensó. No le iba a ser fácil ponerse en pie. Las rodillas protestaron, la cadera y la espalda también. Duele esto de renunciar al amor verdadero, pensó.

Volvió a sentarse frente al ordenador y se obligó, tras un último suspiro de pérdida y de renuncia, a dejar de pensar en un pasado al que no estaba dispuesto a regresar.

—Che, ¿es que uno ya no puede tomarse unas vacaciones sin más o qué es?

Un agente de la comisaría de Barajas les trajo un par de cafés en vasos de plástico. Estela y Gabo estaban de pie en la diminuta habitación. Ella, rozando con las piernas la mesa que había en el centro y detrás de la cual se sentaba Johnny. Gabo, tras ella, apoyado contra la pared, junto a la puerta. El joven y servicial policía les dio los cafés y se marchó. Gabo probó el suyo con un sorbo. Era aún peor que el del despacho de Aldama, con el que había empezado aquel mismo día hacía un millón de años.

—Johnny, hoy no tengo tiempo de jugar contigo. Vamos a hablar claro desde el principio, ¿de acuerdo?

Estela estaba de mal humor. Cansada. Impaciente. El comisario de Barajas no había ayudado a mejorar su estado de ánimo. Aquella noche no le tocaba trabajar, pero se había presentado en la comisaría después de la primera llamada de la inspectora. No quería que le echaran en cara que no estaba en su puesto si por fin aquello resultaba ser un asunto serio. Era un tipo entrado en años y en carnes, de tripón desbocado, dejes de chulapo al hablar y aires de mandón. Cuando Estela y Gabo llegaron con Johnny a la comisaría, seguidos por los seis agentes de Estupefacientes que formaban el equipo de la inspectora, el comisario había tratado de marcar territorio. Les indicó que llevaran a Johnny a aquel cuartito que se usaba para retener a viajeros sospechosos y revisar sus equipajes, y que él los acompañaría en el interrogatorio. Estela le había contestado que podía esperar fuera, y cuando le puso mala cara y le dijo que aquella, inspectora, era su comisaría y que él, inspector, era comisario y por tanto de rango superior

a ella y que no veía razonable quedarse al margen de aquella situación, inspectora, Estela se limitó a decirle que, si tenía algún problema en esperar fuera, podía llamar al comisario general Aldama para trasladarle sus quejas. ¿Entendido, comisario? Y, si es posible, que alguien nos traiga un par de cafés, se atrevió a añadir Estela. ¿Ha quedado claro, comisario? A Gabo le divirtió tanto aquello que estuvo a punto de aplaudir.

—Inspectora, me han hecho perder mi avión y estoy seguro de que ustedes no van a devolverme el dinero del pasaje y yo soy un hombre de fortuna modesta. No estoy hoy para charlitas amistosas, querida amiga. Este trato me parece rudo y desconsiderado.

—¿Por qué te ibas de España?

—Y, bueno, una semana de vacaciones en Santiago de Chile. —Johnny mostró su amplia sonrisa—. Tengo un primo allí. Un tipo pelotudo, mi primo Gil, ¿viste? Bebe como quien traga aire. Solo vive para la fiesta y las mujeres, el muy boludo de Gil.

Estela dejó el vasito del café en la mesa. Apoyó ambas manos en ella y respiró hondo. Luego observó a Johnny y le dijo en tono compasivo, como quien da una noticia luctuosa:

—Tú mataste a Mario Claudio, Johnny.

El Argentino cambió la impostada sonrisa por una cara de susto auténtica.

—Y no jugués con eso, che.

—Johnny, tenemos a Youssef Dabdelkeir. Sabemos lo que habéis estado haciendo cada uno para Harri. No nos hagas perder un tiempo muy valioso, ¿de acuerdo?

Estela esperó algún tipo de respuesta, pero Johnny permaneció a la espera.

—Solo nos falta por encajar una pieza —continuó ella—: el asesinato del Emperador.

—¿Van a endosarme a mí el muerto?

Johnny unió incredulidad y temor en su pregunta.

Estela nunca había visto a Johnny así: comedido, contenido, asustado.

—Hay dos posibilidades —le dijo—. Harri descubrió que Mario Claudio estaba bajo vigilancia policial. Ya no era seguro relacionarse con él. El Emperador nos habría puesto sobre la pista de sus encuentros en Segovia para organizar la venta de la droga. O sobre la pista de algo más. Mario Claudio sabía demasiado. Harri no podía permitirse semejante cabo suelto. Así que lo mejor era eliminar ese riesgo por la vía rápida.

Johnny asintió dando a entender que compartía aquella lógica. Sabía lo que venía después, pero no le quedaba más remedio que hacer la pregunta:

—¿Y la segunda opción?

—La clásica. Ya te lo dije cuando fuimos a verte, Johnny. Cuando matan a un emperador, su sucesor es el principal sospechoso y, normalmente, el asesino. Mario Claudio había pasado de ser el líder a ser un estorbo. Teníamos ya material suficiente contra Mario Claudio, íbamos a detenerle. Y tú lo sabías, por supuesto. ¿Para qué esperar y que el Emperador siguiese siendo un riesgo para vuestras operaciones? Era una ocasión inmejorable. Te lo cargas y esperas que todos piensen, incluidos nosotros y vuestros clientes y socios, que ha sido ese amigo misterioso, el terrorista que ha aparecido de pronto. Nadie sospecha de ti, nosotros no te molestamos más allá de la visita que te hicimos, otro se come el muerto y tú pasas a estar al frente de vuestra organización sin que nadie te considere ni un asesino ni un traidor a tu jefe.

Johnny extendió ambas manos con las palmas hacia arriba y las movió alternativamente arriba y abajo, como platillos de una balanza inestable.

—Y dígame nomás, inspectora, ¿cuál de esas dos estupendas historias le gusta más?

—Buena pregunta, mi querido amigo. Pero la respuesta depende de ti.

—Yo no le maté, inspectora.

Estela rio ante la pretendida solemnidad que el Argentino quiso ponerle a aquellas palabras.

—No lo pillas, Johnny. La verdad es lo que menos importa ahora mismo.

Detrás de ella, Gabo cambió de postura. Dejó de apoyarse en la pared y observó el perfil que le ofrecía Estela con un interés reforzado. Igual que el propio Johnny. Ambos parecieron comprender a la vez en qué iba a consistir lo que vendría a continuación. Valores, principios, dónde había que poner los límites. A Gabo le pasaron fugazmente algunas ideas por la cabeza, pero no tuvo tiempo de aprehenderlas.

Solo te pido que esta vez lo dejes en mis manos, volvió a escuchar la voz de Estela. Por vez primera en todas aquellas semanas, por vez primera en tantos años que no sabría ni ponerles un número, pensó que tal vez podían ganar.

—Yo no tengo ni idea de quién recogió al Emperador en aquel coche, se lo llevó a la nave de Algete y allí le pegó un tiro en la cabeza. Y, la verdad, me importa una mierda averiguarlo. Si eres inteligente y me das la información que necesito, le cargaremos el muerto a Harri. Si no, te acusaremos a ti del asesinato. Así de sencillo. Y ahora, si quieres, te sigues haciendo el argentino simpático. O empiezas a hablar y te libras de comerte ese descomunal marrón.

Johnny entrelazó las manos, apoyó en ellas su afilada barbilla y soltó todo el aire que contenían sus pulmones.

Estela no se movió. Gabo escuchaba su propio corazón latiéndole en los oídos.

—¿Qué quieren saber?

De pronto, fue como si volviese a haber oxígeno en aquel cuartucho, como si el aire se hubiese agotado y aquellas palabras fueran la contraseña necesaria para abrir alguna rendija y que los tres pudieran sentir a la vez el alivio de volver a respirar.

Gabo dio un paso al frente. Se situó junto a Estela.

—¿Cuál es el objetivo de Harri? —preguntó.

—No lo sé.

—Johnny... —le dijo Estela con tono recriminatorio.

El Argentino no se mostraba ni vencido ni rendido. Estela le había ofrecido jugar una partida poniendo ella las reglas y él era un jugador. Por algo llevaba un salón de apuestas. Sabía medir los riesgos y las oportunidades. Sabía que aquella partida la tenía que jugar y que su objetivo quizá no era siquiera ganarla, sino tan solo perder lo menos posible.

—El Emperador y yo aceptamos recibir el cargamento de coca. La exigencia del proveedor era que le diésemos un trato especial y urgente, separado de cualquier otro envío. Lo guardamos en la casa de pueblo de Youssef y desde allí le dimos salida con los marselleses, que es siempre la vía más rápida. Pero vos ya sabés todo eso. Aquello fue todo lo que hicimos para este boludo de Harri. De lo demás tendrá que contarles Youssef. Yo no sé nada de explosivos ni de terroristas ni de toda esa verga que Harri trataba con el moro.

Estela lanzó una mirada a Gabo, que bajó los ojos decepcionado.

—No es suficiente —le dijo la inspectora a Johnny—. Por ahora, la bala que mató al Emperador sigue llevando tu nombre.

Volvió a escaparse el aire de la habitación. Una gota de sudor diminuta, casi invisible, brotó a un lado de la frente de Johnny. Gabo la vio. Error de mal jugador, pensó. No controlaba por completo el miedo. Una diminuta gota de sudor es casi una declaración firmada de rendición.

—El atentado...

Johnny tuvo aún un último segundo de duda. Solo un segundo. Una eternidad. Pero lo acabó diciendo:

—Será mañana.

Estela volvió a apoyarse en la mesa, pero ya no pretendía amedrentar a Johnny, sino sostenerse después de que le fallaran las rodillas. La mandíbula de Gabo se descolgó por la sorpresa.

—¿Estás seguro? —balbuceó la inspectora.

Johnny recuperó un cierto aplomo. Ya no tenía marcha atrás y saberlo le ayudó a recomponer su entereza. Había decidido mostrar sus cartas. Delatar a Harri, a los que estaban tras él, era tan arriesgado como enfrentarse a una acusación de

asesinato, porque iban a ser muchos los que querrían hacerle pagar el chivatazo. Pero tenía que elegir. Una jugada valiente. Tirar hacia adelante llevando una mano que sabes perdedora. Y una vez decidida la baza que jugar, se lanzó sin titubeos:

—Por eso me iba unos días del país. Aquí se va a armar un buen quilombo. Buen momento para tomarme unos días de vacaciones en casa de mi primo Gil, con un océano de por medio. A verlas venir, como dicen por acá.

—¿Cómo sabes que será mañana? —le interrumpió Gabo premioso.

—Youssef me lo dijo —contestó al instante Johnny, que había perdido ya el interés en demorar aquello con quiebros y regates—. Él lo sabe todo. Me llamaba a menudo. Angustiado. Tenía que traer a unos tipos y no acababa a conseguirlo. Unos turcos. Se estaban retrasando. Cada vez le pedían más dinero. Me pedía que le ayudara a convencer al vasco de que tenía que pagarles más. En alguna de aquellas conversaciones me dijo que se le estaba acabando el tiempo y se le escapó la fecha exacta. Mañana.

—¿Dónde está ahora Harri?

La pregunta la hizo Estela. Johnny bajó los ojos. Riesgos y oportunidades, pareció repetirse. Posibilidades de ganancias y de pérdidas. Venganza y represalia. Condena y prisión. A veces, hay que decidir en apenas un segundo. Elegir. Arriesgar. Eso es apostar, ¿no? Un jugador. En eso consistía su vida.

El Argentino miró primero a Gabo. Después a Estela.

El autor de la crónica había intentado luchar contra cualquier cursilería predecible. Tarea inútil. No había manera de contarlos sin acabar cayendo en los tópicos. Pareja perfecta, almas gemelas, amor predestinado. Ahí estaban todos, párrafo a párrafo, un empacho de lugares comunes, un topicazo detrás de otro. Qué demonios, parecía haber pensado el periodista, lo mejor será dejarse llevar y dar al lector lo que está esperando.

Se habían conocido hacía un año en un curso de verano. Ambos eran ponentes. Tres días debatiendo si Colombia enfilaba de una vez por todas el final de décadas de guerrilla. Santander en junio. Irresistible e inevitable.

Ambos arrastraban algún fracaso sin excesivo dramatismo. Ella, una relación de

un par de años con un reputado abogado progresista. Comenzó después del secuestro y el romance no había sobrevivido a la vorágine de actos públicos, viajes y agenda desbordada. A él se le conocían dos convivencias fallidas. Una, antes de ser tiroteado, con una compañera de universidad con la que había compartido los tiempos de reportero mal pagado en Bogotá. Otra, al poco de instalarse en Madrid, con una periodista española. En ambos casos, las cosas no habían cuajado, sin más. Ahora, como decía el artículo, cuando ambos encaraban una esplendorosa madurez, parecía el momento perfecto para volver a intentarlo. El artículo apostaba por el amor, faltaría más. Tras asegurar que lo tenían todo a su favor, fama, talento, ideales y objetivos compartidos, el articulista se volvía prosaico tras varios párrafos demasiado almibarados y afirmaba que, aunque aquella enternecedora historia de amor no buscara ni ganar votos ni vender libros, también serviría para ambas cosas. Era todo tan idílico que uno no podía evitar emocionarse. No es difícil imaginar lo que deben pensar de tan prometedor futuro los muchos enemigos que odian a uno, a otro o a ambos miembros de tan perfecta pareja, pensó Toni Pazos al terminar de leer el artículo.

Apenas podían encontrarse en internet fotos de los dos enamorados juntos. Y muy escasas referencias a su relación en sus declaraciones públicas. Daniel había elogiado en una entrevista el coraje y las firmes convicciones de Hilda, evitando ir más allá de la frase hecha. Hilda, dejándose llevar un poco más por el sentimentalismo, había confesado a una periodista que Daniel y ella tenían previsto casarse en breve y en la intimidad, que lo harían en España, donde vivía él y donde los acosaría menos la prensa que en Colombia, y que, aunque pudiera sonar ñoño, lo harían por la Iglesia porque así se lo había prometido de jovencita a su querida abuela materna, aunque a su edad ya no se veía vistiendo un traje blanco con velo y cola.

Todo resultaba perfecto, envidiable y un poco empalagoso. Un evento muy singular, concluyó Pazos. Y buscó su móvil.

Estela apretó el botón del mando nada más salir de la terminal. Los intermitentes del Ibiza parpadearon dos veces y los cerrojos de las puertas crujieron todos a una al levantarse. Se dirigieron al automóvil al borde de la carrera. Sin detenerse, Gabo se sacó el paquete de tabaco del bolsillo. Llevaban toda la noche metidos en aquel cuartucho de la comisaría. Necesitaba darle al menos una calada a un cigarrillo.

—No hay tiempo para eso —le dijo Estela, y le instó a que subiera al coche—.

Solo por esta vez...

Gabo le sonrió con agradecimiento. Se sentó de copiloto y encendió el cigarrillo. Fumó con ansiedad, expulsando por la ventanilla densas ráfagas de humo.

El Ibiza atravesó la terminal, que empezaba a recobrar el pulso vital tras la calma nocturna. Los primeros taxis, los pasajeros de los vuelos más tempraneros, los responsables de la limpieza, los encargados de recopilar y recolocar los carritos de equipaje, guardias de seguridad y policías, pilotos y azafatas camino de sus aviones, figuras un poco fantasmagóricas bajo la acerada luz de un cielo aún amoratado en el que despuntaba ya el amanecer, todos iniciaban ya la coreografía rutinaria de un día cualquiera.

Un día cualquiera. Gabo lo pensó mientras los observaba a todos desde el coche. Ya ha comenzado mañana. La fecha que les había dicho Johnny. Mañana. Aquel día cualquiera que no sería un día cualquiera si no lograban evitar que la Madre de Satán saliera a devorar a sus víctimas. Ya no había plazo, ya no había tiempo. Ya era mañana.

Estela pisaba a fondo el acelerador. Gabo dejó que la colilla se consumiera hasta apagarse y la guardó después en el paquete de tabaco.

Le sonó el móvil.

Era Dolores. Le dijo que le pasaba a Pazos.

Estela lo supo antes de que Gabo colgara. Le bastó con ver la expresión de su cara al oírlo. Pazos le acababa de decir:

—Lo tengo.

La secretaria le abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar. Sixto Aldama estaba sentado detrás de su escritorio, en su despacho del complejo policial de Canillas. En el centro de la mesa, en perfecta simetría, había colocado el teléfono fijo y un móvil a cada lado. Cuando entró Estela, se apretaba los ojos haciendo pinza con los dedos en el arco de la nariz. El comisario general tardó unos segundos en reparar en la presencia de la inspectora. Cuando al fin abrió los ojos y la vio, Estela pensó que parecía haber cumplido diez años más aquella mañana.

—Gracias por haber venido, inspectora. ¿Tiene alguna novedad?

Estela negó con la cabeza. Estaban en su Ibiza cuando Gabo había llamado a Aldama para ponerle al corriente. No tenía nada nuevo que añadir.

El atentado va a ser hoy, le había dicho Gabo a Aldama.

Le había dado la información con una firmeza que haría pensar que se apoyaba en pruebas irrefutables y no en una simple especulación que no había manera de confirmar ni de contrastar: Harri iba a asesinar a los colombianos Hilda Benjumeda y Daniel Cienfuegos durante la celebración de su boda. Gabo no había podido evitar la tentación de añadir un chiste macabro: qué mejor objetivo para la Madre de Satán que volar una iglesia.

Y después le había mentido. Había atribuido la información a Johnny el Argentino.

—Quieres que monte un operativo de emergencia basándonos en el testimonio de un traficante de drogas que diría lo que fuese para librarse de una acusación de asesinato... —había protestado Aldama.

—No tenemos nada mejor, Sixto —le había respondido Gabo—, ni demasiado tiempo para pensárnoslo.

—Como teoría, es bastante débil —se había resistido con escasa firmeza Aldama.

—Una sola carta que jugar.

—Un acto de fe.

Mucho peor. Un farol, había pensado Estela, aunque ella no lo dijo. Al fin y al cabo, ni siquiera se había montado un operativo por el testimonio del argentino mentiroso, como creía el comisario general. Se había montado tan solo por una deducción, tras toda una noche navegando por internet, de un expolicía exalcohólico cercano a los ochenta años que daba algunas señales de senilidad.

Aldama sí le contó novedades a Estela. Se las expuso con tono lacónico, más por animarse a sí mismo repitiéndolas en voz alta que por entusiasmo.

—Hemos conseguido localizar en su casa a una secretaria de la Embajada colombiana. Efectivamente, Hilda Benjumedá llegó hace un par de días a España. Se aloja en el domicilio de su novio, el escritor. Benjumedá ha pedido expresamente que el viaje se mantenga en el mayor de los secretos. Y sí, ha venido para casarse. Hoy. La secretaria nos ha confirmado que el embajador tiene previsto acudir esta mañana a la ceremonia, pero ella no sabe ni el lugar ni la hora. Le consta que el embajador tiene una lista con los invitados y va a acercarse a la cancillería para ver si la encuentra y nos la envía.

Estela le escuchó con cara de póquer. Pero se le acababan de deshacer varios nudos en el estómago. Hasta ese momento, Gabo y ella ni siquiera sabían si la boda iba a celebrarse ese día. Y menos si era aquella boda el objetivo del atentado, pero al menos ya había una posibilidad de que la hipótesis de Toni Pazos pudiese ser correcta.

La boda de Hilda Benjumedá y Daniel Cienfuegos no había sido oficialmente anunciada ni confirmada en la prensa. Tan solo se mencionaba en el artículo publicado quince días antes en El Espectador que había leído Pazos. El periodista analizaba las perspectivas de cada candidato ante las próximas elecciones en Colombia. En el penúltimo párrafo contaba como una curiosidad que la candidata Hilda Benjumedá había anunciado que interrumpiría todos los actos de su campaña electoral durante unos días porque no quería aplazar hasta después de las elecciones su boda, dado que confiaba en ganar estas y entonces sería ya imposible cumplir con su deseo de casarse en la intimidad. Según había publicado otra colega, Hilda tenía previsto formalizar su relación con el escritor Daniel Cienfuegos en una sencilla ceremonia religiosa que se iba a celebrar en

breves fechas en España.

Pazos no había encontrado más detalles sobre la boda en las redes. El afán de discreción de la pareja había logrado que la atención de la prensa colombiana se desviara hacia otras cuestiones políticas y la prensa española no había mostrado interés por el enlace. Pero Pazos no tuvo dudas: aquel era el objetivo de Harri.

Aldama se echó hacia atrás en su asiento, aprovechando la aparición de la inspectora para darle descanso a su espalda.

—Está todo preparado —le dijo—. Tenemos a un equipo de los TEDAX listo para acudir de inmediato a donde sea necesario. Y varias unidades del GEO movilizadas. —Aldama revistió sus siguientes palabras con un tono de triste sarcasmo—: Solo nos faltan algunos pequeños flecos sin importancia: dónde están ahora mismo los felices novios y en qué iglesia se van a casar. Como ve, detalles menores...

Eran las nueve y media de la mañana. Hacía casi una hora que Gabo y Aldama habían hablado por teléfono.

—¿No se ha podido hablar con ninguno de los dos? —le preguntó Estela incrédula—. ¿No tienen móvil? ¿No hay nadie cercano a ellos con quien se pueda contactar?

—¿Sabe en qué día de la semana vive, inspectora?

Estela titubeó. Realmente no estaba segura en aquel momento.

—¿Domingo?

—Domingo —le confirmó Aldama—. Es domingo por la mañana en Madrid. El momento de la semana en que más gente apaga su móvil. Y son las tres y media de la madrugada en Colombia. Mala hora para que alguien conteste al teléfono, desde luego.

Aldama se echó hacia adelante en su asiento, recuperando la rigidez.

—Tengo en una sala a un par de docenas de policías haciendo llamadas y o bien los móviles a los que llaman están apagados o fuera de cobertura o, cuando consiguen hablar con quien sea, no tiene ni idea de nada. Ha sido un milagro que

hayamos podido contactar con esa secretaria de la embajada. El círculo de relaciones de la pareja en Madrid es muy reducido. Estamos tratando de hablar con periodistas o escritores que puedan tener amistad con Cienfuegos, pero antes hay que conseguir sus números de teléfono, lo cual tampoco es rápido. También estamos intentando despertar en Colombia a colaboradores de la señora Benjumeda, pero parece que no ha contado con nadie de allí para organizar la dichosa boda.

A Aldama le interrumpió la señal de llamada acompañada por la vibración de uno de los móviles que tenía en la mesa. Se apresuró a contestar. Alguien le habló apenas unos segundos y el comisario general cortó la llamada y resopló.

—Otras quince iglesias descartadas —dijo con resignación—. ¿Sabe cuántas malditas iglesias hay en esta ciudad?

Estela trataba de pensar a toda velocidad, buscando algo en su cabeza que pudiera ayudar.

—Tengo al ministro, al secretario de Estado y al director general de la Policía en sus despachos esperando noticias —dijo Aldama volviendo a frotarse los ojos—. He puesto en movimiento a todo el mundo y, por el momento, estamos quedando como unos inútiles. Entiende la que nos puede caer si nos estamos equivocando, ¿verdad, inspectora?

Miró a Estela con una mezcla de camaradería y súplica.

—Ahí fuera, en algún sitio que desconocemos, a una hora que desconocemos, se va a celebrar una boda a la que hemos decidido, sin ninguna prueba para ello, que va a acudir de invitada la Madre de Satán. Una tranquila mañana de domingo...

Estela se acercó al ventanal. Dejó que el cálido sol de la mañana le templase el cuerpo y el ánimo. Pensó en Gabo. Aldama había pedido que acudieran los dos a su despacho. Pero con la presión del momento, ni siquiera parecía haber reparado en la ausencia de Gabo. Mejor. Estela no quería tener que mentir también sobre eso.

Sabía que no había tomado la decisión adecuada aceptando la última petición de Gabo. Pero se obligó a no pensar en ello.

Habían ido directamente desde el aeropuerto al antiguo pueblo de Fuencarral, a una de esas barriadas que parecen la salida de un túnel del tiempo, con casas que tal vez habían sido acogedoras hacía cuarenta años o tal vez ni siquiera entonces, viviendas de una única altura con techado a dos aguas de tejas de barro y paredes encaladas, vallas de ladrillo visto y postes de luz aún de madera, edificadas en desorden en calles de adoquines y aceras polvorientas, un escenario que llamaba la atención más por anticuado que por pobre, un resto anquilosado de un mundo rural arrinconado entre urbanizaciones de adosados clónicos y vías de circunvalación que llevaban a toda velocidad hacia un paisaje urbano muy diferente.

Estela dejó a Gabo enfrente de la casa. A mitad de camino, este le había pedido que le dejase ir solo. Ella se negó. Demasiado peligroso. Harri y los turcos, que ni siquiera sabían cuántos eran, podían estar aún allí. No podía asaltar la casa él solo a pecho descubierto. Dame un buen motivo para que haga algo tan descabellado como dejar que te enfrentes solo a esto, le había pedido Estela. No lo tengo, le dijo él.

A Gabo le habría gustado tener una justificación. Una explicación. Incluso le habría bastado con tener un objetivo, aunque fuese irracional. Pero no tenía nada de eso.

—Es esta —dijo ella cuando pasaron por delante de la casa que se correspondía con la dirección que les había dado Johnny el Argentino.

—Para aquí —le pidió Gabo.

Estela detuvo el coche y, a pesar de que había dicho que no le dejaría ir solo, no se movió.

—¿Estás seguro?

Gabo asintió en silencio. Bajó del coche y se despidieron con una mirada con la que él le dio las gracias y ella le confesó que lo comprendía sin que ninguno de los dos necesitara decir nada.

Estela contempló por el retrovisor la figura de Gabo detenido en la acera mientras ella se alejaba. La silueta se fue tornando borrosa a medida que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Gabo observó la casa. Tenía una puerta de entrada de color verde, con tantos trozos descascarillados que parecía una pintura moteada. Otra vez, pensó. Había algo de Argel, algo de Santo Domingo, algo de toda su vida en aquella visión. Parecía haberse pasado la vida detenido frente a una puerta cerrada. Y siempre había una pregunta que hacía de cerrojo, que esperaba ser contestada para permitirle pasar al otro lado.

¿Para qué?

La necesidad de un motivo. La necesidad de lógica, de coartada, de permiso. ¿Por qué? ¿Para qué? Trampas en el camino, laberintos sin salida, adivinanzas sin solución. No había nada más infranqueable que aquellas preguntas que transformaban las puertas en muros.

Detrás de aquella puerta no le esperaba ya un pasado que pudiese cambiar. Sensaciones y recuerdos cayeron sobre él en caótico desorden. Las noches en vela, las preguntas sin respuesta, la culpa, las cenas con el padre severo y silencioso, sin rendirse, sin retroceder, la lealtad estéril, el joven policía lleno de ganas, Springsteen, la fe perdida, la sonrisa de Marina, las fosas abiertas, las dudas, los recuerdos insistentes, las ilusiones ausentes, el horrendo Renault 10 color pistacho, la luz dorada del atardecer de San Sebastián, la lluvia y las lágrimas, los años derrochados de jubilado prematuro, un cigarrillo más, nada podía ser ya diferente por cruzar aquella puerta. No estaba allí buscando ni venganza ni perdón, ni un triunfo tardío ni una remisión de penas. Allí, de pie frente a la puerta, tan solo se sintió ligero. Sin peso, sin cargas, sin culpas, sin cuentas que ajustar, sin deudas pendientes.

Llamó al timbre. Solo una vez. Se dio cuenta de que un ojo le observaba a través de la pequeña mirilla. Dejó que le mirara sin moverse.

Harri abrió la puerta. Los dos hombres se saludaron sin decir nada. Sin sorprenderse, sin hacerse preguntas.

Sin saber para qué.

—Mire a ver si se le ocurre algo...

Aldama le tendió el papel a Estela, se levantó de su silla, se pasó ambas manos por la cabeza, se olvidó por una vez de mantener su habitual inexpresividad. A pesar de ser la inspectora la única testigo posible, le incomodaba que cualquiera

le viese en una actitud que no fuese la de mando reflexivo, sin prisas, sin miedo, sin dudas. Siempre había creído que todo eso eran muestras de debilidad que no le estaban permitidas. La inspectora leyó la lista de nombres. Apenas superaban la docena. Estaba el del embajador colombiano y el resto no le resultaron familiares, como mucho le sonaban los de un par de periodistas conocidos y otro que podría ser el de una escritora de cierta fama, pero ni siquiera estuvo segura.

La secretaria de la embajada acababa de enviar aquel listado de invitados por correo electrónico. Aldama había dado instrucciones de inmediato para que los policías a los que tenía haciendo llamadas se dedicaran a intentar localizarlos. De eso habían pasado ya diez minutos. Y ya eran las once menos veinte de la mañana. La secretaria de la embajada no había sabido precisar la hora prevista para la ceremonia. Tampoco el lugar.

—No es posible —se desesperó Aldama recorriendo el despacho de un lado a otro—. Vivimos en la era de los smartphones, los GPS, el 4G, el WhatsApp, Twitter, Facebook e Instagram, sufrimos una adicción global a estar permanentemente conectados y contándole al mundo entero cada paso que damos..., ¿y ninguno de los putos invitados a esta boda tiene el móvil operativo?

Estela releyó los nombres de la lista como si fuese a encontrar en ellos algún mensaje cifrado.

—Con tan pocas amistades, debe ser una iglesia pequeña. Está claro que no quieren llamar la atención.

Aldama se detuvo y observó que había aparecido una expresión extraña en su cara.

—Somos idiotas.

Lo dijo muy despacio. A media voz.

—De eso estoy seguro —le contestó Aldama.

Estela giró hacia él sus ojos. Y sonrió.

—Es fuera de Madrid.

Habló a trompicones, al mismo tiempo que la idea cobraba forma en su cerebro.

—La boda. Una iglesia en algún pueblo de la sierra o una de esas ermitas en medio de ninguna parte. Por eso no tienen cobertura los móviles de los invitados. Porque están de camino por alguna carretera rural, por alguna zona sin señal. Van camino de la ceremonia o están ya en ella. Y a juzgar por todo el tiempo que llevan con los móviles sin funcionar no debe ser cerca de aquí. Nos hemos equivocado buscando solo en Madrid capital.

Aldama no dedicó un solo segundo a asentir ni a lamentarse. Se abalanzó a por el teléfono fijo.

—Avisen a todas las Policías Locales de la Comunidad de Madrid —dijo apresuradamente—. No, mejor a todas las Policías Locales y puestos de la Guardia Civil de Madrid, Guadalajara, Soria, Segovia, Ciudad Real, Toledo... Tienen que ir a todas las iglesias y averiguar quién se casa en ellas hoy.

Aldama fue a colgar, pero cambió de opinión y volvió a llevarse el auricular a la oreja.

—Otra cosa. Añadan esto en el aviso. Si alguien ve algo fuera de lo normal en alguna iglesia, no sé qué, unas bombonas en algún lugar que no les corresponda, unas cajas u otros bultos sin identificar, cualquier cosa que llame la atención, que no lo toquen.

Colgó y marcó de inmediato una extensión de cuatro cifras.

—Necesitamos tres helicópteros preparados para salir en cualquier momento. Que los geos y TEDAX se dirijan al helipuerto y esperen allí instrucciones.

Cuando volvió a colgar, miró a Estela y se obligó, sin lograrlo por completo, a sonreír.

—Ahora solo queda cruzar los dedos y esperar.

Aldama se dejó caer en su silla. Estela se quedó de pie. Aldama llamó a su secretaria para decirle que no le pasaran llamadas para darle información negativa. Tan solo si había algo sólido. Y, en apenas unos segundos, el silencio pareció adquirir forma. Una masa enorme, una densa mole de lodo que inundó todo el despacho, los cubrió y los aplastó bajo su peso.

No debieron pasar más de veinte minutos, treinta como mucho. Un tiempo

infinito. Aldama, la barbilla apoyada en las manos entrelazadas, la mirada clavada en los tres teléfonos que tenía delante. Estela, sentada en uno de los sillones para las visitas, sin querer mirar al comisario general, repasando una y otra vez mentalmente los datos por si había pasado por encima algo útil.

Cuando sonó el teléfono fijo, Estela y Aldama dieron el mismo brinco. Su potente señal de llamada se superpuso a la de los dos móviles, que también empezaron a sonar un instante después.

Aldama descolgó el fijo, Estela corrió a responder a los móviles. La información que recibieron ambos fue la misma.

La boda iba a celebrarse en la iglesia de San Martín, en Rejas de San Esteban, un pueblo de la provincia de Soria, a poco más de ciento treinta kilómetros de Madrid.

—Una visita sorpresa... Me he preguntado varias veces si acabarías apareciendo.

—¿Puedo entrar?

Harri asintió con una amistosa sonrisa. Se hizo a un lado y Gabo pasó al interior de la casa. La puerta daba a un salón decorado con poco más que lo justo. Un sofá y un sillón que no hacían juego, un mueble a medio camino entre mesa y encimera, una televisión sobre él, bastas cortinas de arpillera, una librería de madera oscura, todo de aspecto ajado, sin encanto, puesto tan solo para cumplir una función, sin ningún espíritu hogareño ni afán decorativo.

—¿Quieres un café?

Gabo asintió. Siguió a Harri, cruzando un corto y oscuro pasillo, hasta la cocina. Allí, los muebles también tenían aspecto de haber sido instalados hacía más de medio siglo. Formica funcional, años setenta. Harri sacó una cafetera de un armarito. Gabo se sentó en una de las dos sillas que había junto a una pequeña mesa y le contempló mientras la manipulaba.

—A la gente le gustan las máquinas esas en que metes una cápsula y sale ya hecho cualquier tipo de café. Pero a mí no. Viviendo en el país del café, me parece un crimen tomar esos productos industriales. Prefiero estas, las cafeteras de toda la vida, las que permiten que el café conserve todo su aroma y su sabor.

Oye, solo un par de cosas. ¿Vienes armado? ¿Esperamos a alguien más o seremos nosotros solos? Y ya te puedes imaginar que no lo pregunto para hacer más café. Es solo por saber a qué atenerme. ¿Van a asaltar la casa o algo así? ¿Tenemos tiempo o nos liamos ya a tiros tú y yo antes de que me escape?

Gabo negó con la cabeza, sin más aclaraciones. Harri pareció darse por satisfecho.

Sacó una caja de cerillas y encendió un fuego de la cocina y colocó sobre él la cafetera.

—Suponía que iba a encontrarte aquí.

—La casa es del Argentino. Un piso franco para ocultar a camellos que se hayan metido en líos con la poli, supongo. Bastante incómoda. ¿Puedes creerte que el agua caliente no dura ni para una ducha?

—Nunca has cometido los atentados personalmente. Siempre has dejado que sean otros los que se manchen las manos. Por eso supuse que estarías aquí esta mañana y que además estarías tú solo.

—Me imaginaba que el imbécil ese del Argentino acabaría largando todo lo que sabía en cuanto fueseis a por él. Por eso me he estado preguntando si acabaría viéndote aparecer.

Cada uno parecía ir a lo suyo, sin escuchar lo que decía el otro. Harri esperaba de pie junto al fuego a que subiese el café. Gabo permanecía sentado.

Se miraron. Con una mutua curiosidad en la que no había, por parte de ninguno de los dos, ningún rastro de hostilidad ni de desafío.

—Dime, ¿quién eres?

—Solo soy un txakurra.

—No, hombre, no me refiero a eso. Eso ya lo sé. Eso lo supe en cuanto te vi.

El café comenzó a borbotear. Harri se volvió para sacar un par de vasos de otro armarito.

—¿Azúcar?

—¿Lo supiste desde el principio?

—Dios mío, qué ingenuos sois a veces... Aún me cuesta creer lo inocentes que podéis llegar a ser. Pasan los años y seguís sin aprender...

Se rio con una cierta suficiencia mientras echaba el café en los vasos.

—Sé que la Policía colombiana me tiene localizado. Me vigilan. Sin demasiado interés, la verdad. Me resulta soportable. Estaba seguro de que se enterarían de que salía del país y de que os lo comunicarían. Sabía que me ibais a tener vigilado desde que pusiera un pie en España, que tenía que contar desde el principio con ello. Solo era otro más de los riesgos. Pero tenía curiosidad por saber cómo lo ibais a hacer. Estaba en ese asqueroso hotel esperando que pasara algo. Y entonces, apareciste tú. Casualmente, un tipo solitario que decide ir todas las tardes a jugar al billar al mismo sitio que yo. Por Dios, ¿de verdad creísteis que iba a ser tan idiota como para tragármelo?

Le dejó un vaso con café en la mesa.

—Que sepas que me caíste bien desde el primer momento. No fingía en eso. Pero, además, ver cómo te esforzabas en aparentar que todo era casual me resultaba muy divertido. Te reconozco que era muy cómico verte actuar. Como el día aquel en que yo te insistí en ir a tu casa a comer chuletones y tú no sabías cómo librarte. Tenías que haberte visto la cara...

Gabo se sacó del bolsillo el paquete de Ducados. Cogió un cigarrillo y el mechero y dejó el paquete sobre la mesa, junto al humeante café. Encendió el pitillo y fumó. Lo hizo todo muy despacio. Tomándose el tiempo necesario para asumir y ser capaz de ocultar la sensación de humillación y de ridículo.

Harri, apoyado contra el mueble de la cocina, bebía de su vaso poniendo cuidado en no quemarse.

—Cuando te pregunto quién eres me refiero a que por qué tú. No eres ningún jovencito. Por edad, te haría ya retirado. Por eso tengo curiosidad. ¿Por qué te asignaron a ti mi seguimiento? ¿Nos conocemos?

Gabo le dio una calada a su cigarrillo. No sintió rabia ni dolor. Equilibrio. La

palabra le vino a la cabeza. Solitaria. Sin formar parte de ninguna frase, de ningún pensamiento. Primero apareció aquella palabra en su mente y, después, su cerebro aún tardó varios segundos en construir una idea a su alrededor. Equilibrio. La vida carece de equilibrio. Creemos que en el universo hay un orden natural de las cosas, un orden que siempre pensamos que se basa en la idea de equilibrio. Pero no es así. Ni yin ni yang ni sandeces por el estilo. El equilibrio lleva implícita una idea de justicia. ¿Y quién dijo que la vida tuviese que ser justa? Ahí estaba. El hombre que había sido su fijación a lo largo de toda su vida adulta. El hombre que, de una u otra manera, había condicionado todas sus decisiones, sus errores y sus aciertos, marcándole el paso a lo largo de décadas. Y ese hombre, en cambio, no tenía ni la más remota idea de quién era él.

Cata le sonrió desde un lugar muy lejano. Tranquilo, le dijo con esa voz de la madre sabia que no tuvo oportunidad de ser.

Él llevaba treinta años poniendo el rostro de Harri al diablo. Harri no sabía siquiera su nombre. No, este gigantesco y cabrón universo no está construido con equilibrio.

Tranquilo, le repitió Cata al oído, siempre sensata, siempre acertada. No dejes que te haga perder los nervios. No va a poder contigo esta vez, le susurró, y escuchar aquellas palabras de Cata en su cabeza le reconfortó.

—Supongo que me eligieron porque sé jugar al billar.

Harri se echó a reír.

—No creas. Eres bastante paquete.

Dio un paso al frente. Cogió el paquete de Ducados que Gabo había dejado en la mesa y sacó un cigarrillo. Gabo extendió el brazo y le dio fuego con el mechero que aún tenía en la mano.

—¿Por qué pasaste todas esas semanas en el hotel Alpes?

—Las cosas llevan su tiempo de organizar.

—¿Y la marcha a la casa de Brieva? Es algo que no he conseguido entender.

—Solo fue un cebo, joder, está claro.

Se quitó el cigarrillo de la boca. Volvió a buscar en un armarito. Esta vez sacó un plato de cristal, uno de esos platos de Duralex que simulaban una flor con pétalos, tan pasado de moda como todo en aquella casa.

—Mira que sois ingenuos, la leche... Estabas deseando detenerme. Se te notaba. Eres mucho más transparente de lo que crees. Aunque no tuvieses nada concreto contra mí, ya no aguantabas más. Y a mí se me acababa el tiempo y tenía el límite de la fecha de hoy. Si me detenías, aunque luego tuvieseis que soltarme por no tener nada de qué acusarme, eso lo jodería todo. Así que decidí irme.

Harri sonrió celebrando su propia astucia.

—Sabía que eso os desconcertaría. Sois así. Siempre lo habéis sido. En cuanto se hace algo inesperado, os bloqueáis. Sé bien cómo funciona vuestra forma de pensar, amigo mío. Verme cambiar de sitio os confundiría. Me permitiría ganar unos cuantos días sin que me detuvieseis. Por supuesto, me seguiríais vigilando, pero ya no me detendríais porque aquella nueva situación os intrigaría lo suficiente como para pasaros unos cuantos días intentando averiguar qué estaba haciendo en aquella casa en medio de la nada. Y eso es lo mejor: que no estaba haciendo nada. Despistaros. Entreteneros. Ganar tiempo. Nada más. Me convertí en mi propio cebo mientras esperaba que vinieran unos tipos de Turquía y, solo entonces, cuando por fin llegaron, con bastantes días de retraso, me escapé tranquilamente de aquella casa y me vine aquí.

—Pero fue un error. Al ir a esa casa, nos pusiste sobre la pista de Youssef.

Harri meneó la cabeza con desaliento, como si empezase a cansarle la escasa capacidad de entendimiento de Gabo.

—¿Y qué? He organizado todo contando de antemano con que me pisabais los talones. Que identificarais a Youssef no complicaba ni más ni menos las cosas. Incluso era otra manera de teneros entretenidos y ganar otro poco de tiempo. Youssef solo es un pobre diablo. No me importaba nada que dieseis con él, aunque debo reconocer que al menos en eso habéis sido más rápidos de lo que esperaba. Una vez que los turcos llegaron a Madrid, ya no le necesitaba para nada. No sé hasta dónde sabes tú, sospecho que no todo, ni mucho menos. Pero en todo caso, Youssef no tiene ni idea de en qué consiste la acción que va a llevarse a cabo hoy, así que él no os la ha podido contar. Sí, conocía la fecha,

porque tenía que lograr que los turcos estuvieran aquí a tiempo, pero nada más. Me daba igual si le cogíais, así que fui a su casa, gané los días que necesitaba y me marché. A veces damos mil vueltas a las cosas y luego son así de simples.

Harri fumó disfrutando de cada calada. No tenía prisa, no tenía ninguna inquietud. Solo estaba en la cocina de su casa, tomando un café, fumando y charlando un domingo por la mañana con un amigo al que estaba claro que consideraba bastante menos inteligente que él.

—Oye, en serio, no sigamos con esta escena tan típica en la que el malo le cuenta al bueno los detalles de cómo lo preparó todo justo antes de que le capturen. Primero, porque no me voy a dejar capturar a estas alturas de mi vida. He dado demasiados tumbos como para acabar cayendo tontamente al final. Podemos charlar todo lo que quieras, pero ten muy claro que luego me iré. No sé con qué intenciones te has presentado aquí ni me importa. Ni vas a detenerme ni voy a entregarme ni nada parecido, ¿entendido?

Harri no dijo aquello con tono amenazante, sino con la seguridad de quien explica algo sobre lo que no admite discusión.

—Y segundo, porque esto puede sonarte muy extraño, txakurra, pero para mí tú eres el malo y yo el bueno en esta historia. Diferentes perspectivas, amigo mío. Creo que ya hemos hablado de eso antes.

Los dos sonrieron, como si fuese uno de esos chistes privados que solo entienden dos viejos amigos.

—¿Por qué estás tan tranquilo? ¿Quién te dice que no sabemos lo que pretendes hacer hoy?

—No lo sabéis. Habéis llegado bastante lejos. Tú estás aquí. Eso ya es una buena muestra de pericia policial por tu parte. Enhorabuena. Pero no ha sido suficiente. He hablado con mis amigos turcos hace cinco minutos. Todo sigue según lo previsto. No habéis conseguido averiguar de qué iba esto, lo siento mucho. El atentado está a punto de tener lugar. Os habéis acercado, pero no lo suficiente.

Gabo no replicó.

—¿Te parece que pasemos al salón? Estaremos más cómodos.

Harri se lo propuso con maneras de anfitrión cortés. Gabo apagó su cigarrillo en el plato de Duralex y se levantó. Harri le indicó que pasara primero. Gabo salió de la cocina. Echó un vistazo al pasillo. Había tres puertas al fondo. Un baño y dos dormitorios. Fue al salón. Olía un poco a tabaco y un poco a polvo. Debería ventilarse, pensó Gabo, y le resultó gracioso pensar en semejante bobada.

Harri se acercó a la librería que cubría una de las paredes. En sus estanterías no había nada. Ni un solo libro, ningún objeto de decoración. Abrió uno de los estrechos cajones que separaba la parte superior de estanterías de los armarios que formaban su parte inferior. Sacó del cajón una Glock, una pistola menuda que cabía entera en la palma de su mano, y dedicó unos segundos a contemplarla.

Gabo también la miró, pero siguió hablando como si no la hubiese visto.

—Dime, Harri, entonces, ¿desde qué perspectiva hay que contemplar el que hayas vuelto a involucrarte en un atentado?

Harri se sentó en el único sillón que había junto al sofá. Estiró las piernas y cruzó un pie sobre el otro y se desperezó un poco. Tenía la pistola en la mano. Gabo siguió comportándose como si el arma no estuviese allí.

—¿Por qué? ¿Por el ELN? ¿Por tu mujer y su hermano? ¿Por odio o por venganza?

A Harri le llevó unos segundos contestar, como si necesitase pensar la respuesta.

—Tengo dos hijos. He sido un padre tardío. Yo me estoy haciendo mayor y ellos apenas son unos adolescentes. ¿Tienes hijos tú? Tener hijos lo cambia todo, ¿sabes? De repente, uno empieza a preocuparse por el futuro, a pensar en cosas en las que no había pensado nunca. En la muerte. —Se rio—. ¿Te lo puedes creer? Puede que te parezca difícil de creer, pero yo antes nunca pensaba en mi propia muerte.

—Estabas demasiado ocupado decidiendo la muerte de otros.

La sonrisa de Harri se trastocó en unos labios apretados y un ceño bruscamente fruncido. Levantó la mano en que tenía la pistola. No la agarraba. Solo reposaba sobre la palma. La sopesó como si quisiese calcular su peso o, tal vez, solamente exhibirla.

—Cuidado, amigo. Ya no tenemos que fingir nada, como en los billares. No me toques mucho los huevos o te pego un tiro ahora mismo y se acabó esta conversación. Sabes que me caes bien, pero no te aproveches, ¿vale?

Se apresuró a volver a sonreír, como si se arrepintiese de haber mostrado mal humor por un momento.

—Me han pagado una fortuna. Y no quiero que mi mujer y mis hijos tengan que vivir el resto de su vida en poco más que un chamizo en la playa. Digamos que este encargo ha sido mi pensión de jubilación y la herencia que voy a dejar a los míos.

—¿Dinero? Entonces, al final, ¿acabas matando por dinero?

Harri agarró la pistola por la culata e introdujo el índice en el gatillo.

—Soy un soldado. Eso es lo que he sido toda mi vida. No conozco otra forma de ganarme la vida.

—Un vulgar mercenario como mucho.

Harri asintió con expresión resignada.

—En eso tengo que darte la razón. Desgraciadamente, eso es lo que les queda a los soldados que pierden las guerras. Cuando no sabes hacer otra cosa, cuando compruebas que no te llena servirles bebidas a los turistas en una playa, regresas a lo tuyo. Y sí, por ponerlo de una manera romántica, te conviertes en un soldado de fortuna.

—No, Harri. Tú no eres ningún soldado. En los auténticos soldados hay un cierto honor, incluso una cierta grandeza. Pero tú nunca has sido un soldado. No eras ningún soldado antes porque no había ninguna guerra. Y tampoco lo eres ahora. Ahora solo eres un asesino a sueldo.

Las cejas se le volvieron a contraer. De manera instintiva, la mano de Harri se cerró en torno a la pistola.

—Estás agotando tu crédito de impertinencias, txakurra.

De nuevo hizo un esfuerzo porque su rabia fuese pasajera, por mantener el tono

amistoso. Dejó la pistola en el reposabrazos del sillón.

—A esta misma hora, unos amigos estarán recogiendo a mi mujer y mis hijos y los estarán llevando a un lugar donde nadie pueda localizarlos, donde les proporcionarán una nueva identidad y donde me reuniré mañana mismo con ellos para ser todos juntos felices para siempre. Ese es el final de mi historia. ¿Cuál es el final de la tuya, txakurra?

Harri esperó una respuesta, pero Gabo se mantuvo en silencio, así que siguió hablando:

—Estoy contribuyendo a poner fin a una guerra, a que llegue la paz. Voy a matar a Hilda Benjumeda y a Daniel Cienfuegos y, sin ellos, la guerrilla tendrá más capacidad para negociar su final. Y habrá canjes de prisioneros, como al final de todas las guerras. Presos por secuestrados. Jóvenes como el hermano de mi mujer tendrán la posibilidad de salir de prisión, la posibilidad de empezar una nueva vida, la oportunidad que no se nos dio a nosotros. Una vida sin guerra. Una vida en un país en paz. Y yo estoy ayudando a eso, eliminando a quienes se han convertido en obstáculos para la paz. Ya lo ves: todo es una cuestión de perspectiva. Desde la mía, yo soy un hombre de bien, un luchador por la paz. —Esbozó una amplia sonrisa—. Aquí me tienes... Un extranjero que lucha por la paz de un país que no es el suyo, un padre que lucha por ofrecer un futuro mejor a sus hijos, un marido que solo quiere hacer feliz a su esposa... ¿Quién me lo iba a decir?

—El amor nos hace vulnerables.

Harri asintió sin recordar que la frase era suya.

Había un brillo retador en su mirada pretendidamente amistosa. Pero Gabo lo ignoró. Empezaba a hartarse de estar en aquel salón de aire cargado y mobiliario anticuado. Empezaba a hartarse de hablar con Harri como en las tardes de billar, con la apariencia de ser los amigos que no eran. La pregunta regresó. ¿Para qué?

—¿Alguna vez piensas en todos aquellos muertos? ¿Recuerdas sus nombres? ¿Sus caras?

Al decir aquello, Gabo se dio cuenta.

Para eso.

Luego se tomaría la revancha por haberle hecho sentir como un imbécil al decirle que desde el principio supo quién era, durante todas aquellas tardes haciendo el idiota en el salón de billar. Se tomaría la revancha también por ese aire indolente con que le había puesto un café y jugueteaba con su pistola. Puedes dispararme. Me importa una mierda. Mátame. Pero no has ganado. Eso le explicaría. No, hoy no va a tener lugar ningún atentado. Y a ti te detendrán. Sí, eso le diría. Ya le quitaría luego la sonrisa presuntuosa y la mirada de suficiencia. Esa misma cara que se le ponía cuando le daba una paliza al billar. Pero eso sería después.

Gabo acababa de comprender para qué había ido a esa casa y había cometido la imprudencia de llamar a la puerta y quedarse a solas con aquel terrorista sin tomar la menor precaución, sin molestarse siquiera en llevar un arma. Para hacerle esas preguntas.

Por una vez, tenía la respuesta a una de esas malditas preguntas.

Harri dejó de sonreír. Se enderezó en el sillón. Volvió a agarrar con firmeza la pistola. También él pareció hartarse de pronto del aire cargado y del vulgar mobiliario, de aquel salón de otro siglo y de aquella visita que empezaba a alargarse de más.

—Era una guerra. En todas las guerras hay muertos.

—No me has contestado. ¿Los recuerdas? ¿Podrías decir sus nombres?

Harri empezó a incorporarse.

—Esta conversación ha terminado.

—Dime sus nombres, Harri. Solamente sus nombres. El de cada uno de aquellos a quienes mataste. ¿Recuerdas al menos sus nombres?

Harri estaba ya de pie. Empezaba a levantar la mano derecha, la que sujetaba la pistola.

Y fue en ese instante cuando comenzó el dolor.

Gabo dio un corto paso atrás.

Harri se dio cuenta al ver la repentina expresión de su cara, entre aturdida y sorprendida, de que algo extraño pasaba. Bajó la mano con el arma. Le observó. Esperó.

Gabo entreabrió la boca. Dio un paso hacia delante, trastabilló hacia atrás.

El dolor creció. Lo ocupó todo en apenas unos segundos.

Los tres helicópteros avanzaban en perfecta formación. Sobrevolaban los campos de Castilla a una altura apenas superior a los mil quinientos metros. De no ser por el motivo del trayecto, habría sido un placer disfrutar de las vistas, una relajante visión de las tierras fragmentadas en parches de formas caprichosas, parcelas de diferentes tonalidades verdes y terrosas, salpicadas de cuando en cuando por solitarias casas de labranza o por pueblos en los que siempre sobresalía la torre románica de la iglesia que les había dado origen siglos atrás y en torno a la cual habían ido construyéndose las casas. Pero Aldama no miraba nada de eso. Viajaba en el tercer helicóptero, un EC-135, más pequeño que los dos EC-225 que lo precedían y que transportaban a los agentes de intervención del GEO y a los artificieros TEDAX. Llevaba puestos unos cascos con micrófono que le permitían comunicarse con piloto y copiloto y, como un niño pelmazo, cada dos por tres preguntaba cuánto faltaba para llegar a destino. Veinte minutos. Dieciséis. Once. Demasiado, en todo caso demasiado.

Un párroco cabezota que había prometido confidencialidad a los contrayentes se había resistido a informar incluso a la pareja de guardias civiles que se había presentado en su sacristía. Por fin, les contó a regañadientes que a las doce de esa misma mañana iba a celebrar una boda con un reducido grupo de invitados. Una vez se rindió y confesó aquello, se mostró ya algo más locuaz. Los novios habían llamado hacía solo tres días para reservar la iglesia. Casi un milagro que estuviese disponible. Una cancelación de última hora, algunos novios que no están convencidos y se acaban echando atrás cuando le ven las orejas al lobo, les dijo a la pareja de guardias con una risita. A él no le gustaba aceptar bodas con semejante precipitación. No le parecía serio. Pero le habían llamado de una embajada, la colombiana. El embajador en persona, nada menos. Un favor especial. ¿Cómo negarse? Los guardias civiles se apresuraron a comunicarlo. Eran las once y dieciocho.

—Cuatro minutos para llegar —le informó el copiloto.

Aldama taconeaba con su pie derecho en el suelo del helicóptero. En sus cascos, sonó el chisporroteo que indicaba que se había abierto de nuevo el canal de comunicación. Le volvió a hablar el copiloto.

—Tiene una llamada, comisario.

Aldama le pidió que se la pasara. Los cascos aislaban bastante del ensordecedor ruido de los rotores. La voz le llegó con razonable nitidez:

—Lo siento, comisario. —Era uno de sus hombres. Aldama contuvo la respiración—. Nos han informado de una potente explosión. En una iglesia.

Aldama cerró los ojos.

—¿Cuántas víctimas?

—Aún no sabemos nada. Acaban de comunicárnoslo.

La llamada se cortó. El canal se mantuvo abierto. Aldama oyó la voz del copiloto:

—Ya llegamos. Ahí delante tiene el pueblo.

Le dio miedo hasta mirar. El helicóptero avanzaba hacia otro pueblo más, casi idéntico desde el aire a muchos de los que ya habían sobrevolado. Un conjunto de casas de paredes blancas y tejados ocre y, más o menos en el centro, la torre de una iglesia. Intacta.

Se lo advirtió un médico hacía ya mucho tiempo. Gabo tuvo una neumonía persistente y le sermoneó sobre los riesgos del tabaco. ¿Cuáles son las señales, cómo darse cuenta de que está pasando? La respuesta pretendió ser tranquilizadora. Los síntomas son diferentes en cada caso, le había dicho el doctor. Pero ten algo por seguro: si te pasa, lo sabrás.

Era como en aquella película de Indiana Jones, como si una mano se hubiese metido dentro de su pecho, hubiese atravesado su esternón, le hubiese aferrado el corazón y se lo estuviese apretando con firmeza. No se parecía en nada a lo que uno suponía que debía ser. Ni punzada en el pecho ni el brazo izquierdo paralizado. Tampoco era un dolor insoportable, tan solo una presión constante. No iba a más. Ni siquiera le impedía respirar. Pero aquella mano invisible que le

apretaba el corazón con terquedad le estaba exprimiendo la vida. Esa era la sensación principal, mucho más intensa que el dolor. La vida se escapaba. Como un globo pinchado que se estuviese desinflando, como una rueda con un escape de aire vaciándose, como una vela derritiéndose junto al fuego. La vida se iba. Despacio, pero inexorable. Y no podía hacer nada más allá de ser consciente de ello, sin ninguna capacidad de reacción. Resultaba hasta curioso, como si le estuviese ocurriendo a otro y fuese incluso interesante ser testigo del proceso. Notar cómo cada uno de los músculos del cuerpo se iba reblandeciendo, cómo la vida se escurría, se disolvía sin que hubiese forma de retenerla. Saber, sin la menor duda, que apenas le quedaban unos minutos antes de que todo acabase. Y no sentir nada más allá de ese corazón estrujado. Ni miedo ni angustia. Nada de eso que dicen sobre tu vida pasando por delante de tus ojos. Ningún interés en rematar la existencia con unas solemnes palabras de despedida. Tan solo una plácida indiferencia, una vacua perplejidad, la certeza de que el tiempo que quedara solo lo dedicaría a contemplar con una distancia protectora la propia muerte.

Harri había comprendido ya lo que ocurría. Permaneció inmóvil mientras Gabo daba unos pasos hacia atrás, doblaba las rodillas con lentitud y se acomodaba en el suelo, recostado contra la pared.

Se le acercó. Primero, confundido. Después, incrédulo. Por fin, casi divertido. Se olvidó de la pistola que llevaba en la mano. Se agachó junto Gabo y le observó con curiosidad.

—La vida tiene estos caprichos, amigo. Parece mentira que te haya ocurrido justo en este momento, ¿verdad? A veces uno ya no sabe si creer en la casualidad o en el destino.

Meneó la cabeza esforzándose en aceptar aquel absurdo giro de los acontecimientos. Después, le sonrió con una imposible mezcla de desprecio y empatía.

—Vas a morir —le dijo con el tono neutral con que un médico informaría de un diagnóstico fatal—. Vas a morir de una forma inoportuna y estúpida.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—No voy a auxiliarte. No pienso llamar a una ambulancia ni hacer nada por ti. ¿Puedes entender lo que digo?

Gabo no dijo nada. Apoyó la cabeza contra la pared y estiró las piernas buscando un poco de comodidad.

—Solo me voy a ir. Tengo un billete de avión a Barcelona. Saldré de España desde allí. Para cuando todo ocurra y pongan controles en aeropuertos, carreteras y estaciones, yo ya no estaré en esta ciudad.

Le dedicó una sonrisa, la misma sonrisa de otra victoria al billar, de otra carambola conseguida, el incontenible orgullo de quien se intuye invencible. Acercó su cara a la de Gabo. Le habló en voz baja, como si hubiese alguien más allí y no quisiese ser escuchado:

—Date prisa, txakurra, porque puede que te queden solo unos minutos. Mira para atrás y hazte una última pregunta: ¿has ganado?

Le apoyó una mano en el hombro, en un gesto de falso afecto que era más desdeñoso que compasivo. Para su propia sorpresa, a Gabo le alivió sentir aquella mano tocándole, como si el contacto físico con otra persona le transmitiese una débil inyección de vida.

—Antes te conté el final de mi historia y te pregunté cuál era el final de la tuya. Bueno, pues este es tu final, amigo mío. Morir así. Tirado en el suelo conmigo como tu última compañía. Seguro que no soy a quien habrías elegido de haber podido, ¿verdad? Sería gracioso si no fuese tan patético. Pero dime, ¿qué sientes? Aún te queda un último aliento para contestarme: ¿has ganado?

Gabo enfocó su mirada ida. Ni siquiera sabía si aún tenía fuerzas para hablar y le sorprendió escuchar su propia voz:

—Ni va a haber atentado ni tú vas a escapar. Solo eres lo mismo que has sido siempre. Un pobre perdedor.

Harri dejó de sonreír. Una expresión de ira se congeló en su rostro. Levantó la pistola y colocó el cañón en el centro de la frente de Gabo.

—Elige, txakurra, ¿prefieres morir de infarto o de un tiro en la cabeza?

—A estas alturas, asesino de mierda, tú ya no puedes matarme.

Sonó la detonación. Y Gabo se preguntó si así era como terminaba aquello, le

sorprendió que fuera así el instante final tras la suavidad de todo lo anterior, que aquella plácida cadencia que le arrastraba sin resistencia posible a algo muy parecido al sueño acabase de un modo tan abrupto, con una ensordecedora explosión que retumbó en su cerebro cegándole la visión y el pensamiento.

En un ramal de escaso uso a la altura del kilómetro 84 de la autovía de Andalucía, encontraron los restos de una gasolinera que llevaba ya algunos años cerrada, desde que la apertura de otra salida de la autovía cercana dejara prácticamente sin tráfico aquel tramo de carretera. El techado de aluminio que en su día cubrió la zona de los surtidores y la pequeña edificación donde estuvieron el cajero y un par de pequeños aseos, levantada cuando las gasolineras no se habían convertido aún en centros comerciales, eran lo único que quedaba en pie. Jamás la habrían encontrado sin la ayuda del navegador.

Aparcaron en la explanada la furgoneta Volkswagen. Ahmet se puso a orinar contra la pared trasera para no ser visto desde la carretera. Mahmut optó por encender un cigarrillo de grifa, de los que se liaba todas las noches, porque tenía la manía de fumar solo lo que hubiese liado él.

Los únicos sonidos eran el de la orina de Ahmet y el de la suave brisa jugueteando con las piezas de aluminio sueltas del techado. Un clima estupendo el de este país, dijo Ahmet en árabe. ¿Y si nos quedamos a pasar unas vacaciones?, dijo Mahmut. Los dos rieron. No iban a pasar ni una semana en España. Esa misma tarde habrían cruzado ya a Portugal, donde cogerían un vuelo de Lisboa a Milán. Un viaje demasiado precipitado, sin tiempo para disfrutar de nada. Unos días preparándolo todo encerrados en la casa de Fuencarral, ejecutar, recibir el segundo de los pagos pactados y vuelta a casa. Ni siquiera hemos visto la torre Eiffel, dijo Mahmut. Y Ahmet le miró dudando de si era una broma o una animalada, hasta que su compañero se echó a reír y rio con él.

Oyeron el motor del vehículo cuando apenas era una mota en el lejano punto donde la carretera se perdía en el horizonte. No había pasado ni un solo coche desde que se detuvieran en la gasolinera abandonada.

Esperaron sin alejarse de su furgoneta. Por si tenían que subirse y salir disparados. Ya estarían puestos los primeros controles de carretera. Pero no por allí. Estaban muy lejos de la iglesia. Cuanto antes recibiesen el pago y pudieran continuar su viaje, mejor.

El vehículo que se acercaba era también una furgoneta, una imponente Mercedes de color azul oscuro. No, no parecía ser de la Policía. Los dos rieron al ver que el conductor ponía el intermitente para tomar el desvío a la gasolinera. Un acto reflejo, dado que no había nadie a quien indicarle el giro. Se detuvo detrás de la de ellos. Tras el parabrisas, vieron a dos tipos. Más o menos de su misma edad. Pelo negro, piel oscura, también como ellos, pero de aspecto sudamericano.

—Buenos días, compañeros —dijo el que conducía cuando se bajó.

—Marhabaan —le contestó Mahmut.

El que iba en el asiento del copiloto, el más chaparro de los dos, señaló hacia atrás.

—Tenemos lo vuestro ahí.

Ahmet y Mahmut se miraron. No entendían lo que les decía, pero, en todo caso, no les gustó. Lo que tenía que darles no abultaba tanto. No era necesario llevarlo en la parte trasera de la furgoneta.

Youssef les había asegurado que aquella gente eran socios de fiar. Pero ellos habían dudado al principio. Pidieron más dinero. Y la otra parte accedió. Volvieron a dudar, volvieron a pedir más. El tiempo apretaba. O lo que pedían o nada. De nuevo se lo aceptaron. Ya era difícil negarse con la cantidad que estaban dispuestos a pagarles. Decidieron confiar en Youssef. Nunca les había dado motivos para no hacerlo. Si Youssef les había dicho que eran de fiar, adelante. Vinieron, prepararon los explosivos, fue sencillo introducirse en la pequeña iglesia antes de que amaneciera y colocarlos con discreción, los detonaron a distancia con móviles, pudieron oír la explosión y, una vez hecho el trabajo, emprender el regreso a Ankara vía Lisboa y Milán. Primer pago por adelantado, segundo pago ahora. Ambos en metálico. Euros y dólares. Ningún motivo para desconfiar. Cierto que Youssef llevaba un par de días sin dar señales de vida. Pero lo tomaron como una precaución más. Sin problema. Allá él. Ellos trataban ya con Harri. Un tipo serio el tal Harri. Un profesional. Todo iba bien. Hasta aquel momento.

Los dos supieron a la vez que algo pasaba. Quizá ambos habían desarrollado el mismo sexto sentido para detectar el peligro en sus años de juventud, cuando hacían el servicio militar en el Ejército turco, o después, cuando se unieron al Daesh en Siria y se convirtieron en expertos en explosivos. Y también se

lamentaron a la vez por haber sido tan confiados y haberse dejado las pistolas en el interior de la furgoneta.

De la parte de atrás de la Mercedes bajaron otros dos tipos de aspecto sudamericano. Cada uno llevaba un subfusil automático Steyr TMP. Las ráfagas de disparos sonaron secas, sin eco, porque en aquel espacio abierto el ruido no tenía dónde rebotar.

Ahmet y Mahmut quedaron tendidos junto a su furgoneta, cada uno empapado por el charco que formó con rapidez su propia sangre. Los hombres que les habían disparado refunfuñaron. A ninguno de los dos les apetecía hacer el viaje de regreso a Madrid en la parte trasera de la furgoneta. Hacía calor allí dentro.

Abrió los ojos cuando regresó el silencio, cuando el último eco del estampido se hubo desvanecido, y observó aquella figura sin estar seguro de si lo que veía era agonía, delirio o realidad. Estela Domínguez estaba de pie a la entrada del salón. Muy quieta. Piernas abiertas, separadas en un arco de cuarenta y cinco grados, rodillas ligeramente flexionadas. Brazos extendidos, codos también flexionados. La mano izquierda aferrando la muñeca derecha. La mano derecha sujetando el arma con firmeza. Una posición de disparo perfecta. La inspectora le pareció mucho más alta y corpulenta de lo que era.

Después vio a Harri. Estaba a su lado. Tendido en el suelo. Boca abajo.

Gabo recordó la detonación. Volvió a mirar a Estela. Pensó que era una aparición. Con efectos especiales de sonido incluidos. Quién lo iba a decir. El último instante antes de morir consistía en que Estela apareciese ante sus ojos con pose de pistolera y el ruido de un disparo como música de fondo de su despedida de la vida. Estoy pensando estupideces. Estoy vivo. Volvió a ser consciente del dolor del pecho. Respiró con suavidad, capaz tan solo de aspirar el leve soplo de oxígeno que necesitaba para mantener vivo su cuerpo desmadejado.

Estela tenía que haber entrado por la ventana de alguna de las habitaciones del fondo del pasillo. Había ido hasta el salón, había sacado su arma, había disparado a Harri. Nunca usé mi arma, pensó Gabo. Y se preguntó qué se sentiría al matar a alguien. Un pensamiento extraño en un momento como aquel, se dijo. Este es un momento para pensar en morir, no en matar. Y aquella idea le desagradó. Demasiado macabra. Luego ya no pensó nada más.

Estela se guardó en la sobaquera la pistola recién utilizada. Un solo disparo. Blanco perfecto. Las prácticas de tiro servían para algo. Ignoró el cuerpo de Harri. Se acuclilló junto a Gabo, le acarició la mejilla y le sonrió.

—Voy a pedir ayuda.

Gabo no le devolvió la sonrisa. No dijo nada. Solo apoyó la cara en aquella mano posada en su mejilla. Y cerró los ojos después.

Ahmet Yilmaz y Mahmut Sahin fueron identificados por EUROPOL como miembros del Daesh, antiguos combatientes en el frente sirio, si bien se tenía sospechas de que habían abandonado la actividad terrorista para volver a su patria e iniciar una nueva andadura en el próspero negocio del narcotráfico y los asesinatos por encargo.

Habían volado el Humilladero del Reposo, una coqueta iglesia castellano-leonesa, de planta muy sencilla, cuyo principal encanto era que estaba alejada de cualquier núcleo de población, en un antiguo cruce de caminos, erigida para ofrecer a pastores y trashumantes un descanso en su ruta y aprovecharlo para rezar. Era más popular entre los turistas que otras por hallarse en la cima de un suave altozano, algo poco frecuente, lo que le aportaba una peculiar elegancia, además de unas fotogénicas vistas que la convertían en un magnífico escenario de bodas. La Madre de Satán no dejó muro, arco ni pilar alguno en pie. Al menos, no había nadie dentro. Cuando una pareja de la Guardia Civil llegó al lugar tras la atronadora explosión, un sacerdote se había acercado ya desde el pueblo más próximo y les dijo, con el susto aún metido en el cuerpo, que aquello podía haber sido un desastre aún mayor, que tenían prevista una boda aquella misma mañana, pero hacía solo tres días se había cancelado.

Hilda Benjumeda le explicó a Sixto Aldama el motivo del cambio de iglesia. El mismo día que iba a coger el vuelo a Madrid había recibido una llamada inquietante. Un compañero de sus tiempos de becaria política con el que ya no tenía trato, pero al que le había seguido los pasos porque había acabado haciendo carrera y ahora ocupaba un alto cargo en el Ministerio del Interior colombiano.

El amigo le dio un consejo. Cancela la boda, le dijo. A Hilda aquello le sonó a amenaza. Pero el amigo insistió. Hay mucha gente a la que le gustaría veros muertos a Daniel y a ti, le dijo. Alguien podría haceros algo el día de vuestra boda. ¿La guerrilla? Y otros. Pueden unir fuerzas ante un objetivo común, esto es

Colombia, ya me entiendes. Pero sí, al final se lo endosarían a la guerrilla. Hilda le pidió un indicio más concreto. Amenazas de muerte recibía una docena a diario en su oficina. El amigo no tenía ninguna prueba que ofrecerle. Pero si no supiese de lo que hablo, no te estaría llamando, le dijo. Hilda le preguntó por qué le avisaba si ahora eran rivales políticos. Se lo explicó sin el menor rubor: esperaba que ella llegase a presidenta y entonces le pagase aquel favor ofreciéndole, quizá, por qué no, ser ministro, digamos. Hilda colgó el teléfono.

Se lo contó a Daniel. La llamada de aquel trepa les tocó las narices y el orgullo. No, no cancelarían la boda por lo que había dicho ese sinvergüenza. Pero, pensándolo bien, tampoco estaba de más ser un poco cautelosos. No cancelaron, esa era su victoria sobre el miedo y la amenaza. Pero cambiaron la iglesia. Sin decírselo a nadie. A su docena de invitados les pidieron que aceptasen dos pequeños incordios: no les dirían el lugar de la ceremonia hasta la misma mañana de la celebración y, aunque sabemos que esto segundo les costará, por favor, mantengan los teléfonos móviles apagados la mañana de la boda solo hasta que lleguen a la iglesia, apenas un par de horas desde Madrid, para evitar que los rastreen, les rogaron. Una precaución, les aseguraron, no hay ningún riesgo, más vale prevenir.

Ahmet y Mahmut volaron una iglesia vacía. Después fueron asesinados, nunca se supo por quién. Esa misma mañana Gorka Landaberría, alias Harri, murió en una casa de Fuencarral de un único disparo efectuado por la inspectora de la Brigada de Estupefacientes Estela Domínguez. Hilda Benjumeda y Daniel Cienfuegos se casaron a poco más de setenta kilómetros de la ermita volada por los dos turcos, en la iglesia de San Martín, en Rejas de San Esteban, provincia de Soria, después de que la espectacular aparición de tres helicópteros retrasase el comienzo de la ceremonia.

A mediodía, Sixto Aldama ya estaba de vuelta en su despacho de Canillas, repitiendo por teléfono el mismo relato a cada uno de los principales cargos políticos del Ministerio del Interior. Toni Pazos, en cambio, aún no había regresado a su residencia. Tras echar una cabezada matinal en el piso de Dolores y de que esta le rechazara un par de proposiciones deshonestas hechas sin rodeos ni esperanza de éxito, ambos comían una sabrosa carrillera de ternera acompañada solo de agua. No habían terminado aún de comer cuando a Dolores le sonó el móvil.

—Dime, ¿qué vas a hacer sin mí?

—¿Cuándo?

—Pues siempre. Cada día. Cuando esto termine. ¿Qué harás cuando te levantes por la mañana o sea la hora de comer o cada vez que salgas a la calle o cuando caiga la noche? ¿Qué harás cuando empiece el invierno o cuando se acerque tu cumpleaños?

Le pilla de sorpresa. Ella no suele hacer eso. No anda mirando al pasado ni hace preguntas sobre el mañana. Y menos en ese momento. Después de hacer el amor, desnuda y acurrucada contra él, cobijada en su costado, cuando aún huele a él y él a ella y todavía no necesitan taparse porque conservan el calor en los cuerpos.

—No te entiendo. Ya vivo sin ti. Solo estoy contigo en este hotel. El resto del tiempo lo paso sin ti.

—No, no es verdad. Ahora estoy contigo todo el tiempo, incluso cuando no estoy a tu lado. Igual que tú también estás conmigo.

El cuerpo de ella parece más pequeño cuando se pega al de él, el pecho contra su costado, una pierna de él entre las de ella, un brazo encajado entre ambos cuerpos y el otro reposando sobre su hombro. A veces se burla de él en esos momentos, se empeña en que la abrace y la bese y le hable, aunque sabe que él, hombre al fin, asunto liquidado, prefiere que le deje recuperarse en paz, disfrutar consigo mismo del regusto, sin carantoñas ni arrumacos, es gracioso verle fingir que le gusta su atención cuando solo desea silencio y quietud.

—¿Y por qué voy a tener que estar sin ti?

Él baja la barbilla e inclina la cabeza para mirarla a los ojos, curioso. Ella lo dice sin brusquedad, con la misma normalidad con que se avisa de un cambio de temperatura.

—Porque esto terminará y me iré.

—Esto terminará y podremos estar juntos más allá de esta habitación.

—Sabes que no. Sabes que no será así.

—¿No querrás estar conmigo?

—Tú y yo no existiremos más allá de esta habitación.

Él se inclina otro poco, rompiendo la postura y con ello la comodidad. Ella trata de reajustar su cuerpo cuando él se gira y se apoya en un hombro para mirarla mejor.

—¿Por qué dices eso?

Ella ya no siente el calor de los cuerpos unidos, así que se incorpora y busca a sus pies la sábana apartada antes y la sube para taparse.

—Porque esto no es real. Esto es un sueño raro, un paréntesis de locura que algún día terminará y, cuando termine, volveremos a la realidad, a otro mundo en el que ya no estaremos juntos. Los dos lo sabemos.

—Pero ¿por qué?

Ella habla sin alterarse, con dulzura incluso, explicando lo indudable. Él parece enfadarse. Repite la pregunta. ¿Por qué? Aún no sabe que está formulando por primera vez la pregunta que le acompañará durante el resto de su vida.

—Porque nosotros ya no seremos nosotros cuando salgamos de esta habitación. Seremos otros y veremos la vida con los ojos de esos otros y todo será diferente.

—No te entiendo.

—Sí, sí me entiendes.

Él también se mete bajo la sábana, pero no para buscar el cuerpo de ella y recuperar el contacto. Se mete buscando protección, un escondite.

—No me gusta hablar de después.

—Vale. Pero contéstame, ¿qué harás entonces?

—Será como ahora.

—¿Y cómo es ahora?

—Ahora vivo contigo a mi lado cuando ya no estás y te echo de menos cuando aún estás.

Ella sonríe, porque él, que no ha nacido para personaje de novela romántica, que es más bien tirando a seco y a rancio, sosón y torpe como galán, le ha dicho algo precioso que la entenece y ni siquiera es consciente de ello.

Ella se burla un poco, porque los dos se sienten incómodos con el sentimentalismo. Hay que tener cuidado. Mejor no abrirse en canal, no dejar al aire las entrañas.

—A ver si de pronto te estás volviendo poeta...

—No pienso dejar que te vayas.

Le sonríe, reblandecida por su empecinamiento de niño cabezota, aferrado a algo que sabe que no podrá tener.

—Claro que lo harás. Y yo me iré. Cuando llegue el momento, los dos pensaremos que es así como tiene que ser, que estamos haciendo lo correcto, que es lo mejor para el otro. Ahora creemos que no. Pero olvidaremos lo que ahora podamos pensar y decir y prometernos, tendremos una conversación de mierda y esto se terminará. Nos separaremos y nos pasaremos el resto de nuestra vida preguntándonos por qué.

Así lo llama ella desde aquel día. Lo convierte en una broma triste. A veces, cuando Springsteen canta y ellos se abrazan y la noche se hace más noche que nunca, ella lo menciona, siempre quitándole trascendencia, siempre situándolo en un lugar muy lejano del futuro. Y siempre lo llama así. La Conversación de Mierda. Y solo decir eso, ambos saben todo lo que aquello incluye. Y lo peor de todo es que el vaticinio se cumplirá. Tendrán esa conversación y será tal y como ella predijo que sería.

Pero esta noche, en la habitación de Perpiñán, aún creen que el tiempo es infinito.

—¿Tú también te lo preguntarás?

—Claro que sí. Durante el resto de mi vida.

Gabo abre los ojos y tarda un poco en comprender dónde está. De vuelta en la habitación. ¿Se ha quedado dormido? Mira el techo y siente la calidez de la sábana cubriéndole el cuerpo desnudo. Y le entra miedo. El espantoso miedo a que ella pueda tener razón, a que la Conversación de Mierda llegue algún día. Y, como siempre que ese miedo le asalta, se gira para buscarla, para abrazarla, para alejarlo buscando refugio en su olor y en su piel. Pero no la encuentra a su lado. Y solo entonces comprende que aquella no es la misma habitación y que Marina nunca volverá a estar allí, a su lado, esperando su abrazo.

Abrió los ojos y la vio frente a él y volvió a dudar, como cuando la vio aparecer en aquella casa, si lo que veía era real. Estaba a los pies de su cama. De nuevo, parecía más alta y corpulenta, fuera de escala. Le miraba con mirada tierna y sonrisa dulce y eso tampoco encajaba con ella. La inspectora dura. Por eso le llevó unos segundos comprender que tanto ella como él estaban en el mundo real, no en ese otro en el que en los últimos días pasaba tantas horas, una dimensión sin espacios, tiempo ni distancias, donde cualquiera podía entrar y salir sin que él pudiese ni retenerlos ni expulsarlos.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Creo que esa pregunta debería hacértela yo a ti —dijo ella.

Con el dedo índice atrapado por la pinza del pulsómetro, Gabo señaló el monitor al que le unían los cables de los electrodos distribuidos por su pecho.

—Según todo esto, sigo vivo, pero yo no estoy muy seguro. —Sonrió y le preguntó—: ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

Ella dudó entre darle una respuesta convencional o ser sincera, y al final decidió quedarse a mitad de camino:

—Saldremos adelante, cada uno con lo nuestro. Verte ahí, vivo, ayuda.

Más allá del cariño que deseaba transmitirle, en su mirada reblandecida y en su sonrisa desprotegida había algo que ya había visto antes. Gabo conocía esa tristeza mal escondida. He matado a un hombre. Y daba igual quién fuese el

hombre muerto, santo o villano. Matar no era fácil. Matar entristece tanto como morir. Estela tenía aquella tristeza en su mirada y su sonrisa. Y él podía ahora comprenderla mejor que a Javi en la sala de interrogatorios de la comisaría de San Sebastián, porque él nunca había matado, pero ahora sí sabía lo que era morir.

—Eres una mujer dura —le dijo dedicándole la mejor sonrisa que podía ofrecer bajo la incomodidad de las gafas nasales, y le sonó tonto, insuficiente como consuelo e inservible como ánimo.

Estela cambió de tema. Nada de compasión ni condolencias. He matado a un hombre. Sí, amigo, soy la inspectora dura que quiero ser. Se apresuró a esconder mirada y sonrisa heridas bajo una protectora actitud de rutina policial, todo bajo control. Le puso al día, más por pisar territorio seguro que porque pensara que a él, en su situación, le pudiese interesar. Youssef y el Argentino ya estaban en prisión. A los dos les sería difícil salir impunes. Había toda una variada gama de delitos vinculados tanto al terrorismo como al tráfico de drogas de los que acusarlos. La muerte del Emperador se le achacaría a Harri, tal y como habían pactado con Johnny a cambio de que les diese la dirección de la casa de Fuencarral, así que el Argentino tendría más posibilidades de salir antes de la trena.

—Pero tú y yo sabemos que no fue así —añadió en este punto.

Harri no cometía personalmente sus crímenes. Quizá el Argentino y él se pusieron de acuerdo en liquidar al Emperador porque a ambos les interesaba por razones diferentes: el uno, por librarse de un contacto al que seguía la Poli; el otro, para hacerse con el poder de su red de narcotráfico. Pero, a diferencia de lo que había pensado en un primer momento, ahora la inspectora Domínguez estaba segura de que había sido Johnny quien se había ocupado de que Mario Claudio acabara tirado en aquella nave de Algete con la cabeza abierta. Así que iban a permitir, a cambio de información, que un asesino quedara sin pagar por su crimen.

—Es curioso, Gabo —le dijo Estela, más con ánimo de ironizar que de reprochar—. En un breve período he pactado que se deje de patrullar durante una noche en el Estrecho a cambio de información, he permitido que se coaccione con violencia a un detenido delante de mis narices y he aceptado hacer la vista gorda con un asesino a cambio de que nos dijese dónde se escondía otro... —Estela

negó con la cabeza—. Trabajar juntos ha sido toda una experiencia. Desde que te he conocido, he incumplido todo tipo de normas y me he saltado todos mis principios como policía.

Ambos rieron.

El tiempo para las visitas era corto en la UCI. Así se lo recordó a la inspectora una enfermera. Estela asintió respetuosa. Los amigos y familiares que habían entrado para ver a otros pacientes empezaban a abandonar la sala.

—¿Sabes? Sigo teniendo dudas. —La ternura regresó a los ojos de la inspectora—. Al final, ¿lo hicimos bien o fracasamos? Todos los malos de esta historia están muertos o entre rejas. Pero la iglesia saltó por los aires, y si no hubo una masacre fue solo porque la colombiana cambió de iglesia. Dímelo tú, ¿hemos hecho bien nuestro trabajo?

—Como todo, depende de la perspectiva desde la que lo contemples... —Gabo sonrió para sus adentros al decir aquello, consciente de que ella no entendería la gracia de aquellas palabras. Dejó que la pregunta de Estela quedase en el aire hasta que decidió que prefería responderle con sinceridad y no con una vacua frase de elogio o consuelo—. Sinceramente, inspectora, ¿qué importancia tiene eso?

Ella acabó desistiendo de encontrar una respuesta. Mantuvo la sonrisa frágil y permitió, qué demonios, al garete los diques de contención, que los ojos se le humedecieran.

—No lo sé... Quizá necesito saber si soy una buena policía. Por consolarme, supongo. Para reconstruirme. O no sé para qué.

—Yo creo que eres una gran policía, Estela.

—Yo creo que tú también, Gabo.

En la columna con pantallas, gráficos y contadores a la que estaba conectado el cuerpo de Gabo, sonó un pitido de alerta. Pero no avisaba de que el paciente fuese a morir. Era solo que se cabreaba.

—No, maldita sea. Yo ya no soy policía.

Una enfermera se acercó. Echó un rápido vistazo al monitor, comprobó que la pinza del pulsómetro seguía en su dedo índice y se alejó tras otro vistazo, este ya reprobatorio, a la inspectora, que no acababa a marcharse y encima alteraba al paciente.

—Me salvaste la vida.

—Me equivoqué dejándote ir solo a aquella casa. Por eso regresé.

—Gracias, inspectora.

—Tú mantente alejado de los cigarrillos, ¿vale, comisario?

—Te repito que ya no soy comisario.

—En cierto modo, siempre lo serás.

El monitor volvió a pitar. Estela le hizo un guiño de chica mala antes de irse. La enfermera se cruzó con ella y le dedicó una mirada que mostraba sin tapujos su esperanza de no verla de nuevo por allí. Y Gabo cerró los ojos y, sin querer, regresó a ese otro mundo que tenía un extraño parecido con la realidad o que, quién sabe, quizá era la realidad y este otro el imaginado.

En el avión del Ejército del Aire viajan los tres miembros de la banda entregados por las autoridades dominicanas, Gabo y los cuatro agentes que le han acompañado y un observador de Cruz Roja Internacional cuya presencia ha exigido el Gobierno dominicano para garantizar la pulcritud del operativo y curarse en salud frente a cualquier crítica por haberlo autorizado. A los españoles les parece intolerable, es ponerlos bajo sospecha, otro ejemplo más de la habitual tacañería de la cooperación internacional en la lucha contra la banda, pero no ha quedado más remedio que tragar.

Los policías y el observador se sientan en la parte trasera del avión y los tres detenidos en la delantera. Más allá de algunas precauciones, como haber retirado cualquier cubierto de metal o vaso de vidrio, sustituyéndolos por menaje de plástico, no han adoptado medidas de seguridad especiales. Los malos ni siquiera van esposados. Están sentados cada uno en una fila de asientos diferente y se les ha pedido que no hablen entre ellos, algo que han aceptado sin la menor protesta. No tienen ningún interés en causar problemas inútiles.

Están ya a mitad de vuelo. Un par de policías duermen, los otros dos hacen guardia. Gabo advierte que uno de los malos se mantiene despierto. Está mirando por la ventanilla, a pesar de que fuera la oscuridad es total. Gabo conoce bien a ese tipo. Se sabe al detalle el historial de los tres malos que vuelan hacia España, tanto como el de los que se han quedado atrás por esa absurda decisión salomónica de las autoridades dominicanas, que esperan contentar así por igual a partidarios y detractores de esa entrega de terroristas deportados. Va hasta su fila y se sienta a su lado y al poco han entablado conversación.

Gabo no exige información. No busca nada. Ni siquiera sabe por qué se ha acercado a hablar con él. Tal vez tan solo porque es de noche y el silencio es absoluto y están en ese lugar inexistente que atraviesan los aviones, nueve mil metros de altitud, un mosquito sobrevolando un océano, ahí no hay reglas prestablecidas, un policía puede sentarse al lado de un terrorista y charlar amistosamente solo porque sí.

Le parece un hombre tranquilo, de maneras educadas. Le pregunta cómo es eso de vivir en el Caribe para un vasco de pura cepa. El malo le contesta que lo peor es la desesperante monotonía del clima, que no haya diferencia entre noche y día, que ni siquiera exista el fresco del atardecer ni el frío de la mañana. A estos los pilla una galerna y se quedan todos tiesos en un minuto, le dice, y los dos sonrían. Charla insustancial. Gabo recuerda aquello que solía decir el Dandy. No son monstruos con cuernos y rabos. Son personas. También se acatarran o les hace reír una película tonta. El Dandy no lo decía para defenderlos. Todo lo contrario. No permitáis que eso os lleve a confusión, les advertía. Matan, secuestran, destruyen. Pero son personas. Y recordarlo tiene que ser tu fortaleza, no tu debilidad. Las enseñanzas del Dandy, una mina de sabiduría.

Aquella es la primera vez. Luego, cuando la repita, no lo recordará. Pero en aquel avión ya hace la misma pregunta que hará muchos años después en la casa de Fuencarral. La conversación le lleva hasta esa curiosidad sin pretenderlo. El clima de Santo Domingo, la lejanía del hogar, la nostalgia por lo dejado atrás, y, sin darse cuenta, llegan a las muertes. Extraño, pero la pregunta resulta natural. ¿Alguna vez piensas en las víctimas? Y en la casa de Fuencarral tampoco lo recordará, pero la respuesta es idéntica. Demasiado igual. Suena a doctrina oficial, a lavado de cerebro, a dogma, a que ellos también tienen sus máximas. Esto es una guerra y en todas las guerras hay muertos. Eso le contesta. Punto y final, nada más que decir al respecto. La misma respuesta que años después le dará Harri. Y algo más. Aquel hombre, amable, tranquilo, educado, que acabará

pasando los próximos veinticinco años en prisión, le dice también:

—Lo que tú y yo pensemos o sintamos carece de importancia. Lo que sea de tu vida o de la mía no preocupa a nadie. Da igual si vivimos o morimos o qué será de nosotros. No entiendes nada, txakurra. Hoy crees que has logrado una victoria por llevarnos en este avión. Pobre de ti. Esta noche, este vuelo, esta detención no tienen ningún valor, no cambian nada. Formamos parte de una historia mucho más grande que nosotros, una historia en la que tú y yo tenemos tan poca relevancia como dos objetos diminutos en la esquina de un gran escenario. Atrezo, decoración, anécdota, intrascendentes en todo caso. Esta es una historia de siglos, de pueblos, de generaciones, y mañana, cuando sea solo el recuerdo de una antigua lucha, da igual quién sea el vencedor o el vencido, ni tú ni yo ocuparemos espacio alguno en la memoria de nadie. No habrá quien dedique una sola línea a narrar tus andanzas o las mías. Tú, txakurra, que esta noche vienes aquí y te sientas a mi lado con la condescendencia del que se cree vencedor, ni siquiera existes. Pasarás de largo sin que nadie recuerde tu nombre, sin que nadie pierda el tiempo en contar tu pequeña y aburrida historia. Así que no vengas aquí y me hables con esos aires de tirano bondadoso porque tú, como yo, no tienes derecho a una ración ni de gloria ni de culpa en esta historia, no eres más que otro derrotado que vuela directo hacia el olvido.

El terrorista no le da opción a réplica. Se levanta y llama al observador de Cruz Roja. Este, un hombre menudo, vestido con un traje de espiguilla nada caribeño, con gafitas redondas y frente siempre sudorosa, apocado y asustado, aferrado todo el tiempo a un abultado maletín de piel negra que hace pensar en un visitador médico, se despierta con un espasmo al oír su nombre. Se acerca a toda prisa a la parte delantera de la cabina a la vez que se coloca las gafitas. El terrorista le dice:

—Quiero que conste que este policía me está sometiendo a presiones y amenazas.

Gabo le mira incrédulo. El observador enrojece hasta las orejas y tartamudea:

—Le ruego, señor, por favor, que se abstenga de comunicarse con el detenido.

Gabo asiente sumiso. Echa un último vistazo al terrorista buscando sus ojos, pero este aparta la mirada. Gabo regresa a su asiento.

Cuando llegan a Madrid, el observador redacta un duro informe en el que se

afirma, sin contrastar, que el comisario al frente del operativo ha intimidado a uno de los detenidos. Gabo es llamado a las oficinas de la Secretaría de Estado de Seguridad para dar explicaciones la misma mañana de su regreso. Allí, en los pasillos, se encuentra con el observador. Este se muestra amistoso. No hace mención al contenido del informe. Le dice a Gabo que solo va a estar cuarenta y ocho horas en España y que querría aprovecharlas para visitar Galicia, la tierra de origen de su familia. Le pregunta a Gabo si le importa informarle de la manera más rápida de llegar. Viene agotado del vuelo nocturno y después ha tenido que redactar su informe a toda prisa y no tiene ni idea de la distancia entre Madrid y Galicia, pero no quiere dejar de ir, si puede ser haciendo un viaje lo más cómodo posible, le dice a Gabo. Gabo se muestra encantador. ¿De Madrid a Galicia? No más de dos horas, tranquilo. Se ofrece, obsequioso, a gestionarle el viaje. Llama a una compañía de autobuses y sorprende a la señorita que le atiende cuando le pide, sin que el otro le oiga, un billete en el autobús a cualquier punto de Galicia que más paradas tenga durante el trayecto. Le hace la reserva al observador, le escribe en un papel cómo llegar en metro a la estación de autobuses diseñándole un recorrido que incluye tres trasbordos dando un rodeo innecesario y le despide con un enérgico apretón de manos deseándole que disfrute de ese viaje al encuentro de sus raíces.

No, no somos nada, volamos hacia el olvido, pero a veces, qué demonios, da gusto ser un poco hijo de puta, piensa Gabo.

Se vieron en la habitación del hospital. Gabo había salido el día anterior de la UCI. Estaba más animado. No tener que llevar ya la humillante bata con el culo al aire era como resucitar un poco. Se empeñaba en estar vestido desde el amanecer, como si estuviese a punto de marcharse, aunque los médicos le habían advertido que le quedaban aún como mínimo un par de días más. Era un paciente obediente pero impaciente, de esos que en cada entrada en la habitación de un médico o enfermera preguntan cuándo calculan que podrán marcharse a casa, aunque sepan que la respuesta no va a variar de una vez a otra.

Gabo aceptó la visita de Sixto Aldama con desgana, por no ser descortés. Sixto se comportó en la habitación como se relacionaba siempre con Gabo, cauteloso, tanteando el terreno. Le hizo las preguntas obligadas de cualquier visita: cómo te encuentras, qué tal es la comida, es cómoda la cama, para cuándo esperas el alta. Gabo le contestó con las respuestas obligadas de cualquier enfermo: mejor, sosa, correcta, espero que pronto. Gestionaron lo mejor posible un par de silencios más largos de la cuenta. A los dos les alivió que entrara una enfermera para dejar

una bandeja con un zumo de piña y un pequeño vasito con la medicación. Aldama comentó que el personal del hospital parecía muy amable, Gabo dijo que sí, que muy bien todo, y por fin Aldama se decidió a salirse del guion:

—He presentado hoy mi carta de dimisión como comisario general. Voy a pedir la jubilación. Ya va siendo hora...

—¿Y a qué te vas a dedicar? ¿A jugar a la petanca o a dar de comer a las palomas en el parque? —le preguntó Gabo poco amable, con retranca.

Aldama contraatacó:

—Podías darme alguna idea. Dime, ¿a qué te has dedicado tú todos estos años?

Gabo asintió apreciativamente, como si Aldama hubiese acertado haciendo la pregunta correcta. O tal vez la que más le podía molestar. Gabo se había hecho bastantes veces esa misma pregunta durante las horas muertas de hospital. En el inevitable repaso de su vida, aquellos últimos años eran tierra yerma, amnesia, había lecturas y estudios y algún viaje y poco más, imágenes en nebulosa, un desorden de recuerdos sin valor.

—Si te digo la verdad, cuando pienso en ellos, ni siquiera estoy muy seguro de lo que he estado haciendo —le contestó con sinceridad—. Derrochar tiempo. Un despilfarro. Pero ya no más. Ahora toca aprovecharlo por si ya no quedase demasiado —dijo con resignación, palmeándose en el lado izquierdo del pecho.

Aldama sonrió con una medio sonrisa comprensiva, amistosa, tal vez hasta un poco suplicante.

—Nunca nos entendimos, Gabo.

—No pretendas que ahora, al final, volvamos a ser amigos, Sixto.

—No entiendo por qué no.

—Ya es tarde. Ni siquiera pretendo tener razón o un motivo claro que darte. Considérame un soberbio, un cabezota, un imbécil rencoroso. La verdad, me da igual. Pero no me pidas que acabemos dándonos un abrazo y jurándonos amistad eterna hasta el cercano fin de los escasos días que nos queden, ¿vale? Tengo derecho a que no me caigas bien y no pienso renunciar a ello.

—Mantienes firme tu empeño en odiarme, Gabo.

Hacia solo un rato Gabo había hablado con Toni Pazos por teléfono. Le había llamado a la residencia. No habían tenido ocasión de hablar desde que Gabo entrara en el hospital. El auxiliar que atendió la llamada le llevó el teléfono a Toni hasta el jardín y lo primero que dijo este fue que estaba hasta el gorro del canto de los mirlos, que le impedían concentrarse en la sopa de letras, y que daría lo que fuese por tener una buena escopeta para liarse a tiros con aquellos pajarracos.

—Dicho eso, ni se te ocurra darme un largo parte médico que no pienso escuchar. Solo contesta a esto: ¿vas a sobrevivir sí o no?

Gabo se echó a reír. Le dijo que sí y que le llamaba para proponerle algo que le andaba rondando la cabeza. Un cambio de vida. Buscarle un piso, quizá cerca del suyo. Y una persona que le atendiera. Dejar la residencia y tener algo más parecido a un hogar. Él le ayudaría a buscarlo y a instalarse. Con wifi y acceso a internet con fibra o banda ancha o lo que demonios sea lo mejor, por descontado. Una ventana al mundo y todo eso que tanto le gustaba decir.

—¿Estás loco? —Pazos gruñó con voz de grajo—. No has entendido nada, Gabo. A los dos días me estaría bebiendo una bañera llena de whisky y ya estoy viejo para eso. Esta casa es mi hogar. Vivo entre viejos dementes y viejas con incontinencia, sometido a las órdenes de unos niñatos que calzan zuecos de mujer, me niegan un miserable ordenador y me dan un té con pastas de mierda, ¿se puede pedir más? Por primera vez en muchos años, ¡soy feliz!

Gabo le aseguró que iría a verle en cuanto pudiese y le prometió que pelearía para que le volvieran a permitir tener un ordenador.

Iba ya a colgarle cuando decidió preguntárselo: ¿lo habían hecho bien o todo aquel operativo había sido un gran fracaso? Lo hizo solo por saber la opinión de Toni, sin que una respuesta en uno u otro sentido fuese a servirle de nada, tan solo porque él había dudado en qué contestarle ante aquella misma pregunta a Estela.

Pazos se tomó algo de tiempo antes de responder y, cuando lo hizo, solo dijo:

—Lo único que importa es pillar a los malos.

Ahora Gabo zanjó la conversación con Sixto Aldama repitiéndole la vieja máxima. Lo único que importa. Y el comisario general sonrió, esta vez del todo, sin contenerse, nostálgico y comprensivo, y supo que ya no quedaba mucho más que decir. Se levantó para irse. Le ofreció la mano a Gabo y este se la estrechó. Durante un segundo, quizá dos, más allá de lo necesario. Un par de segundos de tregua, de debilidad, de despedida. Todo dicho en aquellos dos segundos. No hacía falta más.

Aldama estaba ya en la puerta de la habitación, a punto de marcharse, cuando pareció recordar algo.

—Por cierto, en cuanto al asunto del ucraniano... Hablé con el ministro, incluso. Le dije que lo menos que podíamos hacer, después de todo lo que tú has hecho por nosotros, era mover algunos hilos para librarte de ese incordio... Bueno, me temo que no lo hemos conseguido. Al final, tendrás que ir a juicio.

Gabo sonrió. Ni gloria ni culpa. Aquellas palabras resonaron lejanas en un recoveco de su memoria, pero ni siquiera recordó dónde las había escuchado antes.

—La ley está por encima de todos, comisario general.

—Yo ya no soy comisario —le dijo Aldama en tono paródico.

—Sí. Tú aún sí.

La enfermera interrumpió la despedida. Aldama se fue y a Gabo le pusieron el termómetro. No lograba entender aquella dichosa manía hospitalaria de tomar continuamente la temperatura. Le preguntó a la enfermera que cuándo calculaba que le darían el alta. Con infinita paciencia, ella le contestó una vez más que eso dependía de los doctores, no de ella.

El Dandy y Cata traen las cervezas de la cocina. Javi está sentado en su sitio de siempre en el sofá liándose un canuto. A su lado, Gabo saca de una cajita de cartón los cuatro cubiletes. En el interior de cada uno hay un dado y las cuatro fichas. Va poniendo cada uno en su esquina del tablero. Verde para Javi, azul para el Dandy, amarillo para Cata y rojo para él. Después se levanta del sofá y va hasta el mueblecito donde guardan las bebidas. Sobre él han colocado el radiocasete y las cintas apiladas. Gabo busca entre ellas y por fin elige y pone una de la Creedence.

—Hay algo que no entiendo —le dice Cata, que viene de la cocina justo cuando empieza a sonar *Bad moon rising* en el aparato—. ¿Por qué te gusta tanto esa música? Tú no sabes inglés. Ni siquiera entiendes lo que dicen las canciones.

—Pues precisamente por eso —le explica Gabo con la paciencia de quien se ve obligado a repetir lo mismo una y otra vez—. Así puedo imaginarme que dicen lo que a mí me dé la gana. Esa es la gracia.

—Ni caso, Cata —se entromete despreciativo Javi—. Ya sabemos lo raro que es Gabo. Y además de raro, tiene muy mal gusto. ¿Qué puedes esperar de un tío que prefiere a McMillan antes que a McCloud? ¿Es o no es eso de tío raro?

El Dandy también llega de la cocina. Y se suma al debate:

—Yo prefiero a Banacek. ¿En qué me convierte eso a mí?

Javi se coloca el canuto en la boca y lo sostiene con los dientes apreciativamente, sin encenderlo, tan solo sometiéndolo a una prueba de calidad.

—Es que tú ya sabemos que eres lo que eres. Un cursi. Como Banacek. Por eso te gusta.

Hay mucho de ritual en aquella conversación. La han tenido ya un sinfín de veces. Los domingos por la noche dan por televisión un episodio de las series policíacas de los detectives más famosos del momento y una tradición en el piso de Aiete es discutir sobre cuál es el mejor de los cuatro investigadores. Cada uno tiene su favorito. Los argumentos, dardos y chistes son siempre los mismos, como las réplicas de una misa, siempre en idéntico orden y en una fiel repetición, algo parecido a una ceremonia que marca la frontera entre el final de la jornada laboral y el comienzo de la vida hogareña.

—Vale —le toca a Gabo—. Entonces el Dandy es como Banacek, yo soy más de McMillan y tú eres un vaquero al estilo de McCloud. Pero, entonces, ¿quién sería Cata? ¿Colombo?

Javi niega impetuosamente con la cabeza, dispuesto a defender a muerte su opinión:

—Cata es la mujer de McMillan, por supuesto.

—Eso estaría bien, Cata. —Se ríe Gabo—. Estoy de acuerdo en eso. Tú y yo deberíamos casarnos.

Cata le hace un gesto de «más quisieras tú» con la mano.

—No te aguantaba yo a ti ni aunque me pagaran por ello.

—La Cata ya tiene a su gachó, Gabo. El camarerito de Cáceres.

Ahora el gesto de Cata va dirigido a Javi.

—Mucho más guapo y más listo y más hombre que el McCloud de Puerto Real.

Gabo coge uno de los botellines y un abridor.

—Bueno, ¿vamos a echar un parchís o no?

—Deberíamos repasar lo de...

Cata no le permite al Dandy ni acabar su frase:

—¡Ni de broma! Hora de parchís, no de trabajar.

Javi se ríe.

—El Dandy tiene miedo de perder otra vez. ¿Cómo se puede ser tan malo en un juego tan simple como el parchís?

—Dandy, si te cuesta pillarlo, nos pasamos a la brisca —se burla Gabo.

Ese es otro de sus rituales reiterados.

—Deja, Gabo —se suma Cata—, que si ya le cuesta recordar que se cuentan veinte cuando te comes una ficha, imagínale llevando los tantos en la brisca.

—Sois todos muy listos —gruñe el Dandy.

Javi enciende por fin su porro. Cata eleva los ojos al cielo en una expresión de hartura y va a abrir la ventana.

—Gabo no. Gabo prefiere a McMillan. Eso no es de tío listo. Es de tío muy

rarito.

Y vuelta a empezar, mientras en el casete sigue sonando la Creedence. Y seguirá sonando para siempre.

La vista es sobrecogedora. Tan perfecta que uno podría llegar a creer que es un paisaje imaginario ideado por algún maníaco perfeccionista, una visión idealizada y de imposible reproducción en el mundo real. La isla de Santa Catalina más cerca, el monte Urgull más allá. La bahía de la Concha a un lado, el mar abierto al otro. Hace sentir pequeño. Inevitablemente, cuando uno se acerca a la valla del mirador del monte Igueldo y recorre toda esa postal perfecta con la mirada, tiene que aspirar con fuerza, buscar oxígeno, porque la belleza ahoga.

Hace un día soleado. La luz traza perfiles de colores rabiosos. La brisa refresca sin enfriar. Fija la mirada en detalles. El antiguo seminario, el faro, dos veleros, la fachada del María Cristina, bañistas, olas que rompen sin que el sonido suba hasta allí, el funicular volviendo a coronar la cima, un autobús recorriendo el paseo de la playa. Gabo respira. Todo es tan familiar y a la vez tan nuevo que no sabe en qué día está, si sueña o si vive, si ha llegado al paraíso o solo hace turismo.

Dolores se acerca y se asoma con él.

—Es impresionante.

—Por eso quería que lo conocieras.

Es la primera vez que viajan juntos. Nunca habían ido los dos a ningún sitio. Ni siquiera habían salido del barrio.

Gabo regresó a casa y Dolores estaba allí, en su bar, donde siempre, esperándole. Había ido a diario al hospital, atenta a cualquier necesidad, pero Gabo solía quitársela de en medio, sin malas maneras pero también sin disimulo. Prefería estar solo. No quería sentirse dependiente. Un orgullo tonto. Pero necesitaba estar solo, en un sitio propio donde solo cabía él, donde ninguna compañía podía ayudarle. Mensaje captado, le decía ella cuando notaba que le sobraba, ahí te quedas. Y él se lo agradecía con esos códigos suyos con los que se entendían: pocas palabras, afectos medidos y ningún derroche efusivo.

Salió del hospital y fue a su bar y ella estaba detrás de la barra y no hicieron falta

explicaciones. Gabo le dijo que necesitaba regresar a un lugar y que le gustaría que ella le acompañase. Ella asintió y no hizo preguntas. Ni sobre eso ni sobre nada de lo anterior. Como era su relación. No preguntaban, pero ambos sabían que, en algún momento, cuando el que callaba de los dos estuviese preparado, daría al otro las respuestas pendientes a esas preguntas no hechas.

La conversación con Aldama durante su visita al hospital había regresado con asiduidad a su mente mientras se prolongó su ingreso. Pensaba en aquella pregunta. Los años oscuros, los años enfangados por el lamento y la desidia habían terminado cuando apareció Dolores. Aquello no se lo dijo al comisario general. Pero se dio cuenta al repasar una vez más a solas el pasado, enfrentándose cara a cara a los recuerdos, si buscáis pelea aquí me tenéis, en vez de seguir tratando de esquivarlos. Sí, la niebla había comenzado a levantar hacía un par de años, cuando ella le permitió seguirla hasta su casa e hicieron por primera vez el amor y Gabo empezó a ir cada noche a su bar en busca de más, hambriento, necesitado, mendigo de ella. Le gustaba ver en Dolores a una pionera, a una luchadora, a la única superviviente de un naufragio, a la primera mujer en instalarse en Marte, una mujer capaz de salir adelante donde fuese. Admiraba eso en ella. Había sobrevivido. Al marido de mano larga. A un bar de barrio sin futuro. A muchos inviernos, todos iguales. Nada podía vencerla. Y desde hacía dos años, sobrevivían juntos, que no era poca cosa.

Contemplan ese paisaje inabarcable en silencio. Gabo observa la ciudad de la que siempre se marchó con tristeza. Esta vez no. Esta vez volverá a irse, tal vez ahora sí para siempre. Pero será diferente.

San Sebastián se exhibe ante ellos, exagerada, radiante en ese día de comienzos de verano, casi ostentosa en su esplendor. También la ciudad ha sobrevivido. Ha sufrido, ha sido maltratada y castigada, la han hecho sangrar y han querido acabar con su belleza y su alegría. Pero no lo han conseguido. Ahí está. En pie. Ahora aquella ciudad es por fin libre. Y ellos también.

—Aquí termina la historia —le dice Gabo, apoyados ambos en la barandilla del mirador.

—¿Y te gusta el final? —le pregunta ella.

Gabo le sonrío y la besa. Nunca antes. Es el primer beso que le da al aire libre.

—Me gusta el principio.

## NOTA DEL AUTOR

Hay historias en el proceso de elaboración de un libro que merecen ser contadas. Allá por el año 2001, en un escenario del terrorismo en España completamente diferente al actual, Pedro Gómez de la Serna y yo, que habíamos coincidido trabajando en el Ministerio del Interior durante los años anteriores, decidimos escribir un libro que recorrería las vicisitudes de la lucha policial contra el terrorismo desde los comienzos de la banda hasta aquel momento. Trabajamos durante meses recopilando información, dándole forma, estudiando y aprendiendo, hablando con gente y, por supuesto, escribiendo. Terminamos una obra de la que nos sentíamos muy orgullosos. Escribimos aquel libro siendo conscientes desde el principio de que, quizá, por lo sensible de su contenido, nunca llegaría a ver la luz. Pero aun así pensábamos que el trabajo merecía la pena y seguimos adelante llenos de energía ante un proyecto tan apasionante como de incierto futuro. Finalmente, por respeto a la petición de confidencialidad de algunas personas, tomamos la difícil decisión de que el libro permaneciera inédito. Ahora, casi veinte años después, en un tiempo completamente diferente en el que ya no existen determinadas limitaciones, he podido recuperar para Nunca fuimos héroes algunos episodios policiales que se recogían en aquel libro para incorporarlos a la trama de este. Podría haber recurrido a otros hechos, pero me gustaba pensar que al fin verían la luz historias que ambos creímos en su día que merecía la pena dar a conocer y que durante casi dos décadas habían permanecido en un cajón.

Por ello, me siento en deuda y quiero agradecerle a Pedro el talento y la creatividad que demostró durante aquel trabajo y también la generosidad que ha demostrado tantos años después al permitirme recuperar algunos elementos de aquel libro.

Desearía poder reseñar aquí mi agradecimiento a otras personas, pero solo lo haré de forma enigmática y sin dar ningún nombre. Hay quien sabe que sin él este libro nunca habría podido existir. Gabo tampoco quiso nunca reconocimientos públicos...

También deseo mencionar a la agente de policía María José García, miembro de la primera promoción del Cuerpo General de Policía donde había ya mujeres.

María José García fue asesinada por la banda terrorista ETA en Zarauz el 16 de junio de 1981 a los veintitrés años. Cata, aun siendo un personaje de ficción, quiere ser un respetuoso recuerdo y homenaje a ella.

Siempre que he escrito sobre terrorismo lo he hecho teniendo presente en mi pensamiento y en mi corazón a sus víctimas. Así ha sido también al escribir esta novela. Una vez más, quiero expresar mi afecto y admiración por todas ellas. Ojalá esta novela sirva también para reivindicar su memoria. Yo sí recuerdo el rostro y el nombre de todas aquellas a las que he tenido el honor de conocer.

*Nunca fuimos héroes*

Fernando Benzo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Johner Images / Getty Images

© Fernando Benzo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 201X

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-08-22277-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

